

El quinto caso de Gideon Crew

PRESTON & CHILD

LA LLAVE DEL FARAÓN

PLAZA  JANÉS

DOUGLAS PRESTON
& LINCOLN CHILD

LA LLAVE
DEL FARAÓN

Traducción de
Ignacio Gómez Calvo

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Lincoln Child dedica este libro a su hija, Veronica
Douglas Preston dedica este libro a Anna y Peyton Forbes

Gideon Crew, sentado en la sala de espera de la consulta del doctor Lewis Conrad, en la decimocuarta planta del edificio, tamborileaba inquieto con la punta de los dedos de la mano izquierda contra la muñeca derecha mientras aguardaba el momento en que sabría si se iba a morir o no. Había llevado un sobre enorme que en ese momento yacía vacío junto a su silla. A pesar de que el doctor Conrad era uno de los neurocirujanos más caros de Nueva York, las revistas de su bien amueblada sala de espera tenían un aspecto grasiento y manoseado que disuadían a Gideon de tocarlas. Además, su temática —*People, Entertainment Weekly, Us*— le interesaba bien poco. ¿Por qué en la consulta de un médico no había ejemplares de *Harper's* o de *The New Criterion*, o aunque fuese una puñetera *National Geographic*?

Al fondo se abrió en silencio una puerta. Una enfermera con una carpeta en una mano asomó la cabeza, y en el pecho de Gideon brotó la esperanza.

—¿Ada Kraus? —dijo la enfermera.

Una anciana se levantó con dificultad, atravesó despacio la sala y desapareció en el pasillo al otro lado de la puerta, que se cerró de inmediato.

Cuando Gideon se recostó en la silla, se dio cuenta de que no era exactamente inquietud lo que lo embargaba. Era una sensación de agitación que lo había empujado a quedarse en Nueva York después de que terminara la última misión para Effective Engineering Solutions. Lo normal habría sido que

volviera a su cabaña en la sierra de Jémez, en Nuevo México, cogiera su caña y se fuera a pescar.

Todo era muy raro. Su jefe, Eli Glim, había desaparecido sin decir nada. Las oficinas de su empresa en el viejo Meatpacking District del Bajo Manhattan seguían abiertas, pero parecía que estaba cerrando poco a poco. Hacía dos semanas el pago automático de su sueldo se había interrumpido sin previo aviso, y la semana anterior la EES había dejado de pagar su cara suite en el hotel Gansevoort, a la vuelta de la esquina de la sede central de la empresa. Aun así, Gideon no se había ido de Nueva York. Se había quedado allí más de dos meses, mientras su brazo se curaba de la última misión, deambulando por las calles, visitando museos, leyendo novelas, holgazaneando en el hotel y bebiendo de más en los muchos bares de moda repartidos por Meatpacking District. Por fin reconoció para sus adentros por qué se había quedado en la ciudad: había algo que tenía que saber. El problema estaba en que era lo último que quería saber. Pero al final la necesidad se había impuesto al miedo y había concertado una cita con el doctor Conrad. Por eso hacía dos días le habían hecho una resonancia magnética del cráneo y ahora aguardaba impaciente los resultados en la sala de espera del médico.

No, no era inquietud. Era una poderosa combinación de esperanza y miedo que lo arrastraba en diferentes direcciones: esperanza en que le hubiera pasado algo en los últimos diez meses que hubiera curado su enfermedad, conocida como malformación arteriovenosa, y miedo a que hubiera empeorado.

Y allí estaba, aguardando con esperanza y miedo, todo mezclado en su cabeza como la propia enfermedad.

La puerta volvió a abrirse; la enfermera asomó la cabeza.

—¿Gideon Crew?

Gideon recogió el sobre vacío, se levantó de la silla y siguió a la enfermera por el pasillo hasta una consulta bien equipada. Para su sorpresa, el médico ya estaba sentado detrás de su escritorio. A un lado de la mesa se hallaban los viejos historiales médicos y las resonancias que Gideon había llevado consigo de aquí para allá durante casi un año. Al otro lado había una serie de fotos y escáneres nuevos.

El doctor Conrad tenía unos sesenta años, expresión apacible, ojos grises y pelo canoso. Miró con amabilidad a Gideon a través de unas gafas de montura negra.

—Hola, Gideon —dijo—. ¿Puedo llamarlo por su nombre de pila?

—Por supuesto.

—Siéntese.

Gideon se sentó.

Siguió un momento de silencio en que el médico se aclaró la garganta y desplazó la vista de las resonancias viejas a las nuevas.

—Imagino que está al corriente de su enfermedad.

—Sí. Se conoce como malformación de la vena de Galeno. Es un nudo anormal de venas y arterias en lo profundo de mi cerebro, en una zona llamada Círculo de Willis. Suele ser congénita, y en mi caso es inoperable. Como las paredes arteriovenosas son cada vez más débiles, la malformación está aumentando y acabará provocando una hemorragia... Lo que resultará fatal en el acto.

Se hizo un silencio breve e incómodo.

—Yo no lo habría resumido mejor. —El doctor Conrad apoyó las palmas de las manos en el borde de la mesa y luego entrelazó los dedos—. Cuando se enteró de que tenía la malformación arteriovenosa, ¿le dijo el médico cuánto tiempo de vida le quedaba?

—Sí.

—¿Y cuánto era?

—Aproximadamente un año.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace casi diez meses.

—Entiendo. —El médico rebuscó entre las imágenes de la mesa y volvió a aclararse la garganta—. Lamento mucho tener que decirle esto, Gideon, pero a partir de estas pruebas y del resto de la información que he visto, el pronóstico original era correcto.

Aunque casi esperaba oír eso —de hecho, no tenía ningún motivo real para esperar otra respuesta—, por un momento Gideon descubrió que no podía hablar.

—¿Quiere decir... que solo me quedan dos meses de vida?

—Comparando las primeras resonancias con las que acabamos de hacerle, la malformación ha seguido la evolución típica, por desgracia. De modo que sí, yo diría que unas cuantas semanas es un cálculo de tiempo probable.

—¿No hay ningún tratamiento nuevo o alguna posibilidad de intervención quirúrgica?

—Como supongo que ya sabrá, la mayoría de las malformaciones arteriovenosas cerebrales se pueden tratar con cirugía, radiaciones o embolización, pero la situación y el tamaño de su malformación no lo permiten. Cualquier cura que adoptásemos, ya fuese quirúrgica o radiológica, provocaría, casi con toda seguridad, graves daños cerebrales, y eso en caso de que sobreviviese.

Gideon se recostó en su silla. La ansiedad y la incertidumbre que lo habían rondado en las últimas semanas cayeron sobre él como un peso muerto. Apenas podía respirar.

El doctor Conrad se inclinó hacia delante.

—Es duro, hijo. No hay nada que yo pueda decir para aliviarlo. Puede que

oír esto no lo ayude, pero por lo menos usted sabe el tiempo que se le ha concedido. La mayoría de nosotros no tenemos ese lujo.

—Lujo —gimió Gideon—. Dos meses un lujo. ¡Venga ya!

—Cuando Warren Zevon, la estrella de rock, se enteró de que se estaba muriendo de cáncer, alguien le preguntó cómo sobrellevaba el hecho de saberlo. ¿Y qué contestó él? «Disfruta de cada sándwich.» Mi consejo es parecido: no se deprima ni se deje paralizar por la pena y el miedo. Haga algo interesante y que valga la pena con el tiempo que le queda.

Gideon no dijo nada; se limitó a menear la cabeza. Tenía ganas de vomitar. «Dos meses.» Pero ¿por qué había esperado otra cosa?

—Es usted fuerte y ágil, y seguirá así... hasta el final. Es la naturaleza de la malformación arteriovenosa. Le diré lo que les digo a mis pacientes que están en la misma situación: viva cada minuto de la mejor manera que pueda.

Hubo una larga pausa durante la que Gideon permaneció sentado en la silla, inmóvil. El doctor Conrad le sonrió desde el otro lado de la mesa con la misma expresión amable. Cuando empezó a recoger los informes y escáneres, Gideon comprendió que la visita había terminado. Se levantó.

—Gracias —dijo.

El neurocirujano también se levantó, le dio los documentos y acto seguido le estrechó la mano.

—Que Dios lo bendiga, Gideon. Y recuerde lo que le he dicho.

2

El frío sol de marzo que bañaba la calle Cincuenta le dio de lleno en la cara cuando Gideon salió al ajetreo vespertino del centro urbano; los estruendosos cláxones y los gases de los tubos de escape se mezclaban con el olor a kebab de un puesto ambulante. Se sentía aturdido y le costaba andar. «Dos meses.» Aunque sabía que no debía hacerse ilusiones, había abrigado la absurda esperanza de que la enfermedad se hubiese curado... o al menos frenado.

Una sensación de autocompasión lo invadió al doblar la esquina y enfilar Madison Avenue. Glinn había desaparecido. No tenía ningún amigo en el mundo. Aunque contaba con dinero suficiente para aguantar un par de meses, ¿de qué le serviría? ¿Iba a volver a Nuevo México para vivir aislado en una cabina y pescar hasta que le llegase la hora?

Su móvil sonó, y lo miró: un mensaje de texto de Manuel Garza, número dos de la EES. Lo leyó: «Venga a la oficina ahora mismo».

Garza. Tenía una larga y difícil relación con ese hombre, un brillante ingeniero que podía ser irritable y despiadado. Pero en su última misión habían llegado a entenderse; Gideon había descubierto que Garza no era el ser humano cruel por el que lo había tomado. Debajo de aquella capa de acero había un corazón.

«Ahora mismo.» Gideon decidió ir andando por el lado soleado de la avenida; esperaba que una caminata de tres kilómetros a paso ligero lo ayudase a aliviar el golpe de lo que acababan de decirle. Dos meses. Joder.

Media hora más tarde llegó a la fea zona de carga por la que se entraba en la sede central de la EES en Little West con la calle Doce. No había estado allí desde que habían dejado de ingresarle el salario hacía dos semanas, pero resultó que su tarjeta y su clave de acceso todavía funcionaban. Al entrar en el inmenso y cavernoso espacio del área de trabajo principal, le sorprendió lo que vio. El lugar, enorme y antes lleno de maquetas de distintos proyectos de ingeniería, pizarras repletas de ecuaciones garabateadas y gente con bata de laboratorio que corría de aquí para allá, se hallaba ahora casi vacío. El suelo estaba cubierto de papeles y otros desperdicios, prueba de que lo habían desmantelado y recogido todo apresuradamente. Las mesas de trabajo y los escritorios estaban vacíos, con pantallas de ordenador desconectadas, algunas envueltas en plástico, y serpientes de cable que no llevaban a ninguna parte.

Una figura oscura y musculosa salió de la penumbra con una abultada bolsa para ordenador portátil al hombro. Gideon reconoció a Garza. Parecía furioso.

—¡Ya era hora! ¿Cómo ha venido? ¿Andando? —dijo a voz en cuello antes de llegar hasta Gideon—. ¿No le parece increíble este marrón?

—¿Qué marrón?

Señaló con la mano a su alrededor.

—¡Esto!

—Da la impresión de que van a cerrar el tinglado.

—¿A usted también le han cortado el grifo? La semana pasada no cobré la nómina. Ni un mensaje, ni una explicación, ni un aviso de despido. Nada.

—Igual que yo.

—Y ahora esto. Después de tantas operaciones peligrosas, después de arriesgar la vida media docena de veces, después de todos los años de trabajo duro, ¿me lo agradecen así? ¿Qué he sacado yo? Solo esto. —Levantó su reloj (un Rolex de esfera negra con la pulsera de oro) y lo agitó delante de las narices de Gideon—. No sé usted, pero yo estoy cabreado.

«Cabreado» era quedarse corto. Gideon, por su parte, estaba más perplejo que otra cosa. ¿Qué importaba aquello cuando solo le quedaban dos meses de vida?

—Nos pagó bien.

—Con todo lo que he hecho por él, debería haber ganado siete cifras. Apenas he ahorrado nada. La vida es cara, sobre todo aquí, en Nueva York, y yo contaba con tener una fuente de ingresos fija los próximos años. Pero no es solo el dinero..., es cómo lo ha hecho. No he conseguido hablar con él en casi seis semanas. No contesta a los correos electrónicos ni a los mensajes de móvil, nada. Ni siquiera sé dónde está ese hijo de puta. Y ahora tenemos hasta las cinco para sacar nuestras cosas. Faltan diez minutos, por si no se había dado cuenta.

—Oh, no me había dado cuenta.

Garza hizo una pausa y lo miró fijamente.

—Oiga, ¿está bien?

Gideon trató de contestar, pero parecía que algo se le hubiese atascado en la garganta y le impidiera hablar.

Garza dio un paso hacia él con cara de entender. Estaba al tanto del diagnóstico anterior de Gideon, y ató cabos.

—¿Le han dado malas noticias?

Gideon asintió con la cabeza.

Se hizo un largo silencio hasta que Gideon recuperó por fin el habla.

—Dos meses.

Garza parecía estupefacto.

—Joder. Lo siento mucho. ¿No existe ninguna posibilidad, ningún tratamiento experimental, algo?

Gideon agitó la mano.

—Nada.

Garza respiró hondo.

—Eso me cabrea aún más. Glinn sabía que le quedaba un año de vida cuando lo contrató, ¡y mire cómo lo ha tratado! Debería estar más enfadado que yo. Deberíamos haber ganado un montón de dinero, un auténtico dineral, hace mucho. Por eso entré en la EES cuando dejamos el ejército y corrí todos esos riesgos absurdos. Eli nos prometió que todos cobraríamos mucho. Y acabamos cobrándolo; eso es lo peor de todo. Porque cuando por fin hicimos fortuna, ¡invertió hasta el último centavo en ese proyecto suyo de la ballena blanca! Gracias a nosotros, eso también fue un éxito, pero le costó todo lo que tenía y nos dejó tirados. ¡Y ahora nos despide y cierra la empresa!

A Gideon le resultaba difícil indignarse con Eli Glinn. Asintió mascullando.

—Bueno —dijo Garza—, yo tengo todas mis cosas aquí —levantó la bolsa—, así que vacíe su mesa y vámonos al Spice Market a pillar una buena cogorza. Creo que tenemos motivos suficientes.

—Me parece buena idea, pero la verdad es que no tengo nada que recoger.

—Pues mejor. Vámonos.

Gideon dedicó un instante a contemplar el inmenso espacio vacío y silencioso con proyectos a medio acabar y misteriosos aparatos electrónicos. Garza también hizo lo propio y sacudió la cabeza.

En ese momento Gideon oyó un pitido electrónico procedente de un rincón a lo lejos. Una pequeña pantalla de ordenador despertó con un resplandor bajo una capa de plástico transparente.

Garza también la vio.

—Parece que alguien se ha olvidado de apagar su ordenador.

Se dirigió hacia allí, y Gideon lo siguió. Garza agarró la esquina del plástico y lo apartó de un tirón.

Sobre un fondo blanco se leía el siguiente mensaje:

Proyecto Festo

TAREA COMPLETADA

Tiempo transcurrido: 43.412 horas 34,12 minutos

Solución, a continuación

Garza se lo quedó mirando.

—Pero ¿qué narices...?

—Cuarenta y tres mil horas... —Gideon hizo un cálculo rápido—. Eso son casi cinco años. ¿Cree que este ordenador ha estado resolviendo un problema durante cinco años?

Garza empezó a reír y su voz resonó.

—Sería algo muy propio de Glinn: encargarle a un ordenador una tarea imposible y dejar que se rompa los cuernos día tras día para ver si da con una solución. Y, mire por dónde, ¡lo ha conseguido! Un poco tarde, pero qué más da.

Gideon miró la pantalla entornando los ojos. La «solución» que aparecía después del mensaje era una larga lista en hexadecimales.

—¿Qué es el Proyecto Festo?

Antes de que Garza pudiese contestar, se oyó una voz procedente del fondo de la sala.

—¡Las cinco, caballeros! Lo siento pero tienen que marcharse. Vamos a cerrar.

Gideon se volvió y vio a dos guardias de seguridad en la puerta principal. Cuando se giró de nuevo, Garza estaba encorvado introduciendo una memoria flash en el ordenador.

—¿Qué hace?

—Descargar estos datos.

—¿Para qué?

Pero Garza estaba ocupado tecleando.

—Caballeros...

Los guardias empezaron a cruzar la sala.

—¡Salimos enseguida! —gritó Garza, inclinado—. ¡Estamos cogiendo nuestras cosas!

—Tenemos órdenes de cerrar a las cinco en punto.

Garza sacó la memoria flash y se la metió en el calcetín.

—Ojalá tuviera tiempo para cargarme esta máquina —murmuró—. Eso le vendría bien al viejo Eli.

Los guardias ya habían llegado.

—No tenían permiso para utilizar ningún aparato electrónico —dijo el más alto.

—Lo siento —se disculpó Garza, enderezándose—. Ya nos vamos.

Los guardias los acompañaron al vestíbulo y acto seguido se detuvieron.

—Señor —dijo el más alto a Garza—, me temo que tengo que registrarle la bolsa.

—Qué tontería —le espetó Garza—. Esto son mis cosas.

—Son las órdenes —insistió el guardia.

Alargó la mano hacia el bolso y, tras vacilar, Garza lo dejó que lo agarrara. El guardia lo abrió, y sus bastos dedos lo registraron todo. Dentro no había ningún portátil, pero sus atareadas manos seleccionaron un pequeño disco duro.

—Tengo que quedarme esto.

Garza lo miró fijamente.

—Son mis datos.

—Al dejar la empresa, ya nada es suyo —replicó el guardia.

—Chorradas.

El guardia tomó el disco duro, lo introdujo en una ranura y se oyó el

repentino rechinar de una trituradora de residuos electrónicos.

—¡Eh! ¿Qué cojones...?

—Le pido disculpas —dijo el guardia en un tono que era cualquier cosa menos de disculpa, al tiempo que daba un paso adelante con una mano en la culata de su Glock enfundada—. Hora de marcharse.

Garza seguía mirándolo fijamente.

—Vámonos —intervino Gideon.

Se volvieron y se fueron sin decir nada; los dos guardias los siguieron al exterior. Cuando llegaron a la zona de carga, la enorme puerta de acero de la EES se cerró con un sonoro ruido metálico, y Gideon oyó que los cerrojos automáticos se activaban.

Garza se volvió hacia él.

—Vamos a por ese trago.

Cuando doblaron la esquina de la calle Trece, Garza soltó un grito de consternación.

—¡Cerrado!

En efecto, el Spice Market, adonde a veces iban a tomar un trago, tenía el candado echado.

—La historia de nuestra vida —dijo Garza amargamente—. Persiana bajada.

Deambularon por la calle hasta otro bar de mala muerte, el Catch. A las cinco todavía no había movimiento, y encontraron sitio en la barra. Gideon pidió un martini sucio con ginebra Hendrick's y Garza optó por una pinta de cerveza artesana.

El camarero les sirvió las bebidas, y Garza alzó su vaso.

—Por... A la porra, no se me ocurre un buen brindis, todavía estoy demasiado cabreado.

—Por estar cabreado.

Entrechocaron sus vasos.

—Bueno —dijo Gideon—, ahora cuénteme qué es el Proyecto Festo.

—Uno de los palos de ciego de Eli.

—¿Cómo?

—Durante los últimos seis años, desde el hundimiento del *Rolvaag*, ha estado desesperado por conseguir dinero. Tenía que reunir dos mil millones

para su proyecto de la ballena blanca, ya sabe: volver al hielo y terminar lo que había empezado. En ese tiempo intentó sacar fondos de donde pudo, y algunas de esas fuentes estaban relacionadas con la búsqueda de tesoros. El botín de Lima, la mina del Holandés Perdido, el oro del pico de Victorio... Esa clase de cosas.

—¿Encontró alguno?

—¡Y tanto! Algún día recuérdeme que le cuente la historia de las cuevas de Asfódelos. ¡Madre mía, cuando entramos en aquella antecámara...! —Silbó—. En fin, el caso es que Glinn lanzó un montón de proyectos especulativos que esperaba que le dieran beneficios. Esos proyectos incluían descifrar varias inscripciones antiguas. Uno de ellos, de hecho, fue el germen de su misión en la isla perdida. Hubo otros. Encargó a sus criptoanalistas e historiadores que descifrasen el Manuscrito Voynich, la inscripción de Shugborough, la Tabla de Dispilio, el Códex Rohoncz... y el disco de Festo.

Bebió un largo trago de cerveza.

—La historia es la siguiente. —Hizo una pausa como si intentase ordenar sus pensamientos—. El disco de Festo se encontró alrededor del año 1908 en las ruinas de un palacio minoico en la isla de Creta. Tiene tres mil quinientos años de antigüedad, está hecho de barro cocido y en cada cara tiene grabadas unas espirales llenas de jeroglíficos (cabezas, personas, yelmos, guantes, flechas, escudos, garrotes, barcos, columnas, peces, aves, abejas) representados con unos dibujos diminutos. Parece el alfabeto de un idioma desconocido. Desde que se descubrió, todos los intentos por descifrarlo han resultado en vano, y actualmente es la inscripción sin descodificar más famosa que existe. Muchos aseguran haberlo traducido, pero todas esas teorías han sido desacreditadas.

—¿Y por qué se supone que conduce a un tesoro? —preguntó Gideon.

—No estábamos seguros de que fuera así. Ya le he dicho que fue un palo de

ciego, uno de muchos. Hará cosa de cinco años, Glinn puso a un ordenador muy potente a descifrar el código. Con el tiempo, el proyecto quedó olvidado porque se dio prioridad a otros. Pero mientras, el ordenador ha debido de estar trabajando sin parar probando un método criptoanalítico tras otro.

—¿Y por fin lo ha descifrado?

Garza sacó la memoria flash y la sostuvo en la mano.

—Está aquí.

—¿Está seguro?

—Es la traducción, eso seguro. Eli encargó la creación del programa para ese ordenador a su mejor criptoanalista, filólogo y programador. Si ese ordenador dice que ha terminado es que ha terminado. Solo tenemos que averiguar qué nos dice. —Bebió otro trago de cerveza y la apuró.

—¿Qué cree que significa?

—Ya lo descubriremos. A lo mejor es un mensaje con treinta y cinco siglos de antigüedad de un rey griego a otro, en plan: «O me devuelves a mi esposa Helena o te pateo el culo».

Gideon no pudo evitar reír entre dientes.

—¿Por qué a Glinn le interesaba concretamente esto?

—Por su fama. Y porque él es como un jugador que siempre hace apuestas arriesgadas.

—Si es una apuesta tan arriesgada, ¿por qué se ha molestado en descargárselo?

—¿Me toma el pelo? El riesgo no estaba en el secreto que contenía el disco de Festo, sino en pensar que podría descifrarlo. Pero ese programa lo ha conseguido, y a él le ha salido el tiro por la culata. —Agitó la memoria flash delante de Gideon—. No sé qué nos dirá el mensaje que hay aquí dentro ni adónde lleva, pero una cosa es segura: tiene que valer dinero. Probablemente

una barbaridad de dinero. Podríamos hacernos famosos... y todo delante de las narices de Glinn.

—Necesito otra copa.

Pidieron una segunda ronda. Cuando llegó, Garza alzó su vaso.

—Este brindis lo hago yo. Por la fama, la gloria y la riqueza. —Bebió un buen trago—. Y están en nuestras manos, Gideon: las tuyas y las mías. ¡Por fin una oportunidad de recuperar parte de lo que nos pertenece! Nos lo tomaremos con calma, lo haremos bien, traduciremos el archivo hexadecimal y...

—No —lo interrumpió Gideon.

—¿Cómo que no?

—No «nos lo tomaremos con calma». Si vamos a hacerlo, lo haremos ahora. O sea, hoy.

Garza empezó a protestar, pero de repente se calló.

—Vale. Me había olvidado. Dos meses.

—Mi neurólogo acaba de darme una receta: «Disfruta de cada sándwich». Y, para bien o para mal, la vida acaba de servirme este sándwich en concreto. Así que vayamos a mi suite, metamos esa memoria flash en mi portátil y veamos qué dice el disco de Festo después de tantos siglos de silencio.

—Muy bien. Lo haremos ahora. Pero con una condición.

Gideon, que se disponía a levantarse, se quedó quieto.

—¿Sí?

—Los dos coincidimos en que adondequiera que lleve el disco de Festo valdrá dinero, ¿no? Podría ser la obra perdida de Homero, *Margites*. Podrían ser las llaves de una nave espacial. Podría ser un diamante como una casa. Pero sin duda tiene valor.

—¿Y qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que estoy harto de encontrar cosas y dárselas a otras personas. En el supuesto de que al final encontremos una mina de oro, nos la

quedaremos. ¿Está de acuerdo? No se la daremos a un museo ni a la Biblioteca del Congreso ni nada por el estilo. La cambiaremos por dinero, aunque haya que dividirla y venderla pieza a pieza o subastarla al mejor postor.

—Pero... —empezó a decir Gideon, pero se quedó callado.

—Pero ¿qué? —replicó Garza con un punto agresivo.

—No sabemos qué es. Podría ser cualquier cosa. Podría tener un gran valor histórico o cultural. Podría ser patrimonio de una civilización que...

—Habla usted como Glinn. No voy a hacer esto por el bien de la humanidad, voy a hacerlo por mí. Me da igual si es un desnudo de la *Mona Lisa*; lo venderemos por la mayor cantidad de pasta que podamos sacar y nos repartiremos las ganancias. Usted si quiere puede donar su parte a..., no sé, la investigación médica, por ejemplo. Solo quiero que esto quede claro: si tiene valor, lo robaremos. ¿Está conmigo?

Siguió un silencio incómodo. Y luego Gideon se encogió de hombros.

—Qué narices. Lo peor que puede pasar es que me sienta culpable durante unas pocas semanas.

—Bien dicho.

Y llegados a este punto se levantaron y se dieron un apretón de manos.



El bar de la azotea del hotel Gansevoort estaba tranquilo; la piscina seguía cerrada hasta el final del invierno. Gideon había ido a buscar el portátil a su habitación, y luego él y Garza se habían sentado en un canapé de cuero en un rincón.

Garza pidió una ronda de mojitos mientras Gideon encendía el ordenador. Las bebidas llegaron. Garza sacó la memoria flash de su bolsillo.

—¿Listo?

—Adelante.

Garza metió la memoria portátil, abrió un conversor de código hexadecimal a texto ASCII e introdujo los datos descargados. El resultado que obtuvo carecía de sentido.

—Vale —dijo Garza—, esto es muy raro.

Gideon bebió un trago largo de mojito.

—¿Está seguro de que el ordenador ha conseguido descodificar el disco?

—Ya se lo he dicho: estoy seguro. Pruebe a pasar de hexadecimal a decimal.

Gideon se acercó el portátil y volvió a ejecutar el programa de conversión, pero el resultado fue otra lista de números aparentemente aleatorios.

—Pruebe con el Unicode —pidió Garza.

—¿De qué servirá?

—Usted pruébelo.

Más basura.

Probaron con el sistema Base64, el octal, el numérico HTML, el binario y el Windows ALT.

Garza se reclinó.

—Vale. Estamos pasando por alto algo evidentísimo.

—Lo que no entiendo es por qué es necesario otro descryptado si realmente el ordenador ha descifrado el disco. ¿Por qué lo ha generado en código hexadecimal? ¿Por qué no en un texto sin formato, o en griego antiguo, o en el idioma original?

Garza no respondió.

—A lo mejor no estamos lo bastante borrachos para averiguarlo.

Gideon hizo una señal al camarero para que se acercase, y pidieron otra ronda.

—Tenemos que volver al principio —dijo Garza; despatarrado en el canapé, hacía girar los hielos de su vaso vacío—. Hay dos posibilidades: o el disco de Festo se escribió en algún tipo de codificación antigua o tan solo en un lenguaje escrito desconocido.

—Una sería un código propiamente dicho y la otra un misterio filológico.

—Sí.

Las nuevas bebidas llegaron cuando Garza se hallaba absorto en sus pensamientos.

—Tengo un vago recuerdo de que al abordar el descifrado informático del disco de Festo, primero se pensó que estaba en un idioma desconocido, por lo que se programó el ordenador para que analizase muchas formas antiguas de escritura (lineal A, lineal B, cuneiforme, luvita, jeroglíficos egipcios) y buscarse paralelismos. Si eso fallaba, el programa pasaría a interpretarlo como un texto cifrado de un idioma antiguo y lo abordaría como tal.

—Y al final ¿qué enfoque dio resultado?

—Buena pregunta. Para eso necesitaríamos el archivo de registro.

—¿El archivo de registro?

—Se parece al que genera un programa de instalación. Crea una lista con el algoritmo concreto que se está ejecutando en ese momento y cuánto tiempo se ejecuta, antes de desistir y pasar al siguiente. Si tuviésemos el archivo de registro, podríamos ver la última entrada y descubrir qué algoritmo fue el que dio resultado.

—¿Y dónde está el archivo de registro?

—En el ordenador —contestó Garza—. En la EES.

—Pues entramos y lo robamos.

—¿Está de coña? Debe de ser uno de los edificios más seguros de Nueva York. Es como colarse en la cámara de la Reserva Federal donde guardan el oro.

Gideon bebió un trago de su copa.

—Tiene razón. No forzaremos la entrada. Entraremos por otro medio.

—¿Otro medio?

—La ingeniería social.

—Sí, claro. ¿Y a quién vamos a engañar?

—A Glinn.

Garza rompió a reír.

—Muy gracioso. ¿Engañar al mayor experto mundial en ingeniería social?

—¿Por qué no? Es tan egoísta que seguro que se cree muy listo. Si lo piensa bien, es el blanco perfecto. —Hizo una pausa—. ¿Quiere vengarse de Glinn? ¿Quiere que se cabree? Pues esta es su oportunidad. Solo necesitamos conocer su principal debilidad y preparar un guion.

Se hizo un largo silencio. Garza apuró su bebida y una amplia sonrisa se dibujó en su cara colorada.

—Sally Britton.

Gideon hizo memoria.

—¿La capitana muerta del *Rolvaag*? ¿Qué pasa con ella?

—Ella es su debilidad. Ella... y la arrogancia de creer que siempre tiene razón.

Dos días más tarde, Gideon y Garza estaban con los dos mismos guardias de seguridad —uno delante, otro detrás— en un ascensor exclusivo que los llevó hasta el último piso del edificio de la EES en Little West con la calle Doce. Ese ático era la residencia privada de Eli Glinn, una elegante vivienda encaramada en lo alto del antiguo edificio dedicado a la industria cárnica. Gideon solo había estado dentro una vez.

Llegaron a una puerta metálica lisa; uno de los guardias tecleó un código y se situó enfrente de un aparato instalado en la pared que, evidentemente, le escaneó el iris. La puerta se abrió con un susurro a un pequeño recibidor poco iluminado; se abrió otra puerta, y enfilaron un pasillo que daba a una pequeña biblioteca, exquisita pero austera, con chimenea de mármol.

En un sillón junto al fuego se hallaba Eli Glinn. Había estado leyendo. Dejó el libro y se levantó.

A Gideon le sorprendió su aspecto. Estaba transformado: parecía mucho más joven, rebosante de salud. Era como si envejeciera al revés. Todas las señales de su enfermedad habían desaparecido. Aunque siempre se mostraba muy seguro, ahora parecía inusitadamente alegre... o, mejor dicho, satisfecho de sí mismo. Sus ojos azules, su frente lisa y abombada y su rostro sin arrugas, su impecable traje gris, su porte erguido y su expresión condescendiente eran más intensos que nunca. «¿Y por qué no?», pensó Gideon con un acceso de resentimiento. Ese hombre había triunfado. Se había realizado. Había

subsanado el error más catastrófico de su vida —el hundimiento del *Rolvaag*— y lo había hecho con gran habilidad y sangre fría. Su magnífico humor y buena salud hicieron que aumentase la ira que Gideon sentía por cómo había abandonado a los que lo habían ayudado a lograr su objetivo.

Al mirar a Garza, Gideon vio que le costaba mucho más que a él lidiar con la imagen de Glinn. Tenía el rostro sombrío y sus ojos negros brillaban de rencor. Y también vio que Glinn observaba la reacción de Garza con altanera diversión.

—Por favor —dijo Glinn—, siéntense.

Lo hicieron, y Glinn volvió a ocupar su sillón.

—¿Puedo ofrecerles alguna cosa? ¿Café? ¿Agua? ¿Una copa de oporto?

Garza negó con la cabeza y respondió «No» con insolencia mal disimulada.

Glinn cruzó una pierna por encima de la otra y los observó con mirada especulativa.

—Antes de que empiecen, dejen que ponga las cartas sobre la mesa. Sé perfectamente que planean estafarme de alguna forma. Me sorprende y me hace bastante gracia que después de todo el tiempo que hemos pasado juntos piensen que pueden engañarme.

—Creo que le convendría ver las cartas que le han tocado antes de ponerlas sobre la mesa —dijo Gideon.

Glinn esbozó una fugaz sonrisa cínica al oír eso.

Gideon continuó.

—Ha accedido a recibirnos porque tiene curiosidad, reconózcalo.

—Cierto.

—Y a pesar de su carácter desconfiado, una parte de usted cree que quizá, solo quizá, tenemos un mensaje de la fallecida capitana Britton, como hemos insinuado en nuestra comunicación.

—Eso es muy poco probable.

Gideon sonrió.

—Poco probable, sí. Muy poco probable, quizá, en su opinión. Pero no imposible.

—Yo decidiré eso.

—Seguro que sí. ¿Manuel?

Garza se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y los hombros tensando la tela de su traje.

—Le he dado dieciséis años de mi vida, hijo de puta —dijo en voz baja—. Estuve a punto de morir en el *Rolvaag* y también cuando volvimos al Límite del Hielo hace solo un par de meses. Yo fui el que le salvé el pellejo en la isla de Forcis. La habría palmado muchas veces de no ser por mí. Y por Gideon. Y ahora que por fin ha conseguido lo que quería, se deshace de nosotros como si fuéramos basura.

Glinn inclinó la cabeza.

—Su ira es irracional. Les pagué muy bien. Y no son los únicos afectados. Voy a disolver la empresa, como saben, así que todo el mundo ha perdido su trabajo menos unos cuantos guardias.

—Sin ni siquiera un mensaje de agradecimiento.

—Manuel, eso significa que después de todos estos años me conoce muy poco. No soy dado a las formalidades. Ya sabe lo agradecido que le estoy... y también a Gideon. ¿Quiere un trozo de papel que lo diga? ¿Una tarjeta de felicitación, quizá? Yo en su lugar lo consideraría un insulto. Venga ya, los individuos como nosotros no nos comportamos así. Dejemos de lanzarnos recriminaciones inútiles y hablemos del verdadero motivo de su visita. Si no he entendido mal su mensaje, quieren un millón de dólares cada uno. Y a cambio me darán una carta de la capitana Britton, dirigida a mí, que les confió poco antes de su muerte.

Garza asintió con la cabeza.

—Considérelo una indemnización por despido.

—Muy bonito, pero coincide más con la definición de «extorsión».

—Llámelo como quiera.

Glinn se recostó en su sillón de brazos cruzados.

—¿Por qué no me dio esa carta hace años, después de que el *Rolvaag* se hundiera?

—Cuando vea el mensaje lo entenderá. Tiene que ver con lo que ella le escribió. —Garza hizo una pausa—. Lo que tenía que decirle es... horrible.

Glinn arqueó sus cejas cuidadas a la perfección.

—Es evidente que no existe ningún mensaje. Qué plan tan lamentable y mal planteado.

—¿Cómo sabe que es mentira sin ver la carta? —preguntó Gideon.

—Venga ya, Gideon. He forjado toda mi carrera a partir del análisis cuantitativo del comportamiento. Está tan claro que es un engaño que da pena.

—Ya veo que es demasiado listo para nosotros —dijo de pronto Gideon. Se volvió hacia Garza—. Vámonos.

—Los guardias los acompañarán a la salida.

Glinn pulsó un botón, y los dos guardias de seguridad aparecieron en la puerta de la biblioteca.

Gideon se levantó, y Garza hizo otro tanto.

—Después de ustedes, señores —indicó un guardia señalando con la mano.

Gideon se detuvo en la puerta, se volvió hacia Glinn y dijo:

No hay amor;

solo hay envidias diversas, todas ellas tristes.

—Vamos —ordenó el guardia cuando la puerta se abrió.

—Un momento —intervino Glinn, levantando una mano larga y blanca.

Gideon se volvió.

—¿Por qué ha dicho eso?

—Son los dos primeros versos del mensaje. De un poema de W. H. Auden, por si no lo sabía.

—Sé lo que son —dijo Glim. Se hizo el silencio en la sala, y finalmente este suspiró—. Veo que su juego es más sofisticado de lo que pensaba. Vuelvan y siéntense, se lo ruego.

Regresaron a sus asientos, y Eli desplazó la mirada de uno a otro.

—A ver, Manuel. Hábleme de las circunstancias exactas en las que se hizo con ese supuesto mensaje, por favor.

Gideon miró a Garza. El ingeniero mentía fatal, y esperaba que siguiera haciéndolo igual de mal. Era importante que Glinn no dejara de pensar que su estafa era, efectivamente, una estafa.

—Tenemos que remontarnos a los últimos momentos del *Rolvaag* —dijo Garza—. El barco quedó atrapado en la tormenta, encallado, de costado contra el mar. Como recordará, la capitana Britton y yo estábamos en el puente cuando ella dio la orden de abandonar el barco. Usted protestó y abandonó el puente furioso. ¿Se acuerda?

—Vívidamente, por desgracia. Continúe.

—Usted bajó a la bodega para intentar amarrar el meteorito gigante en su contenedor. La capitana lo siguió con la esperanza de convencerlo de que volviera al puente y activase la compuerta de seguridad: la que soltaría el meteorito y salvaría el barco. Pero usted se negó. Lo constaté viendo el vídeo reconstruido de los últimos momentos del *Rolvaag* varios años más tarde, en el laboratorio forense del *Batavia*. ¿Se acuerda de eso?

—Por supuesto. Vaya al grano.

—Después Britton volvió al puente. El barco estaba en las últimas, escorado en un ángulo de veinte grados del que no podía recuperarse. Vi que ella cogía el diario de a bordo y escribía algo. Luego arrancó la página, la dobló dos veces y me la dio. «Si usted y Eli sobreviven», dijo, «dele esto. Voy a intentar activar la compuerta de seguridad desde los sistemas electrónicos».

Me guardé la nota en el bolsillo. El barco se hundió diez minutos más tarde y arrastró a la capitana Britton con él.

Hizo una pausa y esperó.

—¿Y...? —preguntó Glimm por fin.

—Cuando me rescataron estaba inconsciente. Como es lógico, quienes me rescataron me quitaron la ropa helada. Pasó una semana hasta que estuve en condiciones de acordarme de la nota. Por fortuna, los rescatadores habían registrado mis bolsillos y todo me fue devuelto en una bolsa hermética, incluida la nota. Tenía intención de dársela en la primera ocasión que se me presentase, pero estuvo en coma casi un mes y su recuperación fue terriblemente lenta. La nota había sido doblada a toda prisa, y lamento admitir que la leí.

—Eso sería impropio de usted.

—Intente guardar una nota como esa durante un mes sin leerla. Me quedé de piedra. No sabía que usted y la capitana se habían enamorado.

Glimm se removió en su asiento al oír eso.

—Yo no lo describiría con esas palabras.

—Entonces no es sincero consigo mismo. Claro que se enamoró de ella. Y ella de usted.

—Continúe, si es tan amable.

—La nota decía cosas tan terribles que pensé que si se la daba retrasaría su recuperación. De modo que la guardé con intención de destruirla, pero no he sido capaz.

—Y ahora —lo interrumpió Glimm—, después de sentirse maltratado por mí, ha decidido extorsionarme con esa misma nota.

Garza se cruzó de brazos y se recostó en actitud desafiante.

—Me lo debe. Y a Gideon.

Glimm tardó en contestar. Gideon aprovechó el momento para examinar

detenidamente el rostro de Glinn, pero había adoptado su habitual expresión impasible.

—Vaya —dijo Glinn por fin—, menuda historia. Pero recuerde que lo conozco, Manuel. He estudiado su psicología. Tengo un dossier sobre usted de treinta centímetros de grosor. A pesar de que ha urdido una farsa bastante ingeniosa, no se le da bien mentir.

—No es una farsa —terció Gideon—. Piénselo: ella le escribió una nota cuando comprendió que iba a morir. Concuerda por completo con su psicología, por lo que tengo entendido. Recuerde ese momento. ¿No le parece lógico que le escribiese un último mensaje, una especie de imprecación postrera?

Glinn bajó la vista al suelo un rato largo y luego levantó la cabeza.

—La transparencia de esta estratagema es bastante lamentable. Aunque me enseñasen la supuesta nota, no creería que es auténtica. La verdad, me sorprende que tratándose de ustedes dos no se les haya ocurrido nada mejor.

—Pero es la verdad —protestó Garza—. Y esta vez va a tener que confiar.

Glinn posó sus ojos grises en él.

—Debería conocerme mejor, Manuel. Yo no me fío de nada, y menos en una situación como esta. —Hizo una pausa; reflexionó—. Además, no tengo por qué. De hecho, casi estoy por darles una lección. Porque, pese a su supuesta inteligencia, parece que han pasado por alto un pequeño detalle.

—¿De qué se trata? —preguntó Garza.

—El puente del *Rolvaag* estaba cubierto de punta a punta por cámaras de circuito cerrado. —Desplazó la mirada de Garza a Gideon y de nuevo a Garza—. Y gracias a ustedes dos tenemos esas cintas.

Gideon y Garza no dijeron nada.

—En esas cintas aparecerá la conmovedora escena del puente que ustedes describen... o, lo más probable, no aparecerá. ¿Alguien quiere bajar a la sala

de ordenadores a revisarlas conmigo antes de que mande que los agarren de las orejas y los echen?

Al oír eso, Gideon miró a Garza. Supo que Glinn se fijaba en su intercambio de miradas.

—Bueno, ¿vamos? —insistió Glinn.

—No podemos estar seguros de que las cámaras captaran ese momento —dijo Garza—. No se recuperaron todas las cintas.

—Las cámaras del puente tienen cobertura solapada. Como las cintas están indexadas y secuenciadas, nos llevará cinco minutos verificar su historia.

Gideon sabía que Glinn estaba convencido de que mentían, pero en lugar de dejar el asunto y despacharlos, no podía privarse de la satisfacción de desenmascararlos. Era un comportamiento que concordaba con su principal debilidad.

Glinn dio un manotazo en los brazos de su sillón y se levantó. Volvió a pulsar el botón y los dos guardias regresaron.

—Acompañénnos a la sala de ordenadores central, por favor. Vamos a ver unos vídeos.

Gideon se hallaba otra vez en el inmenso y cavernoso espacio central de la EES. El lugar parecía todavía más abandonado que antes; sus pasos en el hormigón pulido resonaban en la cámara vacía. Sus dos escoltas, de nuevo uno delante y otro detrás, los detuvieron al llegar a la barrera de seguridad.

—¿Nos va a hacer pasar un control de seguridad? —preguntó Garza.

—Por supuesto —respondió Glinn.

—Nunca habíamos tenido que hacerlo —protestó Garza.

—Los tiempos han cambiado.

Tras refunfuñar un poco, Garza vació sus bolsillos y Gideon hizo otro tanto.

Los guardias les confiscaron los móviles.

—¿Qué son esas memorias flash? —quiso saber Glinn, señalando la bandeja de Gideon.

—Cosas privadas. No es asunto suyo.

Glinn hizo una señal a los guardias.

—Guárdenlas con los móviles.

Pasaron por el detector de metales. Glinn los condujo hasta una consola baja de ordenadores que parecían hallarse entre las últimas máquinas que seguían conectadas y en funcionamiento. El que había descifrado el disco de Festo había desaparecido. Era una buena señal; Gideon pensó que los datos y los archivos de registro habían sido transferidos al sistema central.

Glinn se sentó tras la consola y encendió una terminal. Gideon lo observó teclear y explorar varios archivos y carpetas.

—Aquí están.

Apareció una gran serie de archivos de vídeo, con marcas de tiempo y lugar. Una clasificación rápida de la base de datos los redujo a una lista de archivos relevantes.

—Cinco archivos de vigilancia de distintas cámaras —dijo Glinn—, todos correspondientes al mismo segmento de diez minutos en el puente, cuando aseguran que la capitana escribió la nota y se la dio a usted. Voy a abrirlos y a reproducirlos simultáneamente en esas pantallas. ¿De veras quieren que siga?

—Por supuesto —respondió Garza—. Verá que tenemos razón. Dele al play.
—Su tono sonó a bravuconería.

—Si insiste...

Glinn pulsó un botón, y los vídeos se activaron parpadeando en cinco monitores.

—Allí —dijo Gideon, señalando—. El tercero. Ese es el que hay que mirar. La vista panorámica de la pantalla abarcaba el sistema de navegación y

cuatro grandes monitores de pantalla plana: uno con radar, otro del trazador cartográfico por GPS, un tercero con la pantalla dividida y el cuarto que era la salida de un transductor sonar. A un lado había una anticuada mesa de derrota con cartas náuticas de papel, compases y reglas paralelas. Junto a ella, una serie de casilleros que contenían diarios de a bordo encuadernados, incluido el cuaderno de bitácora del barco.

El vídeo empezaba de forma dramática, *in media res*. El puente, iluminado como era habitual con una tenue luz rojiza, parecía sumido en el caos. El viento huracanado y la lluvia azotaban las ventanas. El rugido de la tormenta, la fuerza de los grandes motores del barco y el crujido de la superestructura bajo el peso del meteorito al moverse sonaron por los altavoces. El barco se escoraba de forma alarmante, y la tripulación se agarraba a las barandillas y los asideros para evitar caerse. La capitana estaba al timón y el primer oficial, Howell, se hallaba detrás del sistema de navegación.

La capitana Britton se volvió.

«Señor Howell», dijo, y su voz reproducida crepitó ligeramente en un altavoz cercano, «active una radiobaliza de cuatrocientos seis megahercios y mande a toda la tripulación a los botes. Si no he vuelto dentro de cinco minutos, usted asumirá las funciones de capitán».

Desapareció por la escotilla trasera del puente mientras Howell activaba la radiobaliza. Sonó una sirena, se encendieron unas luces rojas, y una voz mecánica gritó por megafonía: «Abandonen sus puestos. Abandonen sus puestos», una y otra vez.

Pasaron tres minutos y el barco seguía inclinándose con un tremendo chirrido metálico; se enderezó poco a poco, y acto seguido empezó a escorarse otra vez. En esta ocasión no se niveló, el barco se ladeó, grandes olas rompieron justo debajo de las ventanas del puente y derramaron cascadas de espuma y agua. Una de las ventanas estalló y se oyó el aullido del viento.

Y entonces la capitana Britton volvió.

—¡Ahí está! —dijo Gideon entusiasmado, inclinándose por encima del hombro de Glinn y señalando la pantalla central que mostraba el sistema de navegación—. Observe con atención: ella se acerca. Mire... ya llega. —Se inclinó todavía más, se apoyaba en la consola con una mano mientras con la otra apuntaba a la pantalla.

Efectivamente, Britton se aproximó tambaleándose, habló con el oficial de derrota —sus palabras se perdieron en medio del estruendo— y a continuación se volvió y dijo algo a Howell.

—¡Este es el momento! —anunció Gideon.

Britton hizo un gesto a Howell señalando algo situado debajo y acto seguido volvió a desaparecer por la escotilla trasera del puente.

En ningún momento tocó el diario de a bordo. No se acercó al cuaderno de bitácora.

—¿Han visto bastante? —preguntó Glinn, sarcástico.

—Espere —dijo Gideon—, podría volver.

—Gideon, se acabó la farsa. ¡Sabemos que bajó a la sala de aparatos porque allí es donde se encontró su cadáver! —dijo Glinn en tono cortante. Estaba pálido y tenía la frente perlada de sudor. El vídeo, que seguía en marcha, lo había alterado, como Gideon había previsto.

—Espere. Espere hasta el final.

El puente siguió ladeándose. Howell y el oficial de derrota abandonaron entonces sus puestos, como el resto de los tripulantes del puente, y salieron tambaleándose mientras el barco continuaba escorándose. El chirrido del metal se convirtió en un grito; una ola enorme reventó una hilera entera de ventanas del puente; el sonido se disolvió en estridentes interferencias. Hubo un destello blanco y de repente la pantalla se oscureció.

Glinn apagó el vídeo. Se volvió y se levantó de la silla. Clavó en los dos

sus ojos grises.

—Pensar que podían engañarme de esta forma no solo ha sido una broma cruel sino también una estupidez mayúscula. Nunca pensé que ninguno de ustedes dos pudiera caer tan bajo.

Garza recobró la presencia de ánimo.

—De acuerdo, no lo hemos conseguido, pero era cuestión de principios. Merecía volver a ver esto como... ejemplo del orgullo desmedido que lo empujó a disolver la EES y a poner en peligro el medio de vida de cientos de personas. Y sigue debiéndonos una. Conseguiremos nuestro dinero de una forma o de otra.

—Como uno de ustedes vuelva a contactar conmigo, le pondré una orden de alejamiento. —Glinn se volvió hacia los guardias—. Sáquenlos de aquí.

Gideon se dejó agarrar por los hombros y empujar hacia la salida en compañía de Garza. Un momento más tarde estaban en Little West con la calle Doce, al frío sol de la tarde.

Anduvieron en silencio uno al lado del otro hasta Greenwich, doblaron la esquina y se detuvieron.

—¿Lo ha hecho? —preguntó Garza.

—Claro. —Gideon metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño dispositivo de memoria flash.

A Garza se le iluminó el rostro.

—Pensé que igual no tenía oportunidad. No lo he visto hacer nada.

—Esa es la cuestión, que no se vea. Es un truco básico de los magos: desviar la atención. Si controlas adónde mira el público, puedes conseguir cualquier cosa. El vídeo era un complemento perfecto. Cuando me he inclinado hacia delante, he señalado la pantalla y le he dicho a Glinn que observase con atención, y eso ha sido lo que han hecho todos: no solo Glinn, sino también los guardias. Mientras señalaba, he apoyado la otra mano en la

consola, donde están los puertos USB, y he introducido esta memoria flash. Cuando el vídeo ha terminado, me he erguido y la he hecho desaparecer entre los dedos: el mismo método que he usado para meterla en la sala. Usted dijo que el programa de búsqueda de la memoria portátil tardaba treinta segundos en iniciarse automáticamente, localizar el archivo de registro del disco de Festo, copiarlo y borrar los datos del sistema de la EES. Pero he esperado cuarenta para estar seguro.

—Pero ¿cómo lo ha pasado por el detector de metales? Cuando le han quitado las memorias flash me he asustado.

—Eran señuelos. —Gideon rio—. Una minimemoria flash no tiene suficiente metal para hacer saltar un detector.

Garza sonrió e imitó la voz fría y mordaz de Glinn:

—«¡Pensar que podían engañarme!».

Los dos rieron mientras enfilaban Greenwich hacia el piso de Garza.

La casa de Garza en el SoHo era un ático en el quinto piso de un viejo edificio industrial. Habría sido un piso acogedor y atractivo, pensó Gideon, de no estar tan puñeteramente ordenado. Todo, hasta un bolígrafo sobre la mesa, estaba alineado, limpio, pulido y organizado. Era algo consustancial a la personalidad de Garza.

El gran ascensor industrial empezó a bajar al vestíbulo chirriando. Hacía años alguien había pintado dentro, con espray, QUE OS DEN, pero al resto de los vecinos —le había contado Garza, irritado— les parecía que tenía cierto encanto transgresor y se negaban a volver a pintarlo.

—Me saca de quicio verlo cada día —había comentado.

El piso tenía paredes de ladrillo y viejas ventanas abovedadas con marcos metálicos que daban a Broome Street. Era un clásico loft de una habitación con una cocina pulcra en un rincón y una mesa de comedor, una cama en otro, una zona de estar en medio y, contra la hilera de ventanas, un espacio de trabajo con una mesa de acero y un surtido de aparatos alrededor de un reluciente iMac Pro.

Gideon sentía una emoción cada vez mayor, y percibía lo mismo en Garza. El éxito de su excursión a la EES le había provocado una agradable sensación de orgullo. Les había llevado casi dos días de planificación y ensayos, pero habían conseguido engañar al formidable Glinn con una simple y elegante puesta en escena. Todo había salido a la perfección. Seguro que Glinn se había

quedado meneando la cabeza con incredulidad ante su patética tentativa de timo, sin saber cuál había sido su auténtico objetivo ni —lo más importante— que habían tenido éxito.

—¿Una cerveza? —preguntó Garza dirigiéndose a la nevera.

—Claro.

Garza sacó dos botellas heladas de la nevera y se acercó a la mesa de trabajo, donde puso cada una sobre un posavasos y tomó asiento. Gideon se sentó a su lado y cogió su cerveza.

—Por haberle colado un gol al maestro de las excusas —dijo.

Entrechocaron las botellas, Gideon bebió un largo trago y tuvo cuidado de volver a poner la botella encima del posavasos.

—Bueno —dijo Garza—, deme la memoria flash.

Gideon se la entregó, y Garza la introdujo en uno de los puertos del ordenador. A los pocos segundos apareció una imagen del archivo de registro en la pantalla. Garza lo abrió y se desplazó rápidamente hasta el final. El último punto rezaba:

Estegano-1

—¿Qué es eso? —preguntó Garza.

—¿A mí me lo pregunta? —Gideon se encogió de hombros.

—Veamos las estrategias anteriores registradas por el ordenador.

Revisaron el archivo de registro de cabo a rabo. El ordenador había probado cientos de enfoques distintos, empezando por varios análisis filológicos, logosilábicos y lingüísticos basados en distintas lenguas y escrituras muertas, como el persa antiguo, el micénico, el acadio, el elamita, el lineal A y B, el minoico, el hierático, el demótico y el jeroglífico. Ninguno de esos enfoques había dado resultado, aunque las marcas de tiempo indicaban

que había dedicado semanas, incluso meses, a cada uno. Luego el programa cambió de planteamiento y dio por sentado que lo grabado en el disco no era un lenguaje escrito normal sino algún tipo de código. Había adoptado una técnica polialfabética y de fuerza bruta, y luego métodos más exóticos. Ninguno había resultado. Hasta el último: Estegano-1.

—Estegano-1 —repitió Gideon, y a continuación lanzó un grito y se dio un manotazo en la frente—. ¡Qué idiota soy! Estegano: ¡abreviatura de «esteganografía»!

—¿Qué es eso?

—Una forma de codificación. Bueno, en realidad no es un tipo de codificación: se trata de un mensaje escondido dentro de otro mensaje o de una imagen. Es una de las formas más antiguas de ocultación. Se usa desde hace miles de años. —Hizo una pausa—. Heródoto, en una de sus *Historias*, recordaba a un rey que envió un mensaje a otro afeitando la cabeza al mensajero y tatuándole el mensaje en el cuero cabelludo. Cuando le volvió a crecer el pelo, llevó el mensaje con instrucciones de que se le afeitase la cabeza.

—Supongo que no era un mensaje urgente.

—Supongo que no. Durante la Segunda Guerra Mundial, la esteganografía se utilizó para enviar mensajes en imágenes mediante puntos microscópicos. En la actualidad es algo todavía más común. Con los ordenadores, por ejemplo, se puede hacer una fotografía de un paisaje y ocultar en él otra imagen, y luego revelarla sacando datos de la imagen principal. O se puede esconder un mensaje en código informático escribiendo instrucciones redundantes.

—Pero ¿cómo podría aplicarse la esteganografía al disco de Festo?

Gideon se encogió de hombros.

—Ese es el problema.

Garza tecleó un comando y abrió una imagen del disco y, a su lado, un archivo que mostraba los glifos, o imágenes, en una tabla.

—Hay doscientas cuarenta y dos «letras» en el mensaje, hechas con cuarenta y cinco glifos distintos. La información codificada en el disco no puede ser muy extensa. O sea, ¿cuánta información podrían contener doscientas cuarenta y dos letras?

—Cierto.

—Y hay otro problema. Si el ordenador no ha podido identificar la lengua original, y parece que eso es lo que ha ocurrido, ¿cómo es que afirma que ha descifrado el mensaje codificado en ese idioma original?

Gideon reflexionó. Desde el punto de vista de la lógica parecía imposible. Si no conocías un idioma, ¿cómo podías descifrar un mensaje codificado en ese idioma? Tenías que contar con el texto original para descifrar el código.

Espiró largamente.

—Solo hay una respuesta posible. Que no sea un idioma.

—¿Qué quiere decir?

—El disco de Festo no es un idioma. Nunca lo fue. No puede serlo. Acaba usted de demostrarlo.

—Entonces, ¿qué narices es? —preguntó Garza.

—Es un dibujo. Una pintura. Así funciona la estenografía.

—Pero ¿cómo va a ser un dibujo? Es un montón de dibujitos sin relación que no encajan unos con otros.

—¿Ha visto dibujos hechos con conjuntos de letras? Esto podría ser algo parecido.

—No lo sigo —reconoció Garza.

—Cada uno de esos glifos —dijo Gideon, pensando rápido— podría representar un punto negro de determinado tamaño. Si se disponen en el orden correcto, se obtiene una imagen rudimentaria. Es estenografía en estado puro.

He aquí un mensaje secreto hecho para que pareciese escrito en un idioma pero que no se trata de ningún idioma. Lo que hay es un dibujo oculto en lo que parece un texto indescifrable o absurdo.

—Entiendo. Déjeme pensar un momento.

Gideon observó cómo el rostro de Garza se replegaba sobre sí mismo. Había visto eso mismo antes, cuando resolvía un complejo problema matemático o de ingeniería.

—Vale. Tenemos doscientos cuarenta y dos glifos..., pero vuelva a mirar la imagen del disco de Festo. Los símbolos están dispuestos en dieciocho grupos. Si dividimos doscientos cuarenta y dos entre dieciocho, da trece con un resto de ocho.

—¿Qué significa eso? —preguntó Gideon.

—Ordenemos secuencialmente los símbolos en una serie de trece por dieciocho y veamos qué sale.

Garza tecleó con vehemencia y enseguida apareció la serie deseada. Pero era confusa y vaga, y Gideon no distinguía ninguna imagen clara.

—No pasa nada —dijo Garza con decisión—. Supongamos que cada símbolo representa un tono en la escala de grises, del blanco al negro. Convirtamos el archivo de datos a código hexadecimal. Introduzcamos los datos, de los valores bajos a los altos, con el cero cero equivalente al blanco en hexadecimal y los siguientes al negro, y ordenemos el resto en tonos graduados de gris.

—Pero ¡los antiguos no entendían el lenguaje ensamblador!

—Ni falta que les hacía. Solo estamos aplicando métodos modernos a un enigma antiguo. Y no olvide que la estenografía fue idea suya.

Más tecleo. En la pantalla apareció una imagen, esta nítida y clara. Mostraba tres líneas oscuras que serpenteaban hacia el centro y creaban una sección toscamente triangular en medio. A lo largo de los bordes de la imagen

había dos líneas irregulares enroscadas. A un lado del centro, cerca del punto de encuentro de las tres líneas, había una matriz geométrica de cinco puntos.

Garza espiró.

—Ahí está. La traducción del disco de Festo.

—Es un montón de garabatos y puntos. ¡Sigue pareciendo un maldito código!

—A mí no. —Garza no apartaba la vista de la pantalla—. Podría ser una imagen vista desde arriba.

—¿Como un paisaje? —Gideon le echó otro vistazo—. Con un poco de imaginación podría parecer un valle en el que confluyen tres cañones.

—Para ver un cañón de esa forma habría que estar a mucha distancia y muy arriba.

—Muy arriba —murmuró Gideon. Y a continuación susurró—: Sí. Como en la cima de una montaña. Creo que tiene razón. Es un paisaje. Eso podrían ser tres arroyos o riachuelos que se juntan en un valle, y esos otros garabatos podrían ser el pie de las montañas situadas a cada lado.

—Entonces, ¿qué es esa cosa de los cinco puntos?

—Yo diría que la equis que marcaba el lugar. Es un antiguo símbolo llamado quincunce.

—¿El lugar de qué? ¿Del tesoro?

Gideon se reclinó.

—Solo hay una forma de averiguarlo: ir allí. Tenemos que descubrir dónde está ese cañón o valle.

Garza resopló.

—Parece el no va más de las búsquedas absurdas.

—Tal vez. Pero era una localización lo bastante importante como para que la codificaran en el disco de Festo y la guardaran en el palacio de un rey minoico. No puede ser cualquier cosa. Solo tenemos que descubrir en qué

lugar de la Tierra está. —Hizo una pausa—. ¿Ha oído hablar de una herramienta de búsqueda que se llama Terrapattern?

—No.

—Funciona con Google Earth. Es como un software de reconocimiento facial, pero en lugar de caras reconoce paisajes. Introduces una vista aérea de un paisaje o un mapa en Terrapattern, y el programa encuentra el lugar exacto donde está.

—De acuerdo.

Garza empezó a teclear frenético. Accedió a internet, encontró el programa Terrapattern e introdujo la imagen en el software. Le dio a un botón.

Gideon vio el icono que indicaba que el programa se estaba ejecutando.

—Dice que podría tardar hasta treinta horas.

—No me extraña. La Tierra es un sitio puñeteramente grande. Si he entendido cómo funciona, tiene que comparar ese dibujito rudimentario con la superficie entera del planeta a múltiples escalas distintas.

—Vamos a cenar. A lo mejor cuando volvamos ha terminado.

Cuando regresaron a las once de la noche el programa había encontrado una coincidencia. En la pantalla aparecía una imagen de Google Earth con un pequeño rectángulo amarillo que señalaba el área seleccionada. Era una vista tomada desde unos tres mil metros de altura de unas montañas desérticas con una escarpadura espectacular, riachuelos áridos, profundos desfiladeros, llanuras cubiertas de gigantescos cantos rodados y dunas de arena con forma de medialuna. La zona seleccionada no era un río sino una confluencia de tres arroyos secos que atravesaban las montañas y formaban un valle aislado con un solo punto de acceso. Una fortaleza natural.

Gideon miró la imagen entrecerrando los ojos.

—¿Dónde demonios está eso?

—En la pantalla pone: «Triángulo de Hala'ib, desierto arábigo, Egipto».

—Egipto. —Gideon tomó el teclado, abrió una nueva ventana y accedió a Wikipedia—. Parece que el Triángulo de Hala'ib está en una región de veinte mil kilómetros cuadrados reclamada por Egipto y por Sudán. Precipitaciones anuales nulas, población nula, vida nula, un terreno muy accidentado de montañas escarpadas, dunas de arena y arroyos secos. Aquí dice que es uno de los entornos desérticos más extremos del mundo. —Retrocedió—. Haga zoom en el valle.

Garza obedeció y creó una doble imagen con el mapa del disco de Festo a un lado y el área de Google Earth al otro, ambos a la misma escala.

—¿Puede haber un lugar más inhóspito en la Tierra? —preguntó Gideon mirando la pantalla.

Garza tardó un tiempo en contestar.

—Lo dudo.

A las seis de la mañana Eli Glinn seguía despierto en la cama después de una larga noche en vela. Le preocupaba algo, pero no sabía qué exactamente, aparte del fastidio que le había provocado la ridícula visita vespertina de Garza y Gideon.

Era rarísimo. Los dos deberían conocerlo lo bastante como para saber que era la persona menos sentimental de la Tierra, inmune a una treta como la que habían intentado utilizar con él. Tal vez tenían derecho a quejarse —Garza, al menos—, pero lo cierto era que habían recibido una remuneración justa, y él nunca había insinuado que quisiese mantener la relación con ninguno de sus empleados una vez que su proyecto especial hubiese tocado a su fin. Por primera vez desde que el *Rolvaag* se había hundido casi seis años atrás, Glinn se sentía aliviado. Quería disfrutar de esa nueva libertad y no tener a nadie alrededor que le recordase aquellos terribles años de remordimientos.

Pero ese ridículo plan de extorsión había resultado un duro golpe. Para su sorpresa, le había afectado. Cuando examinó los programas de análisis cuantitativo del comportamiento que les había hecho a los dos, no halló ningún indicio que señalara esa posibilidad. Su plan estaba tan penosamente ejecutado que se preguntaba cómo dos agentes tan inteligentes podían haberlo ideado. Gideon era impulsivo e impredecible, de modo que tal vez en su caso no era tan inverosímil, pero Garza era del todo fiable. Aunque no siempre... Recordó la crisis nerviosa de Garza en la isla perdida, cuando robó un

helicóptero y puso en riesgo la misión. Sí, incluso Garza tenía sus momentos de desatino.

Aun así, aquel timo era el colmo. Garza había reconocido que habían obtenido la información sobre él y Britton de las cintas de videovigilancia rescatadas entre los restos del *Rolvaag*. Pero urdir luego una historia de una nota escrita apresuradamente por Sally y confiada a Garza en el preciso instante en que su barco se estaba hundiendo... Eso no era propio de ella. Aunque hubiera querido escribir una nota como esa, no le habría dado tiempo. El engaño se veía a la legua. Era tan fácil desmontarlo...

«Era tan fácil desmontarlo...»

Glinn se incorporó en la cama. El corazón le latía rápido. Ese —comenzó a entender— era el turbador pensamiento escondido en lo más recóndito de su mente que lo había tenido despierto toda la noche: cómo Garza y Gideon no se habían dado cuenta de la facilidad con que se podía destapar su engaño. A lo mejor lo sabían perfectamente.

Intentar dormir era inútil. Más valía que se levantase y preparase café. Se puso de pie, se estiró y al hacerlo se fijó en la insólita fuerza que volvían a poseer sus piernas. Se acercó al ventanal, contempló las extensas vistas del río Hudson y el contorno engalanado del Bajo Manhattan. «Era tan fácil desmontarlo...» No tenía sentido que dos individuos tan inteligentes no se hubieran percatado de lo endeble que era su embuste.

Habían ido a su casa, habían intentado jugársela y se habían comportado como unos puñeteros idiotas cuando él había destapado sus mentiras. Ese había sido un momento memorable, tenía que reconocerlo: el fragmento de vídeo en el que se veía que Sally no había tocado en ningún momento el cuaderno de bitácora ni había escrito la nota.

¿No habían pensado en que él revisaría las cintas?

Un escalofrío le recorrió la columna. Tal vez sí lo habían pensado. Tal vez

contaban con ello. Tal vez su engaño había sido ideado para ser desmontado fácilmente.

Estaba dando rienda suelta a las conjeturas. Pero ¿y si en realidad su propósito era otro? ¿Cuál podía ser? ¿Habían utilizado con él un «pretexto», por emplear un término de ingeniería social? Pero ¿con qué fin? ¿Qué pretendían obtener al presentarse allí con aquella historia ridícula, intentar extorsionarlo y conseguir que los echaran a la calle?

¿Qué habían obtenido?

En primer lugar, habían obtenido acceso al inexpugnable centro informático de la EES. Recordó a Gideon inclinado por encima de su hombro, señalando la pantalla con el dedo, insistiendo en que mirasen con atención, en que estaba a punto de llegar el momento crucial. Cuando tenía que saber que ese momento no llegaría. Eso ya era raro. Pensó en la posición del cuerpo de Gideon, inclinado por encima de su hombro, con la mano derecha señalando la pantalla, la mano izquierda apoyada a un lado de la consola del ordenador...

Donde había varios puertos de entrada, incluidos puertos USB.

Una sensación fría y desagradable brotó de sus entrañas. Se volvió, levantó el teléfono de su línea segura y marcó un número.

—¿O'Bannion? ¿Puede revisar el sistema informático central de la EES y recopilar una lista de la actividad que se produjo entre las tres y las tres y media de la tarde de ayer? Necesitaría saber a qué archivos se accedió, desde qué lugar y a qué hora. Gracias.

Colgó el teléfono y esperó mirando la luna plateada que flotaba sobre la Freedom Tower. El cielo empezaba a pasar del negro al azul oscuro, la primera luz del nuevo día.

Sonó el teléfono. Glimm lo cogió, escuchó y luego colgó despacio. Aunque estaba oscuro y hacía fresco, Glimm sintió que el calor de la humillación invadía los capilares de su cara y se extendía por su cuerpo como una

infección. Su autocomplaciente sensación de bienestar y de triunfo se desvaneció en un instante.

Lo habían engañado. Y con una facilidad asombrosa.

Eso no quedaría así.

Gideon se acercó al balcón, abrió las puertas enceradas y dejó entrar la fresca brisa previa al amanecer. El bullicio de El Cairo iba en aumento, entretejido con los cláxones de los coches y los gritos de los vendedores más tempraneros que instalaban sus mercancías a lo largo de la Cornisa del Nilo. Con una taza de café turco bien cargado en la mano, contempló el despertar de la ciudad y aspiró su embriagador aroma: los gases de escape de los automóviles, el polvo y la intensidad del Nilo, que discurría como una plancha de acero azulado a la luz lejana. Habían reservado una suite en el Ritz-Carlton por la insistencia de Gideon: había ahorrado casi medio millón de dólares de sus ganancias trabajando en la EES, y pensaba disfrutar de los dos meses que le quedaban costara lo que costase. Garza, un tacaño nato, se había quejado un poco pero al final había cedido. Ese era solo uno de los muchos desacuerdos que habían tenido en los cinco días transcurridos desde que habían tramado el plan, y Gideon sabía que el viaje a El Cairo era la parte fácil.

Oyó un grito débil y cantarín, y luego otro, y otro, elevándose por encima del amanecer: un melodioso cántico pentatónico. Por un momento se preguntó si sería una actuación musical, hasta que se dio cuenta de que era la llamada a la oración de los muecines desde los numerosos minarettes que salpicaban la ciudad.

Nunca había estado en Oriente Próximo, y El Cairo le parecía fascinante: un derroche de color, sonido y vistas exóticas. Habían llegado en un vuelo desde

Nueva York la tarde anterior. El trayecto del aeropuerto al hotel había sido una locura, un atasco colosal en el que limusinas, tráileres, camiones, carros tirados por burros y taxis destartados avanzaban en todas direcciones sin preocuparse por los semáforos ni por el lado correcto de la calle. Garza, obsesionado con el orden, se había irritado y había proferido una sarta ininterrumpida de descalificaciones mientras el taxi paraba, arrancaba y hacía sonar el claxon; el taxista participaba con ganas en el tumulto. A Gideon, en cambio, aquel ambiente caótico le había infundido vigor.

Oyó que se abría una puerta y al volverse vio a Garza salir de su habitación. Estaba ojeroso.

—He preparado café turco —dijo Gideon—. Está en el calentador.

—¿Turco? ¿Aquí no hay buen café de Estados Unidos?

—Claro, pero tendrá que hacerlo usted.

Garza entró en la cocina, y Gideon enseguida lo oyó trastear con la cafetera. Desde que habían salido de Nueva York, Garza había adoptado lo que Gideon llamaba para sus adentros su «cara de póquer», una expresión seria, de cauta determinación a ponerse manos a la obra. Gideon la recordaba bien de sus anteriores misiones. El ingeniero, pensó, podía resultar un compañero de viaje difícil.

Mientras reflexionaba sobre Garza, advirtió que se parecía a Glinn en muchos aspectos, lo que quizá explicara el profundo resentimiento del ingeniero. Después de varias misiones con Garza, Gideon apenas sabía de su pasado, solo que Garza y Glinn habían estado juntos en el ejército de asalto, habían ascendido en las fuerzas aerotransportadas, y que Garza había sido el número dos de Glinn. El ingeniero siempre había ofrecido una fachada taciturna y huraña, y desaprobaba abiertamente la forma de hacer las cosas de Gideon. Al principio, incluso se había opuesto a que Glinn lo contratase. Esa desaprobación había disminuido poco a poco a lo largo de las operaciones en

las que habían participado juntos, y en ocasiones el hombre era capaz de sorprendentes actos de independencia e insólito valor: su incautación del helicóptero durante la misión en la isla perdida, por ejemplo.

Oyó pasos, Garza volvía de la cocina con una taza de café humeante. Tenía una carpeta en la mano.

—¿Qué es eso?

—No podía dormir —contestó Garza—. El jet lag. Así que he aprovechado el tiempo. —Le dio la carpeta—. Información sobre nuestro destino, el Triángulo de Hala'ib. Va a ser un viajecito, y todavía tenemos que decidir el medio óptimo de transporte.

Gideon abrió la carpeta. Había mapas impresos, cartas topográficas y geológicas, y textos informativos. Impresionado, hojeó el contenido. Típico de Garza. Viajar con él tenía sus inconvenientes, pero también sus ventajas. Ese tío era un boy scout, siempre estaba preparado.

—Vamos a pedir algo de desayunar al servicio de habitaciones y lo estudiamos.

—¿El servicio de habitaciones? En los hoteles como este te desangran. ¡Un vaso de zumo de naranja cuesta treinta y seis libras egipcias!

Gideon frunció el entrecejo. Resistió el impulso de señalar que esa cifra equivalía a solo tres dólares.

—Bueno, pues hábleme del Triángulo de Hala'ib.

Los dos se sentaron con su café en dos mullidos sillones.

—Resumiendo —empezó a decir Garza—, el Triángulo de Hala'ib se encuentra en la frontera de Egipto con Sudán. La zona ha sido motivo de controversia entre los dos países desde que en el siglo XIX los británicos la cagaron marcando las fronteras.

—La cagaron marcando fronteras en todo el mundo.

—Eso está claro. En fin, es un desierto que tiene el mar Rojo al este y el

Nilo al oeste. Pero no es un desierto con dunas interminables como el Sáhara: es montañoso y está surcado por escarpados barrancos y uadis laberínticos. La temperatura a menudo alcanza los cincuenta grados. Como la zona está en litigio, se aconseja a los viajeros que la visitan que pidan permiso al gobierno egipcio y viajen con escolta policial.

—¿Qué? ¿Tenemos que contratar policías? ¡No dará resultado!

Garza dejó escapar una sonrisa cínica.

—Por supuesto que no. Encontraremos la forma de evitarlo. Egipto es un país donde se pueden conseguir muchas cosas a base de *baksheesh*.

—¿*Baksheesh*? ¿Se refiere a sobornos?

—No lo llame «soborno». Es un favor monetario, una propina, por así decirlo, para inspirar buena voluntad, y una señal de respeto.

—Entendido.

—Nuestro destino final se encuentra dentro de la Zona Prohibida, por desgracia.

—¿Qué es eso?

Garza sacó un mapa topográfico.

—Es esta región, aquí, en la parte sudoeste del triángulo. Como puede ver, está dominada por la gran montaña Gebel Umm, que significa «la Madre de las Montañas» en árabe.

—Caray.

Gideon observaba la región, repleta de líneas de curvas de nivel.

—Es increíblemente agreste —continuó Garza—. Gebel Umm está rodeado de un laberinto de valles sinuosos, cañones y montañas menores. En esa zona se produce un extraño fenómeno llamado «oasis de niebla».

—¿Oasis de niebla?

—También se denomina «desierto de niebla», y tiene lugar en muy pocos sitios de la Tierra: el desierto de Atacama, el desierto del Namib, en África, y

aquí. Es una sección de desierto sin lluvia pero con mucha niebla. El fenómeno se produce cuando una ráfaga de aire húmedo procedente del mar Rojo es impulsada hacia arriba por las montañas y se condensa hasta convertirse en una niebla densa. Esa niebla se acumula en valles de alta montaña y forma ecosistemas especializados en miniatura que se alimentan de la niebla meona. No facilitan la fotografía aérea o por satélite. —Dio unos golpecitos en la pila de mapas—. Las palabras NO INSPECCIONADO aparecen impresas por todas partes en los valles de alrededor.

—¿Así que nuestro valle está envuelto en niebla?

—No. Que yo sepa, está más allá. Pero tenemos que pasar por un oasis de niebla para llegar.

A Gideon casi le daba miedo hacer la siguiente pregunta.

—¿Por qué se llama Zona Prohibida?

—Durante la época de dominio británico, en 1888, Egipto y Sudán libraron una batalla por el triángulo. El conflicto terminó en tablas, pero los dos bandos sufrieron muchas bajas e hicieron prisioneros. Se enfrentaron y torturaron hasta la muerte a sus respectivos prisioneros a la vista del otro bando, una brutalidad sin límite. Como consecuencia, los británicos declararon la parte sudoeste del triángulo tierra de nadie, una especie de zona desmilitarizada. Eso condujo a una frágil paz en la que los dos bandos acordaron que no volverían a entrar en la Zona Prohibida. Solo unos cuantos miembros de tribus beduinas que ya vivían allí pueden quedarse. Pero en los últimos cuarenta años el gobierno egipcio ha levantado modernos asentamientos a lo largo de la costa del mar Rojo en el intento de animar a los beduinos de las montañas a que se dejen ver y se establezcan allí. La mayoría lo han hecho, pero se rumorea que quedan unos pocos que se aferran obstinada e incluso violentamente a su antiguo estilo de vida.

—Tiene lógica que el pueblo de Festo eligiese un sitio tan apartado.

—Está claro que los antiguos eligieron el lugar más inhóspito que encontraron en el mundo conocido para ocultar el secreto del disco de Festo.

Gideon meneó la cabeza.

—Realmente es el último rincón de la Tierra.

—Nos hemos enfrentado a cosas peores, Gideon. Podemos conseguirlo. —
Garza cogió la carpeta—. ¿Qué piensa hacer?

—¿Qué pienso hacer?

—Con su mitad.

Gideon tardó un instante en diseccionar la pregunta.

—Eso suponiendo que encontremos algo. Y que eso valga algo.

—Oh, lo encontraremos, eso seguro. El hecho de que esté tan bien escondido demuestra lo valioso que es.

Gideon respiró hondo.

—Tampoco es que me quede mucho tiempo para disfrutar de nada. La verdad es que no lo he pensado mucho.

—Pues yo sí.

—¿Ah, sí? ¿Qué hará con su mitad?

Garza se quedó callado tanto rato que Gideon pensó que no iba a responder. Pero entonces dijo:

—Duesenberg.

—¿Qué?

—Resucitaría Duesenberg. Hacían los coches más elegantes y con la tecnología más avanzada de su época. Fabricaban cada carrocería individualmente, al gusto del dueño. Imagínese, en los años veinte tenían motores de ocho cilindros en línea con dobles árboles de levas en cabeza. En Estados Unidos no había coche más potente, más caro ni más rápido. Era una empresa dirigida por ingenieros; ingenieros apasionados y con sueños. Si la

Gran Depresión no los hubiera dejado en la ruina, quién sabe dónde estarían ahora.

Ese era uno de los monólogos más largos y sentidos que Gideon había oído pronunciar a Garza.

—Duesenberg. No tenía ni idea.

Garza asintió despacio y con expresión ausente.

—Mi padre era mecánico. Le encantaba trastear con coches. Los que más le gustaban eran los antiguos: Packard, Pierce-Arrow... En el garaje de casa siempre había un par medio desmontados. Todos los años, en el desfile del día de la Independencia conducía un Kissel Gold Bug de 1921. Pero su pasión eran los Duesy. Teníamos un SJ sobrealimentado que mi padre había restaurado hasta dejarlo en perfectas condiciones, pero aun así no podía resistirse a enredar con él. Cuando yo acababa de hacer los deberes, me dejaba ayudarlo. Debimos de desmontar y volver a montar aquel trasto una docena de veces. Tres toneladas de elegancia, pero pasaba de cero a cien en ocho segundos.

—¿Qué fue de él? —preguntó Gideon.

Garza no lo oyó. Tenía la mirada perdida.

—Ya nadie hace máquinas de conducir por amor a la ingeniería. Y es una puñetera lástima, porque en la actualidad hay mucha tecnología esperando que la utilicen. El motor de combustión interna es un dinosaurio. La gente cree que los coches eléctricos son demasiado lentos, pero, demonios, mire el Venturi Fétish. Imagínese: combinar electricidad, rendimiento y auténtico lujo para personas que valoran los detalles y a las que no les preocupa el precio. Eso sería Duesenberg hoy.

Se hizo otro largo silencio. Finalmente, Gideon se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Cree que Glinn tiene idea de lo que tramamos?

El rostro de Garza abandonó su expresión distante. Apuró su taza de café y la dejó.

—Ya lo vio. Sigue en las alturas creyéndose el salvador del mundo. Además, es demasiado arrogante para reconocer que lo han engatusado.

—Pero ¿y si encuentra rastros del robo en la red informática de la EES?

—No los encontrará a menos que busque la intrusión específicamente, y él no hará eso. Si acaso, seguirá felicitándose por habernos visto venir.

Gideon no contestó, pero se preguntaba si Glimm sería tan fácil de engañar. ¿Qué haría ese hombre si descubría que lo habían timado? La experiencia le decía que no era vengativo ni cruel, pero sería un rival formidable si se enfadaba.

—No es por Eli por quien tenemos que preocuparnos —dijo Garza dando una sacudida a la carpeta—. Sino por llegar a la Zona Prohibida sin que nos ejecuten por infieles durante el camino. Así que vayamos a desayunar a un café de la Cornisa y a pensar los detalles de cómo llegaremos allí.

El barco, el *Egyptian Epiphany RiverShip II*, había zarpado del reluciente muelle de Suez y surcaba el golfo; a popa, los minaretes de la gran mezquita situada en el embocadero del canal de Suez se empequeñecían en el claro aire del desierto. Gideon y Garza habían esperado hallar pasaje en un crucero a Asuán por el Nilo, pero a esas alturas todo estaba reservado. De modo que optaron por la siguiente mejor opción y reservaron un camarote con dos camas de matrimonio en un pequeño crucero que hacía el circuito del mar Rojo. A continuación, a medianoche, hicieron un horrible trayecto en taxi de El Cairo a la ciudad de Suez. A la luz del día, Gideon descubrió que era sorprendentemente moderna y limpia, no frenética como El Cairo, pero carecía de su encanto y exuberancia.

Gideon se hallaba en la popa de la embarcación, de cien metros de eslora, con Garza a su lado. Cada uno sostenía una botella tibia de Stella Lager mientras el barco dejaba una estela blanca en las aguas color turquesa del golfo. Gideon lanzó una mirada a su compinche. Garza llevaba una camisa hawaiana y bermudas, unas Ray-Ban y un sombrero panamá barato que había comprado en un bazar de El Cairo. Gideon había elegido con cuidado la vestimenta de los dos, pero había cometido un error de cálculo del que no se dio cuenta hasta que ya era demasiado tarde. Había dado por supuesto que todos los cruceros estaban llenos de gente ruidosa, chabacana y medio borracha. No sabía que el *Egyptian Epiphany* hacía un recorrido por antiguos

yacimientos arqueológicos, ni que la mayoría de sus pasajeros eran europeos jubilados con inquietudes intelectuales que vestían bien y hablaban sin alzar la voz. Lo salvó un bullicioso grupo de una decena de estadounidenses que habían ganado el crucero en un sorteo. Les traían sin cuidado las charlas y las presentaciones en vídeo, y se pasaban casi todo el tiempo en el bar, en la cubierta superior o en el salón de masajes. A pesar de sus risas y sus fanfarronadas, eran nativos del Medio Oeste ingenuos y de buen corazón, y Gideon cambió rápidamente su tapadera por la de un vendedor de tractores de Milwaukee que había ganado un viaje a Egipto con su colega como un incentivo de ventas. El único problema era Garza. No se había adaptado a la nueva situación y no parecía nada contento.

Mientras el barco navegaba hacia el sur, un guía, situado al fondo de la cubierta, describía los lugares de interés de las costas del Sinaí y de Egipto a un numeroso grupo de pasajeros, varios de los cuales no paraban de tomar notas.

—John Deere —continuó Gideon, dirigiéndose a la pareja de británicos que tenía al lado, ambos con un gin-tonic agitado en la mano—, fabricados en Estados Unidos. No queremos nada con las fábricas chinas.

—Es terrible la cantidad de trabajos que se están trasladando a Extremo Oriente.

—John Deere no. Hace poco celebramos nuestro ciento ochenta aniversario.

—Es extraordinario.

—Ya lo creo. John Deere fue un inventor, y su primer invento fue el arado de acero autolimpiable, en 1837.

—¿De verdad?

—De verdad. —Gideon había absorbido un montón de información de Wikipedia—. Tomó la hoja de acero de una sierra escocesa y volvió a forjarla para convertirla en un arado cuyos lados resbalasen. El truco estaba en que, a

diferencia de lo que sucedía con el hierro o la madera, en el nuevo arado la arena no se pegaba. ¡Y doy fe de que conquistó la tierra de las llanuras del Medio Oeste! Mi amigo Manny, aquí presente, y yo nos dedicamos al sector agrícola de las ventas...

Advirtió que la pareja se apartaba de él poco a poco; habían perdido rápidamente las ganas que podían haber sentido en un principio de entablar conversación con él. Ese era el objetivo de Gideon: mezclarse con los demás estadounidenses cuando fuera necesario, pero ganarse enseguida una reputación de turista charlatán al que convenía evitar. El viaje en el *Egyptian Epiphany II* a Safaga duraba treinta y seis horas, y había varios soldados egipcios a bordo, en principio para tranquilizar a los turistas ante la posibilidad de un atentado terrorista. No podían permitirse despertar sospechas.

—Ya estoy harto de esto —dijo Garza de pronto, apartándose y echando a andar con paso resuelto por la cubierta.

La pareja interpretó el gesto como una señal para despedirse ellos también.

—Vamos a vestirnos para la cena —dijo el marido—. Encantado de conocerlo.

Gideon los observó marcharse, satisfecho con su interpretación pero muy irritado con Garza. Para empezar, conseguir que se vistiera como un turista estadounidense había sido un suplicio, y descubrir que no había sido la mejor tapadera no hizo más que empeorar las cosas. Pero no era solo la ropa: su expresión recelosa proclamaba a los cuatro vientos que ocultaba algo. Si querían tener éxito, debía meter en vereda a Garza, y cuanto antes mejor.

Encontró a Garza en su camarote, justo detrás de la tienda de regalos; ya se había quitado la ropa y se había vuelto a poner una camiseta blanca y unos

pantalones caqui planchados. Se levantó cuando Gideon entró con expresión sombría.

—Mire, Gideon, esto no es un viaje de placer. Usted no para de decir que no debemos llamar la atención, y ahí está, dando la nota en la cubierta.

Gideon lo miró fijamente.

—Es usted quien llama la atención parado de morros en un rincón y sin hablar con nadie. Y con esa camiseta blanca y esas puñeteras botas del desierto parece un agente del FBI de incógnito.

—Parezco lo que soy, ni más ni menos. No quiero ser un representante de tractores de Dubuque, joder. ¿Qué importa lo que piense la gente?

Gideon respiró hondo e intentó tragarse la ira. Para que la expedición fuese un éxito, él, el miembro más flexible de la pareja, tendría que llegar a un compromiso con Garza.

—Mire, es verdad que ahora mismo el disfraz tal vez no sea demasiado importante. Pero cuando lleguemos a Shalateen, el punto de partida a la Zona Prohibida, donde hay miembros de tribus beduinas en lugar de turistas y nuestra mera presencia podría ser ilegal, vamos a tener que actuar de forma totalmente convincente.

—¿Como qué?

—Todavía no lo sé. Lo averiguaremos cuando lleguemos a Shalateen. Pero solo podremos entrar en el Triángulo de Hala'ib con una buena tapadera y vestidos para interpretar un papel. Considere esto un ensayo. Porque no pararemos de mentir hasta llegar allí. Tiene que acostumbrarse.

Advirtió que su planteamiento por fin había hecho mella. El ingeniero se pasó la mano por su corto cabello moreno.

—Actuar se me da como el culo, y no sé nada de tractores.

—¡Venga ya, Manuel! Se pasó una noche entera investigando sobre el triángulo. Dedique cinco minutos a John Deere como he hecho yo.

—Representantes de tractores... ¿Por qué no podíamos ser ingenieros petroleros? Egipto tiene centros de producción de petróleo aquí, en Suez.

A Gideon le dieron ganas de reír.

—¿Y no cree que eso levantaría sospechas? Le dejo a usted la logística de la expedición, pero déjeme a mí la ingeniería social, ¿vale?

Una pausa.

—Vale.

—Hablando de logística, ¿tiene usted alguna idea de cómo lo sacaremos de Egipto? O sea, es cierto que no sabemos qué encontraremos, tal vez una tumba, tal vez una antigua biblioteca, tal vez un Burger King fosilizado, pero sea lo que sea, contamos con que hay un botín.

—Ese es el problema: sea lo que sea. No sabré cómo sacarlo clandestinamente del país hasta que lo vea. Pero ya me he preparado. Dependiendo del tamaño y el peso, espero pasarlo como una baratija para los turistas. En caso necesario, lo pintaremos con colores lavables chillones y lo enviaremos como cachivaches o réplicas a un distribuidor inexistente de Estados Unidos.

—¿Lo ve? Ese es un buen plan. Así es como triunfaremos: si cada uno de nosotros pone sobre la mesa lo mejor de sí mismo.

Se estrecharon la mano.

—Y ahora vuelva a ponerse esa maldita camisa hawaiana y subamos a cenar.

II

Dieciocho horas más tarde el *Egyptian Epiphany II* salía del golfo de Suez al mar Rojo, y a las pocas horas había atracado en un embarcadero para transbordadores de Safaga. Se trataba de un enorme puerto del centro-sur de Egipto lleno de grandes buques que estaban siendo cargados de potasa. Como el crucero continuaba por el mar Rojo hasta la ciudad saudí de Duba, y Gideon y Garza se dirigían al sur, tuvieron que desembarcar y buscar transporte en un transbordador costero, el único medio de desplazamiento.

Pasearon por el muelle con sus bolsas de viaje baratas echadas al hombro, vestidos como estadounidenses pero ataviados con lo que Gideon esperaba que pareciesen turistas aventureros. Localizaron la taquilla del transbordador, una casucha de madera en medio de un gran embarcadero asfaltado que brillaba con el calor. El mar Rojo se extendía más allá, una capa de agua oscura e inquieta que terminaba en un horizonte ardiente. Sentado dentro de la casucha había un vendedor vestido con una galabiya y bebiendo té.

—Yo me ocupo.

Gideon no creía que el ceño fruncido de Garza fuese bien recibido. Se acercó al hombre y le dedicó una sonrisa ancha y cordial de estadounidense estúpido.

—Hola, amigo mío —dijo—. ¿Habla mi idioma?

El hombre dejó su vaso de té, negó con la cabeza, y su barba partida tembló. Gideon miró alrededor y divisó a un niño con unos pantalones cortos

manchados y una camiseta andrajosa, que observaba desde la distancia con ojos brillantes.

—¿Hablas mi idioma?

—Sí, señor.

Gideon sacó un par de libras egipcias de su cartera.

—¿Serías tan amable de decirle a este caballero que nos gustaría comprar dos billetes de ida a Shalateen?

El niño lo miró fijamente.

—¿Querer ir allí?

—Sí.

El niño se encogió de hombros y habló en árabe con el vendedor de billetes. El hombre los contempló a los dos con sincero asombro y acto seguido soltó un torrente de palabras al niño en árabe.

—Transbordador malo para estadounidenses. Solo para *fellahin*. Preguntar por qué ustedes ir.

—Somos submarinistas. —Gideon dio una ligera patada a la bolsa de viaje situada a sus pies—. En Shalateen hay sitios estupendos para bucear. Dile que estamos acostumbrados a viajar sin comodidades.

El niño lo observó y a continuación le tendió la mano.

—¿Dos libra?

Gideon hurgó en su riñonera y sacó un billete de cinco libras.

—¿Habrá suficiente con esto para el resto de la conversación?

—¡Sí, señor!

El niño agarró el billete con una sonrisa radiante. La transacción se completó enseguida gracias a unas cuantas libras de *baksheesh* entregadas al vendedor de billetes. El transbordador, les dijeron, no partiría hasta la mañana siguiente.

Gideon se volvió hacia el niño.

—¿Cómo te llamas?

—Asim —contestó el muchacho con una sonrisa dentada.

—Yo soy Gideon. Este es Manuel.

—¡Hola, señores! ¿Necesitar guía?

—La verdad es que sí.

El niño se dio un manotazo en su pecho huesudo.

—¡Yo guía!

—Perfecto. Necesitamos un sitio donde alojarnos. Algo barato y que esté cerca. Pero con aire acondicionado.

—¡Seguir!

El niño empezó a caminar con paso rápido, y Gideon y Gaza cogieron sus bolsas y lo siguieron. Deambularon por calles polvorientas, girando en una dirección y luego en otra, y se cruzaron con cabras, un camello y un par de búfalos de agua uncidos uno al lado del otro y conducidos por un niño de unos cinco años que llevaba una vara larga. Finalmente llegaron a un modesto hotel de hormigón, más bien una pensión.

—Este ser buen hotel —dijo Asim.

Entraron, y el niño volvió a hacer de traductor. La habitación costaba cincuenta libras la noche: cuatro dólares. Antes de pagar, inspeccionaron las habitaciones, que les parecieron sorprendentemente limpias y frescas. Aunque el aparato de aire acondicionado hacía ruido y vibraba, refrescaba las habitaciones de forma bastante aceptable. Dejaron sus bolsas de viaje y se reunieron en el exterior, donde Asim los esperaba.

—Vale, ¿adónde ahora? —preguntó el joven—. ¿Playa?

—No, queremos ir al bazar.

Asim echó a andar, agitando sus brazos como palillos, y lo siguieron por más calles sinuosas entre edificios de hormigón hasta que de pronto desembocaron en un amplio mercado, con tiendas de vivos colores y

abundantes puestos, rodeado de callejones que iban en todas direcciones. Un aroma embriagador flotaba en el aire del desierto: había montones de sacos y de cestos llenos de especias, tanto molidas como en grano.

—Queremos comprar ropa egipcia —dijo Gideon.

—¡Seguir!

Serpentearon entre los puestos hasta que llegaron a la zona de la ropa. En toda una hilera tenían vestimentas occidentales, pero la mayoría vendían ropa tradicional. Gideon buscó entre las galabiyas —las camisas largas y holgadas que llevaban los hombres egipcios—, eligió una y se la acercó al cuerpo. Era de algodón gris con rayas azules, y era tan larga que podría haber sido un vestido. Se la pasó por la cabeza.

—¿Te gusta? —preguntó al niño.

—¡Sí, señor!

—Y eso que llevas en la cabeza. —Señaló con la mano—. ¿Cómo se llama ese turbante o ese pañuelo?

—*Imma*.

—Eso. *Imma*. ¿Dónde están?

—Allí.

Asim señaló unos colgadores con largas telas con nudos.

—¿Quieres decir que tenemos que enrollárnoslas nosotros?

—Sí.

—¿Nos enseñas cómo se hace?

—Sí.

—Queremos dos. —Se volvió hacia Garza, que se había quedado atrás y en silencio durante el diálogo—. Venga a probarse una galabiya.

—No vamos a intentar pasar por egipcios, ¿verdad?

—Ya hemos tenido esta conversación. Yo me encargo de nuestra tapadera. Venga aquí.

Garza se acercó de mala gana. Gideon lo midió y tomó una galabiya del colgador.

—Pruébesela.

Frunciendo cada vez más el ceño, el ingeniero se la pasó por la cabeza y la dejó caer.

—Mi talla.

Se la quitó con celeridad.

—¿Cuánto? —preguntó Gideon a Asim.

El niño entabló conversación con el vendedor, un joven de poblada barba morena, y a continuación tuvo lugar una tremenda discusión en la que el niño gritaba y gesticulaba, agitaba los brazos, realizaba un gesto de corte con las manos y negaba con la cabeza.

—Él intentar cobrar de más. Yo conseguir mejor precio. Doscientas cinco libras.

Gideon hizo un cálculo rápido: once dólares.

—Buen trabajo, Asim.

—¡Gracias, señor!

Gideon pagó al ceñudo vendedor.

—Y ahora la cena.

—¿Gustar kebab?

—Oh, sí.

Otro recorrido por calles de sofocante calor entre muros de adobe los llevó hasta un restaurante de kebabs con un par de mesas a la sombra en el exterior. El niño se sentó con ellos y pidieron kebabs y Fanta. Garza intentó pedir una cerveza.

—No cerveza. Es *haram*. Solo Fanta naranja.

—¿Nada más? ¿No hay Coca-Cola? ¿Ni Pepsi?

—¡Fanta la mejor!

—Creo que nos espera un viaje con el gaznate seco —dijo Garza, malhumorado.

Les sirvieron los kebabs, y a Gideon el suyo le pareció delicioso. Asim comía como una lima y pidió otra ración mucho antes de que ellos hubieran terminado.

—Tienes mucha hambre —comentó Garza.

—¡Kebab bueno! —afirmó el niño con la boca llena. Hizo una señal con la mano al camarero para que se acercase y pidió una tercera comanda y otra Fanta.

—Ten cuidado, no vayas a explotar —dijo Garza.

La escuálida barriga de Asim parecía en efecto hinchada.

—Nunca.

Después de cenar, Asim los llevó otra vez al hotel. En la puerta les enseñó a enrollarse la *imma*. Gideon sacó un billete de quinientas libras de su cartera y se lo dio.

—¡Gracias, señores!

Se metió el billete en el bolsillo y se fue corriendo con una gran sonrisa.

—Le ha pagado cinco veces más de lo que debía —dijo Garza, que había permanecido callado prácticamente durante toda la pequeña aventura.

—Veintiocho pavos —dijo Gideon—. Podemos permitirnoslo. Es un chaval majo.

—Mire a ver si todavía tiene la cartera.

Gideon no pudo evitarlo: se palpó el bolsillo trasero, y la cartera seguía allí.

—Qué cínico es usted.

—Puede. ¡Pero lo ha comprobado!

Aunque ya le habían pagado y lo habían despachado, Asim los esperaba a la mañana siguiente antes del amanecer, mientras las llamadas del muecín resonaban por los altavoces repartidos por toda la ciudad.

—¡Yo ayudar! —gritó cuando salieron del hotel con sus bolsas de viaje. Agarró el de Garza, se lo echó sobre sus escuálidos hombros y partió a paso rápido haciendo caso omiso de las protestas de Garza mientras lo seguían. La bolsa era más grande que él.

Cuando llegaron al puerto, y vieron la única embarcación atracada en el muelle de asfalto, Gideon se paró en seco.

—Madre mía —exclamó Garza deteniéndose a su lado—. No iremos a montarnos en eso, ¿verdad?

Gideon se volvió hacia Asim.

—¿Ese es el transbordador?

—Sí, señor.

Una enorme multitud de gente, con coches que pitaban, burros que rebuznaban, hombres con una cabra viva en los hombros, un chico con un par de búfalos de agua uncidos, un hombre con una carretilla llena de sandías, subían agolpados en una masa caótica a la cubierta del transbordador. Antaño el barco había sido blanco con una raya roja en la línea de flotación, pero ahora tenía tantas manchas de óxido y tanta pintura desconchada que parecía una embarcación abandonada que había sobrevivido por poco al Apocalipsis.

Dos chimeneas escupían humo negro de gasóleo, que se elevaba en el aire desplegando una cortina. Se sentía la vibración del traqueteo de los motores. Al fondo del transbordador, un pequeño puente de mando construido con acero oxidado se alzaba por encima de la cubierta. Gideon vio al capitán y a un par de tripulantes moviéndose de aquí para allá.

—Parece la barca de Caronte en el Hades —dijo Garza.

—¿Seguro que es la única forma de ir a Shalateen? —preguntó Gideon con incredulidad.

—Era esto o alquilar un coche y conducir ochocientos kilómetros por una carretera terrible famosa por los bandidos, los secuestros y alguna que otra decapitación a manos de terroristas, y donde si tienes una avería puedes morir de sed o de un golpe de calor antes de que llegue ayuda.

Asim los miraba con inquietud.

—¿Yo acompañar a barco?

—Bien.

Asim empezó a abrirse paso entre la multitud empleando la bolsa de Garza para apartar a la gente, balanceando los hombros a un lado y al otro y gritando en árabe. La táctica resultó extraordinariamente efectiva, y pronto embarcaron por una ancha rampa a una cubierta con manchas de aceite y pegotes de excrementos animales.

La sirena del transbordador sonó dos veces para avisar de su inminente partida. Asim había subido a bordo con ellos y no daba señales de marcharse.

—No puedes venir con nosotros —dijo Gideon.

—¿Por qué no? ¡Yo guiar!

—No necesitamos guía.

Gideon rebuscó en su cartera.

—¿Va a darle más dinero? —preguntó Garza.

Gideon sacó un billete de cien libras, pero no se lo dio.

—Esto es tuyo... pero solo si bajas del barco.

La sirena volvió a sonar mientras los últimos rezagados se peleaban por subir. Resultaba alarmante lo abarrotado que estaba el transbordador.

—¡Yo guiar! —dijo el chico, insistente.

—¡No! —Gideon agitó el billete por encima de él a modo de cebo—. Tienes que bajar. Ahora.

—¡Yo quedar con ustedes!

—¿Y tus padres? ¿Tu familia?

De repente Asim se quedó en silencio. Gideon metió la mano en la cartera, sacó otras cien libras y sujetó los dos billetes fuera del alcance del niño.

—Asim. No puedes venir con nosotros. Es peligroso. Toma, coge esto y baja del barco.

Con el rabillo del ojo, vio que Garza sacudía la cabeza.

—Vale, señor.

Gideon bajó la mano, y Asim cogió el dinero a regañadientes; se lo metió en su andrajoso bolsillo y se volvió contra la corriente sin ganas y sin éxito.

—¡Si no bajas del barco, te quitaré el dinero! —advirtió Gideon.

Al oír eso, el chico se internó a toda velocidad en el creciente gentío y desapareció. Unos minutos más tarde Gideon lo vio vagando desconsolado por el embarcadero, ya vacío; tenía las manos en los bolsillos, daba patadas a las piedras con sus chanclas.

—Menudo talento el de ese chico —dijo Garza—. No ha necesitado birlarle el dinero de la cartera. Ha conseguido que usted se lo diera.

—Qué demonios, seguramente es huérfano. Necesita el dinero mucho más que nosotros.

—Sí, claro. Ha sido el timo más enternecedor que he visto en mi vida.

Al oído, Gideon sacudió la cabeza. Garza empezaba a sacarlo de quicio.

La tripulación desamarró los calabotes podridos sin parar de gritar, y los motores del transbordador aceleraron tosiendo sonoramente. El agua se revolvió en los costados mientras el barco se alejaba poco a poco del embarcadero y la cubierta vibraba por el esfuerzo. El transbordador se adentró en el mar Rojo de forma lenta y exasperante, con una lluvia de hollín.

—¿No hay un sitio con sombra o algo por el estilo? —preguntó Gideon mirando aquí y allá.

No lo había. Estaban todos hacinados en la única cubierta: coches, camiones, personas, carretillas y animales mezclados al sol abrasador, sin sombra ni sitio donde sentarse. A Gideon le recordó un transbordador para coches en el que había ido a Nantucket, solo que más grande, mucho más hecho polvo y diez veces más lleno. Los demás pasajeros parecían bastante alegres y se acomodaban encima de cajas, balas de algodón y antiguas maletas; muchos abrían paraguas, montaban rudimentarios toldos con palos y arpillera, sacaban comida y conversaban por encima de los rebuznos de los burros y los esporádicos bramidos de los búfalos.

—Deberíamos haber comprado paraguas —dijo Gideon, sentándose sobre su bolsa de viaje.

—¿Dónde están los botes salvavidas? —preguntó Garza mirando alrededor. Gideon rio.

—¿Botes salvavidas? ¿Lo dice en serio? Yo me conformo con saber dónde está la maldita proa.

—Creo que está allí —contestó Garza—, detrás de esa cortina. Donde espera toda esa gente. Me parece que usted acaba de sentarse en el agua.

—Qué simpático.

Una vez lejos de la costa, el transbordador giró hacia el sur y alcanzó

velocidad de crucero. Gideon entornó los ojos contra el sol, mirando cómo desfilaba la orilla, y luego contempló el movimiento del agua junto a la borda.

—Yo diría que vamos a unos diez nudos como máximo. ¿A cuánta distancia está Shalateen?

—A doscientas cincuenta millas náuticas —respondió Garza con voz entrecortada. Parecía extrañamente nervioso.

—Este viaje va a durar una eternidad. El sol ya me está dando dolor de cabeza. Voy a ponerme el pañuelo.

Gideon sacó los tres metros de tela de su bolsa, se la enrolló alrededor de la cabeza y metió el extremo por dentro de su rebelde mata de pelo castaño. Lo intentó una vez, y otra, y otra más, pero se le desmontaba. Empezó a soltar juramentos y no tardó en llamar la atención de la gente que lo rodeaba.

—¿Ayuda? —ofreció un chico.

—Sí, demonios. Digo, por favor.

El alegre joven se desenrolló su *imma*, la enrolló rápidamente y a continuación repitió la operación más despacio.

—¿Ve?

—Vale, me toca.

Gideon consiguió hacerlo, con unas cuantas correcciones. El chico se lo remetió bien.

—Gracias.

El muchacho señaló a Garza.

—¿Amigo necesitar ayuda?

—Amigo no necesita ayuda —dijo Garza con acritud—. Amigo va a morir al sol.

—Sol malo. —Los preocupados vecinos profirieron un coro de consejos y advertencias en árabe y en un inglés chapurreado y acompañado de muchos gestos. Un hombre le ofreció un paraguas.

—¡Gracias! —dijo Gideon al ver que Garza estaba a punto de negarse.

Sacó la cartera, pero el extraño lo rechazó con firmeza. El vecino de ese hombre los animó a aceptar un segundo paraguas, con gestos y hablando en árabe, y rechazó también toda compensación. Garza lo aceptó de mala gana.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Shalateen? —preguntó Gideon al joven que chapurreaba su idioma.

El chico entornó los ojos y levantó dos dedos.

—Dos días.

Garza soltó un taco.

—Ni botes ni chalecos salvavidas, y como mínimo quinientas personas a bordo, por no hablar de animales y coches. ¿Y si el barco se hunde?

—No hay como viajar con un optimista.

El viento cambió, y sobre ellos cayó otra llovizna de hollín de las chimeneas de gasóleo.

—¿Ha traído comida y agua? —preguntó Gideon, súbitamente aprensivo—. ¿O vamos a morir de sed además de insolación?

Garza abrió la cremallera de su petate y sacó una bolsa de plástico llena de comida.

—Sírvase.

—Estoy impresionado. ¿Cuándo compró esto?

—Mientras usted dormía la siesta después de cenar. Tuve la corazonada de que la alta cocina de la cafetería del transbordador no nos tentaría.

Gideon rebuscó en la bolsa y sacó un plátano, patatas fritas y una Fanta. Apuntaló el paraguas y se puso cómodo en su bolsa de viaje con su comida improvisada.

—No está tan mal, la verdad —dijo.

No estaba seguro de a quién intentaba tranquilizar, si a Garza o a sí mismo.

El viejo transbordador se sacudía y lanzaba humo en su lento avance hacia el sur. Con el tiempo, los pueblos dispersos dieron paso a una costa de playas vacías y llanos arrecifes de coral, tras la que se alzaban las oscuras montañas del gran desierto oriental de Egipto. Era el litoral más inhóspito e imponente que Gideon había visto en su vida. A medida que el calor alcanzaba su punto máximo, el sopor se apoderó del transbordador; nadie se movía. Hacía calor, pero no era un calor infernal —después de todo, estaban a finales de marzo—, y en cubierta soplaba una constante brisa cálida. Como el resto de los pasajeros, Gideon se echó una siestecita, más que nada por llenar el tiempo. Se despertó hacia el atardecer, cuando todo el mundo empezaba a moverse, a charlar y a sacar la cena de sacos de arpillera y cajas de cartón grasientas.

El sol descendía sobre el horizonte marino; una bola carmesí que arrojaba una luz sanguinolenta sobre el agua. Se puso tan rápido que dio la impresión de que se había hundido en el mar y sumió el mundo en un crepúsculo anaranjado.

Garza se incorporó frotándose los ojos.

—¿La cena? —preguntó Gideon.

Garza rebuscó en la bolsa y extrajo unas empanadas de carne, queso, dátiles y dos botellas de Fanta templada. Se sentaron sobre sus bolsas a comer y observar cómo el cielo se oscurecía y se volvía verdoso y morado, despejado y vacío como el propio infinito.

—Debo felicitarle por lo bien que ha planificado el viaje —dijo Gideon con la boca medio llena de empanada—. Esto está muy rico.

—Si hubiera sabido que estaríamos en un barco así, creo que me habría arriesgado a alquilar un coche.

—Un día y medio más y habrá acabado.

Garza movió la cabeza con gesto de incredulidad y miró alrededor.

—Este transbordador es una puñetera catástrofe anunciada.

Conforme el crepúsculo se intensificaba, los demás pasajeros empezaron a sacar linternas y lámparas de camping cuyo brillo daba a la cubierta un aire festivo. Olía a especias y comida. Las estrellas empezaron a titilar en el cielo profundo: unas pocas al principio, y luego más y más, hasta que una inmensa bóveda estrellada apareció sobre ellos, dividida en dos por la Vía Láctea.

A Gideon le sorprendió lo rápido que empezó a refrescar una vez que el sol se hubo puesto. Después del bullicio durante la cena, el barco volvió a calmarse; los pasajeros se pusieron cómodos para pasar la noche. Las distintas luces se apagaron y las voces se convirtieron en un murmullo. Gideon apoyó la cabeza en la parte blanda de su bolsa y cerró los ojos.

Se despertó horas más tarde —era difícil saber exactamente cuántas— mientras a su alrededor se alzaba un murmullo de voces que sonaban alarmadas. Se incorporó, desconcertado por un momento. El sonido de los motores había cambiado: era irregular, más agudo.

A su lado, Garza se levantó de un salto.

—¿Qué demonios...?

Todo el mundo se había despertado ya, y se estaban encendiendo las luces. Era evidente que ocurría algo fuera de lo normal. El transbordador empezó a girar trabajosamente hacia el oeste; el agua formaba remolinos debajo del casco. Gideon vio al piloto bajo el fulgor rojizo de las tenues luces del puente; hacía gestos enérgicos a su subordinado. Otros tripulantes corrían de un lado a otro; sus siluetas se recortaban contra el fondo oscuro.

—Esto no pinta bien —dijo Gideon. A la débil luz vio la cara de Garza salpicada de gotas de sudor—. Oiga, ¿se encuentra bien?

—No se preocupe por mí —le espetó Garza—. Me gustaría saber por qué el barco está girando con tanta brusquedad.

La gente se había puesto en pie y el murmullo se había tornado en un clamor. Uno de los motores emitió entonces un ruido agudo y a continuación el sonido cesó de golpe con un estallido amortiguado mientras el otro motor seguía traqueteando en un tono más agudo.

—¡Maldición! —exclamó Garza—. ¿Son imaginaciones mías o la cubierta

está empezando a inclinarse?

—Creo que tiene razón.

—¿Cree que... nos estamos hundiendo?

—Hemos girado hacia la costa —dijo Gideon despacio—. Supongo que puede ser porque está entrando agua. Si es así, a lo mejor el capitán espera hacer encallar el barco.

Garza permaneció en silencio.

—Todas estas personas... —Gideon miró alrededor. Sus compañeros de viaje estaban alarmados pero de momento no había cundido el pánico—. Me pregunto cuántos saben nadar.

El barco vibraba, el único motor operativo lo hacía avanzar con dificultad. Ahora no había duda de que la cubierta se estaba inclinando.

—Ni los coches ni la carga están anclados —dijo Gideon—. Todo va a resbalar. Tenemos que ponernos en un lugar elevado.

Garza seguía callado.

—¡Vamos! Coja el dinero y deje el resto.

La inclinación de la cubierta era todavía de pocos grados respecto a la horizontal, y Gideon pensó que era muy posible que el capitán consiguiera nivelar el transbordador o cerrar herméticamente los mamparos para detener la entrada de agua. Se abrieron paso entre grupos de gente agitada hasta llegar a la barandilla de estribor. Gideon echó un vistazo. Las bombas de achique funcionaban a pleno rendimiento y expulsaban potentes chorros de agua procedente de los agujeros del casco. Advirtió que entraba más agua de la que las bombas podían descargar. ¿Qué había pasado? No habían chocado contra nada. Tal vez el casco podrido había cedido. Desde su posición junto a la barandilla gozaba de una vista mejor del puente. Se quedó estupefacto: estaba vacío. ¿Dónde se habían metido el capitán y la tripulación?

Justo en ese momento vio al capitán: salía apresurado de la escalerilla

situada al nivel de la cubierta seguido de su tripulación. Corrieron a una escotilla que conducía con toda seguridad a la sala de máquinas inferior. La abrieron y desaparecieron dejándola abierta. «A lo mejor van a intentar reparar el motor», pensó Gideon, preocupado, «o a cerrar los mamparos». Debía de ser peor de lo que parecía. Si la gabarra se estaba hundiendo realmente, tenían que pensar en un plan para poner fin al problema ya, antes de que cundiera el pánico.

—Debemos de estar a unos tres kilómetros de la costa —le dijo a Garza—. Podríamos alcanzarla nadando, el agua está templada y no parece que haya corrientes ni mareas.

—De acuerdo —respondió Garza en tono tenso.

—Claro que podría haber tiburones.

—Tiburones.

Gideon respiró hondo.

—Mire, Manuel, lo primero que tenemos que hacer es nadar lejos del barco antes de que se hunda, escapar. Luego seguiremos hacia el oeste hasta llegar a la costa. Asegúrese de que la estrella polar le queda siempre a la derecha.

—A la derecha —repitió Garza mecánicamente.

De repente Gideon tuvo un presentimiento. El capitán y la tripulación no habían bajado para reparar el motor. El capitán solo dejaría el puente por un motivo: para abandonar el barco. A buen seguro él y la tripulación habían ido a por un bote salvavidas, los muy cobardes.

Agarró a Garza del brazo.

—Sígame.

Se abrieron paso a empujones entre la multitud, que para entonces estaba fuera de sí, moviéndose y gritando al puente con voces confusas y airadas. La gente empujaba por instinto hacia el lado elevado del barco.

Llegaron a la escotilla abierta y descendieron a una penumbra que apestaba

a gasóleo. Unas cuantas bombillas enjauladas iluminaban la escalerilla hasta la cubierta inferior. Siguieron por el pasillo hasta que oyeron voces. Gideon, que iba delante, aminoró el paso, se acercó a la puerta entreabierta de un mamparo y miró a través de la abertura. El capitán y la tripulación se hallaban en una plataforma de embarque abierta al mar en calma. Discutían por una pequeña zódiac colgada en un pescante. Cada vez que el barco se posaba en el mar, el agua se colaba por la escotilla de embarque. Los ánimos se estaban caldeando, y la discusión enseguida se convirtió en pelea. Hubo un destello metálico, un grito de dolor, y el capitán cayó. La tripulación giró el pescante hacia el mar, echó la zódiac al agua y subió en tropel a la lancha luchando contra la aglomeración. Otro hombre fue apuñalado y cayó por la borda, y acto seguido otros dos fueron expulsados y abandonados en la plataforma mientras el motor se encendía con gran estruendo y la zódiac salía disparada al mar oscuro.

El agua entraba ahora a raudales por la escotilla de embarque abierta. Gideon oía que en la cubierta superior cundía el pánico: gritos amortiguados, ruido atronador de pasos a la carrera, aullidos de mujeres.

—No podemos volver arriba —dijo—. Tenemos que saltar al mar aquí y nadar hacia la orilla.

Se volvió hacia Garza. Estaba pálido.

—No —repuso.

—¿No, qué? —gritó Gideon—. ¡No tenemos alternativa!

—No. —El ingeniero retrocedió.

Gideon lo miró fijamente.

—¡Dentro de un minuto, puede que menos, estaremos atrapados aquí abajo!

Garza siguió retrocediendo por el pasillo con una expresión cercana al horror. Gideon se lo quedó mirando. Nunca lo había visto tan acobardado.

Incluso en los momentos más espantosos que habían vivido juntos, siempre había conservado la cabeza fría. Parecía que ahora había perdido los estribos.

—No sabe nadar —dijo Gideon.

Garza por fin logró asentir con la cabeza.

Los pensamientos se agolparon en la mente de Gideon. «¿No sabe nadar?» Eso lo fastidiaba todo.

—Está bien. Volvamos a la cubierta, busquemos algo que flote y tirémonos con eso.

Garza consiguió asentir con voz ronca. El agua se arremolinaba ahora por el pasillo a la altura de sus tobillos y subía con rapidez. El segundo motor reventó con un gran estruendo, e inmediatamente después las luces se apagaron.

—No se separe de mí. —Gideon se volvió y, palpando las paredes, retrocedieron por el pasillo, subieron por la escalerilla y salieron por la escotilla de la cubierta.

La escena con la que se encontraron era de un caos estremecedor. La cubierta se hallaba ahora inclinada en un ángulo más pronunciado, y varios carros, algunos con burros todavía enjaezados, rodaban por la superficie en pendiente arrastrando con ellos a los animales, que bramaban. Un carro chocó contra la barandilla, volcó, y carro y burro cayeron al mar. El pobre animal chillaba mientras se hundía. La gente se había apretujado contra las regalas más altas del transbordador y se aferraba a la barandilla, gritando, llorando y estirando las manos en actitud suplicante hacia el puente ahora vacío. Gideon vio que las luces encendidas de la zódiac desaparecían en la oscuridad en dirección al oeste.

El barco se hallaba estancado y se hundía rápido. El agua entraba por encima de la borda de babor y se esparcía por la cubierta. La inclinación se agravaba. Y entonces un coche empezó a moverse, y luego otro, y se

deslizaron por la cubierta de madera hasta topar contra la barandilla. Un camión grande se soltó de repente y patinó de lado; chocó contra la barandilla con tal fuerza que la atravesó con un chirrido metálico. Más tráileres y camiones comenzaron a precipitarse con gran estrépito, cayeron al mar a través de la barandilla y se hundieron en un frenesí de burbujas. La gente gritaba al ser arrollada o empujada por la borda. Linternas y lámparas se balanceaban mientras se elevaban chillidos de pánico, los gritos agudos de las madres acompañados del llanto de los bebés; era una escena infernal. «Toda esa gente va a ahogarse», pensó Gideon.

Sacudió la cabeza en un intento de despejarse la mente. El transbordador escorado se hundiría en cualquier momento; tenían que escapar rápido de la succión y del inminente torbellino de gente que se ahogaría y arrastraría a cualquiera que nadase cerca. Parecía despiadado, pero lo único que podían hacer ya era ponerse a salvo ellos mismos.

¿Qué podían usar como flotador? Madera. Se acordó de que había visto subir a bordo un carro con montones de tablas. Lo buscó y lo divisó atascado contra la barandilla de babor con otros carros destrozados. El burro que tiraba de él, todavía enjaezado, yacía ahogado en el agua.

La madera se hallaba apilada en atados. El agua llegaba a los ejes de las ruedas del carro.

—¡Vamos!

Gideon tiró de Garza cubierta abajo, hacia el carro.

—No..., ¡al agua, no!

—¡Mueva el culo!

Arrastró a Garza por la cubierta inclinada. Todos los demás pasajeros habían ido hacia la parte elevada y el lado hundido estaba vacío.

Gideon anduvo entre el agua, se agarró a la rueda y subió al carro. Garza lo siguió con cuidado, haciendo esfuerzos visibles por dominar su ansiedad. Las

cuerdas de cáñamo que sujetaban toda la carga se habían roto, pero los atados individuales de tablas de madera seguían amarrados y, con suerte, podrían flotar como una especie de tabla de surf. Gideon se preparó, agarró uno y lo echó por la borda, y luego otro y otro. Al poco, Garza siguió su ejemplo. Los atados caían al mar y, como el barco había dejado de moverse, no se iban a la deriva.

—¡Tirémoslos todos! —gritó Gideon. Agarró otro y lo levantó—. ¡Manuel, vaya a por las mujeres y los niños! ¡Ellos flotarán encima de las tablas!

Garza se lo quedó mirando.

—¡Vamos a salvar vidas! ¡Andando!

La cara del ingeniero reflejó comprensión. Se marchó a toda prisa y un momento más tarde volvió a la cabeza de un torrente de mujeres acompañadas de sus hijos, a los que siguieron más y que pronto generaron una desbandada. Gideon continuó echando atados de madera por la borda hasta que toda la carga cabeceaba en el agua en calma junto al barco que zozobraba.

Gideon bajó del carro de un salto.

—Escúcheme, Manuel: métase en el agua y suba a uno de esos. Hágalo ya. Aléjese del barco remando. Diríjase al oeste. Nos reuniremos en la costa.

—¿Y usted?

—Yo voy a ayudar a los demás. Luego iré nadando.

—Yo también quiero ayudar.

—¡Pero si no sabe nadar!

—¡Algo podré hacer!

Las madres gritaban y aferraban a sus bebés y niños. Para gran sorpresa de Gideon, los hombres mantenían la calma y no empujaban; dejaron ir primero a las mujeres y los niños. Eso representaba una condena a muerte para todos los que no sabían nadar: una estremecedora muestra de sacrificio.

Gideon agarró a un niño pequeño.

—Vamos —indicó a la madre—. Al agua. —Señaló con el dedo—. Yo le daré al niño.

Alguien que entendía el inglés gritó a la mujer en árabe, y esta se metió en el agua rodeando con el brazo un atado de tablas que flotaba cerca. Él le pasó el niño.

—¡Siguiente!

Garza y Gideon trabajaron codo con codo ayudando a las madres a subir a los atados de leña y entregándoles a los niños. Pronto en los veinte atados había mujeres y niños agarrados o montados encima.

—¡Manuel, suba al último! —gritó Gideon.

—No, las mujeres y los niños primero.

—¡El objetivo de esto era que usted se subiera a uno, idiota!

—¿Ve que suba algún hombre?

Esa súbita e inesperada muestra de heroísmo confundió a Gideon. Se preguntaba cómo aquel hombre —al que el mar aterraba— había conseguido no perder la cabeza durante las largas y peligrosas travesías en el *Rolvaag* y el *Batavia*... o, ya puestos, cómo había escondido su secreto a Glinn.

Garza ayudó a varias chicas a subir al último atado de madera y lo apartó de la barandilla con el pie. Cada atado estaba ahora lleno de gente: una cincuentena de mujeres y niños se aferraban a la madera, alejándose poco a poco del barco.

El transbordador dio una súbita sacudida y un temblor recorrió la cubierta. De pronto la embarcación empezó a dar tumbos, y la gente situada en las partes elevadas se precipitó gritando y cayó al mar. Garza se vio repentinamente arrojado al agua, y Gideon se zambulló tras él y se puso a nadar de un lado a otro llamándolo a gritos. Pero no salía a la superficie. Miró alrededor y se dio cuenta de que o se alejaba del barco o acabaría succionado bajo el mar.

El transbordador se deslizó de lado con un gran rugido de aire impulsado hacia arriba. Gideon nadó lo más rápido que pudo para alejarse del barco, de los chillidos y los gritos desgarradores, y entonces, con un gran remolino en el agua, la proa del transbordador se elevó en el aire, la gente salió despedida al mar por todas partes, y la embarcación descendió con un gigantesco y horrible ruido de succión y una erupción de burbujas... y desapareció.

Gideon se quedó a flote —la ropa le pesaba— observando la escena de lejos. Los gritos no duraron mucho. Al parecer, casi nadie sabía nadar. Garza había desaparecido, y la flotilla de mujeres y niños montados en las tablas de madera se había ido a la deriva y se había perdido en la oscuridad de la noche. No quedaba nada más que hacer. Alzó la vista, encontró la estrella polar y empezó a nadar en el agua tibia, sin prisa pero sin pausa, manteniendo la estrella a su derecha, rumbo a la desconocida orilla.

El agua estaba templada y en calma, y Gideon no veía rastro de tiburones. Mantuvo un ritmo lento combinando braza, espalda y crol pausado, procuraba no cansarse y moverse con la corriente que lo empujaba hacia la orilla. Al cabo de un rato vio las montañas del desierto oriental que se alzaban al oeste, cuyo contorno tapaba las estrellas, y una hora más tarde distinguió el sonido del suave oleaje en una playa. Pronto sus pies tocaron la arena, y se puso en pie y anduvo hasta la orilla.

Se arrastró por la orilla, agotado. La luna se había puesto, pero las estrellas brillaban lo suficiente para iluminar tenuemente el paisaje. Era un lugar inhóspito: una playa larga y desierta que formaba una curva como una cimitarra entre arrecifes bajos que se prolongaban dentro del mar. El agua estaba en calma, y las suaves olas susurraban contra la arena. No había rastro de vida; ni un arbusto ni una brizna de hierba, solo arena y piedras.

Tosió y escupió para quitarse el sabor salado de la boca. Le asaltó la imagen de Garza hundiéndose en el agua oscura. No podía pensar en eso. De algún modo, se dijo, Garza debía de haber sobrevivido. ¿Cómo podía morir un hombre como Garza: su compañero en muchas misiones, un hombre que había sobrevivido a un peligro tras otro, un gato con siete vidas? Cuando el barco se hundió, la cubierta estaba llena de objetos que debían de haberse quedado flotando, desde balas de heno hasta maletas y otras cosas a las que

podía agarrarse. Si había logrado salir a la superficie, se dijo Gideon, seguro que había encontrado algo.

Entonces se acordó de lo rápido que se había hundido el barco; la erupción de burbujas; las sombras de personas desesperadas que se ahogaban pidiendo ayuda a gritos...

Recorrió la playa tambaleándose, escudriñando la oscuridad.

—¡Manuel! —gritó—. ¡Manuel!

Vio algo que rodaba entre las olas y corrió hacia allí chapoteando en el agua. Un cuerpo. Lo agarró por la ropa y le dio la vuelta: un anciano, ahogado. Un poco más allá vio otros cadáveres que giraban suavemente entre las olas.

—¡Manuel!

Se dirigió a ellos dando traspiés y les dio la vuelta para ver su rostro a la tenue luz: hombres, mujeres y un niño. Todos ahogados. Ninguno era Garza.

Siguió avanzando hasta el extremo de la playa, donde un arrecife dentado sobresalía del agua. Todos los cadáveres se habían concentrado en el mismo sitio. Se volvió y regresó trotando.

—¡Manuel! —gritó con voz ronca.

Pasó por donde había salido del agua y siguió por la playa hacia el sur. Nada. Ni supervivientes ni más cadáveres.

Agotado, fue incapaz de ir más lejos. Cayó de rodillas en la arena, le costaba respirar. Parecía que nadie había llegado con vida a la orilla, al menos en esa zona.

Se arrastró lejos de la arena húmeda y se tumbó contemplando las estrellas: un naufrago en una costa desconocida. Al cabo de un rato, puso sus ideas en orden y recobró el aliento. Se acordó de la riñonera, se tocó la cintura y le tranquilizó descubrir que seguía allí, con unas veinte mil libras egipcias y su pasaporte. Pero eso era todo. No tenía comida ni agua, y el resto del dinero se había hundido con el transbordador. Calculó que debían de ser las dos de la

madrugada. Cuando saliese el sol, el calor extremo y la falta de agua serían un problema. Haría bien en viajar de noche. No podía permitirse descansar mucho más.

Aun así, se quedó tumbado un rato haciendo acopio de voluntad, luego se levantó tambaleándose. Su mente se despejó poco a poco. Si no le fallaba la memoria, según el mapa de Manuel una carretera recorría el litoral hacia el sur hasta la ciudad de Shalateen, último vestigio de civilización antes de la frontera del Triángulo de Hala'ib.

Echó a andar hacia el interior con la esperanza de llegar a la carretera; el agua salada de su ropa se secaba rápido. Casi hacía fresco, empezó a tiritar y pensó que más le valía disfrutar del frío mientras durase. El terreno era llano y arenoso, y las montañas lejanas una serrada ausencia de estrellas. Con gran alivio, al cabo de aproximadamente un kilómetro y medio llegó a la carretera: una franja de asfalto de un solo carril que avanzaba recta como una flecha de norte a sur.

Se detuvo y reflexionó. Si el transbordador se había hundido a eso de la una de la madrugada, yendo a una velocidad de más o menos diez nudos debían de haber recorrido unos trescientos veinte kilómetros. Lo que significaba que aún quedaban otros ciento treinta kilómetros hasta Shalateen. Demasiado para ir andando. Pero, por otra parte, razonó, no tenía más remedio que intentarlo.

Se dirigió al sur caminando por el centro de la carretera. Las imágenes se agolpaban en su mente: el hundimiento; Garza siendo arrojado al agua y sumergiéndose; tantas personas indefensas gritando y ahogándose. El último gesto de Garza sacrificándose para salvar a los demás..., y el viejo gruñón lo había hecho instintivamente, sin pensarlo dos veces. Conseguía que la lucha de Gideon contra su enfermedad terminal, sus meses de angustia existencial, pareciesen ridículos, triviales, egocéntricos.

Bueno, todo eso ya había acabado. La expedición había terminado. No

había forma de que pudiera continuar por su cuenta. Necesitaba apartar de su mente esos pensamientos tristes y centrarse en llegar a Shalateen con vida. Luego podría volver a su cabaña en la sierra de Jémez y pasar sus últimas semanas de vida en el lugar que más amaba; al diablo con la ubicación del disco de Festo.

Después de tres horas andando, el cielo empezó a aclararse hacia el este. Una franja rosa cada vez más brillante se extendió por el horizonte marino, y poco después un sol amarillo ardía sobre el agua y le arrojaba a la cara un calor abrasador. Era increíble lo rápido que la temperatura pasaba de ser agradable a insoportable. Había perdido el pañuelo de la cabeza, y el sol, que le presionaba el cráneo como un hierro candente, convertía la sal de su pelo en polvo amargo. A su derecha se alzaban montañas negras y puntiagudas como agujas.

La carretera atravesaba las llanuras de arena del litoral, absorbía el calor del sol y lo irradiaba en forma de motivos brillantes. No pasaba ningún coche, y en las zonas en las que el viento había cubierto la carretera de arena no había marcas de rodadas. Parecía que hacía días que no pasaba ningún vehículo por allí.

Alrededor del mediodía, Gideon empezó a sentirse mareado. La costa quedaba a un kilómetro y medio, y comprendió que para evitar una insolación necesitaba agua. Salió de la carretera, se dirigió a la costa y llegó a una zona con arrecifes llanos y una playa de arena naranja. Se metió en el agua, se mojó la ropa y al sumergir la cabeza notó el alivio inmediato del agua fresca, aunque eso de poco le sirvió para aliviar la sed, cada vez mayor. Cuando regresaba a la carretera, oyó un sonido lejano. ¿Un coche? Echó a correr. Hacia el norte vio lo que parecían dos autobuses destartados que avanzaban pesadamente escupiendo humo de gasóleo.

—¡Eh! —gritó andando a trompicones—. ¡Aquí! ¡Eh! ¡Esperad!

Agitó los brazos y gritó, corriendo lo más rápido que podía, pero los dos vehículos pasaron a lo lejos y pronto disminuyeron de tamaño hasta convertirse en puntos negros en el horizonte del sur.

Llegó a la carretera y maldijo a los autobuses que habían desaparecido. Se arrepentía de haber salido de la carretera. Pero por lo menos eso significaba que estaba transitada, aunque con poca frecuencia.

Continuó caminando con esfuerzo. El chapuzón había aliviado su sed, pero no tardó en volver. No había sombra por ninguna parte, y comprendió que seguir andando sería peligroso; no haría más que aumentar la necesidad de agua. Se sentó en una roca al lado de la carretera y aguardó. Pasaron horas mientras el sol abrasador surcaba lentamente el cielo y empezaba a descender hacia las recortadas montañas. Y entonces, en el norte, a lo lejos, Gideon vio la imagen vacilante e indefinida de algo que parecía un coche en el punto de fuga de la carretera. Se levantó. Era un vehículo; varios, de hecho. Se transformaron en un jeep y dos vehículos militares de color caqui que se acercaban a toda velocidad. Corrió al centro de la carretera y agitó los brazos y empezó a gritar.

El jeep que iba delante lo vio, y el convoy redujo la velocidad y se detuvo delante de él. Gideon se acercó tambaleándose y un oficial bajó del asiento del copiloto del jeep con una cantimplora.

Gideon tomó con torpeza la cantimplora que le tendía el hombre, desenroscó el tapón y bebió agua a grandes tragos, derramándosela encima.

—Despacio, amigo —dijo el oficial en el idioma de Gideon; cogió la cantimplora y la apartó—. Espere un poco y luego vuelva a beber. —Iba vestido de camuflaje para el desierto, llevaba una boina negra y dos estrellas en el hombro.

Gideon asintió con la cabeza y soltó la cantimplora. Se sintió mejor casi en el acto.

—¿Ha sobrevivido al accidente del transbordador? —preguntó el oficial.

—Sí —contestó él con voz ronca—. Sí.

El oficial le explicó que formaban parte de un equipo de rescate que había estado buscando supervivientes a lo largo de la costa mientras la marina egipcia recogía a los supervivientes que estaban en el agua.

—¿Han sobrevivido muchos? —preguntó Gideon, de pronto esperanzado.

—Algunos —respondió el oficial, escueto—. Llevamos a los supervivientes a Shalateen para que los atiendan y se les tome declaración. ¿Tiene su pasaporte?

—Mi amigo iba en ese barco —dijo Gideon mientras sacaba su pasaporte—. Manuel Garza. ¿Lo han rescatado?

El hombre habló sucintamente con otra persona del jeep y negó con la cabeza.

—No tenemos a nadie con ese nombre. Lo siento. —Examinó el pasaporte de Gideon, se lo metió en el bolsillo de la pechera y extendió la mano—. Soy el teniente Al-Nimr —se presentó.

Gideon se la estrechó.

—Gideon Crew.

—Me quedaré su pasaporte de momento —dijo el oficial—. ¿Puedo preguntarle qué hacían en el transbordador? No es un medio de transporte utilizado por los turistas.

—Mi amigo y yo somos viajeros amantes de la aventura.

—¿Y su amigo se llama Garza? —Anotó algo en un pequeño cuaderno—. ¿Manuel Garza?

Gideon se lo delectó.

—¿Seguro que no han rescatado a nadie con ese nombre?

—Seguro. Lo siento. Le tomaremos declaración en Shalateen.

El jeep arrancó, Gideon subió a la parte trasera, y el convoy prosiguió hacia

el sur. Después de lo que le pareció una eternidad pero no debieron de ser más de dos horas, en un páramo de arena vio un solitario letrero escrito en inglés y en árabe: SHALATEEN. Momentos más tarde surgió un poblado marrón y polvoriento con casas bajas de cemento mezcladas con acacias, montones de basura donde hurgaban las cabras, un camello atado que descansaba a la sombra y los dos minaretes de una mezquita que se alzaban en el cielo. El convoy se internó en la ciudad, cruzó una verja y entró en lo que parecía un complejo militar rodeado de muros de hormigón rematados con alambre de espino. Aparcaron en una parcela de tierra ante un gran edificio encalado. El teniente y su chófer se apearon e indicaron a Gideon que hiciera lo mismo.

—¿Cuándo me devolverá mi pasaporte? —preguntó Gideon.

—Cuando le hayamos tomado declaración. Sígame.

El teniente lo llevó a una gran sala abierta con un ruidoso aparato de aire acondicionado. Otros tres oficiales se hallaban a una mesa situada en un extremo, y al lado había un hombre sentado tras un escritorio con una silla de plástico delante. El teniente saludó al hombre del escritorio, habló en árabe, le dio el pasaporte de Gideon y se marchó. A Gideon aquella instalación le hizo pensar en una sala de interrogatorios.

El hombre se levantó con una gran sonrisa y le tendió la mano.

—Soy el capitán Farouk. Siéntese, por favor.

Gideon se sentó en la silla de plástico que le señaló. Para que lo liberasen debía alegar estupidez e ignorancia, meditó; si demostraba ser un testigo valioso, tal vez lo retuviesen hasta que se llevara a cabo el proceso legal subsiguiente. No podía permanecer en ese lugar más de lo estrictamente necesario. La muerte de Garza había sido un mazazo.

—Cuéntenos qué pasó, por favor —dijo el capitán mientras regresaba a su escritorio. A un lado había una vieja grabadora de carrete, y el hombre la encendió.

Gideon ofreció un breve relato de lo que había ocurrido. Omitió que había visto cómo apuñalaban al capitán y cómo la tripulación abandonaba el barco. Tampoco dijo nada de las tablas de madera que habían lanzado al mar. Describió cómo su amigo había caído de la cubierta al agua cuando el transbordador daba sus últimos coletazos y añadió que no sabía nadar. Estaba tan asustado, dijo, que no se había fijado en nada más.

Parecía que los cuatro hombres tomaban notas.

—¿Qué hacían en el transbordador?

—Somos viajeros amantes de la aventura —respondió Gideon una vez más.

—¿Y qué es un viajero amante de la aventura?

—Alguien que prefiere evitar el turismo tradicional. Nos gusta ir a sitios a los que no suelen ir los turistas, ver sitios que no ve nadie, viajar por medios inusuales, mezclarnos con los lugareños.

—Entiendo. Bueno, creo que esto es todo de momento.

—¿Puedo preguntarle una cosa? —quiso saber Gideon.

—Desde luego.

—¿Cuántos supervivientes ha habido?

El capitán lo miró sin pestañear.

—De los cuarenta pasajeros aproximados que había a bordo, casi todos han sobrevivido, alabado sea Alá.

—Ah... —Gideon no supo qué contestar a esa mentira manifiesta. En el transbordador había como mínimo quinientas personas. Por lo visto se proponían encubrir el asunto. Bueno, pensó, él no podía hacer nada al respecto. Con Garza muerto, no era asunto suyo.

—Mandamos barcos de salvamento al lugar de los hechos prácticamente en el acto —explicó el capitán—, y recogieron a muchas personas en el agua. Otras llegaron a la orilla. Por fortuna, solo ha habido dos o tres muertes, una de ellas la de su amigo.

«No discutas», pensó Gideon.

—El transbordador era ilegal —dijo el capitán— y operaba sin los permisos ni las inspecciones pertinentes. Recogimos a la tripulación al norte de aquí y los detuvimos. Serán castigados.

—Entiendo. —Gideon ya solo quería largarse de allí—. ¿Puedo recuperar ya mi pasaporte?

—Luego.

—¿Cuándo?

—Cuando hayamos tramitado su declaración.

—¿No me van a poner en libertad?

—Todavía no.

Gideon se aclaró la garganta.

—No he probado bocado desde ayer.

El capitán habló en árabe, y uno de los oficiales sentados a la mesa de al lado se levantó.

—Sígame —dijo.

Gideon salió de la sala detrás de él y recorrió unos pasillos polvorientos hasta una cafetería con moscas zumbando. Había una máquina dispensadora de café y un frigorífico con un surtido de empanadas de carne envueltas en celofán, además de pan y queso.

—Sírvese, por favor —ofreció el oficial.

Gideon se puso un café con leche y azúcar de la máquina y sacó dos empanadas del frigorífico. Se sentó a una mesa salpicada de manchas de mosca mientras el oficial aguardaba junto a la puerta, observándolo. Cuando terminó de comer, se levantó.

—¿Y ahora qué?

—Venga por aquí.

Gideon lo siguió otra vez por un laberinto de sofocantes pasillos de

hormigón hasta una puerta con una ventana con rejilla metálica. Cuando el oficial la abrió, le sorprendió ver un gran gimnasio con varias docenas de personas dentro, sobre todo mujeres y niños: los supervivientes rescatados del barco. Cuarenta de quinientos. La mayoría de esas personas, advirtió, eran las que él y Garza habían salvado.

La puerta se cerró tras él, y oyó que echaban el cerrojo. Estaba atrapado. La gente que tenía a su alrededor parecía asustada, confundida y triste. Entonces algunas mujeres lo reconocieron y se acercaron; murmuraban en árabe y le apretaban las manos en señal de agradecimiento.

—No, no, no hagan eso, por favor. —Gideon negó con la cabeza—. Se equivocan, no fui yo. Fue mi amigo.

Era consciente de que si llegaba a saberse que había ayudado a salvarlas, acabaría metido en un lío y solo Dios sabía qué pasaría. Pero ellas no entendían lo que decía y siguieron apiñándose en torno a él, apretándole las manos, murmurando, algunas con lágrimas en la cara.

—No, no, en serio... —Se levantó para escapar—. Quiero estar solo. Solo.

Miró alrededor y en un rincón de la habitación vio a un hombre sentado en el suelo, de espaldas al resto, acurrucado, con aspecto moribundo. El corazón le dio un vuelco; el hombre no llevaba pañuelo en la cabeza, y Gideon conocía ese pelo canoso. Se acercó a él y le puso la mano en el hombro. La figura alzó la vista con rigidez.

—¡Manuel! ¡Dios mío!

Garza se levantó tambaleándose, con una débil sonrisa en la cara, y se abrazaron instintivamente.

—¡Creía que estaba muerto!

—No del todo —dijo Garza con voz débil—. Solo medio muerto. Dios. Yo estaba convencido de que usted se había ahogado...

—¿Cómo... cómo sobrevivió? Lo vi hundirse.

Llevó a Garza hasta la pared sosteniéndolo y se sentaron juntos apoyados en ella.

—Me hundí, sí —concedió Garza—. Creía que todo había terminado. Pero entonces el barco expulsó una masa de aire que debió de empujarme hacia arriba. Al menos eso es lo que creo que pasó. Cuando salí a la superficie había cosas flotando por todas partes y el barco había desaparecido. Me agarré a una bala de ropa y esperé. Unas tres horas más tarde llegaron unos barcos de pesca, rescataron a los supervivientes y nos llevaron a una base militar al norte. Luego apareció el ejército y nos trajeron aquí en autobuses. ¿Y usted? ¿Qué le pasó?

—Fui nadando hasta la orilla. Me recogieron en la carretera. Escuche, Manuel, tengo que decirle lo mucho que me impresionó lo que hizo. A la hora de la verdad, estuvo dispuesto a sacrificar su vida.

Garza movió la cabeza.

—¿Cómo habría podido vivir conmigo mismo si hubiera dejado ahogarse a esos niños?

—No le quite importancia. Es usted un héroe.

—Pues yo tengo que decirle que el hecho de que esté tan sorprendido me ofende un poco.

Ahí estaba: el Garza quisquilloso de toda la vida volvía a aparecer. «Mejor», pensó Gideon.

—No quería ofenderlo. Pero ¿es verdad? Me refiero a que ¿en serio no sabe nadar?

La cara de Garza cambió bruscamente de expresión. Apartó la vista y agachó la mirada, su rostro se ensombreció y no contestó.

—Lo pregunto porque como mínimo ha estado en tres barcos que se hundieron: el *Rolvaag*, el *Batavia* y ahora este transbordador. Para un tío que

no sabe nadar, es una racha de mala suerte increíble. ¿Por qué no ha aprendido?

Garza lo miró entornando los ojos.

—No es asunto suyo.

—Me parece una pregunta válida.

—No, no lo es —repuso Garza en voz baja—. Y no vuelva a hacérmela.

Estaba claro que no era el momento de insistir.

—¿Por qué no me han dicho que había sobrevivido?

—Perdí el pasaporte y les di un nombre falso. Supongo que sabe que intentan encubrir lo que pasó.

—Sí.

—Y no nos van a dejar marchar hasta que todo se aclare oficialmente. No quieren que nadie hable.

—No pueden retenernos. Somos estadounidenses.

—¿Por qué no? No parecemos gente importante. La verdad es que tenemos pinta de vagabundos, y el hecho de que viajásemos en aquella gabarra no hace más que confirmarlo.

—Deberíamos exigir que nos dejasen hablar con la embajada de Estados Unidos.

Garza rio.

—¿Está loco? Eso lo echaría todo a perder. Tenemos que seguir sin llamar la atención.

—¿Para qué? La expedición ha terminado.

Garza se inclinó.

—¿Por qué?

—¿Cómo vamos a seguir? Hemos perdido todo el equipo. Los mapas. Y un montón de dinero.

—¿Cómo no vamos a seguir? Usted tiene el dinero de su riñonera, y yo el

de la mía.

Gideon le devolvió la mirada.

—¿Y los mapas?

—Me sé de memoria la posición exacta en longitud y latitud. —Garza lo agarró de los hombros—. Estamos muy cerca. ¿Por qué no vamos a seguir hasta el final?

«Por qué no», pensó Gideon para sus adentros. Estar otra vez con Garza cambiaba del todo la ecuación.

—Una sola cosa.

—Dispare.

—No esperábamos que ese transbordador se hundiese. ¿Quién sabe lo que nos aguarda más adelante? Yo tengo los días contados, pero usted... —Gideon respiró hondo—. En fin, prométame que si esta misión se va al garete y nos separamos definitivamente, buscará la manera de hacerme saber que sigue vivo.

Garza lo consideró un momento.

—Está bien. Si usted me promete que de ahora en adelante llevará las mochilas de los dos.

—¡No estoy de broma! Lo he pasado bastante mal creyendo que había muerto.

—Vale. Vale. Lo prometo.

—Eso está mejor. Y ahora, ¿cómo narices vamos a escapar de aquí?

—Con *backsheesh* —dijo Garza—. ¿Cómo si no?

Gideon negó con la cabeza.

—No podemos gastar el dinero. Además, el dinero despertaría todavía más preguntas. Tendremos que convencerlos para que nos dejen salir.

—Convencerlos —repitió Garza—. Claro. Y pensar que casi me alegro de volver a verlo.

Permanecieron encerrados en el gimnasio mientras la tarde se alargaba. La comida se acabó rápido y solo había agua para beber, además de un solo cuarto de baño cuyo váter atascado no tardó en convertirse en un espectáculo repugnante. Nadie les decía nada. Los supervivientes se apretujaban en el duro suelo, confundidos y asustados.

Mientras el último resplandor de las claraboyas del gimnasio se apagaba, Garza señaló:

—No sé usted, pero yo tengo un hambre canina. No dan de comer a nadie. Sabe Dios lo que será de ellos. Sigo pensando que deberíamos sobornarlos para que nos soltasen.

Gideon negó con la cabeza.

—Si los sobornamos, solo lograremos que nos controlen más.

—Tal vez simplemente deberíamos escapar.

—Shalateen es una ciudad pequeña. Tendremos que actuar a cara descubierta para montar nuestra expedición. Si escapamos no podremos hacerlo.

—Entonces, ¿qué, Einstein?

—Los engañaremos. He estado pensando en eso durante las últimas dos horas.

Gideon expuso su plan. Cuando terminó, Garza dijo:

—No creo que vaya a funcionar. Es demasiado arriesgado.

—¿Se le ocurre una idea mejor?

Garza vaciló.

—No.

—Entonces confíe en mí. Los engaños son mi especialidad. Funcionará.

Gideon se acercó a la puerta cerrada del gimnasio, movió la barra antipánico y miró por la sucia ventana de cristal con rejilla metálica.

—¡Eh! —gritó—. ¡Eh! ¿Me oye alguien? ¡Eh!

Golpeó la puerta con el puño, pero no acudió nadie.

Echó un vistazo al gimnasio y vio unos soportes en un rincón del fondo. Fue allí, eligió uno, lo llevó a la puerta, cogió impulso y atravesó la ventana con gran estrépito.

Formó una bocina con las manos y gritó por la ventana rota:

—¡Eh, vengan aquí! ¡Ahora!

Enseguida llegaron dos guardias corriendo. Abrieron la puerta y agarraron a Gideon sin parar de gritar en árabe. Garza corrió hacia ellos.

—¡Queremos ver al capitán Farouk! —exigió—. ¡El capitán Farouk!

Los guardias también lo agarraron a él. Garza forcejeó, embistió a un guardia con el hombro y lo tiró al suelo. Acudieron corriendo más soldados y los inmovilizaron rápidamente. Se los llevaron a la fuerza por un pasillo tras otro hasta que llegaron a una puerta cerrada. Un soldado llamó, y una voz los hizo pasar.

Se encontraban otra vez en la sala de interrogatorios, y el capitán Farouk seguía sentado a su escritorio. Se levantó, estaba colorado. A continuación tuvo lugar una intensa conversación en árabe, y luego el capitán Farouk apartó la vista de los soldados y se volvió airadamente hacia ellos.

—¿Qué significa esto?

Gideon trató de mostrarse y de sonar lo más tranquilo posible.

—Yo le diré lo que significa, capitán. Antes le he mentado.

—¿En qué? ¡Será castigado por perjurio!

—Usted me ha preguntado por qué viajábamos en aquel transbordador. No somos viajeros amantes de la aventura.

—¿Qué son, entonces?

—Agentes secretos de la CIA. Trabajamos para las más altas instancias de su gobierno.

Se hizo un breve silencio. Y luego el capitán rompió a reír.

—¿La CIA! ¡Esta sí que es buena! ¿Dónde están sus credenciales? ¿Por qué no me han informado?

Gideon se rio con él.

—Usted es un simple capitán. No tiene suficiente rango para estar al tanto. Sus superiores le ocultan información.

La sonrisa del capitán se desvaneció.

—Si no me cree, contacte con sus superiores. Consúltelo en la cadena de mando.

El capitán Farouk titubeó.

—¿Y qué hacían en el transbordador?

—Seguir a un grupo terrorista. Estamos casi seguros de que ellos sabotearon el transbordador... como represalia contra el gobierno.

El capitán no dijo nada, y su rostro palideció poco a poco. A continuación hizo un gesto con la cabeza a los soldados para que los soltasen y se fueran, y Garza y Gideon se quedaron a solas con él y un solo asistente.

—¿Dice que el hundimiento fue un atentado terrorista?

—Sí. Y al retenernos aquí está interfiriendo en nuestra misión. Me pregunto cómo reaccionarán sus superiores. —Gideon señaló el teléfono del escritorio—. Llámelos. Adelante, llame a su comandante general.

—No nos apesuremos —dijo el capitán.

Su cara reflejaba inseguridad y duda. Gideon advirtió que estaba sopesando

si realmente eran de la CIA; podía ser cierto, pero también podía no serlo. Todo el plan dependía de que el capitán fuera cauto y pragmático; un hombre que no estuviera dispuesto a correr riesgos. Hacer esa consulta en la cadena de mando sería muy arriesgado; suscitaría preguntas y daría muchos más problemas al capitán que si se limitaba a aceptar la historia de Gideon. Al menos, eso esperaba Gideon.

—¿Por qué no me han comunicado esta información antes? —preguntó el capitán.

—¿Usted qué cree? Manteníamos nuestra tapadera. Y no llevamos credenciales por motivos obvios. Como seguramente ya sabrá, los agentes de la CIA nunca las llevan cuando trabajan de incógnito.

—No pueden hacerme responsable de algo que no sabía.

Gideon suavizó el tono.

—Es verdad. Pero a partir de este momento, capitán, es usted responsable.

No hubo respuesta.

—Por cierto, este es mi colega Manuel Garza. Creo que antes le ha dado un nombre falso.

Gideon advirtió que el capitán dudaba. Había llegado el momento de ser agresivo. Se acercó al escritorio, apoyó en él las manos, invadió el espacio del hombre inclinándose hacia delante y dejó atrás el tono suave.

—Mi colega y yo debemos seguir con nuestra misión sin que nos molesten. ¿Puedo contar con su ayuda? Se informará a las más altas instancias de su colaboración.

—¿A qué clase de ayuda se refiere?

—Pónganos en libertad y haga desaparecer todas las pruebas de nuestra presencia en el transbordador. Es una medida para protegerlo tanto a usted como a nosotros. Pase por alto nuestras actividades en Shalateen, que serán

breves y no causarán ningún problema. En unos días nos habremos marchado, puede que antes.

—¿Y el hundimiento del transbordador? Si fue un atentado terrorista, ¿qué se supone que debo hacer?

—Siga con la investigación con normalidad. Aunque le recomiendo encarecidamente que trate bien a los supervivientes, deles de comer y déjelos volver a casa. La detención prolongada podría convertirse en un escándalo, y los terroristas podrían aprovecharlo para hacer propaganda.

El capitán Farouk asintió con la cabeza.

—Entiendo.

—Como es lógico, nosotros pasaremos por alto lo mal que nos ha tratado, un detalle comprensible considerando que no nos habíamos identificado como agentes de la CIA. Espero que en el futuro podamos ser amigos, capitán.

El capitán sudaba a pesar del aire acondicionado.

—¿Puedo preguntarle qué actividades piensan realizar en Shalateen?

—Vamos a organizar un viaje al Triángulo de Hala'ib.

—¿Con qué fin? Es un territorio muy peligroso.

Gideon sonrió pero no contestó.

—Sería un placer proporcionarles escolta militar.

—Gracias, pero no será necesario. Preferimos seguir con la mayor discreción posible.

El capitán sacó un pañuelo blanco y se secó la frente.

—Muy bien. Serán puestos en libertad de inmediato.

Gritó una orden a su asistente, quien se fue y volvió con el pasaporte de Gideon.

—Gracias, capitán.

—Espero que sus actividades sean tan discretas como ha dicho.

—Se lo garantizo.

Se estrecharon la mano con rigidez.

En el exterior el sol se había puesto sobre los picos color púrpura de Gebel Umm. El aire estaba cargado de un oloroso aroma a humo, y la llamada del muecín resonaba a través de los polvorientos senderos.

—No ha estado nada mal —dijo Garza.

—He supuesto que un simple capitán no se atrevería a recorrer la cadena de mando investigando las actividades de la CIA en esta zona. Eso abriría la caja de Pandora, sacaría a la luz la catástrofe del transbordador y causaría todo tipo de problemas.

—Muy ingenioso.

—Me muero de hambre. ¿Y usted?

—También.

—Vamos a buscar algo de comer.

Gideon miró la calle sin asfaltar: estaba flanqueada por casas de ladrillos de adobe con puertas y tejados pintados de color turquesa. La calle daba a una zona comercial, con vendedores de verdura y fruta y cafés con mesas resguardadas bajo desvencijados toldos, algunos adornados con ristras de bombillas. Hombres con galabiyas, sentados en grupos de dos y de tres, bebían té o café en vasitos de cristal y picaban dátiles, fruta y garbanzos de los platos que tenían delante. Ahora que había empezado a refrescar, la ciudad parecía cobrar vida, estaba llena de gente, camellos y algún que otro camión de reparto sobrecargado que echaba humo y pitaba por el camino. Algunas personas los miraban con curiosidad, pero en general no les hicieron caso. Gideon era consciente de que, después de por todo lo que habían pasado, parecían vagabundos.

—Cualquier sitio es bueno —dijo Garza—. Probemos este.

Entraron en un café con un alegre porche iluminado con pequeñas bombillas. Un camarero se acercó corriendo y, hablando en árabe con voz de aguda, los acompañó con ampulosos gestos a una agradable mesa en la terraza. Se sentaron. El camarero se quedó a su lado con una amplia sonrisa, asintiendo con la cabeza.

—Quiere propina antes de traernos la carta —dijo Gideon, que metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda.

—¿No se va a acabar nunca este robo?

—No sabía que era usted tan tacaño.

El camarero entró en el café y al poco volvió a salir y les colocó delante unas cartas en árabe.

—Comida —dijo Garza. Señaló una mesa contigua con muchos platos de comida que no conocía—. Tráiganos eso. Y té. Té. —Imitó con gestos el acto de beber.

El camarero recogió las cartas y no tardó en volver con unos vasos y una tetera, y a continuación fue apareciendo con diferentes platos: garbanzos, lentejas, macarrones, quingombó hervido, habas, kebab de cordero y pan pita. Se atiborraron en silencio. Gideon no recordaba haber estado tan hambriento en su vida, y el prodigioso apetito de ambos despertó expresiones de asombro y regocijo en la cara del camarero mientras devoraban un plato tras otro. La cena terminó con baklava bañado en miel.

El camarero empezó a recoger la mesa.

—¿Hotel? —preguntó Gideon.

El camarero arrugó la cara, no comprendía.

—Hotel. —Gideon hizo el gesto universal de apoyar la cabeza en las manos para dormir.

—*Alfunduq* —dijo el camarero asintiendo con la cabeza, y desapareció en el interior del café.

Volvió con una fotocopia muy sucia de un folleto de lo que probablemente era un hotel, con un mapa que mostraba su ubicación.

Gideon pagó la comida —seis dólares— y se fueron mapa en mano.

—¿Lo ve? —le dijo a Manuel—. La propina ha tenido su compensación.

Después de unas cuantas vueltas y revueltas, llegaron al edificio de adobe del folleto; tenía una entrada desvaída y un pórtico, y la fachada estaba cubierta de pegotes redondos que parecían haber sido lanzados contra el muro, al que se habían adherido. Encima de la puerta había un letrero en árabe con la traducción debajo: HOTEL TURÍSTICO.

—¿Se da cuenta —preguntó Garza cuando se detuvieron enfrente del hotel — de que esa cosa pegada al muro es mierda? Secándose, diría. Supongo que cocinan con eso.

Gideon los examinó. Sí, eran bolas de excremento: a un lado los pegotes frescos, al otro los ya secos, y en el muro había marcas de los que habían despegado recientemente.

—Bienvenido al Hotel de la Mierda.

Entraron y accedieron a un vestíbulo de azulejos de mármol falso, muchos de ellos agrietados, que dejaban ver los ladrillos de adobe que había detrás. Tras un mostrador de madera, un hombre los recibió calurosamente, les hizo señas para que se acercasen y empujó el libro de huéspedes hacia ellos. Con muchos asentimientos y gestos, lograron reservar una habitación con dos camas en la tercera planta a ocho dólares la noche. Subieron de inmediato y, sin más dilación, se tumbaron en las camas. La ventana estaba abierta y una maravillosa brisa fresca agitaba las descoloridas cortinas. Más allá de la mezcolanza de tejados y chimeneas de barro se extendían las aguas oscuras y sin olas del mar Rojo.

—Mañana empezaremos a preparar la expedición —dijo Gideon—, buscaremos a un guía y nos inventaremos una tapadera.

Pero vio que Garza ya se había dormido.

Al día siguiente Gideon salió del hotel y volvió poco después con un fardo al hombro. Encontró a Garza tumbado en la cama en ropa interior, camiseta de manga corta y una lata de cerveza en la mano. Se levantó cuando Gideon entró.

—Bébase una cerveza fría —dijo.

—¿De dónde narices la ha sacado?

—*Baksheesh*.

Se levantó y le dio una lata cubierta de gotas condensadas de un pack de seis guardado en un rincón a la sombra. Gideon la abrió.

—Aaah, el susurro del paraíso. —Bebió un buen trago y se sentó en la solitaria silla desvencijada—. Bueno, ¿ha averiguado algo mientras yo estaba fuera?

—Más o menos lo que ya sabíamos. El Triángulo de Hala'ib es tierra de nadie, hay pocas carreteras, y seguro que ninguna lleva a donde queremos ir. Aun así, en el borde oriental del triángulo hay mucha actividad de contrabando a través de la frontera de Egipto y Sudán, así que la gente la cruza. Pero los contrabandistas evitan la parte occidental, que es adonde nos dirigimos nosotros. Al menos eso se rumorea, por lo que he podido entender. Al final he dado con un contrabandista que parecía tener cierta idea de las condiciones en las que se encuentra la parte occidental del triángulo.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—La única forma de entrar es a camello.

—¿Y en moto de cross? ¿O en uno de esos todoterrenos como los que utilizan en el Sáhara?

—Ya ha visto las imágenes del satélite. El desierto oriental no se parece al Sáhara. Es mucho más accidentado. Las motos de cross no sirven en la arena honda, y los todoterrenos no pueden escalar montañas. Y aunque no fuera así, no podríamos permitirnoslos. Como ya habrá observado, esta ciudad está llena de camellos y de poco más.

—Está bien. Pues vayamos a camello.

—Eso mismo he pensado yo. Con toda la actividad comercial que se lleva a cabo aquí (de contrabando y legítima), hay muchos vendedores de camellos en la zona. Media docena, quizá, todos instalados en la parte occidental de la ciudad. Propongo que alquilemos una pequeña caravana, con un guía y camelleros, y recorramos los ciento cincuenta kilómetros que hay hasta las estribaciones de las montañas. Allí despacharemos la caravana y haremos el resto del viaje, unos veinticinco kilómetros, a pie, solos, para tener la seguridad de que nuestro destino final sigue siendo un secreto.

—¿Veinticinco kilómetros a través de las montañas? ¿A pie? Con este calor parece un suicidio.

—Viajaremos de noche —aclaró Garza—. La clave está en recorrer los veinticinco kilómetros en una sola noche, llevando agua y provisiones. En las montañas por las que tenemos que pasar hay valles, los oasis de niebla de los que le hablé. Confío en que allí haga más fresco y haya vegetación y, con suerte, agua.

—¿Y mapas?

—He conseguido un par cuando buscaba las cervezas.

—¿Y si llegamos allí y no encontramos nada? ¿Cómo volveremos?

—Esconderemos agua por el camino y nos reuniremos con la caravana a una hora y en un sitio que acordaremos de antemano.

Gideon movió la cabeza con gesto de disgusto.

—Camellos. ¿No escupen?

—Y muerden —añadió Garza.

—Qué bien.

—¿Y a usted? ¿Cómo le ha ido con sus tareas matutinas?

—Ya tengo nuestra tapadera.

Gideon abrió el fardo, sacó una maltrecha cámara Nikon y la lanzó a la cama.

—¿Para qué es eso?

—Usted es un fotógrafo de la revista *National Geographic*. Yo soy periodista. Estamos haciendo un reportaje sobre el desierto más apartado de Egipto. La cámara es vieja y no funciona, pero cuando le das al obturador suena un bonito clic.

—Prefiero ser yo el escritor y que usted cargue con ese trasto.

—Lo siento. —Gideon metió la mano en el saco y extrajo un fardo—. Y aquí tiene una nueva galabiya y un nuevo pañuelo.

Garza miró la ropa pero no hizo ademán de cogerla.

—Cualquiera diría que tienen piojos.

—Están recién lavados, me he asegurado.

Garza cogió la ropa, la olió e hizo una mueca.

—Adelante. Póngasela. Es mejor que ser un representante de John Deere.

Los vendedores de camellos se hallaban en una serie de cercados de arena en medio de unas cuantas acacias desperdigadas junto a un concurrido camino de arena que se adentraba en el desierto. Había un grupo variopinto de animales sujetos a estacas, sentados y rumiando. Los vendedores de camellos ocupaban

recargadas tiendas provistas de aire acondicionado; los tubos serpenteaban desde los ruidosos aparatos externos hasta el interior.

—Esa tiene buena pinta —afirmó Gideon señalando con el dedo—. Grande y boyante.

Se aproximaron a la tienda y un chico —un empleado del vendedor de camellos— se acercó a toda prisa.

—¿Quieren camello?

—Sí.

—¡Vengan!

Lo siguieron hasta la tienda, cuyo interior era extraordinariamente suntuoso: el suelo estaba cubierto de alfombras persas y cojines de piel, a modo de asientos, alrededor de unas mesas bajas de latón. En el fondo de la tienda, un hombre corpulento se levantó de un cojín y se acercó a ellos con grandes zancadas y la mano extendida.

—Queridos amigos, siéntense, por favor —dijo en un inglés vacilante pero más que pasable.

Se sentaron alrededor de una de las mesas. Aparecieron unos vasitos de cristal y el chico les sirvió té a todos.

—¿De dónde son? —preguntó el hombre.

—De Estados Unidos —contestó Gideon.

—¡Estupendo! —El hombre dijo algo al chico, que volvió con un plato de dátiles—. ¿Necesitan camello?

—Sí, para cargar y para montar, y también un camellero y un guía. — Gideon sacó uno de los mapas que Garza había comprado y lo desplegó encima de la mesa—. Vamos al pie de Gebel Umm, aquí. Está a unos ciento cincuenta kilómetros.

El hombre se inclinó sobre el mapa con el ceño fruncido.

—Eso está en Hala'ib. ¿Por qué ir allí? Desierto oriental mucho mejor.

—Porque allí es adonde nos interesa ir. Queremos fotografiar Gebel Umm.
—Hizo un gesto con la cámara.

—Yo llevar a sitio mucho mejor, aquí arriba. —El corpulento hombre puso el dedo en las montañas situadas al noroeste de Shalateen—. Hay cuevas, pinturas rupestres, dunas grandes, montañas, famosa mezquita en ruinas. Nada en Hala'ib. Muchas serpientes. Beduinos ajraj, incluso. Ustedes ir aquí. —Su dedo volvió a dar un golpecito obstinado en el norte—. Famosa mezquita omeya en ruinas. ¡Hacer buenas fotografías!

Gideon se dio cuenta de que aquello no iba a ningún sitio.

—¿Nos llevará a Gebel Umm o no?

Tras vacilar un largo rato, el hombre negó con la cabeza.

—Lo siento. Demasiado peligroso.

Cuando salieron al sol ardiente, Gideon miró por la avenida que avanzaba entre los vendedores de camellos.

—¿Probamos en la siguiente?

Tuvieron la misma suerte, y en la siguiente, y en la siguiente. Siempre era la misma historia: demasiado peligroso. Serpientes. Tormentas de arena. Nada de agua.

Llegaron al final del mercado de camellos, junto a la carretera que se adentraba en el desierto. Allí estaba la tienda más raída, con seis descuidados camellos atados cerca. Era la única que no tenía aire acondicionado y, a diferencia de en los demás negocios, ningún muchacho salió corriendo a recibirlos cuando se acercaron.

Gideon agarró la tela de la entrada.

—¿Hay alguien?

Al poco, un hombre flaco de barba larga salió por la puerta. Parecía que acababa de levantarse. Tenía unas cuantas hebras de heno pegadas a la barba, y su sonrisa dejaba a la vista sus dientes y labios manchados de rojo. Los

otros vendedores de camellos se habían mostrado cordiales, pero ese hombre era de lo más locuaz. Tras vacilar un momento, Gideon le ofreció la mano.

—Gideon Crew. Este es Manuel Garza. Buscamos camellos.

—¡Ibrahim Mekky a su servicio! —Le estrechó la mano y la sacudió un buen rato.

—Encantado —dijo Gideon, retirando por fin la mano.

—Tenemos los mejores camellos. ¡No son bonitos pero sí resistentes!

A Gideon le sorprendió que hablase perfectamente su idioma y con algo parecido a un ligero acento neoyorquino.

Mekky se sacudió un poco la barba para quitarse el heno.

—¡Pasen, pasen a tomar té!

Señaló su oscura tienda, donde sin duda debía de hacer un calor infernal. Se inclinó y escupió en la arena un chorro rojo de jugo y fibras. Era evidente que había estado masticando algo.

—No, gracias —dijo Gideon—, hemos bebido demasiado té. Hablemos aquí fuera.

—De acuerdo.

—Habla muy bien mi idioma, señor Mekky.

—Viví en Queens. En Astoria. ¡Un sitio muy bonito! ¡Adoro Estados Unidos! —Otra sonrisa manchada de rojo.

Gideon se estaba asando al sol y no quería perder más tiempo charlando. Sacó el mapa.

—Queremos ir aquí. Al pie de Gebel Umm.

Mekky tomó el mapa y lo miró entornando los ojos.

—¿Por qué ahí? Si van al norte...

—¡No! —lo interrumpió Garza—. Vamos a Gebel Umm. No nos interesan nada las pinturas rupestres ni las mezquitas en ruinas.

—Está bien —concedió Mekky; retrocedió sonriendo y dejó ver de nuevo

sus llamativos dientes color remolacha—. No hay problema. Iremos a Gebel Umm. Yo los guiaré.

—Nos llevará y nos dejará allí. Y volverá a por nosotros al cabo de... — Gideon miró a Garza e hizo un cálculo rápido—. Dos semanas. ¿Conoce bien la zona?

—¡Muy bien! Necesitaremos tres camellos para montar y dos para cargar el equipaje. Tardaremos cuatro días, puede que cinco. ¿Cuál es la finalidad de su viaje?

—Yo soy periodista —dijo Gideon—. Él es fotógrafo. Trabajamos para *National Geographic*.

—¡Ah! ¡*National Geographic*! ¡Estupendo! En ese caso puedo ofrecerles un precio especial de amigo...

—Díganos la puñetera cifra —le espetó Garza.

Mekky metió la mano en un saquito de piel que llevaba colgado por dentro de la galabiya y sacó un fruto verde.

—¿Les apetece una nuez de betel? Siempre es aconsejable compartir una nuez de betel antes de hacer negocios.

—No, gracias —dijo Garza.

Mekky se metió la nuez en la boca, la partió con los dientes y tiró las cáscaras. Tomó una pizca de polvo blanco de un frasco que llevaba en la túnica, lo introdujo en la bola de la nuez y empezó a masticarlo todo. Terminó la compleja operación escupiendo un repugnante chorro de líquido rojo y, con ayuda de la lengua, se puso la bola en el carrillo.

—Cuarenta mil libras.

Gideon lo miró fijamente.

—¿Cuarenta mil? Vaya, eso son... ¡dos mil doscientos dólares! No tenemos tanto dinero.

—Señor Gideon —dijo Mekky—, no me está proponiendo un solo viaje,

sino dos. Y peligrosos. Muy pocos de los que van allí vuelven...

—Somos conscientes del peligro —concedió Gideon—. Y de las serpientes y del calor y de la falta de agua.

—Entonces sabrán que cuesta cuarenta mil libras. Pero tratándose de *National Geographic*, puedo dejárselo en treinta y cinco.

—Diez mil —dijo Gideon.

—¿Diez mil? No es justo, amigo mío.

—Doce mil.

—Treinta mil.

—Once mil.

—¿Once? —dijo el comerciante—. ¡Eso es menos que su anterior oferta!

—Tengo calor. Cuanto más dure el regateo, más bajará el precio. Considérelo un recargo por las molestias.

—Veinticinco mil.

—Diez mil.

—Veintidós mil.

—Nueve mil.

—¡Así no se hace, amigo mío! ¡No encontrará un guía de camellos como yo en todo Egipto! Tendremos que llevar pienso para los camellos, agua y comida para nosotros. Mi última oferta son veinte mil..., por adelantado, claro.

Gideon estaba a punto de contestar cuando se oyó una voz femenina procedente de la bulliciosa calle situada detrás.

—¡Que sean veinte mil!

Gideon vio a una mujer bajarse de un abollado Land Rover aparcado junto a la vía pública. Parecía egipcia porque llevaba un pañuelo en la cabeza y un vestido de brocado azul y negro de estampado egipcio, pero estaba morena y tenía los ojos azules. Poseía un ligero acento inglés.

Mekky se volvió.

—¿Veinte mil, señora?

—Eso es. Veinte mil. Necesito cinco camellos, y he oído que es usted el mejor guía de Egipto. Voy al oeste de Hala'ib.

—¡Estupendo! Soy su hombre. ¡Decidido! —Mekky dio una palmada y se volvió hacia Gideon—. Lo siento mucho, amigo mío. —Subrayó sus palabras lanzando un escupitajo de jugo rojo en la arena.

—¡Un momento! —dijo Garza a la mujer—. Estábamos en medio de una negociación. ¡No puede entrometerse de esa forma!

La mujer se volvió hacia él con una sonrisa.

—Acabo de hacerlo.

Con una mirada de lástima y regocijo, la mujer se acercó al vendedor de camellos.

—Estoy dispuesta a pagar ya mismo. Partiremos esta noche.

—¡Magnífico! —dijo Mekky frotándose las manos.

—Espere —terció Garza—. Nosotros hemos llegado antes y todavía no hemos terminado de pujar. —Se volvió hacia el vendedor—. Le pagaremos veintidós mil libras.

—Veinticuatro —señaló la mujer.

—Veintiséis —replicó Garza.

—Treinta —ofreció la mujer.

—Treinta y cinco.

—Treinta y seis.

—Cuarenta.

Al ver que Garza no hacía una contraoferta, el vendedor de camellos se volvió hacia los dos hombres con expresión esperanzada e indicó con gestos que subieran la puja.

—¿Cuarenta y dos? —preguntó expectante.

—No tenemos ese dinero —le explicó Gideon.

Mekky se frotó el mentón y acto seguido miró con descaro el Rolex de Garza.

—Ni hablar —dijo este de inmediato.

Mekky se encogió de hombros y se volvió hacia la mujer con una gran sonrisa.

—Bueno, señora, parece que los camellos son suyos. Por cuarenta mil libras.

La mujer asintió con la cabeza.

—Muy bien.

—¿No tiene más camellos que podamos alquilar? —preguntó Gideon.

—Lo siento, solo tengo seis. Ella necesita cinco.

Garza se volvió hacia Gideon.

—Tenía que hacerse el listo regateando, ¿verdad? —susurró con furia—. Podríamos haber cerrado el trato.

—¿Quién iba a imaginar que tendríamos competencia? Usted es el que se ha negado a cambiar el reloj. Le alquilaremos los camellos a otra persona.

—Todos los demás nos han rechazado, ¿recuerda?

La mujer volvió a su Land Rover y lo metió en la parcela de tierra junto a la tienda del vendedor. Empezó a sacar el equipaje de la parte trasera. Se trataba de una colección absurda de maletas: un baúl, una maleta Louis Vuitton, unas bolsas de viaje, una mochila...

Gideon observaba, y su enfado se tornó en algo parecido a diversión. Saltaba a la vista que aquella mujer, a pesar de su vestido indígena, distaba mucho de ser una viajera experimentada. Después de descargar, entregó al camellero un fajo de dinero, y el hombre lo contó. Una vez que lo tuvo bien guardado en el bolsillo, Mekky examinó el equipaje haciendo preguntas, y luego mantuvo una discusión privada con la mujer; sacudía la cabeza a menudo.

—¿Por qué cree que va al Triángulo de Hala'ib? —preguntó Gideon—. Yo creía que nadie iba allí.

—Por lo visto hay al menos una mujer lo bastante loca para ir.

—Voy a hablar con ella.

Garza puso los ojos en blanco.

Gideon se acercó a donde estaba teniendo lugar la acalorada discusión. La mujer había abierto el baúl y había dejado al descubierto pesadas piquetas, cinceles y material científico para uso desconocido.

—Señora, no podemos llevar todo esto —estaba diciendo el camellero—. Debemos tener en cuenta el peso.

—Disculpen la interrupción —intervino Gideon.

La mujer alzó la vista.

Él le tendió la mano.

—Permítame presentarme. Gideon Crew.

La mujer puso cara de impaciencia ante la interrupción.

—El trato está cerrado. Ya he pagado.

—No hay problema. Solo quería asegurarme de que no nos guardamos rencor.

Ella se enderezó y alargó la mano de mala gana, pero no le dijo su nombre. Garza se contuvo, frunció el ceño.

—De modo que va a Hala'ib —dijo Gideon.

—¿Y a usted qué le importa?

—Lo pregunto porque da la casualidad de que allí es adonde vamos nosotros.

—Me alegro por ustedes. —Se dio la vuelta y regañó a Mekky por sacar y apartar una almádena y una palanca de hierro—. Necesito esas herramientas.

—¡Pesado demasiado, señora!

—Pero soy geóloga. Necesito recoger muestras.

Mekky movió la cabeza sin demasiada convicción.

—Necesitaré un ayudante para todo esto. Y otro camello.

La discusión parecía que iba para largo.

—¿Me permiten que los interrumpa de nuevo? —aventuró Gideon.

La mujer volvió a levantar la vista, esta vez exasperada.

—Y ahora, ¿qué?

—Se me ocurre que, como todos vamos a Hala'ib, podríamos asociarnos temporalmente.

—No. —Volvió a mirar a Mekky—. Necesito esa almádena.

—¡No puedo llevar almádenas al desierto!

—Nosotros podemos ayudar —ofreció Gideon.

—Lárguese. —Se dio la vuelta y continuó discutiendo con Mekky.

—Podríamos ayudarla a descargar y cargar su material —dijo Gideon—. Además, cuantos más seamos, menos peligro habrá.

—¿Por qué no le dice a esta gente que se vaya? —preguntó ella a Mekky.

Él hizo caso omiso a la pregunta.

—Ya se lo he dicho, señora, tendré que contratar a un ayudante si llevamos todo esto. —Miró el equipaje desperdigado—. Dos ayudantes. ¡Eso costará más!

Ella hizo una pausa y volvió a mirar a Gideon.

—¿Qué hacen ustedes aquí y por qué están tan impacientes por ir a Hala'ib?

—Yo soy periodista de *National Geographic*, y mi amigo Manuel es fotógrafo. Se dice que es uno de los lugares más apartados de la Tierra. A *National Geographic* le encantan los sitios así. ¿Lee la revista?

Ella lo miró fijamente.

—Por supuesto que la leo.

—Bueno, pues entonces conocerá mis reportajes.

—La verdad es que no.

—Tal vez ellos deberían venir también, señora —dijo Mekky—. Nos vendrían bien. Yo soy viejo. Necesito hombres fuertes que me ayuden.

Ella miró a Gideon de arriba abajo.

—¿Hombres fuertes? ¿Dónde?

—Es una buena idea, señora. Yo estoy a favor. —Mekky volvió a escupir.

—Discúlpenme, detesto interrumpir —dijo Garza, acercándose—. Nadie me ha preguntado mi opinión, pero me gustaría compartirla..., si puedo. —
Dedicó a todos una sonrisa exagerada.

—¿Y cuál es su opinión? —preguntó la mujer.

—A la mierda. Esa es mi opinión.

La mujer sonrió burlona.

—Voy a tener una conversación con mi socio. —Gideon tocó a Garza en el codo y lo llevó aparte, donde no los oyeran.

—No pienso ir de ayudante de nadie —dijo Garza, airado—. No me cae bien esa mujer.

—Primero, son los únicos camellos que hay. Segundo, tener a una geóloga en el grupo nos brinda una tapadera perfecta.

—Y tercero, por lo que deja ver ese pañuelo, resulta que es guapa y seguro que usted espera un poco de marcha a medianoche en el oasis.

—No tiene nada que ver con eso.

—Tiene todo que ver con eso. Además, ¿cómo vamos a ocultarle nuestro descubrimiento?

—Iremos con ella hasta las estribaciones de Gebel Umm, según lo planeado, y luego seguiremos el camino por nuestra cuenta. No la llevaremos con nosotros, y de todas formas ella no querrá venir; ha dicho que va al oeste de nuestro destino. Se irá adondequiera que vaya y nos recogerá cuando vuelva.

—¿Ha visto todo lo que pretende llevarse? —preguntó Garza—. Es evidente que no sabe dónde se mete. Se convertirá en un estorbo para nosotros.

—Dejemos que Mekky resuelva eso. Nosotros vamos prácticamente con lo

puesto.

Garza frunció el entrecejo.

—¿De verdad cree que es geóloga? ¿Qué hace sola? ¿Por qué no va mejor preparada? ¡Joder, ni siquiera sabemos cómo se llama! Hay un montón de interrogantes sin respuesta.

—Es nuestra única opción. O eso... o volvemos a casa.

Garza se quedó mirando el suelo.

—No me gusta.

—A mí tampoco. Pero está dispuesto a intentarlo, ¿verdad? Usted era el que tenía tantas ganas de que siguiéramos.

Garza titubeó y finalmente asintió con la cabeza.

Volvieron a donde estaba la mujer, con los brazos en jarras y el ceño fruncido.

—Nos gustaría acompañarla —dijo Gideon—. Viajaremos juntos hasta Gebel Umm. Nos dejará allí, hará lo que ha venido a hacer y luego volverá a recogernos. Podemos ultimar los detalles por el camino. Y encima aportaremos la mitad del coste de la expedición: veinte mil libras.

Ella los miró y acto seguido miró a Mekky, que asentía con la cabeza, esperanzado.

Entonces la mujer sacudió la cabeza.

—Está bien.

Una vez que pagaron a Mekky, el hombre mandó comprar provisiones a un chico, que volvió poco después con un carrito lleno de comida y agua. Mekky ensilló y cargó los camellos mientras el sol descendía en el cielo hacia el oeste. Después de una tediosa discusión, consiguió que la mujer, que no parecía interesada en presentarse a pesar de las insinuaciones de Gideon, dejase la almádena, la barra y un juego de pesados cinceles. Partieron al ocaso rumbo a la esfera ardiente justo cuando esta se escondía detrás de las montañas color púrpura. Mekky iba a la cabeza de la caravana, tirando de los dos camellos cargados, y ellos tres lo seguían en fila india en el orden que Mekky había establecido: primero la mujer, luego Garza, y Gideon el último. Este había oído historias sobre lo incómodo que era montar a camello, pero no le resultó tan difícil, sobre todo si pasaba una pierna por encima de la estaca. El camello tenía unos andares espasmódicos, pero al cabo de un rato se acostumbró al ritmo e incluso empezó a disfrutar del bamboleo. Los camellos, pese a ser feos y estar descuidados, parecían bastante estables y no escupían ni mordían —al menos todavía—, aunque se habían quejado mucho mientras los ensillaban y cargaban.

Garza, en cambio, no se contagió del espíritu. Gideon oía al ingeniero murmurar y en ocasiones insultar a su animal. Estaba claro que no tenía afinidad con los animales. La mujer también tenía altercados periódicos con su

camello. Mekky, en cambio, iba montado con tanta placidez como si estuviera sentado en un sillón reclinable.

Durante cinco horas recorrieron una llanura tediosamente plana, y a medida que el cielo se oscurecía y las estrellas salían, empezó a refrescar. Gideon nunca había visto tantas estrellas, ni siquiera en las remotas montañas de Nuevo México. Era como un inmenso caldero brillante surcado por la Vía Láctea. Mekky se puso a cantar: una misteriosa y repetitiva canción en clave menor que parecía ejercer un efecto tranquilizador sobre los camellos. Sin luna en el cielo, los animales y sus jinetes no tardaron en convertirse en siluetas negras que avanzaban en un mar de oscuridad.

A medianoche, Mekky se detuvo.

—¡Vamos a descansar!

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Gideon.

—Cuatro horas. Saldremos antes de que amanezca.

—Gracias a Dios —dijo Garza—. Bájeme de este condenado animal.

Mekky se acercó con su pequeña fusta y sujetó al animal de la mujer por el ronzal mientras le daba unas suaves palmadas. El camello se arrodilló, y la mujer estuvo a punto de salir disparada hacia delante por encima de su cabeza.

—¡Oiga, podría avisar!

—Cuando suba y cuando baje, acuérdense siempre de echarse hacia atrás —dijo Mekky.

Garza también se zarandeó como un muñeco de trapo cuando su camello se arrodilló, perdió pie al desmontar y cayó de golpe contra la arena. Gideon, el último, se adelantó al movimiento echándose hacia atrás y desmontó con elegancia. Observó con una diversión llena de satisfacción y complacencia cómo Garza se quitaba la arena del trasero dándose palmadas.

—Estúpidos animales.

—¿Monta a caballo? —preguntó Mekky a Gideon.

—A veces.

—¡La experiencia con caballos es útil! Con los camellos hay que tener paciencia. Señor Manuel, cuando hable con su camello, hágalo en tono tranquilizador y amistoso. No diga tacos.

—Diré tacos cuando me dé la gana.

Mekky negó con la cabeza.

—El cuidado de los camellos va por delante del cuidado de nosotros mismos. Es la ley del desierto. Descarguemos primero.

Encendió un pequeño farol y lo colgó de un trípode hecho con palos; daba la luz justa para trabajar. Siguiendo las amables indicaciones de Mekky, Gideon y Garza desataron las alforjas de los camellos, las deslizaron por sus lomos y las alinearon en la arena. A continuación Mekky llevó los camellos a un lado y los ató a unas estacas. Los animales se arrodillaron agradecidos para descansar y empezaron a rumiar sonoramente.

—¡Y ahora el té! —dijo Mekky, que volvió dando palmadas.

Abrió una de las alforjas y extrajo una alfombra fina pero muy grande que desenrolló encima de la arena. Sacó unas pequeñas otomanas de cuero, una caja de madera gastada que contenía un juego de té desportillado, un pequeño hornillo de latón con una lámpara de queroseno y dos linternas plegables. En unos minutos se había dispuesto un servicio de té íntimo en las arenas del desierto. Mientras Mekky se encargaba de la instalación y el agua hervía, la mujer se desenrolló el pañuelo de la cabeza y los chales y los dejó a un lado. Se derramó una melena rubia, y ella agitó la cabeza para que se soltara. Incluso a la tenue luz de la vela, Gideon vio que era muy atractiva: nariz recta y aristocrática, espalda esbelta y brazos fuertes y musculosos. No estaba seguro de qué aspecto debía tener una geóloga, pero le parecía más una de esas viajeras británicas ricas y excéntricas que visitaban lugares muy peligrosos, vivían aventuras y luego escribían libros sobre ellas.

Echó un vistazo a Garza, quien a su vez le lanzó una mirada de advertencia. Desconfiaba más que nunca.

A los pocos minutos el té estaba listo, endulzado con generosidad y servido en vasos de cristal. Era una noche fría, y Gideon aceptó el té encantado. La mujer se sentó en un cojín y tomó un vaso de manos de Mekky, que luego sacó un plato de dátiles y galletas dulces y lo colocó en medio de la alfombra.

—Bueno —dijo Gideon—, ¿piensa decirnos en algún momento cómo se llama? ¿O quiere que siga siendo un misterio?

—Imogen —contestó la mujer.

—¿Imogen qué? —preguntó Garza con brusquedad.

Ella lo miró.

—Blackburn. ¿Y usted es...?

—Manuel Garza.

—Encantada, señor Garza. —No parecía en absoluto encantada.

—Y yo soy Gideon Crew, por si se le escapó —terció Gideon, tratando de introducir una nota amistosa.

Se estrecharon la mano.

—¿Así que es usted geóloga? —quiso saber Garza.

—Eso es.

—¿Para quién trabaja?

—Bueno, ahora mismo trabajo para mí; en concreto en mi tesis doctoral.

—¿En qué universidad?

—En Oxford.

—¿Por qué el Triángulo de Hala'ib?

La mujer permaneció en silencio; miró a Garza, luego a Gideon y de nuevo a Garza.

—¿Es esto un interrogatorio?

—Pues sí, la verdad —dijo Garza.

—Lo que quiere decir mi socio —se apresuró a intervenir Gideon— es que, si queremos llevarnos bien en este difícil entorno, deberíamos conocernos un poco mejor.

Ella le lanzó una mirada evaluadora.

—Ah, ¿sí? Y yo que esperaba no tener que conocer a nadie.

—¿Por qué Hala'ib? —repitió Garza.

—Ningún geólogo ha explorado el triángulo —dijo Imogen al poco—. Yo seré la primera. La geología es una de esas ciencias que siguen dominadas por hombres, lo que me obliga a ser el doble de inventiva para progresar. Lo típico. Por eso elegí ese lugar. En concreto, hay una formación geológica inusual (en realidad, única) que quiero examinar. Se llama «diatrema».

—¿Qué es eso? —preguntó Gideon.

—Es una formación volcánica en la que el magma de las profundidades de la Tierra sube hacia la superficie, topa con una masa de agua subterránea y explota. Forma un cráter conectado a una chimenea volcánica bajo roca muy agrietada.

—¿Y dónde está esa diatrema?

—Ya se lo dije a Mekky: al oeste de Gebel Umm. Bueno, ya que estamos intercambiando información, tengo curiosidad por saber qué esperan encontrar ustedes en las montañas.

—Solo un buen reportaje fotográfico —respondió Gideon—. Vamos a fotografiar los elevados valles que rodean el pico.

—¿Los oasis de niebla?

—¿Los conoce? —preguntó Gideon—. Sí, esperamos obtener fotos únicas allí arriba.

Imogen apuró su vaso de té.

—Basta de cháchara. Estoy hecha polvo. —Se envolvió con la galabiya y se tumbó de lado; hizo una bola con el pañuelo y se lo puso de almohada.

—Sí —dijo Mekky, que había estado callado hasta entonces, desplazando la vista de uno a otro y escuchando atentamente la conversación—. Me voy con los camellos. ¡Ustedes duerman!

Gideon se tumbó con las manos detrás de la cabeza y contempló la inmensa bóveda estrellada. Se acordó de que le quedaban unas seis semanas para mirarlas. Después..., en fin, después venía el gran misterio.

Cerró los ojos.

Parecía que solo hubiera pasado un instante cuando Gideon se despertó con el sonido de oraciones flotando en el aire. Se sentó. Todavía era de noche, pero una porción de luna se elevaba por encima del horizonte hacia el este y bañaba el desierto con una luz plateada. Debajo, el horizonte se teñía de un azul claro. Mekky se encontraba a cierta distancia, arrodillado en una pequeña alfombra de oración, salmodiando en árabe y haciendo reverencias hacia la Meca.

Cuando terminó su oración matinal, se levantó, enrolló la alfombra, se la puso bajo el brazo y acto seguido se acercó gritando alegremente.

—¡Tilín, tilín! ¡A desayunar!

En un abrir y cerrar de ojos preparó un almuerzo ligero compuesto de té dulce caliente, pan pita y queso. Comieron rápido. Mekky se metió una nuez de betel en la boca y fue a por los camellos. Gideon y Garza lo ayudaron a recoger las cosas y a cargar los animales. Partieron del campamento mientras el cielo se teñía de rojo hacia el este.

—Hoy entraremos en la Zona Prohibida —dijo Mekky cuando salieron.

Parecía que las montañas estuvieran increíblemente lejos; las cinco horas de trayecto apenas los habían acercado. El sol naciente teñía sus cimas de color rosa. Entre ellos y las montañas apareció una cadena de colinas escarpadas. El gran silencio del desierto se impuso y nadie dijo una palabra durante el viaje; solo se oía el suave crujido de las patas de los camellos sobre el suelo de grava de la llanura. Pronto, a lo lejos, Gideon divisó algo

artificial: un rectángulo blanco. Cuando se acercaron vieron que era un letrero desvaído y erosionado por la arena. Tenía un mensaje escrito en cinco idiomas.

تدخل لا — محظورة !

ZONE PROSCRITE — NE PAS ENTRER!

PROSCRIBED AREA — DO NOT ENTER!

VERBOTENEN BEREICH — KEIN ENTRITT!

ZONA PROIBITA — NON ENTRARE!

El letrero estaba aislado en un páramo azotado por el viento. La extensión de arena se extendía en todas direcciones casi hasta donde alcanzaba la vista. Como colocado allí a modo de advertencia, el esqueleto de un animal de enorme cornamenta yacía al pie con las cuencas oculares hacia el cielo. El sol proyectaba una sombra larga y lúgubre sobre la arena.

—Un arruí —dijo Mekky.

Gideon notaba el calor del sol en la espalda. Las extrañas colinas negras se aproximaban amenazadoras. Siguieron adelante en dirección a ellas.

—*Musaeadat!* —gritó Imogen de repente en árabe.

Su camello respingó hacia un lado. Gideon se dio la vuelta y vio lo que ella había visto: un esqueleto humano yacía en la arena parcialmente expuesto; a su alrededor se dibujaba un pequeño surco en la dirección del viento. Tenía unos cuantos harapos sujetos a la pelvis, y había un botón de latón cerca. Conservaba un poco de pelo en el cráneo, y tenía la mandíbula muy abierta, como congelada en pleno grito. Un antiguo yelmo militar reposaba en las inmediaciones medio lleno de arena.

—Aquí es donde fue la batalla —dijo Mekky.

Al pasar por delante, les relató la historia de la famosa batalla en la que los dos bandos lucharon pero ninguno se alzó vencedor y luego mataron a los prisioneros de guerra a la vista del otro. A los cadáveres, dijo, se les dio honrosa sepultura musulmana, pero no tenían con qué hacer ataúdes, y con el paso de los años el viento estaba dejándolos al descubierto.

Conforme siguieron adelante, Gideon vio otro esqueleto a su derecha que casi parecía estar saliendo a rastras de la arena: las piernas enterradas, los brazos estirados hacia delante y el cráneo boca abajo. Otro esqueleto yacía detrás, y otro más. A medida que avanzaban, la llanura de arena no tardó en poblarse de cráneos, cajas torácicas y huesos.

—Señorita Imogen, ¿puedo darle un consejo? —dijo Mekky—. Mantenga la calma con los camellos. No vuelva a gritar.

—Lo siento —se disculpó Imogen—. El esqueleto me ha asustado.

Garza se volvió hacia ella.

—Me parece interesante la soltura que tiene con el árabe.

—He aprendido alguna palabra aquí y allá desde que llegué a Egipto hace unas semanas.

—Unas semanas —repitió Garza—. ¿Y qué ha estado haciendo? ¿Organizar la expedición?

—Pasé un tiempo en El Cairo haciendo turismo. Y luego tardé lo mío en llegar a Shalateen. Es como hacer un viaje al fin del mundo, como bien sabrán.

—Entiendo —dijo Garza—. ¿Tomó el transbordador?

—No, vine en autobús y coche de alquiler.

—Claro.

Ella se volvió en la silla de montar y se encaró a Garza.

—¿Cuál es su problema exactamente?

—Solo me gusta saber con quién viajo.

—¿Quiere ver mi pasaporte?

—Pues la verdad es que sí. Me gustaría ver el sello de su visado de entrada.

—Yo soy la que debería desconfiar. Sé mucho menos de ustedes que ustedes de mí. Por ejemplo, usted va con esa cámara a cuestras pero no ha hecho ni una sola foto.

—Todavía no hemos llegado a nuestro destino.

Sonó poco convincente. Gideon hizo una mueca; como Glinn había observado, Garza mentía fatal.

—Los fotógrafos que he conocido siempre están haciendo fotos.

—Eh —dijo Gideon—. Basta de interrogatorios por las dos partes. Hace demasiado calor.

La mujer rio.

—Idiota —murmuró.

Garza no dijo nada.

El calor aumentaba con el sol. Se hallaban del todo expuestos a lomos de los camellos. Gideon tenía cada vez más sed, se le estaban secando los labios. Pasaron delante de una hilera de camiones militares abandonados y medio enterrados en la arena; las cubiertas de lona colgaban hechas jirones, las puertas estaban acribilladas a balazos.

—Señor Mekky —lo llamó Gideon—. ¿Qué tal si paramos a beber agua?

—Beberemos en Bir Qidmid, cuando paremos.

—¿Qué es Bir Qidmid?

—Un viejo pozo.

—¿Un pozo? ¿Se refiere a un pozo con agua?

—Ya no hay agua. Solo forraje para los camellos. Y una mezquita en ruinas donde nos pondremos a la sombra. —Se volvió hacia Garza—. En la mezquita podrá hacer muy buenas fotos. —Movié los ojos de manera graciosa.

—Perfecto —dijo Garza.

Se adentraron en las colinas. Mekky los condujo por un abanico aluvial hasta el lecho seco de un arroyo que serpenteaba entre gigantescos montones de rocas partidas y llenas de agujeros.

—Interesante geología —comentó Gideon a Imogen en un intento de ser simpático—. Espectaculares esas colinas negras contra la arena de color amarillo claro.

—Ya lo creo —asintió Garza mirando a Imogen—. ¿Sabe cómo se formaron esas colinas... desde el punto de vista geológico?

—Bueno —dijo ella—, supongo que estamos viendo los restos de un antiguo campo volcánico. Esas colinas son los vestigios erosionados de un torrente de lava.

—¿Y el color negro?

—En primer lugar, el basalto es oscuro, pero además tiene mucho hierro. En un entorno como el desierto, se erosiona y adquiere un barniz todavía más negro.

—¿Y la arena clara? ¿Por qué no es negra también?

—La arena es un elemento invasor. El viento la ha traído aquí desde las costas del mar Rojo.

Garza frunció el entrecejo y permaneció callado. Gideon esperaba que hubiera quedado satisfecho; en su opinión, la mujer, además de hermosa, no había duda de que era quien decía ser.

Siguieron adelante, las colinas se elevaban cada vez más. La garganta, o el uadi, por la que avanzaban era ahora un horno con paredes negras que irradiaban calor, y la temperatura aumentó hasta volverse casi insoportable. La sed de Gideon se intensificó.

—Señor Mekky, necesito beber al menos un sorbo de agua. No es bueno deshidratarse en este entorno.

—Estoy de acuerdo —convino Imogen.

—Cuando lleguemos a Bir Qidmid —dijo Mekky—. ¡No está lejos! Debemos racionar el agua. ¡Deben acostumbrarse a la sed!

Pero sí estaba lejos. Por fin, al doblar un recodo del uadi, se detuvieron ante una pintoresca vista: en un valle circular, al pie de un montículo negro de lava, un imponente minarete se elevaba desde la arena. Cerca, un laberinto de muros de adobe se alzaba entre montones de arena y en medio de unas cuantas acacias espinosas y de tamariscos desperdigados.

—Pararemos aquí el resto del día —anunció Mekky, guiando a los camellos en círculo—. Saldremos al atardecer.

Todos bebieron abundantemente, y luego descargaron y desensillaron los camellos. Se retiraron a la sombra de las acacias mientras Mekky ataba a los camellos para que paciesen, y a continuación extendió su alfombra y preparó un almuerzo compuesto de té, pan pita y dátiles.

—¿No hay nada más? —Garza miraba con tristeza la sencilla comida.

—Queso.

—Ya hemos comido queso en el desayuno. ¿Algo más?

—Garbanzos. Pero hay que remojarlos y cocerlos. Cenaremos garbanzos. ¡Es una dieta muy sana! Se puede vivir meses a base de garbanzos, dátiles, pan y queso.

Garza se sentó y no dijo nada.

Permanecieron en el bosquecillo todo el día, echando alguna que otra cabezada en medio del intenso calor. Nadie tenía energía para hablar. Cuando el sol empezó a descender hacia el horizonte, cenaron —garbanzos y queso, como Mekky había prometido— y luego ensillaron y cargaron los camellos para la travesía nocturna.

Cabalaron y cabalaron; los días y las noches se confundían. Las colinas

negras y los sinuosos riachuelos secos no parecían terminar nunca, ni el calor que se elevaba desde la arena ni el andar lento e incesante de los camellos. De vez en cuando aparecía un espejismo: lagos relucientes con hierba ondulada; cordilleras y montañas trémulas que se esfumaban cuando se dirigían a ellas. Mekky racionaba el agua, el té y hasta el pan y el queso; los mantenía en un estado continuo de hambre y sed. El agua, transportada en las alforjas, a veces se calentaba tanto que había que ponerla en un cuenco abierto y esperar a que se enfriase por evaporación para poder consumirla. Aquel viaje era mucho peor, pensaba Gideon, que cualquiera de los que había hecho en su vida. Incluso cuando había estado en el mar con Amiko unos meses antes, buscando la isla perdida, por lo menos tenían alcohol, buena comida y camas. Garza permanecía callado y ya no interrogaba a Imogen, y ella también guardaba silencio. Hacía demasiado calor; hablar consumía demasiada energía. Las canciones que Mekky cantaba a los camellos —melodías lastimeras y quejumbrosas que subían y bajaban de tono— eran su única distracción en medio de las interminables colinas negras.

Al tercer día de viaje, Gideon vio por encima de las cumbres de las colinas una montaña de tres picos de color caoba rodeada de picos menores. Pronto aparecieron una capa tras otra de montañas que se elevaban hasta el horizonte. El pico central, les dijo Mekky, era Gebel Umm. Llegarían a sus estribaciones a la quinta mañana después de que saliera el sol. Por fin, pensó Gideon, se acercaban a su destino inmediato. Lo que los aguardaba después era inimaginable.

Al cuarto día pararon a medianoche a acampar en un lugar en el que confluían cuatro uadis. Mekky lo identificó como Bir Rabdeit. Constaba de un denso grupo de tamariscos que rodeaban un antiguo pozo de piedra lleno de arena. Cerca había un corral de piedra. Después de avisarlos de que tuvieran cuidado con las víboras, Mekky les enseñó debajo de un saliente de arenisca

una pintura rupestre en la que aparecían hombres con lanzas montados en camellos y pinturas desvaídas de antílopes y arruies. Las imágenes estaban decoradas con misteriosos dibujos geométricos. Tras recibir un sutil codazo de Gideon, Garza sacó su cámara y tomó unas cuantas fotos falsas. Durmieron, como siempre, enrollados en sus galabiyas.

Al amanecer Gideon se despertó sobresaltado de un sueño borroso en el que nadaba con una mujer desnuda en la piscina de la azotea del hotel Gansevoort. Se sentó parpadeando. El sol estaba a punto de salir; era muy tarde. Miró a Garza, que seguía durmiendo, y luego a su alrededor... y entonces se percató de que había ocurrido algo terrible. Estaban solos. Miró otra vez alrededor presa del pánico; más allá de la alfombra en la que dormían solo vio arena y algunos artículos desperdigados por el suelo. El camellero y la mujer habían desaparecido junto con los camellos, las provisiones... y el agua.

Se habían quedado sin nada.

Garza se levantó de un salto al oír el grito de Gideon y miró alrededor con los ojos desorbitados.

—Pero ¿qué coño...?

—Nos han robado.

Garza explotó.

—Imogen —dijo—. Sabía que escondía algo desde el principio. Su llegada tan oportuna. Su puja por los camellos. Su manera de meterse en nuestra expedición.

Gideon no contestó, pero reconoció para sus adentros que probablemente estaba en lo cierto.

—Se han llevado toda el agua —observó.

—Increíble.

Gideon observó al paisaje de arena y roca que se extendía hasta el horizonte y empezó a asimilar la gravedad de la situación.

—Esto ha sido algo planeado —dijo Garza—. Debieron de confabularse para dejarnos tirados en el peor sitio posible: a ciento treinta kilómetros de Shalateen y a cincuenta kilómetros del oasis de niebla. Nos han dejado donde sabían con seguridad que moriríamos. Y se han llevado nuestra agua.

Gideon movió la cabeza con gesto de incredulidad.

—Me parece mucho trabajo para robarnos el dinero y cuatro cosas por valor de unos cientos de dólares.

Notó un repentino calor en el rostro, el sol asomaba por encima de las estribaciones del este proyectando largas sombras.

—Más vale que nos larguemos de aquí —dijo Garza.

—No podemos viajar sin agua. Deberíamos excavar el pozo.

—El agua podría estar a seis metros de profundidad, si es que hay.

Gideon miró a Garza y vio el pánico incipiente en sus ojos.

—La única agua segura está a ciento treinta kilómetros. Jamás llegaríamos allí con vida. Nuestra única opción es excavar..., a menos que se le ocurra una idea mejor.

Garza negó con la cabeza.

Gideon se acercó al grupo de tamariscos junto al viejo pozo de piedra. Un muro circular rodeaba el pozo, y en un lado habían construido una escalera que bajaba en espiral. La arena se había amontonado en el pozo hasta más o menos un metro y medio de la parte superior.

—Tenemos que pensar en algún método —dijo Garza acercándose a él—. Podríamos hacer cubos con esa alfombra.

Les llevó media hora cortar la fina alfombra y unir las piezas para dar forma a dos recipientes. Con los pañuelos para la cabeza hicieron tiras y las trenzaron para confeccionar cuerdas. El sol salió y el calor se intensificó mientras trabajaban.

—Yo lleno el cubo de arena —dijo Gideon—. Usted lo sube y lo vacía.

Bajó por la breve escalera y empezó a echar arena en el cubo con las manos. Cuando estuvo lleno, Garza lo alzó y lo vació mientras Gideon llenaba el segundo cubo; y mientras Garza lo subía, Gideon llenó otra vez el primer cubo.

La arena estaba suelta y seca, y el agujero que pretendía abrir Gideon se rellenaba constantemente. Pronto comprendió que no podría hacer un agujero; tenía que vaciar el pozo entero, de pared a pared. Era un trabajo agotador, y a

medida que se incrementaba el calor, se volvió casi insoportable. La sed de Gideon aumentó rápidamente.

A mediodía solo habían bajado el nivel de la arena un metro y veinte centímetros, y no había rastro de humedad. Los dos estaban muertos de agotamiento, calor y sed. Se intercambiaron las tareas varias veces y acabaron con las manos en carne viva de recoger la arena caliente.

—No podemos seguir con esto —dijo Gideon—. Tenemos que parar un rato.

Garza aceptó en silencio y vació el último cubo mientras Gideon subía por la escalera con una ligera sensación de mareo. Estaba al borde de la hipertermia. El pozo era como un horno, y el aire estaba estancado y lleno de polvo. Se acercó a un gran tamarisco arrastrando los pies en silencio y se dejó caer a la sombra del arbusto.

Gideon miró a su compañero. Parecía un zombi, con la cara manchada de polvo y la arena endurecida sobre el sudor de su piel. Tenía los ojos inyectados en sangre. Dedujo que él debía de ofrecer un aspecto igual de lamentable.

Sentado con la espalda contra el árbol, cerró los ojos y trató de despejarse la cabeza. Tenía los labios agrietados y la lengua como un pedazo de yeso seco. Era alarmante lo rápido que se habían deshidratado. Le devoraba la sed. Apenas podía pensar en otra cosa.

—¿Y ahora qué? —logró decir Garza.

—Esperaremos a que anochezca y seguiremos excavando.

Garza contestó en silencio, levantó las manos, que estaban hinchadas y con la piel agrietada. Gideon bajó la vista y comprobó que las suyas se encontraban en un estado parecido.

—Tal vez deberíamos correr hacia el oasis de niebla —dijo Garza—. Allí debe de haber agua.

—¿Cincuenta kilómetros en estas montañas? Moriríamos seguro.

El sol estaba ahora justo encima de ellos, y la temperatura a la sombra era de casi cincuenta grados. Probablemente morirían hicieran lo que hiciesen, pensó Gideon.

Sería maravilloso quedarse dormido, perder la consciencia, pero la intensa sed lo hacía imposible. Era evidente que no encontrarían agua en el pozo; tampoco podían encaminarse al oasis de niebla ni volver a Shalateen. No tenían más opciones.

Gideon intentó darse ánimos mirando hacia el este por el amplio uadi. A cada lado las colinas negras se ensanchaban y dejaban ver un horizonte de arena clara. Era la hora del día en que empezaban los espejismos, y en ese momento vio uno: un oasis exuberante, una lámina de agua centelleante y, elevándose de él, lo que parecía una ciudad de minaretes. Le costaba creer que, después de por todo lo que había pasado —después de pensar en la sentencia de muerte que pesaba sobre él durante casi un año—, abandonaría el mundo de una forma tan inesperada y absurda.

El sol pasó el meridiano y siguió su curso. Pronto tendría que moverse para permanecer a la sombra, pero cuando el sol se asomó muy despacio pensó que no valía la pena molestarse. Algo no iba bien en su cabeza; era como si estuviera desligándose de la realidad y sumiéndose en otro mundo. «De modo que así es como acaba todo.» Observó el efecto de los espejismos en el lejano horizonte. Era un entretenimiento, pensó: la televisión del desierto. El espejismo de la ciudad se transformó en una hilera de palmeras que se bamboleaban al unísono y se incendiaban, las llamas refulgían de un lado a otro. A medida que el sol seguía avanzando, se sucedieron espejismos más extraños: ciudades, láminas de agua, un gran barco, montañas que subían y bajaban, una caravana que se movía como una fila de hormigas a través de las arenas.

La idea de esperar a que anocheciese para reanudar el trabajo parecía ahora un chiste; estaba claro que cuando el sol se pusiera y la fría noche volviese, ninguno de ellos podría seguir operativo. «Me voy a morir un mes y medio antes de lo previsto», se dijo con amarga ironía, «en este sitio perdido de la mano de Dios». Pero ahora que la muerte había llegado de verdad, un mes y medio parecía muchísimo tiempo, y deseaba fervientemente poder recuperarlo.

Sus pensamientos se volvieron febriles e insoportables. No iba a aguantar más. Miró a Garza, sumido en su propio mundo infernal.

—¿Manuel?

Garza se volvió despacio hacia él.

—Su cuchillo.

—¿Por qué? —Garza lo miró un instante, y Gideon vio en sus ojos que lo comprendía. Metió la mano en su galabiya, desenvainó el cuchillo de caza que llevaba en el cinturón y se lo ofreció a Gideon—. Yo lo usaré después —dijo.

Gideon cogió el cuchillo y probó la hoja: muy afilada, como cabía esperar de cualquier cuchillo de Garza. Tomó la punta y presionó ligeramente con ella su muñeca izquierda, consciente de que el corte debía ser longitudinal. Se dormiría como si nada, así de simple.

—Lo siento —dijo Gideon.

Garza sacudió la cabeza.

—Yo también. Sin rencor.

Una gotita de sangre emergió alrededor de la punta del cuchillo. Gideon alzó la vista para mirar el horizonte por última vez, y los espejismos parpadearon; una caravana distorsionada y danzarina entre las ondas de calor. El realismo de la ilusión lo enfureció. Estaba a punto de clavarse el cuchillo en la carne cuando la mano de Garza agarró la suya.

—Espere.

—¿A qué?

Garza señaló el horizonte con la cabeza.

—Ese es de verdad.

Gideon miró. Parpadeó y volvió a parpadear. Efectivamente, el espejismo parecía real; claro que todos lo parecían. Al final se acababan desvaneciendo..., pero ese se iba aclarando. Mientras lo miraba se concretó hasta convertirse en una mujer montada a camello seguida de otros tres camellos, dos de ellos con fardos.

No era una mujer cualquiera: era Imogen. No era un espejismo sino una alucinación provocada por la insolación y la sed. Pero se acercaba cada vez más, y finalmente, cuando oyó los resuellos y los gruñidos de los camellos y el crujido de sus pisadas sobre la grava del uadi, aceptó que era real.

Garza apartó el cuchillo de su mano y volvió a enfundarlo. Imogen llevó los camellos al campamento, desmontó y se acercó a ellos dos con una bolsa de lona llena de agua. Se inclinó y se la ofreció a Gideon.

Él la agarró con un grito ahogado y se puso a sorber y tragar el agua tibia.

—Despacio —dijo ella, se la quitó y se la dio a Garza.

Los dos bebieron por turnos hasta que ella cortó el grifo. Gideon cerró los ojos apretándolos, contó hasta diez y volvió a abrirlos. Imogen seguía allí.

—¿Cómo...?

Ella lo interrumpió.

—Voy a descargar y a ocuparme de los camellos. Luego me reuniré con vosotros y hablaremos.

Gideon observó cómo Imogen desensillaba con destreza su camello, descargaba a los otros, los instalaba a la sombra de los tamariscos y volvía con la bolsa de agua. Todo seguía pareciendo irreal.

Les dejó beber otra vez. Cuando hubieron terminado, Gideon vio que lo miraba con cierto grado de diversión y satisfacción en el rostro.

—Lo sé —dijo Imogen—. Tenéis muchas preguntas que hacerme. Ahorrad

saliva mientras os explico. Intuía que ese camellero traidor había planeado engañarnos desde el principio. Nunca tuvo intención de llevar sus camellos al territorio de Gebel; los perdería todos, y seguramente también la vida. — Abrió su mochila y dentro Gideon vio varios fajos de libras egipcias—. Aquí está el dinero que le pagamos. Lo he recuperado junto con los cuatro camellos, las provisiones y casi toda el agua. Le he dejado dos camellos y algo de agua para que el pobre desgraciado no muera en el camino de vuelta a Shalateen.

—Pero ¿cómo lo has hecho? ¿Cómo le has quitado los camellos, el dinero y las provisiones?

—Es una larga historia. Mejor la dejamos para más adelante. Una noche alrededor de una hoguera, por ejemplo.

—Te he visto manejar los camellos —terció Garza—. No eres nueva en todo esto. Y hablas árabe con soltura. Supongo que Mekky no es el único que mentía.

Ella asintió con la cabeza.

—Me temo que es cierto.

—¿Qué estás tramando?

—Vuestro agradecimiento por haberos salvado la vida me abruma.

—No me gusta que me mientan —replicó Garza.

—Me parece razonable —dijo Imogen—. Está bien. En realidad no soy geóloga. Aunque para un lego en la materia supongo que se le parece bastante. Técnicamente soy una geoarqueóloga.

—¿Qué es eso?

—Una arqueóloga especializada en geología y geografía. En mi caso, estudio la minería antigua. Busco las minas de oro del Imperio Medio. Nunca se ha encontrado la fuente de los inmensos recursos auríferos de los faraones. Yo pienso encontrarla.

—¿Y por qué nos mentiste? —quiso saber Garza.

—Lo siento —dijo ella, aunque no parecía que lo sintiese en absoluto—. Había estado dando vueltas por Shalateen tratando de averiguar cómo llegar a esas montañas sin llamar la atención cuando aparecisteis vosotros, dos yanquis torpes. Erais la tapadera perfecta para mi investigación.

—¿Minas de oro? —preguntó Gideon—. ¿Buscas hacerte rica?

Ella rio.

—Soy una estudiosa. Eso no es mentira. Quiero darme a conocer resolviendo uno de los grandes misterios de la antigüedad. Si resuelvo este, podré elegir un puesto en la universidad que quiera. Oxford es precioso... ¿Habéis estado allí alguna vez?

—No —respondió Gideon.

—¿Cómo sabes que la mina está en la Zona Prohibida? —preguntó Garza.

—Por muchos motivos. Crónicas antiguas, imágenes tomadas por satélite, características geológicas. Estoy bastante segura de haberla localizado.

—Bueno, ¿y dónde está?

—Digamos que a dos días de viaje de Gebel Umm, adonde vais vosotros. Os dejaré allí con provisiones y dos camellos, iré a mi lugar y os recogeré al volver, como habíamos planeado en un principio. —Hizo una pausa—. ¿Alguna pregunta más?

Garza no dijo nada. El sol se estaba poniendo en el horizonte y arrojaba una luz dorada sobre la arena.

Ella le lanzó una mirada penetrante.

—No soy la única que ha mentido.

—¿A qué te refieres? —preguntó Garza.

—No me he tragado lo vuestro ni por un segundo. —Le dedicó una sonrisa cínica—. Fotógrafo, y un cuerno. En esa cámara no hay película.

—Todavía no he necesitado hacer fotos.

—Buen intento, pero he registrado las provisiones y no he encontrado

películas por ninguna parte. Además, ¿qué fotógrafo no trabaja hoy en digital?

Se hizo el silencio.

—¿Y bien?

Gideon estaba a punto de hablar cuando Garza lo detuvo con un gesto.

—No.

—¿No? —La mujer arqueó las cejas.

—Es cierto que no trabajamos para *National Geographic*, pero no vamos a decirte a qué nos dedicamos.

Ella movió la cabeza con gesto de incredulidad.

—Os he salvado el pellejo. Y he sido sincera con vosotros.

—Lo siento, pero así tiene que ser —zanjó Garza, rotundo.

Imogen le dirigió una mirada larga y fría:

—Si sois tan amables de montar —dijo al cabo—, todavía nos queda un largo camino. Y lamento informaros de que con el pequeño contratiempo de nuestro camellero hemos perdido un tercio del agua que nos quedaba..., quizá más.

Cabalgaron toda la noche, no pararon a descansar las cuatro horas de rigor. Al amanecer se detuvieron en un matorral de espino para que los camellos reposaran y comiesen. Una luz rojo sangre apareció sobre el horizonte del oeste cuando asomó el sol.

Imogen descargó a un camello, y Gideon la ayudó a hervir agua. Como habían hecho trizas la alfombra para fabricar los cubos, echaron mano de una de las mantas de los camellos. El desayuno consistió en café y un trozo de pan pita duro como una piedra. Comieron en silencio. Gideon se fijó en que Imogen miraba una y otra vez el horizonte hacia el este.

—¿Qué miras?

Ella negó con la cabeza.

—Probablemente nada.

Garza sacó los mapas de papel, los desplegó encima de la manta y los sujetó con piedras. Los examinó un rato y, con la ayuda de su brújula, trianguló su posición empleando como referencia el pico de Gebel Umm, que ahora se elevaba muy por encima de ellos, y un pico secundario situado a un lado. Trazó dos líneas en el mapa partiendo de cada una de las posiciones que había avistado. Las líneas se cruzaban en un angosto uadi.

—Aquí es donde estamos —dijo, señalando el punto de confluencia.

Más allá el mapa estaba vacío casi por completo: una extensión de papel

con unas cuantas curvas de nivel tortuosas y las palabras SIN EXPLORAR usadas con generosidad. Solo el pico principal de Gebel Umm estaba señalado.

—Creía que ya estaríamos mucho más lejos —dijo Gideon—. Hemos viajado toda la noche y apenas nos hemos acercado.

Imogen se aproximó y se arrodilló mirando el mapa.

—Serpenteando por esos uadis se recorre mucha distancia pero no se avanza nada.

—¿Dónde están tus minas en el mapa? —quiso saber Garza.

Ella movió la mano vagamente sobre un gran punto vacío al norte de Gebel Umm.

—Aquí arriba.

Una vez más, Gideon reparó en que Imogen escudriñaba el horizonte hacia el este. El sol había salido, pero en el horizonte había una fina línea marrón a lo largo.

—Desensillad a los camellos —dijo ella.

—Yo creo que deberíamos seguir adelante —replicó Garza—. No estamos ni de lejos donde deberíamos.

Imogen no le hizo caso, hizo arrodillarse a su camello y empezó a desensillarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Gideon—. ¿Hay algún problema?

Ella no contestó, quitó la silla y las mantas, y llevó la silla al borde del uadi, donde había un montón de rocas negras.

—Arrodilla a tu camello al lado del mío y desensíllalo —le ordenó.

Gideon fue a por su camello, que estaba pastando en lo que parecía el arbusto más espinoso de todo Egipto; sorteaba las espinas con sus labios prensiles mientras arrancaba el poco follaje de la planta. Después de quejarse con un resuello, el animal lo siguió a regañadientes. Gideon le dio unos golpecitos, y el camello se arrodilló. Gideon manipuló torpemente la cincha.

—¿Qué coño hace? —preguntó Garza, acercándose—. Podríamos viajar unas cuantas horas más antes de que empiece el calor.

Imogen se aproximó y, con experta eficiencia, desató la silla y la dejó al lado de la suya, junto al montón de rocas.

—Mirad allí —dijo.

Garza y Gideon miraron en la dirección que señalaba.

—¿Dónde? —preguntó Garza.

—La línea del horizonte.

—¿Qué pasa?

—Puede ser un *haboob*.

—¿Qué narices es un *haboob*?

—También se lo llama «rodillo marrón». Es la peor clase de tormenta de arena que existe.

Gideon miró el horizonte entornando los ojos.

—Ya me había fijado. Pero no veo gran cosa.

—Cuando lo veas, será demasiado tarde.

Garza, ceñudo, rebuscó en la mochila y sacó unos prismáticos. Oteó el horizonte con una cara de fastidio que rápidamente dio paso a un rictus de preocupación. Se los dio a Gideon sin pronunciar palabra.

Un muro de color rojizo oscuro de unos trescientos metros de alto parecía atravesar el horizonte. Gideon advirtió que bullía, se revolvía, aumentaba de tamaño y se acercaba a ellos a una velocidad casi irreal. Parecía, en efecto, un rodillo gigantesco dispuesto a aplastarlos.

—¿Qué hacemos? —preguntó rápido.

—Intentar sobrevivir. —Imogen señaló las sillas de montar—. Manuel, prepara unos parapetos que podamos usar de refugio con esas sillas. Mete las provisiones dentro y sujétalas con las bolsas de agua. Gideon, tú cava un hoyo para que nos tumbemos detrás. Cuando llegue la tormenta, nos taparemos con

las mantas de los camellos. Yo voy a buscar un sitio protegido para los animales.

Gideon y Garza hicieron lo que les indicó y de nuevo se encontraron apartando arena con sus doloridas manos. El miedo repentino infundió renovadas energías a sus miembros. Colocaron las mantas en el hueco excavado y amontonaron delante de ellos las sillas de montar, las bolsas de agua y la maleta Louis Vuitton medio aplastada. Imogen se llevó a los camellos por el uadi, los arrodilló y ató sus ronzales a una estaca clavada en la arena. Mientras ellos trabajaban, el muro oscuro se acercaba, cada vez más alto pero extrañamente silencioso. Era casi negro en la parte de abajo, donde parecía que bullese, levantaba cuerdas de arena del suelo y las trenzaba en grandes cintas. El aire estaba en calma y anormalmente frío a su alrededor.

—Dios mío —exclamó Garza, mirándolo.

—Antes de que llegue —dijo Imogen—, nos tumbaremos boca abajo bien pegados unos a otros. Nos taparemos con las mantas de los camellos y las agarraremos fuerte. Si la arena empieza a enterraros, intentad retirarla; no dejéis que se acumule u os ahogaréis.

—¿Cuánto durará?

—Diez minutos.

—¿Nada más?

—Serán los diez minutos más largos de tu vida.

El muro se acercaba ahora veloz como el borde delantero de un hongo nuclear, se elevaba cada vez más, revolvía arbustos y matorrales y los hacía pedazos con sus potentes turbulencias. Al instante, el sol quedó tapado y proyectó sobre ellos una sombra lúgubre.

—Al suelo —ordenó Imogen—. ¡Ya!

Se tumbaron boca abajo, apretujados en el hoyo detrás de las sillas de

montar, y se taparon con las alfombras y las mantas. Gideon notaba la presión contra Imogen, el aroma a jabón y sudor mezclado con el olor de los camellos.

—Por el amor de Dios, no soltéis las mantas —dijo ella.

A continuación un sonido reverberó en el aire: una vibración profunda, como las notas bajas de un órgano, que aumentó de volumen y potencia hasta que el propio suelo pareció vibrar.

Y entonces sobrevino. Sonó un ruido estruendoso y a continuación una ráfaga de viento alzó la manta de Gideon y trató de arrancársela de las manos. Notó la fuerza que tiraba de las sillas, y de repente desaparecieron, succionadas hacia arriba en un gran torrente de arena, y se alejaron dando vueltas por encima de sus cabezas. Una sopa densa de arena arrastrada por el aire irrumpió en su refugio. Gideon trató de respirar pero se le llenó la boca de arena. Tosió y enterró la boca y la nariz en el pliegue del codo. El viento ululante agitaba y sacudía la manta con tal violencia que al final una ráfaga se la arrebató a los tres. Toda la fuerza de la tormenta descargó entonces sobre ellos: un torrente de arena y grava empujado por el viento a ciento sesenta kilómetros por hora. Gideon notó cómo su chorro erosionante le raspaba la espalda y, literalmente, hacía trizas los pliegues sueltos de su galabiya. Trató de levantarse un poco para respirar y de repente sintió que la ráfaga succionaba su cuerpo hacia arriba. Estaba a punto de ser arrastrado cuando un brazo le rodeó la espalda y tiró de él hacia abajo. Ahogándose, jadeando, con la cara tapada, trató con desesperación aspirar algo que no fuera arena. Los aullidos del viento eran tan intensos que le provocaban un agudo dolor de tímpanos.

Y entonces el viento amainó. Por un momento sintió un alivio enorme al creer que la tormenta estaba pasando, hasta que se dio cuenta de que se había equivocado: un peso se estaba posando sobre él e interceptaba el chorro abrasivo. El peso aumentó con rapidez. Estaban siendo enterrados vivos.

—¡Que no te cubra la arena! —le gritó Imogen al oído.

Gideon luchó por empujar hacia arriba al mismo tiempo que la masa presionaba hacia abajo. El pánico a ser enterrado se apoderó de él y sacudió violentamente el cuerpo; otro giro y, con esfuerzo, los músculos en tensión, empujó contra la cascada de arena. Pero era una batalla perdida: caía más arena de la que podía aguantar. Al final, agotado y vencido, dejó de resistirse y se acurrucó tapándose la nariz y la boca con las manos; su universo reducido a una bola fetal en medio de una fuerza iracunda más allá de lo imaginable. Y siguió, y siguió, y siguió, mientras caía una terrible medianoche y todo se volvía más negro hasta que se sintió como una mota, un frágil átomo que se desintegraba, sepultado en una enorme e impenetrable oscuridad.

Y entonces, de repente, el silencio. Gideon volvió en sí de un lugar muy lejano y por un momento se preguntó dónde estaba. No podía moverse. Trató de levantar los brazos, pero los tenía inmovilizados. Lanzando un grito amortiguado, intentó retorcerse y liberarse, presa de un terror claustrofóbico, y la arena empezó a ceder. Haciendo un esfuerzo heroico, realizó un movimiento de rotación con todo el cuerpo y notó que resbalaba más arena. Con un tercer intento desesperado, consiguió incorporarse mientras la arena caía en cascada.

Reinaba una calma inquietante. Una fina lluvia de polvo formaba una especie de niebla. Trató de hablar, pero tenía la boca llena de arena pegajosa e hizo lo que pudo por escupirla. A su alrededor no veía más que montones de arena a la tenue luz. Sus compañeros habían desaparecido.

Comprendió, horrorizado, que seguían enterrados. Empezó a excavar, apartando la arena como un loco, y no tardó en dejar al descubierto un retazo de tela azul: la galabiya de Imogen. Apartó frenéticamente la arena del lugar donde tenía que estar la cabeza y descubrió primero un mechón abundante de cabello rubio y luego su cara.

—¡Imogen!

Retiró la arena de alrededor de su nariz y su boca y acto seguido, cogiéndola con frenesí, del resto de su cara. Tenía la boca medio abierta, llena de arena, y no respiraba. Gideon apartó la arena con los dedos, logró levantarle la cabeza un poco y, posando su boca en la de ella, espiró. Aguardó;

el aire salió y de repente la mujer se puso a toser como una loca, se incorporaba y se inclinaba, jadeaba y se ahogaba.

A su lado Garza se retorció y escupió mientras luchaba por salir de la arena.

Los tres se habían liberado por fin de su sepultura de arena. Imogen tenía la cara cubierta de polvo, los ojos húmedos e inyectados en sangre, y la boca manchada de barro. A su alrededor el aire pasaba poco a poco de un naranja oscuro a un amarillo más luminoso.

—Los camellos —dijo Imogen con voz entrecortada.

—Los camellos pueden esperar —farfulló Garza, que seguía sacudiéndose arena del pelo.

—Si perdemos los camellos, moriremos.

Se pusieron en pie y agitaron sus galabiyas. Gideon notó la pegajosa humedad de la sangre en las zonas de la espalda en las que la arena lo había arañado.

Imogen fue tambaleándose hacia donde había dejado a los camellos, junto al montón de rocas. No había más que arena.

—¿Están enterrados? —preguntó Garza.

—No. Deben de haberse ido en desbandada.

Mientras permanecían allí, sopló una brisa cálida y el aire se despejó. Gideon miró alrededor. El paisaje se había vuelto irreconocible. Todo rastro de huellas y puntos de referencia se había desvanecido. Los espinos habían perdido sus pocas hojas y muchos habían sido arrancados de raíz. La mayoría de sus exiguas provisiones habían desaparecido. No había huellas de los camellos. El viento había limpiado la tierra.

—Cuando hay tormentas de arena, los camellos van en la dirección del viento —explicó Imogen—. Gideon, acompáñame. Manuel, tú ve a ver si puedes desenterrar las bolsas de agua y las provisiones. Tenemos que darnos

prisa. —Caminando con dificultad se dirigió hacia el oeste por el ancho uadi mientras Gideon se apresuraba por alcanzarla.

El riachuelo seco pasaba entre torrentes de lava negros antes de llegar a una cuenca abierta rodeada de colinas de arena. Miraron por todas partes, pero no vieron ningún camello.

—Deberíamos subir a más altura —dijo Imogen.

Con gran dificultad, empezaron a escalar un montón de escombros volcánicos que formaban una colina. Ascendían ayudándose con las manos, y las de Gideon, ya cuarteadas, comenzaron a sangrar con la afilada lava. No dijo nada y, tras una media hora extenuante, llegaron a la cima. El paisaje era interminable, más allá de la cuenca de arena se veían cientos de colinas volcánicas atravesadas por cañones y riachuelos serpenteantes —un laberinto de arena y piedra— con una cadena montañosa tras otra.

—Joder —exclamó Gideon—. ¿Cómo vamos a encontrar a los camellos ahí dentro?

Tras un largo silencio, Imogen dijo:

—No vamos a encontrarlos.

—Tienen que están en alguna parte.

—Un camello puede recorrer cincuenta kilómetros por hora. Aunque supiésemos adónde han ido, ya estarían demasiado lejos para alcanzarlos.

Se volvió y echó a andar colina abajo.

Gideon corrió detrás de ella.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Estoy pensando —contestó Imogen—. Deja de hacerme preguntas.

Cuando llegaron al campamento, Garza había logrado desenterrar una bolsa de agua. El resto se habían roto. Casi todas las demás provisiones habían desaparecido. Había encontrado dos alforjas con mapas y algo de comida, pero nada más. Estaba de mal humor.

Se pasaron el agua y todos bebieron. Por fin Imogen habló.

—Volver no es una opción. Tenemos una bolsa de agua de siete litros y medio. En este desierto una persona debería beber unos cuatro litros por día. Un litro sería lo mínimo para seguir con vida... si estás dispuesto a volverte loco de sed. Ocho litros entre tres personas... no basta ni de lejos para volver a Shalateen.

—En los oasis de niebla tiene que haber agua —apuntó Gideon—. ¿Qué sabes de ellos?

Imogen alzó la vista a Gebel Umm, que sobresalía a lo lejos envuelto en niebla entre dos picos menores.

—Pues muy poco. Se supone que en la ladera este de la montaña hay unos valles a mucha altura donde los vientos predominantes del mar Rojo se condensan y forman una niebla permanente. Eso crea una especie de microclima. O eso dicen; no he leído nada que invite a pensar que alguien haya estado allí y haya presenciado el fenómeno de primera mano.

—¿Y a qué distancia están esos valles? —preguntó Gideon.

—Gebel Umm está a unos treinta kilómetros en línea recta.

—Entonces allí es adonde iremos. Y reza a Dios para que haya agua.

Al oír eso, Garza intervino súbitamente.

—Disculpa, pero Gideon y yo tenemos que hablar. En privado.

Gideon lo siguió y se detuvieron a escasa distancia.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—Me niego a que ella venga con nosotros —espetó Garza.

—No podemos abandonarla.

—Ya nos ha mentado una vez. ¿Cómo vamos a fiarnos de ella?

—Por si no se ha dado cuenta, nosotros también le estamos mintiendo. Y ella ha traído los camellos, ¿no? Nos ha salvado la vida.

—Mire, Gideon, si viene con nosotros, tendremos que compartir el secreto

con ella. ¿Eso es lo que quiere?

—No sabemos qué demonios vamos a encontrar —respondió Gideon, airado—. Tal vez nada.

Garza abrió la boca para contestar y luego la cerró.

—No me fío de ella.

—Manuel, ¿cuál es su problema exactamente? ¿Se siente amenazado por esa mujer porque es muy competente y muy lista? Piénselo, si la abandonamos, morirá..., y nosotros también, porque es evidente que sabe mucho más sobre este desierto que nosotros.

Tras un momento de absoluto silencio, Garza escupió un poco de arena.

—No le contaremos nada. Nos esperará en un oasis de niebla mientras nosotros vamos al sitio del disco de Festo y la recogeremos a la vuelta.

—De acuerdo.

Cuando regresaron, Imogen estaba desenterrando una manta de camello de la arena.

—Supongo que vuestras duras cabezotas han entendido que no tenemos más remedio que aguantarnos, idiotas, tanto si nos gusta como si no —dijo sin mirarlos—. Ya os he salvado el pellejo dos veces, y preveo que tendré que volver a hacerlo antes de que esto termine.

Utilizando las alforjas y unas correas, Garza fabricó con destreza tres mochilas. Decidieron llevarse solo la comida, el agua y unos cuantos artículos básicos para el viaje por tierra. Empezaron la travesía por el uadi procurando no desviarse del curso principal cada vez que se bifurcaba y volvía a bifurcarse; Gebel Umm se elevaba por encima de ellos como una aguja negra a la luz resplandeciente. Aunque las mochilas pesaban poco, andar por la arena, con los pies hundiéndose a cada paso, era muy difícil. Imogen era la encargada de racionar el agua. Cada hora se detenían y ella servía media taza por cabeza. A medida que el día avanzaba, Gideon notaba que la sed se intensificaba.

Las colinas aumentaron de altura, los uadis se estrecharon, y un calor agobiante se posó sobre ellos como una manta de lana. Los riachuelos secos no se acababan nunca, recodo tras recodo, salpicados de algún que otro espino marchito. Finalmente, al torcer en una curva del arroyo vieron la boca de una cueva un poco más adelante.

No hizo falta hablar. Imogen, que iba la primera, se dirigió hacia allí, y los otros la siguieron. Gideon entró aliviado en la cueva umbría. Era sorprendentemente bonita, con un suelo de arena amarillo claro y paredes lisas de lava. Se quitó la mochila, se desplomó en el suelo y apoyó la espalda contra la pared de roca. Una vez más, observó cómo Imogen servía media taza para Garza con irritante precisión, otra media para él y por último otra media

para ella. Gideon apuró la suya de dos tragos. Ella se bebió el agua a sorbos, como el té, cosa que le irritó aún más.

—Hagamos algo atrevido —propuso Gideon— y bebamos otra ronda de ese aguardiente.

—No. Échate una siesta. Andaremos toda la noche.

—No puedo dormir con esta sed —replicó Gideon.

Imogen lo miró.

—Qué curioso, no pensaba que fueras quejica.

—Pues sí. Mucho, la verdad.

Cerró los ojos e intentó tranquilizarse, pero una imagen penetró en su cabeza contra su voluntad: el manantial burbujeante del que había bebido mientras pescaba en la sierra de Jémez, en Nuevo México. El agua salía a borbotones de una grieta del lateral de una roca, se derramaba sobre las piedras cubiertas de musgo y formaba una charca transparente rodeada de helechos. Estaba helada y deliciosa, y tenía un sabor fresco y puro. Abrió los ojos y trató de pensar en otra cosa. Echó un vistazo a la cueva buscando una distracción y se sobresaltó al ver a un extraño hombre rojo y delgado de pie al otro lado de la cueva; sujetaba una larga lanza. Tardó un instante en percatarse de que era una pintura.

Señaló en dirección a ella.

—¿Veis eso?

Imogen asintió con la cabeza y se apartó un mechón lacio de los ojos.

—Las hay por todas las paredes.

Y entonces se hicieron visibles otras imágenes: figuras primitivas, búfalos con cuernos, camellos, antílopes, jirafas y un elefante.

—Arte rupestre —dijo Imogen.

—Es increíble que antaño viviera gente en este sitio perdido de la mano de Dios.

—En el Neolítico llovía mucho más. El desierto oriental y el Sáhara eran praderas hasta hace unos diez mil años.

—A lo mejor eso significa que hay agua en alguna parte —dijo Gideon.

—El agua desapareció hace mucho. Deja de pensar en ello.

—Es fácil decirlo.

Cerró los ojos y trató de no pensar en el manantial, con lo que, naturalmente, pensó aún más. La boca le sabía a cobre. Comer era imposible: no tenía hambre y la idea de meter comida seca en su ya de por sí seca boca le resultaba asquerosa.

Transcurrió la tarde y las sombras del exterior de la cueva se fueron alargando poco a poco. Gideon echó alguna que otra cabezada, pero se despertaba cada vez que soñaba con agua. Miró a Garza; no había dicho una palabra. Sentado con la espalda contra la roca, miraba muy serio la entrada de la cueva. Imogen, por su parte, se había dormido con la cabeza sobre su mochila y el cabello rubio enmarañado por encima.

Cuando la luz se tiñó de naranja, ella se despertó, se levantó y se estiró.

—¿Alguien quiere agua?

—Por supuesto que sí.

Esta vez bebieron una taza llena por cabeza, aunque de poco sirvió para apagar la sed de Gideon. A medida que el sol se ocultaba bajo el horizonte, levantaron sus mochilas y se fueron de la cueva. Pronto llegaron a una zona en la que confluían media docena de pequeños arroyos secos. Eligieron uno que les pareció que podía llevarlos hacia la montaña y lo enfilaron. El paisaje empezó a cambiar; las estribaciones rocosas, con sus serpenteantes uadis, dieron paso a agrestes cuevas y pendientes. Estaban escalando las laderas de la cadena montañosa de Gebel, siguiendo quebradas repletas de cantos rodados que llevaban a lo más intrincado y secreto de Gebel Umm.

Imogen iba delante y mantenía un ritmo constante. Se había mostrado

resignada, ingeniosa... y misteriosa, pensó Gideon. Observó cómo escogía la ruta, a veces entre rocas desprendidas, bordes rocosos y escombros volcánicos. Se había atado arriba la galabiya y había dejado al descubierto sus piernas esbeltas y musculosas. Gideon no pudo por menos que admirar su resistencia. Garza permanecía callado y serio.

Durante la primera parte de la noche tuvieron visibilidad gracias a una luna creciente que derramaba una fina luz plateada sobre ese paisaje propio de otro mundo. La luna se puso después de medianoche, y el contorno de Gebel Umm, que habían visto de forma intermitente al superar crestas y pasos, desapareció en la oscuridad. Pero Imogen siguió adelante: se abrió camino con cuidado por una pendiente empinada tras otra, o descendía poco a poco por terribles cuestas. Cada dos horas descansaban unos minutos y bebían media taza de agua.

Cuando el alba rompió hacia el este, la luz roja de la mañana tocó la cima de Gebel Umm y la transformó en una lanza de fuego. Esta vez, cuando pararon, solo bebieron un cuarto de taza cada uno.

—Se nos está acabando —informó Imogen.

—Hemos caminado toda la noche y la montaña no parece más cerca —se quejó Gideon.

—Este paisaje engaña más de lo que pensaba —respondió ella—. Por cada kilómetro que avanzamos hacia delante, recorreremos dos hacia arriba, abajo o de lado.

A medida que la luz aumentaba, se hizo visible un terreno lunar con nudillos y garras de piedra a su alrededor. Al mirar hacia el este del lugar del que provenían, Gideon pudo ver más allá de las capas de picos y colinas hasta donde el desierto llano desaparecía en el horizonte. Más adelante había un laberinto de cañones interconectados, desfiladeros y agujas de piedra.

—No tenemos agua suficiente para esperar a que se haga de día —explicó

Imogen—. Creo que lo mejor sería que siguiéramos.

Al ver que no había objeciones, se echó la mochila al hombro y continuó. Habían dejado atrás la arena y andaban con cuidado por pendientes de roca volcánica que serpenteaban de un lado a otro en incontables curvas pronunciadas. Conforme el sol se elevaba, la roca se calentó tanto que Gideon casi la notaba a través de las suelas de las botas. Tenía una sed intensa y empezaban a temblarle las piernas; sus fuerzas flaqueaban. Miró atrás a Garza, que no había dicho una palabra en veinticuatro horas. Parecía un cadáver andante, tenía la piel gris. Hasta Imogen estaba desaliñada y exhausta.

Llegaron a la cima de otra cresta pedregosa que terminaba en un precipicio. Se encontraban a gran altura. Parecía que Gebel Umm se acercaba por fin, sus murallas de basalto se elevaban a media distancia, pero entre ellos y el pico todavía se interponía un infierno de cañones estrechos y formaciones rocosas.

Imogen se detuvo mirando hacia delante. Contempló el paisaje unos minutos.

—No parece que se pueda pasar —observó Gideon.

—Manuel, ¿ves alguna forma de cruzar? —preguntó Imogen.

Garza negó con la cabeza.

Ella se volvió hacia la izquierda, y siguieron el borde del precipicio. No parecía que hubiera ningún camino hacia abajo, y aunque pudieran descender, tampoco parecía que hubiera ningún camino visible que subiera al otro lado. Después de un kilómetro y medio, llegaron a un declive con rocas sueltas que se precipitaba a las profundidades. Imogen se detuvo en lo alto. La bajada ofrecía una ruta peligrosa pero no imposible.

—¿Bajamos? —preguntó.

—No veo otro camino —contestó Gideon.

Imogen empezó a descender con cuidado entre rocas muy afiladas. A

Gideon le sangraban otra vez las agrietadas manos. Le temblaban los brazos sin que pudiera controlarlos y le invadieron accesos de vértigo.

El fondo del cañón estaba caliente como un horno y lleno de rocas partidas que habían caído de arriba. Subieron a gatas por el desfiladero del otro lado, y en la siguiente hora solo recorrieron varios cientos de metros. Al final llegaron a un borde de piedra situado cuatro metros y medio por encima que no les permitía ver más allá y que aparentemente no podían superar.

Se hizo el silencio. Por fin Imogen dijo:

—Tenemos que retroceder.

Descendieron cansados los varios cientos de metros que habían subido en la última hora. Desde allí ascendieron otra cuesta con rocas sueltas para atravesar una estrecha capa de roca situada por encima del desfiladero que formaba una especie de saliente. A la vuelta de un recodo del cañón, el saliente conducía a la parte superior del desfiladero, que formaba algo parecido a un sendero natural. El cañón se estrechaba drásticamente en el otro extremo hasta convertirse en una grieta de la que salía una tenue luz verde.

Avanzaron muy despacio; el cañón era tan angosto que podían tocar los dos lados con los brazos abiertos. Imogen pasó por la estrecha grieta, y Gideon la siguió, de súbito abrumado por el olor a agua. El valle se abría en una hondonada de piedra como una barriga de cien metros de largo y cincuenta de ancho. Una masa de enredaderas colgaba en una parte del precipicio.

—¡Agua! —gritó Gideon con voz ronca.

Un riachuelo oscuro salía de la vegetación, caía en una charca del tamaño de un lavabo, rebosaba y desaparecía en el suelo del valle. Una fina capa de niebla flotaba en la superficie del agua.

Se lanzaron hacia la charca en un silencioso arrebato de desesperación, ahuecando las manos y sorbiendo el líquido transparente. Tras la locura inicial, se turnaron con la taza. Cuando Gideon notó que la sed empezaba a

remitir, un agotamiento irresistible se apoderó de él. Estaba claro que Garza e Imogen sentían lo mismo. Se tumbaron en el suelo a la sombra y se durmieron profundamente.

Gideon se despertó y se incorporó en la oscuridad. Al principio pensó que había anochecido, pero entonces cayó en la cuenta de que habían dormido toda la noche y estaba amaneciendo. Imogen estaba despierta y miraba el mapa; el cabello le colgaba enredado. Garza seguía dormido. El borde superior del cañón reflejaba un brillo dorado con el sol naciente, y una deliciosa brisa de aire fresco los acariciaba. Miró alrededor y contempló su entorno por primera vez. Aunque había agua, tenía que reconocer que el valle en sí era una decepción. El solitario riachuelo recorría solo unos cuantos metros desde el charco antes de hundirse en la arena. Exceptuando las enredaderas, las únicas señales de vida eran unos cuantos montículos de musgo, un grupo de espinos frondosos y un viejo tamarisco con un tronco como un tornillo.

Se sentó al lado de Imogen.

—¿Así que este es el oasis de niebla? —preguntó ella.

—No es lo que prometía.

Garza se despertó entonces y se incorporó. Miró alrededor sin molestarse en ocultar su cara de decepción.

—A lo mejor el cañón sigue —aventuró Gideon. La expectación superaba su hambre.

—Adelante —dijo Garza con un gesto—. A mí me parece un callejón sin salida.

Gideon se encaminó por el fondo de arena del pequeño valle, envuelto aún en la sombra del amanecer. Imogen se levantó de un salto para acompañarlo.

Garza los observó en silencio. No se quejó de que Imogen fuese a explorar. «Supongo que se ha dado por vencido», pensó Gideon.

El extremo superior del valle se estrechaba otra vez y formaba una curva. Giraron, pero una cara lisa de piedra les cerró el paso.

Imogen la contempló.

—Parece que no vamos a pasar de aquí. Se ha hablado tanto de este miserable charquito que se ha acabado convirtiendo en la leyenda de los oasis de niebla.

Gideon miró alrededor. No había ninguna salida visible del valle. Tendrían que retroceder por aquel horrible terreno. Echó un vistazo a los precipicios de basalto que se elevaban por todos lados. El sol naciente doraba las cimas de las montañas.

—Espera. ¿Es eso un sendero?

Imogen alzó la vista entornando los ojos.

—Probablemente lo hicieron los arrués al bajar a la charca.

—No perdáis el tiempo —dijo Garza acercándose por detrás.

Imogen no le hizo caso y empezó a escalar; tras un momento de vacilación, Gideon la siguió.

—¡Si encontráis las minas de oro de los faraones, avisadme! —gritó Garza en tono sarcástico.

—¿Siempre es tan gruñón? —murmuró Imogen.

—No está en su mejor momento.

Treparon por la pendiente rocosa hasta que el camino de animales rodeó un inestable canto rodado y salió por encima del borde de piedra que antes les había impedido avanzar. Se encontraron en otro desfiladero seco que cortaba a pico una gran cordillera volcánica. El desfiladero se estrechaba en el extremo hasta quedar reducido a una simple grieta en la tierra. Treparon hacia la grieta, de la cual salía una extraña luz naranja a medida que se acercaban. Imogen, la

primera en llegar a la grieta, se detuvo de golpe. Gideon se le acercó por detrás e hizo otro tanto. Entraron.

La fisura era una especie de portal a otro mundo. De repente se abrió, y debajo de ellos vieron un valle sumergido en una densa niebla que reflejaba un brillo dorado con el sol de primera hora de la mañana. Gideon vio misteriosas plantas que colgaban de las paredes y praderas floridas salpicadas de frondoso musgo. Higueras añejas adornaban el paisaje, mezcladas con sicomoros y grupos de palmeras datileras. En alguna parte oía un eco de agua borboteante. A medida que el sol aclaraba el cerco de montañas circundantes, la luz se hizo más brillante y, conforme las sombras se acortaban, atisbó unas ruinas al otro lado del valle. Una hilera de columnas de piedra volcadas llevaba hasta un par de estatuas gigantescas. Solo los pies se mantenían sobre pedestales de piedra.

—Santo Dios —dijo Imogen con voz entrecortada—. Un auténtico oasis de niebla.

Los dos observaron en silencio las ruinas, envueltas en remolinos de niebla.

—¡Cielos! —exclamó la voz de Garza desde atrás—. Retiro lo dicho.

Enfilaron un sendero que bajaba al centro del valle y llevaba a la ribera de un arroyo. Un hilillo de agua recorría un lecho de arena fina con enredaderas colgadas. El aire olía a tierra húmeda y flores. Había alondras, mariposas y golondrinas revoloteando.

Anduvieron por la orilla del arroyo, la niebla se pegaba a su ropa. Un poco más adelante, una higuera enorme sobresalía del suelo como un torso musculoso, con las ramas llenas de fruta. Se acercaron y Gideon cogió un higo de la rama más cercana, blando, redondo y aún cálido del día anterior. Lo mordió, y el jugo chorreó. Imogen y Garza siguieron su ejemplo. Estaban hambrientos.

De repente, Imogen dejó de comer y se quedó inmóvil. Por un momento,

Gideon no comprendió. Pero entonces, al atisbar un movimiento con el rabillo del ojo, se dio la vuelta y vio una docena de figuras que surgían de la niebla y los rodeaban dagas en ristre.

Los hombres los rodearon en silencio. Llevaban la cabeza descubierta, la larga melena —rizada, morena, alborotada— les llegaba a los hombros. Uno de ellos, claramente el líder, era gigantesco: medía más de dos metros, tenía una generosa barba negra, y su cuello y su torso eran enormes. Iban ataviados con una larga tela de vivo color naranja alrededor de la cintura y el extremo por encima del hombro. El naranja se había descolorido en algunas partes y había dado a su piel un aspecto bronceado. El enorme bárbaro lucía en la muñeca un intrincado brazalete hecho con lo que parecían molares humanos. Cada hombre llevaba un cinturón de cuero y la funda de una daga con la hoja de cobre bien ceñida a la barriga. Las dagas habían sido desenvainadas y estaban en las manos de sus dueños.

—Somos amigos —dijo Gideon—. ¡Amigos!

—*As-salamu alaykum* —dijo Imogen en árabe—. La paz sea con vosotros.

Los extraños hicieron caso omiso de los dos saludos. Barbanegra y otros dos avanzaron moviéndose en un silencio absoluto, como fantasmas. El de la barba agarró la mano alzada de Gideon, se la puso detrás y, con un movimiento rápido, lo lanzó de bruces al suelo. Gideon forcejeó, pero el otro le ató enseguida las muñecas con una correa de cuero y lo puso otra vez de pie. En unos segundos los tres habían sido maniatados y amarrados unos a otros en fila. Lo hicieron con tal celeridad que a Gideon apenas le dio tiempo a pensar, y menos aún a resistirse.

Barbanegra agarró el extremo de la correa y le dio un tirón, apuntando al sendero.

Garza tiró a su vez.

—¡Nadie va a llevarme como a un perro!

El hombretón se dirigió a Garza agitando su tosca daga. Este arremetió contra él, decidido a darle un cabezazo, pero el otro era demasiado rápido: esquivó el golpe apartándose limpiamente y le pegó en la cara con el dorso del puño. A continuación, lo hizo girar y le puso la daga en la garganta.

—¡Nooo! —gritó Garza mientras forcejeaba.

—¡No...! —gritó Gideon cuando Barbanegra le hizo un corte en el cuello a su compañero y este chilló de dolor. Horrorizado, Gideon tardó un instante en percatarse de que el corte era superficial, lo justo para hacerle sangrar.

Barbanegra soltó a Garza, dio una orden en voz alta y los otros guerreros los rodearon. Imogen trató de hablar en árabe otra vez, pero la hicieron callar al instante metiéndole en la boca una piel de cabra peluda y amordazándola. Gideon y Garza recibieron el mismo trato. La piel de aquel tenía un sabor repugnante.

Barbanegra volvió a indicarles con la mano que anduvieran por el sendero. Gideon miró a Garza. Estaba pálido y alterado, y le caían gotas de sangre por el cuello. Como mínimo por unos instantes el ingeniero también debía de haber pensado que estaba a punto de morir.

Recorrieron el sendero en silencio y, por el otro extremo, salieron del valle cubierto de niebla a un terreno montañoso más alto que se elevaba en una serie de crestas rodeadas de picos. Al llegar a la cima de la cresta más alta giraron hacia el oeste y llegaron a un paso. Debajo se abría un segundo valle todavía más extraordinario: un mundo inmenso y misterioso oculto en las montañas, cubierto de hierba y salpicado de arboledas. Gideon vio unos pequeños cabreros con sus rebaños y varias manadas que pastaban. Oyó el tintineo de

los cencerros. En medio del gran valle, como mínimo a un kilómetro y medio de distancia, se hallaba un campamento de tiendas dispuestas alrededor de un área con hierba. Parecía que hubieran retrocedido en el tiempo: no se veía la más mínima señal del mundo moderno por ninguna parte.

Barbanegra los empujó sendero abajo gritando una orden. Finalmente, entraron en el campamento y los condujeron a una gran tienda sobre un gran promontorio de roca en medio del asentamiento, teñida de amarillo chillón y con un complejo dibujo geométrico de color negro en el borde: la residencia, dedujo Gideon, del jefe que gobernaba en aquel territorio. Mientras se acercaban, la puerta de tela de la tienda se abrió y apareció un anciano. Llevaba una túnica larga color azafrán y un cinturón de cuero con una daga decorada de un metal precioso. Portaba un cayado alto. Tenía el rostro arrugado, pequeño y moreno; sus pobladas cejas sobresalían bajo un pañuelo para la cabeza. Aquellos ojillos, brillantes de suspicacia, se posaron en cada uno de ellos. Cuando se centraron en Gideon, este notó un funesto hormigueo.

La puerta de la tienda volvió a moverse y salió una vieja con un aspecto extraordinario: estaba tan encorvada que prácticamente tenía forma de interrogante e iba vestida con grasientas pieles de cabra. Utilizaba dos bastones para apoyarse, y a Gideon le pareció que estaban hechos con largos huesos humanos. Llevaba un velo que le cubría la cabeza y que arrastraba por el suelo. Avanzó despacio hasta situarse justo detrás del anciano. Por último, de la oscuridad de la tienda salió una joven. A diferencia de los demás, vestía una tela suave y vaporosa que sin duda pasaba por una prenda elegante. Gideon vio un largo remolino de pelo oscuro color caoba y unos ojos igual de oscuros. La joven, mirándolos con el mismo recelo que los otros dos, se acercó para situarse al lado del jefe.

Empezó a congregarse una multitud.

Imogen se inclinó ante el hombre e hizo señas enérgicamente para que le

quitaran la mordaza. Unos instantes después, el anciano dijo algo a Barbanegra, quien avanzó y se la quitó. Imogen escupió la repugnante piel de cabra. El anciano aguardó a que hablase, apoyado en su cayado.

Tras recobrar la calma, Imogen empezó a hablar otra vez en árabe. El anciano escuchó un momento y la interrumpió airado. Imogen intentó continuar, pero Barbanegra le pasó la daga por la garganta para dejarle claro que se callara. Así lo hizo.

Entonces la vieja empezó a hablar en un idioma que a Gideon no le sonó en absoluto a árabe. Lo que dijo causó conmoción entre la gente; una oleada de emoción reprimida. En respuesta, Barbanegra empujó a los tres hacia delante con su daga por un sendero que se alejaba al fondo del valle. Mientras tanto, alzaron a la joven y a la vieja y las instalaron, una al lado de la otra, en una silla de manos toscamente fabricada, sostenida por cuatro hombres, para el inminente viaje. La gente se reunió detrás charlando impaciente, como en espera de un evento deportivo.

Mientras los conducían por un sendero apenas delimitado, Imogen intentó hablar otra vez, pero Barbanegra la hizo callar asestándole un golpe con la hoja de su daga. Al final del valle entraron en un desfiladero y siguieron por un sendero que bordeaba un precipicio con una gran caída a un lado y una pared escarpada al otro. Un viento cálido soplaba desde las profundidades del desfiladero; un par de cuervos surcaron el aire graznando y se alejaron.

A la vuelta del acantilado apareció una pequeña zona árida rodeada de laderas con rocas sueltas. Y allí vieron un espectáculo horrible: un foso irregular excavado en el duro suelo y rodeado de un semicírculo de estacas de madera con cabezas humanas empaladas. Las cabezas estaban momificadas, la boca abierta y los labios encogidos dejaban ver los dientes podridos, y tenían cuencas huecas por ojos. Saltaba a la vista que algunas eran más antiguas que otras. Los cuervos posados en ellas alzaron el vuelo chillando con desagrado al ser molestados.

La gente que los seguía se dispersó y guardó silencio, a la espera de que empezase el espectáculo.

Los llevaron al borde del foso. Les apretaron las puntas de las correas de cuero con las que estaban atados y las sujetaron a unas estacas clavadas en el suelo a cada lado del foso. Barbanegra se situó detrás de ellos.

Gideon empezaba a comprender lo que estaba a punto de ocurrir.

Comenzó a farfullar desesperado, tratando de hablar a través de la

repugnante mordaza, pero nadie le prestó atención. Imogen se puso a hablar en árabe otra vez, en un tono quedo y suplicante, pero tampoco le hicieron caso.

Los cuatro hombres que llevaban a la joven y la vieja bajaron la silla de manos al suelo y ayudaron a la anciana a apearse. Levantando sus horripilantes bastones, la mujer avanzó arrastrando los pies con el presunto jefe y se detuvo al otro lado del foso. Cuatro ancianos con túnicas blancas y largas barbas bifurcadas se unieron a ella. Gideon pensó que parecían sacerdotes.

Flanqueada por los ancianos, la vieja les dio algo parecido a una serie de instrucciones o tal vez órdenes. A continuación alzó sus brazos arrugados al cielo, echó atrás la cabeza y soltó un extraño gemido agudo que se convirtió en una suerte de cántico. La multitud se arrodilló, con la cabeza gacha, mientras la voz cascada de la vieja resonaba entre los precipicios circundantes. Gideon procuraba no mirar al foso, pero no pudo evitarlo. Abajo, en la penumbra, distinguió numerosos cadáveres tumbados en distintos estados de momificación. Unos cuantos conservaban vestigios putrefactos de ropa occidental, pero la mayoría llevaban atuendos árabes. A todos les faltaba la cabeza. Gideon respiró tembloroso. Habían infringido la ley... e iban a ser decapitados en un ritual: sus cuerpos serían arrojados al foso y sus cabezas empaladas en estacas.

Llegaron tres hombres con palos de madera fresca y con los extremos puntiagudos. Los clavaron en el suelo siguiendo el terrible arco semicircular dibujado por las cabezas decapitadas. Mientras tanto, dos jóvenes llevaron una caja alargada de madera con incrustaciones a Barbanegra. La abrieron con gran ceremonia, y el gigante metió la mano y extrajo un sable enorme: la primera espada que Gideon veía en el campamento y la primera señal de que esa gente disponía de acero y no solo del cobre y el bronce de sus dagas. La multitud soltó un murmullo. El hombre examinó la espada por un lado y por el

otro y dio unas cuantas estocadas de prueba. La hoja tenía sangre seca incrustada, pero aun así el filo brillaba de forma inquietante.

Se encaminó hacia ellos con gran solemnidad y sosteniendo la espada en alto.

Gideon no podía apartar la vista del filo. Buscó desesperadamente una forma de escapar de un destino tan inesperado y terrible, pero fue en vano. Había intentado aceptar su muerte inminente, pero nunca había imaginado semejante final: a manos del hacha de un verdugo. Imogen reanudó sus súplicas, pero Gideon dudaba de que la tribu la entendiese. Estaba claro que ese foso era el motivo por el que el mundo exterior no había llegado a ese lugar: todos los visitantes que habían tenido la mala suerte de toparse con él eran despachados de forma rápida y brutal. Se acordó de los camelleros que afirmaban que quienes se aventuraban en esa dirección no regresaban jamás. Entonces lo había descartado como un rumor y una superstición, pero ahora le parecía muy cierto.

La vieja siguió cantando con voz aguda y chillona. Imogen se había quedado en silencio. Gideon la miró a la cara, y los ojos de ambos coincidieron. Estaba tranquila, aparentemente resignada.

De repente la vieja dejó de aullar y se hizo el silencio. La gente permaneció arrodillada, pero ya no tenía la cabeza agachada; ahora miraba con avidez.

Barbanegra avanzó y señaló a Garza. Dos guardias se acercaron y cortaron las correas que lo ataban a los otros. Gideon vio que trataba de protestar, pero no podía hacer mucho ruido y nadie le hizo caso. Los guardias, con un gesto violento y eficaz, lo obligaron a arrodillarse en el borde del foso. Un tercer guardia se acercó y lo agarró fuerte por el pelo mientras Barbanegra se colocaba delante con las piernas separadas. El guardia levantó la cabeza de Garza, dejó al descubierto su cuello, y Barbanegra lo rozó con el filo de la

espada, como si calculase la mejor posición para el golpe. Acto seguido alzó el arma y el filo de la hoja destelló a la luz del sol.

Gideon empezó a sentir un extraño desapego, como si otra persona estuviese viviendo esa terrible experiencia en algún lugar muy lejano. Pensando fríamente, esperaba que fuese rápido. A juzgar por los temibles músculos del verdugo, su expresión de determinación y la enorme espada, así sería.

El hombre agarró con más fuerza el pelo de Garza para que la cabeza no se le escapara cuando el cuerpo se separase. Se trataba sin duda de un movimiento estudiado. Gideon vio que Barbanegra se preparaba para el golpe. El silencio era ahora absoluto. Cerró los ojos.

Entonces oyó a Imogen gritar en inglés:

—¡No lo haga! ¡Pare, por el amor de Dios!

En el silencio que se hizo a continuación, la vieja dejó escapar un grito ahogado de asombro seguido de una rápida retahíla de palabras. Gideon abrió los ojos y vio que vociferaba al anciano jefe, que escuchaba con expresión de sorpresa. La vieja hacía gestos decididos con sus manos venosas.

Siguió un terrible momento de parálisis, Barbanegra con la espada aún en alto. El público soltó un murmullo de inquietud. El jefe levantó entonces la mano. Al ver que Barbanegra no se movía, el jefe lo señaló con el dedo y dijo algo que parecía una orden brusca. Esta vez el hombre bajó la espada, visiblemente decepcionado. El murmullo de la gente aumentó de volumen. El jefe se volvió y gesticuló; daba la impresión de que estaba mandando a todos que se fuesen. Los guardias pusieron en pie a Garza y volvieron a atarlo a Gideon e Imogen, todavía amordazado. El ingeniero estaba pálido y cubierto de una capa de sudor.

El jefe gritó más órdenes, y los tres fueron apartados del borde del foso y llevados por el sendero en dirección al campamento. Gideon avanzaba dando traspies, aturdido, le costaba creer que seguía vivo. Le temblaban tanto las piernas que apenas podía andar.

En las afueras del campamento, al lado de una serie de rediles de cabras, había una jaula grande hecha de troncos de árboles verdes atados. Retiraron la puerta y los metieron de un empujón. Volvieron a encajar la puerta y la cerraron atándola con correas de cuero. Dos centinelas se apostaron delante.

Dentro, los tres se desplomaron en la arena, agotados emocionalmente. Se hizo un largo silencio. Hasta que Imogen soltó un juramento en voz baja.

—¿Por qué seguimos vivos? —preguntó.

Pero ni Gideon ni Garza podían contestar; seguían amordazados.

—No sé las vuestras, pero mis ataduras están flojas. Creo que puedo quitármelas. —Empezó a retorcer las muñecas.

Gideon probó sus ataduras y descubrió que, pese a estar apretadas, las correas daban de sí. Tirando y retorciendo despacio, se podrían soltar poco a poco. Echó un vistazo afuera, pero los centinelas estaban de espaldas.

—Sigue dándole —susurró Imogen—. Las mías se están soltando.

Gideon continuó retorciendo y girando las muñecas, y logró agarrar el extremo de la correa con los dedos sueltos. Dio con el nudo y empezó a deshacerlo con la punta de los dedos. Pronto el nudo estuvo desatado y se liberó las manos. Se quitó rápidamente la mordaza y escupió la piel de cabra. Volviendo la espalda a los centinelas, terminó de desatar las manos a Imogen y Garza. Este se quitó su mordaza y escupió también el relleno de piel de cabra. Se limpió la boca con el dorso de la mano temblorosa, conmocionado aún tras su encontronazo con la muerte.

Gideon observó el entorno. La jaula no era del todo desagradable; tenía suelo de arena y era lo bastante grande para estar de pie. El aire corría a través de ella y proporcionaba un grato frescor. Dentro solo había un cubo de madera en un rincón. Al mirar fuera, vio buena parte del campamento, bañado por la luz dorada del sol matutino. El lugar bullía de actividad. Varios niños pasaron, se los quedaron mirando y siguieron andando. Los centinelas parecían distraídos, prestaban poca atención a sus prisioneros.

—¿Qué narices ha pasado? —preguntó Gideon en voz queda.

—Ojalá lo supiera —susurró Imogen.

Garza se masajeó el cuello.

—Que estén a punto de cortarte el pescuezo dos veces el mismo día es un tanto excesivo —dijo. Aunque trató de mostrarse tranquilo, le temblaba ligeramente la voz.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber Imogen.

—Todavía conservo la cabeza.

—¿Creéis que nos estaban poniendo a prueba? —preguntó Gideon.

—No —respondió Imogen—. No hay duda de que han estado a punto de matarnos. Hasta que yo he gritado.

—¿Tienes idea de qué idioma hablan? ¿Algún dialecto árabe?

Imogen negó con la cabeza.

—El pueblo parece beduino, y su ropa también, pero no hablan árabe. Las mujeres no van tapadas y no veo ninguna señal del islam; ni llamadas a la oración ni ninguno de los símbolos o costumbres tradicionales.

—Si no son árabes, ¿qué pueden ser?

—Yo diría que hablan el antiguo idioma que hablaban los egipcios antes de la conquista musulmana. Es decir, copto. Creo que este pueblo es preislámico.

Gideon se dirigió a la puerta, sin perder de vista a los centinelas, e inspeccionó con cuidado las correas que la cerraban.

—Cuando anochezca y la gente se acueste, estoy convencido de que podremos cortar esto.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Imogen.

—Robaremos unos camellos y unos odres de agua y correremos a toda pastilla hasta que salgamos de su territorio.

—Estoy de acuerdo —dijo Garza—. Cuanto antes nos larguemos de este sitio horrible, mejor.

—Ya somos tres —convino ella.

Mientras hablaban, Gideon se fijó en que los cuatro ancianos de barba blanca se dirigían en fila india hacia la tienda del jefe. Cuando llegaron, el

jefe les abrió la puerta a modo de bienvenida. Parecía una reunión de ancianos, seguramente para decidir su suerte.

Esperaron todo el día a que los hombres salieran. El sol se puso entre las montañas y una penumbra morada invadió el valle. Se encendieron fogatas, y el paisaje empezó a salpicarse de luces parpadeantes; la fragancia del humo se mezclaba con las voces susurrantes y el tintineo de los cencerros de las cabras que eran llevadas a dormir a sus rediles. Un delicioso olor a carne asada flotaba en el aire.

—Si esa gente no fuera tan sanguinaria —declaró Garza observando el exterior—, la escena sería casi bonita.

Cuando anocheció, la puerta de la tienda del jefe se abrió por fin y proyectó una franja de luz amarilla sobre la hierba. Los sacerdotes empezaron a salir en fila.

—Parece que por fin ha terminado la asamblea con el gran muftí —dijo Gideon.

—Son preislámicos, ¿recuerdas? —apuntó Imogen—. No es un muftí ni un jeque. Es un jefe de tribu.

Un grupo de guardias, una media docena, se acercó a su jaula; dos llevaban antorchas y el resto largas lanzas de madera con punta y regatón de bronce.

—Cuando vean que nos hemos desatado, tendremos un problema —dijo Gideon.

—Que les den —respondió Garza.

Se detuvieron, y uno de los hombres gritó una orden a los dos centinelas. Desataron la puerta de la jaula y la retiraron a un lado, e indicaron con la mano a Gideon y los otros que salieran. Curiosamente, no pareció preocuparles que se hubiesen desatado y quitado la mordaza. Cuando salieron, los centinelas los hicieron avanzar a punta de lanza en dirección a la tienda del jefe. Los hicieron subir por el pequeño promontorio, entrar en la tienda y, con

el extremo de la lanza pinchándolos en la espalda, los obligaron a arrodillarse.

A pesar de su situación crítica, Gideon no pudo evitar asombrarse de la relativa opulencia de la tienda. Era espaciosa y estaba bien iluminada; las lámparas de aceite proyectaban una luz cálida sobre una suntuosa colección de alfombras tejidas, cojines de cuero y colgaduras. El jefe se hallaba sentado en una otomana de cuero, como en un trono. Una multitud se agolpaba cerca de la entrada, a la espera. No había rastro de la joven que antes había estado al lado del jefe.

Mientras el viejo jefe los miraba reinó el silencio. Todo el mundo parecía estar esperando algo. Instantes más tarde, Gideon oyó una voz cascada en el exterior que discutía en tono exaltado: la vieja. Se abrió la puerta de tela de la parte trasera de la tienda y la hicieron pasar. Avanzaba con los mismos bastones macabros, seguía vestida con toscas pieles de cabra y en la cabeza llevaba un pañuelo sucio del que asomaban mechones de cabello canoso. El jefe se levantó con deferencia y la ayudó a acomodar su anciano cuerpo en un montón de cojines. Ella murmuró con disgusto mientras se recolocaba las pieles. Una vez que todo estuvo en orden, entrelazó las manos en su regazo y centró sus pequeños y brillantes ojos en ellos. Fruncía el rostro con desconfianza. Y sin embargo había algo más, pensó Gideon: su expresión tal vez era más curiosa que desconfiada.

La vieja les habló brevemente con su voz cascada. Hizo una pausa, esperó, y volvió a empezar. Gideon tardó unos instantes en advertir que hablaba en inglés... Un inglés que parecía una parodia del acento británico.

Los tres se quedaron mudos de asombro.

En medio del silencio, la vieja preguntó por tercera vez:

—¿Habláis inglés?

—Sí, sí, hablamos inglés —dijeron atropellándose unos a otros al contestar

los tres a la vez.

La vieja, molesta, hizo una señal con la mano para pedir silencio. Acto seguido señaló a Gideon.

—Tú hablar. ¡Otros silencio!

Gideon asintió con la cabeza.

—¿Por qué vosotros aquí?

—Somos... aventureros —empezó a decir Gideon. No tenía ni idea de cómo había aprendido su idioma aquella mujer ni cuántas palabras entendía. Pero ese tenía que ser el motivo por el que les habían perdonado la vida: la vieja había detenido la ejecución cuando Imogen había hablado en inglés—. Aventureros —repitió—. Exploradores. —Mientras hablaba, era perfectamente consciente de la punta de la lanza que le pinchaba entre los omóplatos.

—Exploradores —repitió la mujer.

—Sí. Exploradores.

—¿Qué significar eso?

Gideon trató de concentrarse.

—Viajamos, buscamos nuevas tierras. Nueva gente.

—¿Vuestra tierra no buena?

—Nuestra tierra está bien. Viajamos porque tenemos curiosidad. No para conquistar, sino para aprender nuevos conocimientos. —Tragó saliva al ver que ella fruncía el entrecejo sin comprender—. Venimos en son de paz. Paz. Como puede ver, somos gente pobre que no tenemos nada, y no queremos nada de ustedes... salvo conocimientos.

Gideon observaba con atención a la mujer mientras hablaba, pero su expresión permaneció impasible e indescifrable hasta que pronunció las últimas palabras. Entonces levantó la mano para pedir silencio y se volvió

hacia el jefe, aparentemente para traducir sus palabras. El jefe contestó algo, y la anciana se volvió otra vez hacia ellos.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Por qué buscamos conocimientos? Porque el conocimiento es bueno.

La conversación con el jefe se reanudó.

—¿Nosotros tener conocimientos que vosotros buscar?

—No lo sabemos. Ese es el motivo para ser explorador. Miras. Aprendes.

—¿Vosotros buscar... tesoro? —La expresión de la mujer se tornó cautelosa otra vez.

—No. No. No queremos tesoro. Como puede ver, somos muy pobres. —
Abrió las manos—. No nos interesan las riquezas.

Gideon no sabía si ella y el jefe se lo estaban creyendo.

—¿Sois ingleses? —continuó la vieja.

—Sí —respondió Gideon; habría sido demasiado complicado explicarle los detalles.

—¿Vosotros locos?

Gideon vaciló.

—Sí.

Cuando la mujer lo tradujo, el jefe mostró una repentina alarma. La multitud que estaba reunida al otro lado de la tienda también murmuró.

—¿Por qué decir eso? —preguntó la vieja.

—Porque un loco vendría aquí.

Al jefe le pareció graciosísimo cuando se lo tradujo, y la multitud que escuchaba rio con él. La cosa empezaba a ir bien, pensó Gideon.

—El Padre todavía querer saber por qué vosotros venir aquí.

—Ha sido un accidente.

—¿Accidente?

—Sí. Nos robaron, y luego nuestros camellos escaparon en una tormenta. Lo

perdimos todo. No teníamos alternativa. Si no encontrábamos agua, moriríamos.

—¿Quién robar vosotros?

—Un camellero árabe.

Al oír eso, la vieja reaccionó.

—¿Árabe? ¿Robar vosotros?

El jefe soltó una diatriba cuando oyó la traducción, hacía gestos, su barba se agitaba. Un murmullo de ira creció entre la multitud. De repente Gideon temió haberlos ofendido y que ordenasen su ejecución de nuevo. El jefe terminó de chillar y gesticular, pero la vieja no tradujo sus palabras.

—¿Qué ha dicho? —preguntó tímidamente Gideon.

—El Padre no gustar árabes.

—Pero... —Gideon titubeó—. ¿No son ustedes árabes?

—No —contestó con brusquedad la vieja.

—¿Qué son?

—Nosotros egipcios. —Pronunció la palabra con sumo cuidado—. Árabe es invasor.

Gideon asintió con la cabeza. Las conjeturas de Imogen se demostraban ciertas.

—¿Adónde ir vosotros ahora? —preguntó la mujer.

Gideon sintió alivio al oír la pregunta, pues hacía pensar que serían liberados.

—Iremos a... casa.

Esa respuesta provocó otro arrebató al jefe, que empezó a hablar en voz alta y a hacerles gestos. Y de nuevo la multitud reaccionó cotorreando sonoramente. La vieja también hablaba con su voz chillona y cascada. Parecía que la tienda entera discutiese. La vieja se levantó tambaleándose, apoyándose con los bastones, y se acercó a Garza cojeando. Le agarró la muñeca con la

mano huesuda, la levantó y exhibió el reloj que llevaba. Sacudió la muñeca y, con cierto esfuerzo, desenganchó el reloj y lo dejó colgando delante de las narices del jefe, como si quisiera transmitir un críptico mensaje.

El jefe tomó el reloj y lo examinó dándole la vuelta con gran interés mientras la vieja seguía hablando.

—Por favor, acéptelo como un regalo —se apresuró a decir Gideon.

—¡Oiga! —protestó Garza—. ¡Que es mío!

—Cierre el pico.

La vieja tradujo, y el jefe intentó ponérselo con torpeza en la muñeca.

—Permítame ayudarlo —se ofreció Gideon.

El jefe le hizo señas para que se levantase, y Gideon le enseñó cómo abrochar la pulsera del reloj en su muñeca. De cerca, vio que el hombre era mayor de lo que pensaba, y también más frágil. Una vez que el reloj estuvo sujeto, el jefe lo levantó sonriendo.

Gideon volvió a sentarse.

—Me debe un Submariner de oro macizo —murmuró Garza.

—El Padre decir gracias por vigilante de horas. Es oro... ¡De oro es la piel de los dioses!

Entonces el jefe se puso en pie y se volvió hacia ellos. Pronunció un florido discurso, acompañado de muchos ademanes, y la multitud asintió murmurando. Cuando hubo terminado, se volvió hacia la vieja y le hizo señas para que lo tradujese.

—El Padre decir... —Esta alzó despacio su brazo arrugado y apuntó con el dedo torcido a Gideon—. A lo mejor tú decir verdad. O a lo mejor mentir.

—Digo la verdad —repuso Gideon rápidamente—. ¡Lo juro!

—Nosotros averiguar.

—¿Cómo?

La vieja permaneció callada un momento, como si tratase de recordar una

palabra.

—Una prueba.

—¿Una prueba? ¿Qué clase de prueba? ¿Como un juicio o algo por el estilo?

—No. Una prueba de fuego.

Al oír la declaración del jefe, el público que aguardaba fuera de la tienda había prorrumpido en un clamor de emoción. Los guardias los levantaron a los tres y los hicieron salir de la tienda; la multitud se abrió a su paso. Se los llevaron a la jaula y los ataron dentro. Los lugareños pasaban por delante en grupos de dos y de tres y los miraban con cara de curiosidad; todos empezaban a reunirse en la plaza central del campamento, por debajo de la elevación rocosa sobre la que se encontraba la tienda del jefe. Los dos centinelas de antes se apostaron a cada lado de la jaula.

—Una prueba de fuego —dijo Gideon, desplomándose en la arena con la cabeza entre las manos—. Santo Dios. Primero una decapitación... y ahora esto.

—Es una antigua tradición beduina —apuntó Imogen—. Lo hacen para saber si alguien miente.

Gideon alzó la vista.

—¿La conoces?

—Sí.

—¿Y en qué consiste? ¿Me obligarán a andar encima de un lecho de brasas?

—No. Calientan una piedra, o un trozo de metal, hasta que está al rojo vivo y te lo ponen en la lengua. Si te quema la lengua, mientes. Si no, dices la verdad.

Gideon la miró fijamente.

—¿Qué hay que hacer para que no te queme la lengua?

—Tengo entendido que declaran mentiroso a todo el mundo.

—Estupendo. Y luego, ¿qué?

—El mentiroso es decapitado.

—¡Claro! —Gideon gimió—. ¿Y si digo que no?

—Si te niegas a someterte a la prueba, se supone que mientes y te decapitan.

—Ya está —dijo Garza de repente.

Gideon siguió su mirada. Estaban encendiendo un fuego en medio de la plaza, y la multitud charlaba muy excitada —la luz parpadeante se reflejaba en sus rostros— a la espera del espectáculo. Cerca, Barbanegra supervisaba la actividad espada en puño. A su lado había un bloque de madera para cortar.

Dos de los sacerdotes se acercaron con una cestita y la dejaron junto al fuego, extrajeron una docena de piedras blancas redondas y, cantando en voz alta, las fueron echando de una en una al centro de las llamas.

Entonces el jefe salió de su tienda con aire resuelto, engalanado aún, con la vieja cojeando detrás de él. Descendió por el sendero con gran dignidad y cuando llegó al centro del campamento, la multitud se separó otra vez para dejarlo pasar. Una vez allí, se volvió y gritó una orden. Los dos centinelas de la jaula desataron las correas, sacaron a Gideon y dejaron a los demás dentro.

—Lo siento, Gideon —dijo Imogen.

Gideon fue incapaz de contestar. Los centinelas se lo llevaron de muy malos modos al centro de la plaza y lo sujetaron junto al fuego, uno a cada lado. El jefe pronunció entonces otro largo discurso acompañado de muchos gestos, y a continuación señaló el fuego y luego a Gideon. Barbanegra permanecía junto al bloque de decapitación; sonreía expectante.

«Tiene que haber una forma de salvarme», pensó Gideon. Pero le costaba concentrarse. Todo era demasiado raro y estaba sucediendo demasiado rápido. Bajo la atenta mirada de la vieja, uno de los sacerdotes de túnica amarilla y

barba blanca se había inclinado por encima del fuego y estaba quitando los troncos quemados para despejar una capa de brasas mezcladas con piedras brillantes por el calor. Otro sacerdote sopló las brasas con un rudimentario fuelle hasta que estuvieron al rojo. Hacía mucho que el sol se había puesto, el valle estaba oscuro, y en el cielo negro tachonado de estrellas se elevaba alguna que otra chispa.

Los centinelas empujaron a Gideon hacia delante. El primer sacerdote se inclinó con unas pinzas, sacó una piedra del fuego —la más caliente— y la sostuvo delante de Gideon. Con una serie de gestos indicó al extranjero que la tomase y se la metiese en la boca.

—¡No! —chilló Gideon, que logró soltarse haciendo un gran esfuerzo y apartó las pinzas con un golpe.

Uno de los guardias le dio un codazo en la cara, y Gideon cayó al suelo, aturdido. El guardia le propinó un patadón tremendo y volvió a ponerlo en pie. La multitud silbó y gritó en señal de desaprobación. Barbanegra preparó su espada.

El jefe pidió silencio a gritos.

Un sacerdote volvió a utilizar el fuelle y sopló hasta que la capa de brasas pasó del rojo al naranja. El aire estaba cargado del intenso olor del humo. Una vez más, el primer sacerdote seleccionó con las pinzas la piedra más caliente e, indicándole con gestos que la tomase y se la metiese en la boca, se la ofreció. Al cabo de un instante, Gideon alargó la mano. El sacerdote soltó la piedra brillante en ella y —tras un gruñido de dolor y un breve y terrible instante de vacilación—, Gideon se metió la piedra en la boca.

Siguió un largo silencio. La multitud parecía alucinada. Todas las miradas se posaban en él. Gideon permaneció inmóvil, con la boca cerrada y los puños cerrados, mirando al frente. La muchedumbre prorrumpió en un murmullo de admiración. Pasó un minuto, dos, tres. Y entonces el sacerdote dijo algo y

alargó la mano. Gideon se inclinó y escupió la piedra en su mano extendida. El sacerdote la observó un instante. Acto seguido la levantó para que la gente la viera: era la prueba de que Gideon la había tenido realmente en la boca hasta que se había enfriado. Entretanto, el jefe se acercó y dio una orden. El sacerdote indicó a Gideon por gestos que abriese la boca para su inspección.

Él obedeció. El jefe se inclinó y miró, introdujo los dedos en la boca de Gideon, le agarró la lengua y la movió con brusquedad de un lado a otro, examinándola en busca de quemaduras.

El prolongado silencio se convirtió en un murmullo de asombro cada vez mayor. No había quemaduras superficiales ni ampollas; ni rastro de abrasión en ninguna parte de la lengua o la boca.

El jefe, claramente asombrado, habló a la multitud, que lanzó un grito ahogado colectivo. El anciano miró a Gideon con algo parecido a la admiración y acto seguido realizó una breve declaración.

—¡El Padre dictaminar que tú decir verdad! —dijo la vieja.

Gideon vislumbró a Barbanegra junto al bloque de madera, con el rostro ensombrecido de descontento.

«Qué alegría haberte vuelto a decepcionar, gilipollas», pensó con satisfacción mientras se lo llevaban otra vez a la jaula.

Entró dando traspiés y se dejó caer en el suelo de arena. Gaza e Imogen se inclinaron a su lado.

—¿Cómo demonios lo has hecho? —preguntó Imogen.

Gideon se recostó y estiró las piernas, agotado y dolorido. Había tenido los puños apretados durante toda la prueba y seguía sin abrirlos. Miró al exterior de la jaula un instante y a continuación, manteniendo una mano oculta a un lado, la abrió despacio. El olor a quemado brotó de ella: dentro había una piedra, ennegrecida y manchada de sangre, envuelta en la palma carbonizada de su mano. La soltó y volvió a cerrar la mano.

—¿Cómo lo has...? —empezó a decir Imogen.

—Cuando me he caído al suelo, me he agenciado una piedra de la cesta y la he escondido entre el pulgar y la palma. Cuando me han puesto la piedra caliente en la mano, la he dejado allí y me he metido la fría en la boca.

—Ha debido de dolerle una barbaridad —comentó Garza.

—La mano me dolía horrores, pero cuando pensaba en que aquel cabrón me esperaba con la espada... digamos que el dolor se hacía más soportable.

—Déjame ver la mano —dijo Imogen—. Debería curarte la quemadura.

—No. —Gideon apartó la mano—. Tenemos que evitar que la vean. Y también tenemos que librarnos de la piedra.

—¿Cómo lo ha logrado con todo el mundo mirando? —quiso saber Garza, al tiempo que lanzaba la piedrecita a la oscuridad.

—Una simple combinación de prestidigitación y desvío de la atención —contestó Gideon—. Como bien sabe, antes era mago.

Una vez más los despertaron en plena noche. Una vez más se los llevaron para iniciar un largo día de trabajos forzados cuando las estrellas todavía brillaban intensamente en el cielo. Mientras se recolocaba la áspera ropa que le habían dado y trataba de sacudirse el sueño, Manuel Garza recordó la prueba de fuego de Gideon. ¿De verdad solo había pasado una semana? Parecía mucho más.

Garza no estaba seguro de si se habían convertido en esclavos, trabajadores manuales o qué, pero empezaba a estar claro que, fuera cual fuese su condición, la tribu no tenía intención de dejarlos marchar. Enseguida habían adquirido una rutina: los despertaban antes de que amaneciese y los mandaban a cavar canales de riego, a recoger haces de leña o a reparar corrales con una cadena de presos compuesta por otra media docena de personas, a las órdenes del odioso Barbanegra. Les daban poca comida y agua y les gritaban o les pegaban con palos si aflojaban el ritmo. Los intentos de Imogen por comunicarse con sus compañeros de trabajo habían recibido reacciones poco entusiastas: solo se habían enterado de que todos los demás eran miembros de la tribu, de la casta más baja de una sociedad pequeña pero claramente estratificada. Garza no había hecho ningún esfuerzo en ese sentido. Lo único que lo mantenía centrado era la firme determinación de aprender su idioma sin que se enterasen sus captores. El conocimiento era poder. Escuchaba con atención cada orden, observaba cada gesto y trataba de memorizar las

respuestas. Se había criado en una familia bilingüe, por lo que se le daban bien los idiomas, y ya había empezado a hacer suyas varias palabras y frases. Imogen, con su experiencia previa en lenguas antiguas, tenía una ventaja considerable. A Gideon, en cambio, le costaba aprender nuevos idiomas o simplemente le daba pereza.

Por la noche, después de las brutales jornadas de trabajo, debatían sobre planes de huida. El único método posible no había variado: robar unos camellos y unos odres y escapar. Los odres eran fáciles de conseguir: cada tienda tenía uno colgado al lado de la puerta. El problema eran los camellos. Estaba claro que eran el elemento por el que se medía la riqueza en aquella primitiva cultura, pero todo el mundo parecía saber qué camellos pertenecían a quién, de modo que no se cometían robos. Por ese motivo los camellos estaban poco vigilados, y solo por la noche, y ello era debido a algún animal que todos temían. Garza había oído hablar del tema a sus compañeros en más de una ocasión. Por lo que había podido entender, parecía que se trataba de un enorme leopardo tuerto. Por lo visto, los miembros de la tribu creían que no era un animal mortal, sino una especie de demonio que vivía con otros de su especie en un laberinto de cañones que había más allá del valle. En numerosas ocasiones había entrado sigiloso en el campamento y se había llevado una cabra, lo que causaba consternación. Decían que también se había llevado a más de un miembro de la tribu y que le gustaba la carne humana.

Esos pensamientos rondaban su cabeza mientras la cuadrilla de trabajo se alejaba del campamento principal, escoltados por guardias armados con lanzas y dagas, por un estrecho sendero montañoso. Barbanegra cerraba la marcha con un látigo enrollado y colgado en su cinturón de cuero. El sendero se bifurcó, y siguieron en una dirección por la que no habían ido nunca. Garza se preguntó sin demasiado interés qué trabajo arduo los esperaba esta vez.

Cuando salieron de los confines del amplio valle, los guardias se pusieron

alerta, incluso nerviosos. Anduvieron durante una media hora que se les hizo muy larga. Al llegar a un elevado puerto de montaña, se detuvieron un momento a descansar.

—Mire allí abajo —dijo Gideon, acercándose a él y hablando en voz baja.

El sol asomaba por encima del cerco de montañas y el paisaje emergía de las tinieblas. Era un valle peculiar, estrecho y sinuoso, con escarpados precipicios y arboledas entre exuberantes prados de hierba. No había zonas visibles de niebla densa; parecía que, al menos en esa montaña, los oasis de niebla —una fuente de agua fundamental para la tribu— se restringían a las laderas orientales. Aquí y allá, en el suelo del valle, curiosas estructuras de piedra de casi cinco metros de altura sobresalían de la vegetación. Garza entornó los ojos, tratando de divisarlas. Imogen se acercó, mirándolas también.

—¿Pirámides? —preguntó Gideon.

—Eso parece —dijo Garza—. En miniatura.

Barbanegra les gritó que se levantasen y siguiesen adelante. Garza notó que se le aceleraba el pulso. Pirámides. ¿Qué otra cosa podían ser sino tumbas? Durante mucho tiempo había abrigado la secreta esperanza de que la ubicación del disco de Festo fuese la tumba de un antiguo rey.

Al descender al valle pasaron delante de las primeras estructuras. Estaban construidas con bloques de arenisca, y en cada pirámide había jeroglíficos egipcios grabados. Garza cruzó una mirada elocuente con Gideon. Más pruebas de que Imogen estaba en lo cierto: aquella era una tribu preislámica que tal vez se remontase a la época de los faraones.

Después de girar en un recodo del sendero y dejar atrás una mesa elevada de piedra, grande y de curiosísima composición, llegaron a una obra: una pirámide como las otras pero en construcción. Había enormes bloques de arenisca dispuestos en fila en la base de la estructura. Una larga rampa de

tierra, cubierta de rodillos de madera, subía en pendiente por un lado. Al mirar la obra, Garza comprendió que se trataba de un sistema primitivo para colocar los inmensos bloques: los arrastraban por la rampa de tierra utilizando cuerdas y arneses.

Y ellos, sin duda, iban a ser las bestias de carga.

Barbanegra gritó y señaló los bloques, las cuerdas y los rodillos.

—Canalla —dijo Gideon.

Garza siguió a los otros. Estaban poniéndose un arnés forrado con almohadillas de fibra de palmera. Otro hombre ajustaba una red de cuerdas alrededor de un bloque. Garza, Gideon e Imogen tomaron sus arneses.

Barbanegra agitó su látigo gritando y lo hizo restallar. El grupo tiró de los arneses, y el bloque avanzó despacio. Aflojaron, tiraron y aflojaron otra vez, seguían el ritmo marcado por los restallidos del látigo de Barbanegra.

Al cabo de una hora de trabajo agotador, habían subido el bloque a lo alto de la rampa y lo habían encajado en su sitio. Entonces Barbanegra ordenó que empezasen con el siguiente bloque. A Garza le dolían los hombros de las ásperas almohadillas de fibra.

—Ahora ya sabemos que somos esclavos —indicó Gideon mientras bajaban por la rampa—. ¿Crees que es un ascenso por buena conducta? Yo prefería cavar canales.

—Así se construyeron las grandes pirámides —apuntó Imogen poniéndose un arnés—. No ha cambiado en tres mil años.

—¿Para quién creéis que es? —Garza señalaba la estructura a medio terminar.

—¿Para quién sino para el jefe? —dijo Gideon—. No es precisamente un pipiolo.

Barbanegra les gritó para que se callasen y agitó el látigo.

—Me estoy cansando muy rápido de esto —murmuró Gideon mientras se

ajustaba el arnés.

El látigo restalló, y empezaron a levantar otro bloque.

Se pasaron la mañana subiendo bloques por la rampa. Cuando el sol estaba casi en el meridiano, Barbanegra dio la orden de descansar. Les sirvieron garbanzos con cabra cocida para comer: mucho mejor que la comida habitual. Barbanegra se retiró a un rectángulo de sombra bajo una roca que sobresalía y se sentó a jugar despreocupadamente con su pulsera de dientes humanos, que parecía gustarle un montón. Tal vez, conjeturó Garza distraído, era un símbolo de estatus dentro de la tribu. El hombretón no tardó en dormirse y empezó a roncar sonoramente. Los otros guardias se pusieron cómodos y descansaron mientras vigilaban a los trabajadores a su cargo.

Garza comió con Gideon e Imogen. Estaban tan cansados que apenas hablaron. Después de comer, Gideon e Imogen dormitaron bajo un saliente. Mientras tanto, Garza se retiró a la sombra con un trozo de cuerda y unos palos que había recogido de un montón de rodillos descartados. Echó un vistazo al suelo silíceo, encontró una piedra puntiaguda, la golpeó fuerte en el borde con otra piedra y le dio forma de hoja afilada. Desenredó el trozo de cuerda en hebras individuales y las utilizó para atar las ramas y crear un andamio. Usando la piedra afilada, talló una tosca roldana con unos círculos de un poste roto tirado en el suelo, vació la parte central, la deslizó sobre los palos y acto seguido la ató al andamio.

—¿Qué haces? —dijo una voz femenina. Imogen y Gideon se habían acercado y estaban observando cómo trabajaba—. ¿No has pecado ya bastante en el Hogar de los Muertos?

—¿El qué?

—El Hogar de los Muertos. Así llaman a este sitio los otros trabajadores.

—Ah, ¿sí? Pues no sé vosotros, pero yo estoy harto de arrastrar esos malditos bloques por una rampa.

—¿Qué es eso?

—Una maqueta de muestra.

—¿De qué?

—De cómo hacerlo mejor. Llevo toda la mañana dándole vueltas.

Gideon movió la cabeza con gesto de incredulidad.

—Un ingeniero nunca descansa.

—En lugar de hacer comentarios, ¿qué tal si ayuda un poco?

Garza, con unas esquirilas afiladas que extrajo del sílex, los puso a los dos a tallar más roldanas, que él a su vez montaba en cadena en el andamio. Fabricó una rudimentaria grúa con palos que giraba empleando hebras de cuerda. Por último, pasó otra hebra de cuerda por la grúa y la ató a una eslinga, la ensartó por las poleas y la fijó a una tira de pañuelo. Dentro puso una piedra.

—Tire de la cuerda —le dijo Garza a Gideon—. Con cuidado.

Gideon tiró de la cuerda, y la polea levantó la piedra, sujeta por el andamio y la grúa.

—Observe. —Garza maniobró con la grúa, y el artilugio giró sobre su base fija transportando la piedra.

—Ahora afloje la cuerda.

Gideon dejó que la hebra se deslizase entre sus dedos y bajó la piedra a otro sitio, encima de un pequeño montículo de arena acumulado por Garza.

—¿Lo entiende? —preguntó Garza—. Cada roldana ofrece una ventaja mecánica. Cuatro roldanas reducen en un cuarto la fuerza necesaria para levantar algo.

—¿Física? —dijo Imogen.

—Física. Con un sistema de cuatro roldanas se puede levantar un bloque de cuatrocientos kilos con solo cien kilos de fuerza. Se acabó el arrastrar.

—Sí, pero ¿cómo vamos a conseguir que lo prueben? —preguntó Gideon con desconfianza.

—Para eso es la maqueta de prueba.

Los guardias, desde sus lugares de reposo, habían observado a Garza construir la maqueta. No parecía que comprendiesen nada, pero era evidente que tenían curiosidad.

Garza les hizo señas para que se acercasen. Con gestos y frases cortas, realizó una demostración levantando y moviendo la piedra varias veces. Entonces algunos trabajadores se acercaron boquiabiertos.

Garza señaló al trabajador que parecía más despierto.

—Pruébalo tú. Pruébalo.

El trabajador avanzó, se arrodilló y cogió la hebra de cuerda. Tiró con cautela, levantó la piedra, empujó el andamio giratorio y la colocó en la pequeña montaña de arena. Una sonrisa se dibujó en su rostro, y asintió con la cabeza, consciente de que, en efecto, la piedra se movía con mayor facilidad.

Garza señaló al guardia.

—Tú. Prueba.

El guardia avanzó y, mirando nervioso alrededor, la probó. También él adoptó una expresión de asombro ante aquel artilugio aparentemente mágico.

Garza inició una larga exhortación con palabras y gestos para explicarles que debían construir una versión más grande del aparato por encima de la pirámide utilizando los postes y la cuerda tirados en el suelo para dar forma a los andamios, las poleas y las roldanas.

De repente sonó un grito procedente de la obra, y los guardias se sobresaltaron. Barbanegra bajaba con el látigo en la mano. Soltó un juramento y azotó a Garza en el hombro con tal violencia que lo hizo postrarse de rodillas. Luego pisó la maqueta de la grúa con su enorme pie, la aplastó contra la arena y la redujo a una masa de palos rotos.

Al ver su modelo destrozado y la sangre manándole del corte del hombro, Garza se levantó con un grito de furia y arremetió contra Barbanegra, que

seguía ocupado pisoteando la grúa. Lanzó un puñetazo y alcanzó desprevenido al supervisor en la cabeza; el hombre cayó pero se levantó rápidamente hecho una furia, desenvainó su daga e intentó dar un tajo a Garza.

Garza saltó hacia atrás y lo evitó por los pelos. Barbanegra cargó contra él agitando la daga mientras Garza retrocedía dando traspiés, tratando de esquivar la cuchilla. Gideon e Imogen intentaron acudir en su ayuda, pero los guardias se volvieron contra ellos, derribaron a Gideon e inmovilizaron a Imogen, y los retuvieron a los dos a punta de lanza.

Barbanegra llevó a Garza contra la pared de un precipicio e impidió así toda posible retirada. Al ver que su presa estaba atrapada, una cruel sonrisa se dibujó en su rostro. Avanzó y le puso la daga en la garganta, que todavía tenía una costra del corte anterior. Presionó lentamente con la punta, y Garza notó otra vez que la hoja se clavaba en su piel. El aliento de Barbanegra, que apestaba a cordero, le inundó la cara.

—*Aghat mu!*—gritó el hombre introduciendo más la punta en la garganta de Garza...

Y entonces sonó una voz.

Barbanegra no le hizo caso. La sangre corría ahora más copiosa, y Garza notaba que la hoja se clavaba hacia su tráquea. El muy sádico pensaba ir despacio.

La voz volvió a oírse, esta vez mucho más aguda. El jefe se acercaba por el sendero transportado en una camilla. Los portadores se detuvieron en la obra, y el jefe se apeó, se echó la túnica sobre los hombros y gritó airadamente a Barbanegra por tercera vez. En esta ocasión el hombretón titubeó, y Garza notó que la presión del cuchillo disminuía. Hasta que cesó por completo.

Barbanegra retrocedió jadeando y con la cara arrugada de ira. Los guardias soltaron a Gideon e Imogen. El jefe se acercó con esfuerzo evidente y, haciendo caso omiso de la cara ceñuda de Barbanegra, se dirigió a Garza

señalando con su bastón el montón de palos rotos. Sin duda había estado observando cómo se desarrollaba la escena desde el sendero. Había visto la maqueta de lejos, pero no tenía ni idea de por qué había despertado tanto entusiasmo. Ahora parecía que quería que Garza la reconstruyese. El jefe emprendió una larga explicación con gestos que Garza no entendió, pero dedujo que decía que era muy viejo y que deseaba que su tumba se acabase deprisa... y, dado su aspecto pálido y cetrino, a Garza no le sorprendió.

Garza se limpió la sangre de la herida del cuello sudando y maldiciendo su carácter para sus adentros. Asintió con la cabeza y se puso a crear otra maqueta lo más rápido que pudo. Cuando Gideon e Imogen quisieron acercarse a ayudarlo, el jefe los rechazó con un gesto de la mano —el reloj de oro relucía en su muñeca huesuda— y dejó que Garza lo construyese solo.

En cuarenta minutos estaba terminado. Garza hizo una demostración con la piedrecita, y a continuación el jefe se arrodilló y probó el aparato él mismo: levantó y bajó la piedra con la hebra. El regocijo y el asombro de su cara eran evidentes. Se levantó y ordenó a los trabajadores y los guardias que construyesen una versión operativa de la polea. Para sorpresa de Garza, el jefe le encargó a él los detalles.

Gracias al esfuerzo conjunto de todos los esclavos, a las afiladas dagas de bronce de los guardias para tallar roldanas, y a la fabricación de clavijas de bronce como ejes de las poleas, el trabajo avanzó rápido. Mientras ellos levantaban los andamios por encima de la pirámide en construcción y del montón de bloques cortados, Garza vio a Barbanegra de pie a un lado, inmóvil, con la mano en la daga; lo miraba fijamente con una expresión de odio infinito.

—Más vale que tenga cuidado con ese —dijo Gideon en voz queda.

—No fastidie. Es la tercera vez que ese cabrón intenta cortarme el pescuezo.

A media tarde, cuando la luz rosada teñía los picos circundantes, el aparato estaba terminado y listo para ser probado. Garza se dio cuenta de que estaba nervioso. En un proyecto de ingeniería normal habría calculado las cargas y los elementos estructurales con programas informáticos para asegurarse de que todo aguantaría. Sabía que el elemento más crítico era el peso de los bloques. Medían aproximadamente sesenta centímetros por sesenta por ciento ochenta; eso representaba seiscientos cincuenta decímetros cúbicos de arenisca. La piedra, como cualquier ingeniero de la construcción sabía, pesaba unos dos mil cuatrocientos kilos por metro cúbico, lo que significaba que cada bloque tenía una masa de mil seiscientos kilos. Su sistema de seis poleas y tres cuerdas necesitaría que se ejercieran noventa kilos de impulso en una cuerda manejada por dos trabajadores. Según ese plan, harían falta seis hombres para levantar un bloque de piedra de mil seiscientos kilos. O eso calculaba. Debido al escaso aguante y los pésimos materiales de construcción, la fricción añadiría unos cientos de kilos más para una carga total de dos toneladas. Estaba seguro de la resistencia de las cuerdas, eran fuertes y estaban bien hechas. El gran enigma era si los andamios y la grúa improvisados aguantarían.

Había llegado el momento de la verdad. El jefe, situado cerca, esperaba con expresión de impaciencia, apoyado en su cayado. Garza indicó a los trabajadores que pusieran una red de cuerdas alrededor de un bloque y se prepararan para levantarlo. Pasaron más cuerdas por la polea, y ataron aún más a un brazo de palanca construido para balancear el bloque colgado y elevarlo por encima de la pirámide.

Gideon se puso a su lado.

—¿Seguro que va a funcionar?

—No.

—Probablemente nos corten la cabeza si no funciona —dijo Imogen.

—Cualquier cosa es preferible a arrastrar esas piedras durante el resto de nuestra vida —observó Garza.

Respiró hondo e indicó a los seis trabajadores que tirasen. Habían practicado con la maqueta reconstruida y sabían lo que tenían que hacer. Con un sonido chirriante y una flexión de los andamios, el bloque de piedra se alzó en el aire. El jefe observaba con atención.

Cuando el bloque estuvo a la altura adecuada, colgando libremente, Garza agitó el brazo, y los trabajadores que controlaban la grúa la hicieron girar por encima de la pirámide. Garza indicó que la bajasen con cuidado, observando cómo la acomodaban poco a poco en su sitio.

Funcionaba perfectamente.

—*Khehat! Khehat!* —El jefe se acercó entusiasmado, agarró a Garza por los hombros y le dio un abrazo de oso—. *Khehat!*

Cuando por fin lo soltó, Garza se inclinó hacia Imogen y murmuró:

—¿Qué significa *khehat*? ¿Constructor? ¿Amigo? ¿Genio?

—Creo que significa «enterrador».

Gideon entró en la tienda, se acercó al andrajoso fardo de pieles que le servía de cama y se desplomó encima con un bufido. Tenía las uñas llenas de barro y las puntas de los dedos grasientas de la carne de cabra —sus anfitriones todavía no habían descubierto artículos como los cuchillos y los tenedores—, pero estaba demasiado cansado para preocuparse. Ya se lavaría después de descansar.

Los últimos días habían pasado en un suspiro; un suspiro agotador. Después del éxito de Garza con su polea, el jefe lo había ascendido al puesto de capataz de la obra, lo que había molestado muchísimo a Barbanegra. Como recompensa adicional, los habían trasladado de su jaula a aquella tienda más espaciosa y mucho más agradable. La vigilancia también se había suavizado, aunque Gideon era consciente de que su tienda se hallaba al otro lado del asentamiento, lejos del desfiladero que conducía a la libertad. Les habían concedido libre circulación con dos advertencias: no podían volver al oasis de niebla de la ladera este de la montaña, y debían mantenerse alejados de un valle a varios kilómetros al oeste que era un «lugar de demonios» o una chorrada por el estilo.

Se incorporó y se frotó la espalda. Aunque la tribu era en apariencia una autocracia —el jefe gobernaba con mano de hierro, la vieja era su Rasputín, y la joven, tal vez la esposa del jefe, era una consejera muy poderosa y respetada por derecho propio—, existía un complejo sistema basado en el

mérito y la antigüedad que él todavía no había conseguido descifrar. Se reverenciaba mucho la edad, todo el mundo se apartaba cuando una persona mayor se acercaba por un camino. Era el caso de la vieja y los cuatro sacerdotes ancianos vestidos con túnicas blancas o color azafrán que ella comandaba. Parecía que hombres y mujeres recibían el mismo trato: los mejores cazadores salían todos los días lanza en mano a cazar, con independencia de su género. Todo el mundo desempeñaba algún trabajo, y era evidente que se intentaba asignar a cada uno las funciones para las que estaba más capacitado. A Imogen, por ejemplo, que había hecho algunas recomendaciones sobre cómo mejorar el cultivo del suelo, le habían asignado labores de jardinería. Pero también pasaba bastante tiempo con la vieja. Imogen aprendía idiomas rápido, y la anciana la acribillaba a preguntas sobre el mundo exterior y la lengua casi mítica que allí se hablaba, de la que la mujer parecía estar enamorada. Se la podía ver a menudo sentada junto a la anciana, intentando conversar, en el saliente del jefe que dominaba el poblado. Gracias a eso habían podido saber un poco más del funcionamiento de la tribu y las normas por las que se regían. En última instancia, también había servido para descubrir cómo la anciana —que Imogen les había dicho que se llamaba Lillaya— había aprendido algo de su idioma. Cuando era niña se había alejado de un grupo de reconocimiento, se había perdido en el desierto y unos bandidos árabes nómadas la habían recogido. Durante varios meses había viajado con ellos como esclava, hasta que un joven aventurero inglés —o eso había entendido Imogen— que acompañaba a la banda se había compadecido de ella. Cuando anocheceía trataba de comunicarse con la niña y le hablaba. Una noche que se hallaban cerca de las montañas, el joven fingió un ataque epiléptico y armó un alboroto para desviar la atención, lo que permitió escapar a la pequeña y encontrar el camino a casa. De ahí el poco inglés que sabía; de ahí su fascinación por el mundo situado más allá del cañón... y de

ahí el Rolex mágico de Garza que el jefe lucía con orgullo. El inglés tenía un reloj idéntico. Esa extraña combinación de factores los había salvado del foso.

Gideon se acercó a una vasija de barro llena de agua hasta la mitad y empezó a lavarse las manos. ¿Y él? No era ingeniero como Garza. No tenía mano para la jardinería. Tiraba pasablemente con las rudimentarias lanzas de la tribu, pero o no había vacantes en las partidas de caza o no se fiaban de él. Y le costaba aprender el idioma de la tribu. De modo que habían vuelto a asignarle el trabajo para el que parecía mejor capacitado y que requería pocas dotes lingüísticas: cavar letrinas.

La puerta de la tienda se movió, y Garza entró. Aunque todos comían en comunidad, a los miembros de rango inferior les servían primero y debían abandonar la plaza central antes de que sus superiores se sentaran a comer. A Garza, que ahora tenía un estatus social superior a Gideon, le servían más tarde, y a Imogen más tarde aún.

Garza se dirigió a su zona de la tienda y empezó a quitarse la ropa de abrigo, cubierta de arena y de polvo de la cantera.

—¿Ha tenido un buen día? —preguntó.

—Oh, estupendo. Cavar zanjas es la bomba.

—Me alegra que por fin haya encontrado su lugar. —Garza se desplomó pesadamente en su fardo de pieles.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada. Gideon se secó las manos y se apartó del cuenco.

—He estado pensando, ¿sabe? —dijo.

—Otra vez no.

—Ya va siendo hora de que planeemos la huida.

Garza puso los ojos en blanco.

—Ya hemos hablado del tema. Tenemos que evitar llamar la atención y que

la tribu nos acepte. Que bajen la guardia un poco más. Acaban de ascendernos: hemos pasado de la jaula uno punto cero a la tienda uno punto uno.

—Han transcurrido diez días. ¿Cuánto tiempo más cree que van a aceptarnos? Ese ceporro de Mugdol nunca se hará amigo suyo.

Mugdol, habían descubierto, era el nombre de Barbanegra, o lo más parecido a su pronunciación que se les ocurrió.

—Mire, si escapamos y vuelven a atraparnos, no nos indultarán: iremos al foso. Lo mejor es pasar desapercibidos, no hacer nada. Estar tranquilos. Generar confianza.

Una punzada recorrió la dolorida espalda de Gideon. Garza siempre había sido el impaciente, le sorprendía un poco esa vacilación.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Empieza a gustarle su puesto de mandamás?

Garza lo miró con expresión de enfado, y Gideon se dio cuenta de que había sido injusto.

—Perdone —dijo—. Es que, a diferencia de usted, yo tengo los días contados.

La expresión de Garza se suavizó un poco.

—Lo sé.

—No digo que tengamos que huir esta noche. Pero deberíamos buscar oportunidades para localizar en secreto la ubicación del disco de Festo. Por lo menos hemos de ver qué hay allí. Luego podremos huir.

—Solo dispondremos de una oportunidad de escapar.

Gideon asintió con la cabeza.

—Sí. Y para eso necesitaremos armas. Armas mejores que las que tenemos.

Garza puso cara de escepticismo.

—¿Como qué?

—No olvide que fui diseñador de armas.

—Vale. ¿Qué piensa hacer, fabricarnos una bomba nuclear?

—En cierto modo. Necesitamos algo que supere sus dagas y sus lanzas.

—¿Por ejemplo...?

Gideon hizo memoria del inventario de armas antiguas sobre el que había meditado mientras cavaba zanjas.

—¿Un átlatl?

—Muy poco manejable. Y muy difícil de aprender a usar.

—¿Un rungu?

—Hum. No es precisamente mejor que una lanza.

—¿Un martillo meteoro?

—¿Un qué?

—Es como un látigo con la cabeza redonda. Muy rápido. Lo agitas alrededor de la cabeza hasta que adquiere velocidad y entonces se lo lanzas a tu rival.

—Parece una buena arma contra un enemigo. ¿Y qué pasa con los otros cinco que te apuntan con lanzas?

Se quedaron en silencio mirándose las manos.

—¿Arco y flechas? —aventuró Garza—. Es increíble pero parece que no tienen.

—No —dijo Gideon de repente—. Una ballesta.

Garza lo miró.

—Una ballesta tiene velocidad y potencia. No es preciso ser hábil como con un arco corriente. Se recarga rápido. Apunta y dispara flechas como una pistola. Y además los sorprendería, aquí nadie ha visto algo parecido.

—Una ballesta —repitió Garza—. Podría funcionar. Encontraremos los materiales necesarios tirados por el campamento. Mañana podría sacar el bronce para las cabezas de las flechas de la cantera. Y para la cuerda podemos utilizar una tira de cuero retorcida de una de estas pieles. —Entonces

hizo una pausa—. Pero ¿cómo generaremos la fuerza necesaria? Ya sabe, para tensar la cuerda y trabar el arma.

—Las ballestas que he visto utilizan una especie de manivela.

—Demasiado difícil de fabricar. —Un momento después, Garza chasqueó los dedos—. Podríamos crear un sistema de palanca. Con una bisagra para aumentar la presión sobre la cuerda del arco. Si calculo bien las medidas, la palanca también podría hacer de gatillo.

Se levantó y se dirigió a la entrada de la tienda.

—¿Adónde va?

—¿Usted qué cree? Necesitaremos un trozo de madera sólido para la culata y un árbol joven y flexible para el arco. No puedo ir de compras durante el día. Mientras tanto —señaló un haz de palos que había en un rincón—, usted elija media docena de los palos más rectos que encuentre y empiece a hacer las flechas. Si conseguimos que la ballesta funcione, y se nos ocurre dónde esconderla, puede que me plantee hacer dos más para usted e Imogen. —Y a continuación desapareció en la oscuridad.

Gideon se quedó sentado frotándose la espalda. Estaba a punto de alargar la mano hacia el montón de palos cuando la tela de la puerta volvió a moverse y entró Imogen.

—Hola —dijo dirigiéndose a su zona de la tienda. Habían dividido la superficie habitable en cuatro cuartos: tres rincones para dormir y un área común.

—¿Por qué te has retrasado? —preguntó Gideon con picardía—. ¿Cenando pastelitos y caviar otra vez con Su Majestad?

—Muy gracioso. He estado aprendiendo más palabras de su idioma. Ahora estoy segura de que es una variante del copto. Piénsalo: esta gente ha vivido casi totalmente aislada, al margen de la civilización, durante puede que miles de años. ¿Quién sabe los recuerdos tribales que conservan? Por lo que he

deducido a partir de sus mitos y rituales, sus creencias podrían remontarse a la época de los egipcios. Parece que adoran a una especie de encarnación del Sol.

—¿Te han dado alguna pista esos recuerdos tribales de dónde están tus minas de oro del Imperio Medio?

—Gideon, lo dices como si fuera una broma. Es una oportunidad de aprender única en la vida.

—Para ti es muy fácil porque no te dedicas a cavar zanjas desde que sale el sol hasta que se pone.

—A lo mejor puedo interceder por ti.

—¿Te refieres a que me trasladen? Te lo agradecería. —Se recostó sobre sus pieles de cabra—. No me malinterpretes. Entiendo que todo esto te interese, pero desde luego no es lo mío. Geoarqueóloga. —Rio entre dientes—. Lo siento, pero parece una mezcla de las dos especialidades más aburridas imaginables.

—En eso os equivocáis tú y el resto de la gente. Es fascinante. El pasado es el mayor misterio que conoceremos jamás. Y es la clave para conocernos a nosotros mismos: en quiénes nos hemos convertido y adónde hemos llegado. Por ejemplo, cuando la gente piensa en el antiguo Egipto, solo piensa en momias y películas de terror. Y es una lástima, porque la cultura egipcia fue increíblemente rica y avanzada a su tiempo. ¿Sabías que su reino llegó a abarcar de Sudán al Mediterráneo? ¿O que su religión era tan compleja y polifacética como cualquiera de las que se practican en la actualidad? Los antiguos egipcios estaban obsesionados con la muerte. Burlar a la muerte, vencer lo desconocido, es la verdadera razón de ser de las momias, las pirámides, la iconografía, el *Libro de los muertos*, los tesoros de las tumbas y todo lo demás. ¿Sabías que la idea original de monoteísmo, la existencia de un solo dios, nació en el antiguo Egipto?

Mientras hablaba le brillaban los ojos y tenía la cara ligeramente arrebolada a la luz del fuego. No cabía duda de que esa era su auténtica pasión, pensó Gideon.

—No tenía ni idea —reconoció.

—Es cierto. El monoteísmo surgió de la religión egipcia, en concreto a través del faraón Akenatón, también conocido como Amenhotep IV. Él decretó la eliminación de los distintos dioses y ordenó que en adelante los egipcios adorasen a un solo dios, Atón.

—¿Quién era Atón?

—Nadie lo sabe con seguridad, pero parece que era una manifestación del Sol. Sin embargo, la iniciativa no prosperó y, después de la muerte de Akenatón, los egipcios volvieron a adorar a sus múltiples dioses. Pero él fue el primero en introducir esa idea revolucionaria que desembocaría en el judaísmo y el cristianismo. La idea de que solo existía un dios, que tan normal nos parece ahora, fue radical en aquel entonces. Incluso hay estudiosos que aseguran que el dios del judaísmo del Antiguo Testamento se originó durante el cautiverio de los israelitas en Egipto. De hecho, es posible que Atón sea la raíz de la palabra hebrea *ha'Adon*, o *Adonai*, que significa «el Señor»...

En ese momento la tela de la entrada volvió a agitarse. Imogen se interrumpió a media frase cuando Garza entró. El ingeniero miró atrás por la abertura de la puerta y acto seguido sacó de debajo de la ropa un trozo de madera sólido, unos cuantos plantones robustos, una correa de cuero sin curtir y unos pedazos de bronce, y lo alineó todo en el suelo de tierra.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Imogen.

Garza desplazó la vista de Imogen a Gideon y viceversa.

—Pregúntale a Gideon. Ha sido idea suya. —Acto seguido se volvió otra vez hacia Gideon—. ¿Todavía no ha empezado a hacer las flechas?

—Perdón. —Gideon hizo una seña a Imogen—. Vamos. Te lo explicaré

sobre la marcha.

Garza se despertó sobresaltado y cubierto de un sudor frío cuando unos gritos hendieron la noche. Parpadeó para espabilarse. No habían pasado más de cinco minutos desde que se había dormido, ¿no? Pero de repente parecía que el campamento entero se hubiera vuelto histérico.

—Pero ¿qué demonios...?

Gideon e Imogen salieron de sus rincones mientras Garza se levantaba, se ponía la túnica y abría la puerta de la tienda para ver qué ocurría. Estaban encendiendo teas, que proyectaban una luz refulgente. Una tienda situada al lado de la del jefe había sido parcialmente rasgada. Aldeanos histéricos corrían de aquí para allá portando antorchas, cogiendo lanzas y gritando. En medio del alboroto volvió a oír una voz de mujer que gritaba aterrorizada en la oscuridad.

Gideon e Imogen también se asomaron al exterior.

—Un animal ha rajado esa tienda —dijo Imogen.

El jefe había aparecido en medio de la muchedumbre. Él también estaba aterrorizado; agitaba los brazos y gritaba, señalaba con el cayado un desfiladero situado por encima de la parte trasera del campamento, de la que parecían llegar los gritos de mujer.

Imogen escuchó con atención el parloteo.

—Parece que ese diabólico leopardo tuerto del que no paran de hablar se ha llevado a alguien.

Garza observaba la escena.

—¿Por qué narices no lo persiguen? Por el amor de Dios, si no la alcanzan enseguida, está muerta.

—Le tienen pánico —dijo Imogen—. No lo seguirán.

Garza vio que era cierto. Los hombres hacían un barullo tremendo, se armaban y encendían antorchas, y el jefe chillaba y les hacía señales, pero nadie, ni siquiera Barbanegra, echó a correr hacia el desfiladero.

—A la mierda. —Garza se quitó la piel de cabra y cogió la ballesta y el pequeño manojó de flechas.

—¡Pero si la has hecho esta misma noche! —protestó Imogen—. ¡Todavía no la has probado!

Desoyendo sus protestas, Garza salió corriendo de la tienda y se dirigió a la boca del desfiladero. Por el camino agarró una antorcha clavada en el suelo para iluminar el camino y, con suerte, ahuyentar al animal. Oyó muchos gritos ininteligibles detrás de él, pero nadie lo siguió.

La boca del desfiladero no estaba lejos, a pocos cientos de metros de distancia. En el suelo de arena del arroyo vio marcas de arrastre y sangre. Las huellas eran fáciles de seguir y llevaban a un gran montón de piedras partidas a treinta metros en el interior del desfiladero. Los gritos habían cesado, y Garza comprendió que el felino, o lo que fuese, debía de haber arrastrado a la mujer hasta las rocas.

—¡Eh! —gritó, y cogió una piedra y la lanzó—. ¡Sal de ahí, desgraciado!

Oyó un gruñido en respuesta. Un leopardo enorme se mostró en la roca más alta; lo miraba con un ojo brillante. En lugar del otro ojo tenía una desagradable cicatriz desde la oreja hasta el hocico. El animal se agazapó sin dejar de gruñir.

Garza agitó la antorcha. Ese era el diabólico felino al que toda la tribu temía. Y él había decidido correr tras él. «Estupendo, Manuel.»

Solo había dos opciones: o espantarlo o acercarse lo suficiente y dispararle con la ballesta. No parecía que el felino tuviese intención de ir a ninguna parte. Eso significaba que tendría que trepar por el montón de rocas, con el animal agazapado allí arriba. Mientras buscaba una ruta defensiva, el leopardo emitió graves rugidos al tiempo que se movía para no perder de vista a Garza tensando los músculos.

Garza trabó la ballesta empleando la tosca palanca, colocó una flecha en la ranura y apuntó, pero el único blanco era la cabeza del animal, y estaba demasiado lejos para que una flecha la penetrase, a menos que le diera en el ojo, cosa muy improbable. Había echado mano a la ballesta de manera instintiva al salir corriendo de la tienda, y se acordó del comentario de Imogen: todavía no había probado el arma. Podía estar mal ajustada... o podía no funcionar en absoluto.

Gritó a la criatura y luego volvió a agitar la antorcha con intención de espantarla. El animal gruñó otra vez enseñando los dientes.

—¡Ah! —Lanzó otra piedra, que no dio en el blanco.

El leopardo contestó con un rugido y sacudió la cabeza en su dirección. El sonido reverberó con fuerza en las paredes del cañón y se fue apagando.

«Por lo menos lo he distraído de la comida», pensó Garza.

Se subió a una roca. El leopardo retrocedió un poco y volvió a gruñir. Trepó a otra roca agitando la antorcha por delante; tenía la esperanza de que el miedo al fuego lo espantase, pero el animal se quedó allí plantado gruñendo con ferocidad.

—¡Lárgate!

Subió al siguiente peñasco. El leopardo se encontraba ahora a menos de seis metros por encima de él, y eso no era bueno. Por lo menos mientras tuviera la antorcha encendida no se abalanzaría sobre él... ¿O sí?

Desde aquella posición elevada vio la borla de una túnica justo detrás del

animal: una chica. Era evidente que el animal estaba vigilando a su víctima. Tal vez ya estuviera muerta, pero existía una posibilidad de que siguiera con vida. Al fin y al cabo, el leopardo no había tenido tiempo de empezar a comer.

Garza volvió a chillar y agitó la antorcha. El leopardo se alzó ligeramente; su ojo bueno reflejó la parpadeante luz naranja de la antorcha, y su musculatura se tensó bajo el brillante pelaje. Garza apuntó, pero solo veía la cabeza y el pescuezo del animal. Necesitaba ver el pecho. ¿Por qué había llevado un arma sin haberla probado?

Siguió subiendo y amenazando al animal con la antorcha, gritando a pleno pulmón:

—¡Vete! ¡Piérdete!

El animal retrocedió, y Garza abrigó la súbita esperanza de que escapase. Chilló, volvió a amenazarlo... y de repente el leopardo se abalanzó sobre él con sus grandes garras desnudas. Garza logró disparar la ballesta justo cuando el animal caía encima de él.

Fue como ser atropellado por un coche. Salió despedido hacia atrás, y el animal se desplomó sobre él con un gruñido aterrador. Los dos cayeron en la arena, y el leopardo empezó a darle zarpazos con su enorme garra, lo alcanzó en un lado de la cara y le desgarró la carne. De repente había sangre por todas partes, como una fuente, mientras el animal —ahora boca arriba— se revolvía y procuraba morder la flecha hundida en su pecho. Garza intentó retroceder, pero el leopardo estaba encima de su pierna y trataba de darle zarpazos. Y entonces, con un gruñido convulsivo, se estremeció y dejó de moverse.

Garza logró sacar la pierna de debajo del animal muerto; la sangre le chorreaba por la cara. Dejó la antorcha y la ballesta y trepó con dificultad por el montón de rocas hasta lo alto.

A la tenue luz de las estrellas, vio que la chica estaba tumbada boca arriba. La reconoció enseguida: era la joven esposa del jefe. Tenía el hombro

ensangrentado y lleno de marcas; señales evidentes de haber sido arrastrada. Pero por lo demás parecía ilesa. La cogió en brazos y descendió con cuidado por el montón de rocas hasta el lecho de arena del riachuelo. Cuando llegó abajo, se dirigió tambaleándose hacia la boca del desfiladero; sacudía la cabeza para apartar la sangre de los ojos. Le ardía la cara y por momentos le flaqueaban las piernas. En la boca del cañón, se postró de rodillas, incapaz de seguir cargando con el peso.

Permanecía arrodillado cuando se vio rodeado de gente que gritaba con frenesí. Alguien —Gideon— alzó a la chica, que se desvaneció en el acto. Garza estaba mareado y veía borroso. Parecía que lo felicitaban; manos que lo tocaban y lo agarraban. Y entonces apareció Imogen: se abrió paso hasta él, acudió en su rescate, lo ayudó a levantarse, pero en ese momento el mundo se replegó sobre sí mismo y él se desplomó.

Garza sintió agua fresca en la cara y abrió los ojos poco a poco. Un chico le humedecía con cuidado la mejilla con un trapo mojado. Gideon e Imogen lo miraban desde arriba con cara de preocupación. Se encontraba en una tienda pequeña y elegante. En el exterior reinaba un gran alboroto.

—Les hemos dicho que necesita reposo y silencio —dijo Gideon.

—¿Y la mujer del jefe? —preguntó Garza, levantando la cabeza para hablar.

—Viva. Al parecer tiene algunos mordiscos en el hombro, pero por lo demás está bien.

Garza bajó su dolorida cabeza.

—¿Y mi cara?

Silencio.

—Son cortes superficiales —informó Gideon—. Tuvo una suerte increíble de que no le alcanzase la arteria auricular.

Imogen se inclinó hacia él.

—Eres el hombre más valiente que he conocido en mi vida. Aunque a veces te portes como un capullo.

—Nadie hacía nada. No podía dejar que se la zampase.

—No hacían nada porque creían que el leopardo era un demonio invencible —dijo ella—. Lleva años matándolos.

—Tuve suerte con el tiro. —Lo asaltó un pensamiento—. ¿Qué hicieron cuando vieron la ballesta?

—Todavía tenemos que darles explicaciones —contestó Gideon—. Le hemos dicho al jefe que pretendíamos darle un regalo sorpresa. No sé si se lo ha tragado, pero se ha quedado la ballesta. Y ha prohibido que hagamos más, so pena de muerte.

Garza sacudió la cabeza.

En ese momento se oyó un nuevo alboroto en el exterior y la puerta de la tienda se abrió. El jefe en persona entró y extendió los brazos. Empezó a hablar efusivamente, se acercó y abrazó a Garza.

—Creo que está dándote las gracias —dijo Imogen.

—A eso llevo.

Más abrazos. Garza vio que el anciano tenía los ojos llenos de lágrimas. A continuación el jefe se incorporó y habló.

—¿Y ahora qué dice?

Imogen se inclinó hacia delante. El jefe habló más despacio, y ella asintió con la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos. Asintió otra vez.

—Quiere saber si estás en condiciones de andar.

—¿Por qué?

—Parece que quiere anunciar algo.

Garza volvió a levantar la cabeza. El mundo empezó a darle vueltas.

—Dios. ¿Tengo que hacerlo?

—Si puedes. Sea lo que sea, parece bastante importante.

Garza logró ponerse en pie con la ayuda de Gideon e Imogen. Apoyó los brazos en los hombros de cada uno y los tres salieron al sol de primera hora de la mañana. La tienda estaba en la zona distinguida, a unos pasos de la morada del jefe. Y el jefe se hallaba en el pequeño promontorio rocoso que utilizaba para los discursos importantes; sostenía el cayado y miraba a Garza sonriendo. La vieja se encontraba detrás de él. Abajo se había congregado una multitud —la tribu entera, por lo que Garza podía apreciar—, y se veían

sonrisas y gestos de aprobación por todas partes. Entonces el mundo empezó a darle vueltas otra vez y Garza se detuvo.

Se acercaron al jefe más despacio. El anciano se inclinó. Cuando Gideon e Imogen lo soltaron, Garza consiguió devolver el gesto sin desplomarse.

El jefe empezó a hablar en tono estentóreo; tan pronto se volvía hacia la muchedumbre como se giraba para mirar a Garza. Gesticulaba. La multitud dejó escapar gritos ahogados. El jefe siguió hablando; su frágil cuerpo rebosaba vida, sus movimientos estaban llenos de pasión. Luego se volvió hacia Garza con expectación.

Garza, que apenas había entendido nada, miró inquisitivamente a Imogen. Su expresión lo sorprendió.

—Ejem... —empezó a decir ella—. No sé cómo decirte esto.

—Suéltalo. No puede ser tan malo.

El jefe miraba a uno y a otro, a la espera.

—No es lo que se dice malo. Es... —Hizo otra pausa.

—¿Qué?

Imogen respiró hondo.

—Resulta que la joven a la que rescataste no es la mujer del jefe.

—¿No? Pues para ser una concubina tiene muchísima influencia.

—No es una concubina. Es su hija. Se llama Jelena. Y... —Se sonrojó—.

En agradecimiento por haberle salvado la vida, el jefe te permite casarte con ella.

—Por el amor de Dios...

—¿Manuel? —dijo Gideon rápidamente.

—¿Qué? Esto es absurdo...

—Pare un momento y ponga cara de sentirse honrado. Si no ofenderá al jefe. Cuando Garza miró al anciano, vio que en efecto tenía una expresión de

creciente desagrado. Lillaya, la vieja, también fruncía el entrecejo. Sonrió de oreja a oreja lo mejor que pudo y acto seguido le dijo a Imogen en voz baja:

—¿Puedes decirle que gracias pero que tengo novia o que respeto el recuerdo de mi difunta esposa o algo por el estilo?

Una vez más, fue Gideon quien contestó.

—Debemos ser muy cautos. No tiene heredero varón, y parece que lo considera digno de ser su yerno. Por supuesto, eso es un honor bárbaro. Si lo rechaza... creo que la ofensa sería muy grave.

—¡No esperará que me case con ella!

—Hemos llegado hasta aquí gracias a ti —dijo Imogen—. Gideon tiene razón. Esto supone un riesgo pero también una oportunidad.

Antes de que Garza pudiera protestar, el jefe empezó otro largo discurso e Imogen lo escuchó con suma concentración.

—¿Y ahora ¿qué? —preguntó Garza.

—Ha declarado que la boda tendrá lugar dentro de una semana. Creo que ha dado por sentado que aceptas.

—¿Una semana? —Garza se irguió—. Un momento, no pienso hacerlo.

—No deje de sonreír —dijo Gideon—. Siga sonriendo mientras hablamos.

—Paso. —Garza sonreía y apretaba los dientes—. Ni hablar. Me niego.

—¿Por qué? Eso nos permitiría congraciarnos con la tribu y afianzar nuestra posición aquí. Haría nuestra búsqueda más fácil. ¿Y quién sabe? Hasta podría ser divertido.

—¿Divertido? Qué cerdo.

—Allá adonde fueres, eso.

—Madre mía. —Garza se volvió hacia Imogen—. Esto no está bien en muchos sentidos.

Imogen se inclinó hacia él.

—Manuel... Creo que no lo entiendes. No es una invitación que puedas

rechazar.

Se volvió hacia el jefe y entonces balbució un par de frases. El jefe sonrió con satisfacción y, una vez más, se acercó a Garza y lo abrazó.

—*Samu! Samu!*

Cuando se apartó, Garza miró a Imogen.

—¿Qué es *samu*?

—Significa «hijo».

—¿Le has dicho que he aceptado?

—Claro. ¿Prefieres que le diga que te has negado... y que empalen nuestras cabezas en esas estacas?

Garza vaciló.

—Supongo que no.

—Pues recuerda que es por una buena causa: nuestra supervivencia. ¡Y sonríe!

Entonces, justo cuando el jefe parecía a punto de empezar otro discurso, se armó un alboroto entre el gentío. Garza, que todavía veía un poco borroso, miró abajo parpadeando. Mugdol —Barbanegra— se abrió paso a empujones entre la multitud hasta situarse ante ellos. Con expresión indignada, cerró el puño, se golpeó el pecho dos veces y acto seguido, pronunciando unas cuantas palabras airadas, apuntó con él a Garza. La muchedumbre soltó un grito ahogado.

El jefe y Lillaya hablaron con Barbanegra como una sola voz. Siguió un breve y acalorado diálogo. Luego, casi a regañadientes, el anciano asintió con la cabeza. Se volvió hacia Garza, abrió las manos y pronunció varias frases. Garza le indicó con un gesto que no lo entendía. Entonces Lillaya avanzó y conversó con Imogen largo y tendido.

—¿Y bien? —preguntó Garza cuando ella se volvió hacia él.

La multitud los miraba con cara de expectación.

—Hay..., ejem, hay un problema —dijo Imogen muy seria.

—No me voy a casar con ella, así que no hay problema.

Ella rechazó su comentario con un movimiento de la mano.

—Como salvaste a su hija, te mereces su mano. Pero nuestro amigo, ahí presente —señaló a Mugdol, que los miraba colérico, con los brazos cruzados y las piernas separadas—, afirma que, como guerrero principal de la tribu, la chica ya está prometida con él.

—Estupendo. Pues que se casen.

—No es tan sencillo. El jefe ya ha dado su consentimiento para que seas tú el que se case con ella. Y, según la costumbre, solo hay un modo de resolver este asunto.

De repente el dolor de cabeza de Garza se intensificó.

—Creo que no quiero saberlo.

Imogen hizo una pausa y luego dijo:

—Te ha retado a un combate..., un combate a muerte.

Garza gimió.

Varios ancianos de la tribu avanzaron, y hubo un breve cónclave entre ellos y el jefe. Al final, el jefe habló con la vieja, quien a su vez habló con ellos tres.

—Parece que no hay salida —dijo Imogen—. No puedes rechazar la invitación del jefe, y no puedes rechazar el combate. Te concede dos días para que te recuperes. Quien sobreviva al combate se casará con su hija dentro de una semana, como había decretado.

—Fantástico. —Garza se agarró a Gideon para aguantar el mareo—. Si el noviazgo es así, estoy deseando que llegue la luna de miel.

Los siguientes dos días y dos noches pasaron para Gideon como una pesadilla. Vio poco a Garza, que se quedó casi todo el tiempo en su tienda, descansando y, en principio, preparándose mentalmente para la prueba que lo aguardaba. Era evidente que no estaba de humor para hablar, y apenas dijo una palabra a Gideon o Imogen.

Gideon sentía una extraña desesperación. La actitud de los lugareños e incluso del jefe, ocupándose de sus asuntos como antes, tratándolos como si no hubiese pasado nada, como si su amigo no estuviese a punto de librar un combate a vida o muerte, lo inquietaba. Se devanaba los sesos buscando una solución pero no se le ocurría nada: tenían que urdir un plan de escape, y desobedecer el edicto del jefe implicaba poner la vida de los tres en peligro. Imogen había abordado a la vieja, como él le había pedido, y le había preguntado con la mayor diplomacia posible si existía otra forma de resolver la situación, pero su respuesta fue tajante: era el ritual, era la costumbre. No se podía hacer nada.

El tercer día a primera hora de la mañana, Gideon, Imogen y un silencioso Garza salieron de la tienda y se encontraron a los cuatro sacerdotes de barba blanca allí apostados, esperándolos. Detrás de ellos había varios guardias. Los sacerdotes echaron a andar hacia el lado opuesto del valle y los tres los siguieron. Los guardias se situaron detrás, y Gideon vio, por encima del hombro, que el resto de la tribu los seguía. Los guardias iban armados con

lanzas y lucían un rostro inexpresivo. A Gideon le resultaba casi imposible procesar el choque cultural: a pesar de todo lo que habían logrado —en concreto, a pesar de la espectacular mejora de la eficiencia en el trabajo que había conseguido Garza y de haber salvado a la hija del jefe—, aquel parecía otra vez su primer día, cuando los habían llevado al foso con cadáveres decapitados. Pero esta vez nadie salvo Barbanegra y algunos de sus secuaces les guardaba rencor: el destino de Garza estaba fuera de su alcance, en manos de los dioses.

Los sacerdotes guiaron la larga procesión por un sinuoso sendero a través del Hogar de los Muertos y luego siguieron una dirección por la que Gideon no había ido nunca. Medio kilómetro después se internaron por un estrecho cañón hasta una hondonada rodeada de roca por todas partes. Gideon miró alrededor. Aquel lugar parecía un pequeño estadio para combates de gladiadores. En el suelo de piedra había cadáveres de animales en distintas fases de putrefacción. También había restos humanos esparcidos aquí y allá entre el montón de rocas y piedras afiladas. Gideon no necesitó traducción para entender dónde estaban; se lo podía imaginar. Era un lugar de combate, un lugar donde resolver las diferencias... y, quizá, también un lugar de entretenimientos salvajes.

Los miembros de la tribu se dispersaron alrededor del borde circular de la hondonada; su rostro brillaba de expectación. Llevaron a Gideon e Imogen a un tambaleante baldaquín hecho con postes rematados con palos y hojas de palmera; era un lugar distinguido, al lado del jefe, su hija Jelena, la vieja y los cuatro sacerdotes. Los hombres con lanzas ocuparon posiciones a ambos lados de la estructura, como una guardia de honor. El resto de los espectadores permanecieron al deslumbrante sol matutino.

Dos guerreros escoltaron a Garza y a Mugdol al centro del estadio. La vieja Lillaya dio un paso al frente y entonó un cántico quejumbroso que resonó en

los picos circundantes. Al cabo de varios minutos, el cántico cesó y el jefe dio un paso adelante. Hablando con voz ronca, se explayó durante lo que a Garza le pareció una eternidad al tiempo que los señalaba a él y a Mugdol. Agotado tras el discurso, volvió al precario baldaquín. Barbanegra se quitó la túnica y dejó al descubierto su bronceado físico. La multitud prorrumpió en vítores mientras se exhibía flexionando los músculos para los ojos de Jelena. Los dos guerreros hicieron señas a Garza, quien se quitó la túnica de mala gana y descubrió su pálido torso. A Gideon se le cayó el alma a los pies. Estaba en forma, era musculoso y fuerte, pero el contraste con Barbanegra —un monstruo fibrado de dos metros de altura y unos diez años más joven— seguía siendo muy marcado.

Los combatientes se quitaron el pañuelo de la cabeza y lo dejaron a un lado, junto con la túnica. Se hizo el silencio y cuatro guerreros cargados con una tabla en la que había un surtido de armas se abrieron paso entre el público. Gideon entornó los ojos. Vio distintas lanzas, dagas de bronce e incluso espadas y hachas de piedra, además de una caja de madera abierta que contenía la espada de acero de avanzada tecnología que Mugdol había empuñado anteriormente. Gideon dedujo que no la había fabricado la tribu sino que se la habían quitado al cadáver de algún desafortunado intruso. Barbanegra la agarró de inmediato y la muchedumbre clamó mientras blandía la espada en el aire en una serie de florituras.

Garza observó las patéticas armas que quedaban. Frunció el entrecejo.

—Es injusto —dijo en voz alta—. ¡Ninguna de estas armas está a la altura de esa espada!

La vieja Lillaya volvió a ejercer de traductora.

—El Padre decir que tú deber elegir una.

—Elijo la ballesta que le hicimos. Gracias.

Más traducción y debate.

—El Padre decir que ballesta no tradicional. —La anciana hizo señas—. Tomar una.

—Es injusto. Me niego.

Cuando esas palabras fueron traducidas, un desagradable revuelo se alzó de la muchedumbre. Gideon tenía la sensación de que el sentir general estaba volviéndose en contra de Garza.

—El Padre decir pelear. O morir.

Garza la miró fijamente con incredulidad. Gideon dio un paso adelante para intervenir, pero Imogen lo retuvo.

—No —murmuró—. O tú serás el siguiente en ese ruedo.

—Pero ¡van a matarlo!

—Ya conoces a esa gente. No podemos hacer nada.

—Dios, qué frialdad. ¿Después de haber salvado a la hija del jefe?

—No nos queda otra que dejar que las cosas sigan su curso.

Gideon vio que Garza cogía una lanza y la levantaba. Era un arma de aspecto lamentable, con un mástil de madera y la punta y el regatón de bronce batido. Después de un breve examen, Garza se encogió de hombros y asintió con la cabeza, y los guerreros se llevaron la tabla con las armas.

Gideon no pudo por menos de admirar el coraje de Garza. Pese a todas sus quejas, a la hora de la verdad era el hombre más valiente que había conocido en su vida.

A continuación dos nuevos guerreros —árbitros de algún tipo— agarraron a los dos contrincantes por los hombros y los condujeron a lados opuestos del estadio de tierra. La muchedumbre rugió.

—No puedo verlo —dijo Gideon.

Los árbitros se dirigieron al borde de la palestra y clavaron sus lanzas. El jefe lanzó un grito, la señal para que empezase el combate.

Barbanegra avanzó enseguida con la espada extendida de lado. Garza,

tenso, daba vueltas a su alrededor sujetando defensivamente la lanza por delante.

Mugdol se acercó, Garza retrocedió y evitó un espadazo desganado. El gigante dio otro espadazo de una lentitud insolente, y Garza saltó hacia atrás. La multitud emitió un susurro de desaprobación.

«Por lo menos es rápido», pensó Gideon con el corazón en la garganta.

Mugdol se abalanzó entonces con la espada por delante, y Garza retrocedió con dificultad; esta vez evitó que lo destripara por los pelos y estuvo a punto de perder pie. Esa maniobra agradó más al público. Garza brincó hacia atrás mientras Mugdol seguía avanzando resueltamente, con la espada baja y de lado, y a continuación volvió a blandirla a gran velocidad. El arma siseó en el aire. Garza trató de pararla, pero la espada impactó en el extremo de bronce de la lanza y la apartó a un lado. Antes de que Garza pudiera recuperarse, Mugdol se abalanzó otra vez sobre él, y su espada hendió el aire, cortó a Garza en el antebrazo derecho y provocó una pequeña llovizna roja.

La multitud rugió al ver la sangre.

Garza se situó de un salto fuera del alcance de su rival, inclinó la lanza y la levantó por encima del hombro. Al verlo, Mugdol se puso tenso y empezó a moverse con más cautela sujetando la espada con las dos manos.

Empezaron a dar vueltas uno alrededor del otro y entonces, con una fuerza súbita, Garza arrojó su lanza.

La espada de Barbanegra destelló y, con un gran crujido, apartó la lanza de un golpe. El proyectil salió disparado y se clavó en la tierra, con el mango de madera partido por la mitad.

Otro rugido sonoro de la muchedumbre.

Entonces Garza retrocedió con premura mirando a derecha e izquierda, como si buscara una vía de escape. La gente estaba entusiasmada. Se refugió

detrás de una roca y recogió una piedrecilla del suelo. Le manaba sangre del brazo.

Mugdol avanzó con seguridad y expresión confiada. No tenía prisa; estaba decidido a disfrutar de la matanza. Gideon quería retirarse, pero por algún motivo era incapaz.

Garza lanzó la piedra con fuerza, pero Barbanegra la esquivó. A continuación lanzó otra, y también la esquivó. Hubo abucheos y silbidos entre el público.

Después de coger un canto rodado, Garza retrocedió hasta el borde de la palestra, donde se hallaban sus túnicas y pañuelos encima de una roca. Agarró su pañuelo y lo desplegó en una larga tira de tela sin dejar de retroceder; Mugdol avanzaba hacia él despacio, disfrutando del combate. Garza enrolló con torpeza el pañuelo alrededor de la piedra, lo levantó balanceándolo, con el canto rodado en medio, lo hizo girar..., soltó el extremo y dejó que la piedra volase.

El proyectil se desvió y no alcanzó a Mugdol por más de seis metros... pero salió disparado con mucha más fuerza que si Garza lo hubiera lanzado con la mano. Mugdol se detuvo, sonrió burlón y siguió andando con paso resuelto.

Batiéndose en retirada en un movimiento circular alrededor del borde del estadio, Garza recogió más cantos rodados, envolvió uno en la tela, lo hizo girar y lo arrojó. Esta vez tuvo mejor puntería, la piedra pasó silbando junto a Barbanegra y no le dio por escasos centímetros.

El público, encantado, empezó a gritar una especie de sonido agudo y penetrante, y Gideon pensó que Garza y sus agallas los habían cautivando.

Al menos así fue como Mugdol se lo tomó. Frunció el ceño y, en lugar de seguir con su persecución pausada, gritó disgustado y arremetió con la espada en alto... justo cuando Garza volvía a girar la honda improvisada y lanzaba otra piedra.

La carga de Mugdol fue una estrategia desacertada. Estaba casi encima de Garza, tan cerca que la puntería casi no importaba; la piedra le impactó violentamente en el cráneo, entre los ojos, con un sonido espantoso. La enorme figura se detuvo, se tambaleó y cayó al suelo con un trémulo sonido sordo mientras la espada salía volando. El sonido agudo aumentó hasta convertirse en un gemido, encabezado por Lillaya.

Garza saltó hacia delante y agarró la espada. La multitud bramó mientras se acercaba al cuerpo inconsciente de su oponente. Plantando un pie a cada lado del pecho de Mugdol, Garza alzó la espada con las dos manos y apuntó hacia abajo, preparado para clavar la punta en el corazón de su rival.

De repente se hizo el silencio.

Y Garza vaciló.

El silencio se cargó de tensión mientras Garza dudaba. Al final bajó la espada.

—No puedo matar a un hombre caído —dijo.

Lillaya tradujo la frase, y el silencio se volvió absoluto; un silencio de desaprobación, le pareció a Gideon. Garza levantó entonces la espada y se volvió hacia la vieja.

—Dícales a todos que me quedo con esto. Ahora es mía, y nadie, absolutamente nadie, puede tocarla.

Cuando ella tradujo esas palabras fue como si se rompiese un dique. Había sido la decisión correcta. La multitud aplaudió, gritó y pateó el suelo mientras Mugdol gemía y se revolvía débilmente a medida que recobraba la consciencia. Se agitaba, tenía los ojos en blanco y la sangre manaba del tajo profundo entre los ojos.

La muchedumbre corrió a la palestra como los aficionados saltan al campo después de un partido; estiraban las manos para tocar a Garza como si fuera una suerte de deidad. Tenía el brazo cubierto de sangre del tajo con la espada.

Las heridas del leopardo todavía estaban curándose, y parecía que iba a desplomarse de un momento a otro.

—Sáqueme de aquí —murmuró cuando Gideon llegó hasta él abriéndose paso a empujones.

Gideon gritó, levantó el brazo y, sosteniendo a Garza con el otro, condujo a su amigo a través de la multitud. El ingeniero aferraba la espada del triunfo con el puño ensangrentado.

Gideon se despertó con el calor del mediodía, cansado aún de la ceremonia de matrimonio de Garza celebrada la noche anterior. Tumbado en su jergón de piel de cabra rememoró los pintorescos y extraños rituales de la larga ceremonia. Oficiada en un idioma que entendía a duras penas, le resultó incomprensible pero impresionante. El jefe, con un aspecto más frágil del habitual, se había puesto cómodo y había dejado que los ancianos organizaran la mayoría de las formalidades. Garza, nervioso e incómodo de principio a fin, les siguió la corriente con el mejor de los ánimos y logró salir airoso de los distintos rituales. Después del combate con Mugdol que había tenido lugar cinco días atrás, parecía más resignado que otra cosa. Finalmente llegó la novia, montada en un camello y cubierta con una túnica larga y brillante. La joven entró en el cerco de luz proyectada por la gran hoguera mientras la gente cantaba y un grupo de músicos tocaban instrumentos de cuerda que, pese a su sencillez, emitían un evocador sonido casi humano que resonaba en los precipicios. Con los ojos marrones maquillados con kohl y la melena color caoba trenzada con cintas de oro, estaba preciosa. Consciente sin duda de la gravedad del momento, lucía un aire de seguridad en sí misma regio y señorial, y encarnaba a la princesa que era. Al verla, el pobre Garza había estado a punto de desplomarse de turbación y asombro. A Gideon le pareció un momento espectacular.

Miró el rincón donde dormía Imogen y vio que ya se había ido. Se levantó,

se puso la túnica, se enrolló el pañuelo en la cabeza —gestos que se habían vuelto casi automáticos— y fue a la parte delantera de la tienda a salpicarse la cara con agua del pozal. La boda había terminado cerca del amanecer, cuando Garza, llamado a hablar, contó una historia que dijo haber heredado de sus antepasados. Para gran solaz de la muchedumbre se puso a relatar la historia de David y Goliat, traducida por Lillaya. No se veía a Barbanegra por ninguna parte, y Gideon esperaba que después de su humillación se hubiese ido para siempre. Tal vez el jefe incluso lo había desterrado.

—¡Buenos días! ¡El desayuno!

Imogen entró con dos cuencos de madera con dátiles y kebabs de carne de camello: restos del banquete de boda. Se sentó con las piernas cruzadas en la alfombra y colocó un cuenco delante de Gideon.

—Gracias —dijo él—. Menuda juerga.

—Y que lo digas.

—Solo faltó una botella helada de champán —comentó Gideon mientras engullía los pedazos de camello. Se había acostumbrado a la carne y, siempre que no pensase de dónde provenía, le resultaba deliciosa: tierna y no demasiado fuerte.

—Por cierto, Lillaya me ha dicho que vamos a mudarnos —informó Imogen.

—Ah, ¿sí?

—Como somos amigos del magnífico y poderoso Garza, vencedor del diabólico leopardo devorador de hombres y nuevo yerno del jefe, nuestro estatus ha mejorado un poco. Nos trasladan a una tienda de lujo con zonas separadas para dormir.

—Genial.

—Y ya no tendrás que cavar zanjas. De hecho, gracias al estatus de Garza, los tres vamos a participar en una partida de caza. La idea es buscar antílopes, conejos, ese tipo de animales. Ya sabes, como los otros guerreros.

—¿Y con qué cazaremos? ¿Con lanzas?

—Como regalo especial, el jefe ha encargado que nos hagan ballestas y flechas copiadas de las originales. Las he dejado fuera de la tienda. Podemos buscar presas donde queramos menos en el cañón que lleva al oasis de niebla. Debe de ser la única forma de salir de aquí y no quieren que nos larguemos.

—¿Podemos ir a cualquier otro sitio?

—Eso parece. Excepto a unos misteriosos cañones muy al oeste de aquí donde por lo visto viven los leopardos diabólicos.

—¡Eso es estupendo! Significa que... —De repente Gideon se dio cuenta de lo que estaba a punto de decir y se interrumpió bruscamente.

—¿Qué significa?

Con la emoción se había olvidado de que Imogen no estaba al corriente de su secreto.

—Significa que podemos buscar una ruta de huida.

Ella se inclinó hacia él entornando los ojos.

—Menuda chorrada.

Gideon fijó la mirada en él.

—¿A qué te refieres?

—Venga ya. Sé que tenéis un plan secreto. ¿Cuándo vais a contármelo? Yo me he sincerado con vosotros. ¿Qué tal si hacéis lo mismo conmigo?

Gideon titubeó. Ella había estado con ellos prácticamente desde el principio; habían pasado por un infierno, y les había contado la verdad además de salvarles la vida. Dos veces, como mínimo. Si le confiaban su secreto, podría ser una socia de lo más útil, ya que sabía más del país que ellos. «Qué narices», pensó. «Se lo ha ganado.»

—Está bien —dijo.

Imogen se cruzó de brazos.

—Soy toda oídos.

—Todo empezó en Nueva York, en una empresa llamada Effective Engineering Solutions.

Imogen escuchaba mientras Gideon relataba: Eli Glinn; su anterior misión en el Atlántico Sur; la repentina disolución de la EES; que Garza y él habían robado la traducción del disco de Festo, por qué, y cómo los había llevado hasta allí. Imogen guardaba silencio; sus ojos azules reflejaban un profundo interés.

Cuando Gideon hubo terminado, ella se limitó a decir:

—Increíble.

Permaneció callada unos instantes. Acto seguido preguntó:

—Entonces, ¿dónde está exactamente la ubicación del disco de Festo?

—Calculo que a no más de ocho kilómetros al oeste.

—¿Y de verdad no tenéis ni idea de lo que hay allí?

—No.

—Pero seguro que habéis hecho conjeturas.

—Claro. Podría ser una tumba. O las minas del rey Salomón, o una antigua biblioteca. Sea lo que sea, era lo bastante importante para grabarlo en el disco y mandarlo por el mar Rojo y a la otra punta del Mediterráneo hasta la isla de Creta: el centro de la civilización minoica.

Ella sacudió la cabeza.

—Es una historia extraordinaria. Muchas gracias por decirme la verdad.

—Ya iba siendo hora. Ahora podemos ir allí y ver lo que hay; con la excusa de la caza, claro. —Gideon se levantó—. Vamos a por Garza.

—Sigue en la tienda nupcial —dijo Imogen, y una sonrisa se dibujó en sus labios—. Supongo que está ocupado.

—No tanto como para no ir a buscar lo que nos ha traído aquí. Es casi mediodía, no nos queda mucho tiempo si queremos llegar allí y volver antes de que anochezca.

Gideon salió al sol seguido de Imogen. Las tres ballestas nuevas estaban apoyadas en el lateral de la tienda. Cogió una y la examinó.

—Parece que podría funcionar —dijo.

—He probado una. Se parece bastante a disparar una pistola: la montas, pones una flecha, apuntas y aprietas el gatillo. Simple, rudimentaria pero efectiva.

Gideon se echó su ballesta al hombro, cogió otra y siguió a Imogen hacia un gran recinto gris apartado del pueblo: la tienda nupcial. Cuando atravesaron el campamento, la gente los miraba y los dejaba pasar. Gideon tenía la sensación de que por fin los habían aceptado.

Ya cerca de la tienda, formó una bocina con las manos y gritó:

—¡Eh, Manuel! ¿Podemos pasar?

No hubo respuesta. Avanzó varios pasos.

—¿Manuel?

—Un momento —contestó dentro una voz amortiguada.

Imogen miró a Gideon.

Un minuto después Garza apareció con aspecto ojeroso recolocándose la túnica.

—Oiga, ahora mismo estoy un poco liado —indicó.

Gideon arqueó las cejas.

—¿De verdad? Porque me voy de caza, no sé si me entiende...

—Sí. Bueno, podemos cazar mañana. —Y sin más ceremonia volvió a meterse en la tienda y cerró la puerta.

Imogen y Gideon cruzaron una mirada.

—Te lo he dicho —dijo Imogen con la misma sonrisa irónica.

—Pues vamos tú y yo.

Gideon dejó la ballesta de Garza contra la tienda nupcial, y los dos enfilaron el sendero que llevaba hacia el oeste, hasta el campo de tumbas. No

parecía que nadie se fijase en ellos. Siguieron el transitado sendero hasta el valle y pronto llegaron a la tumba del jefe, que seguía en construcción pero ya estaba casi terminada. No había nadie trabajando; por lo visto el día siguiente a la boda era festivo.

En el otro extremo del valle llegaron al sendero central que llevaba, entre otros lugares, al foso de los decapitados y al estadio. El sendero se dividió y volvió a dividirse, y en cada ocasión Gideon siguió hacia el oeste. El nuevo sendero, en el que no había estado nunca, acababa estrechándose y se detenía ante un desprendimiento de rocas en apariencia infranqueable. Sin embargo, un camino apenas discernible subía hasta una elevada cresta situada más allá, y lo siguieron zigzagueando a través de una serie de salientes y precipicios. Al llegar a la cima, el sendero recorría la cumbre a lo largo de un kilómetro y medio antes de llegar a un cruce y un mirador. A la derecha, el sendero continuaba un kilómetro y medio y luego descendía. A la izquierda no había sendero, solo un laberinto de peligrosos cañones mucho más abajo que recorrían un largo y sinuoso riachuelo seco. Un cráneo humano erosionado, desfigurado y sin la mandíbula inferior, yacía junto al cruce como un funesto indicador.

Se detuvieron.

—Si mal no recuerdo por los mapas aéreos —dijo Gideon—, el riachuelo de la izquierda debería llevar a la confluencia de tres arroyos, y esa es la ubicación del disco de Festo. Yo diría que faltan entre tres y cinco kilómetros.

—Al ver la expresión de Imogen, preguntó—: ¿Qué pasa?

—Ese camino está prohibido.

—¿Cómo?

—¿Recuerdas que te he explicado que podíamos cazar en cualquier parte menos en los oasis de niebla y en el sitio donde viven los leopardos diabólicos? Pues, por lo que sé, esos cañones son su hogar.

Gideon se pasó la lengua por los labios.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lillaya.

—¿Te ha dicho que el camino está prohibido o simplemente que es demasiado peligroso?

Imogen se encogió de hombros.

—No hablo su idioma lo bastante bien para saberlo.

Gideon giró despacio la cabeza y contempló la vista.

—Hemos llegado hasta aquí. Tenemos armas. Propongo que sigamos. Si encontramos señales de que hay leopardos, diabólicos o no, volveremos y sopesaremos nuestras opciones con Manuel. ¿Qué te parece?

Al cabo de un instante, ella asintió con la cabeza.

Empezaron a avanzar con cautela; una cautela inspirada no solo por el terreno resbaladizo. Cuando comenzaron a descender hacia el riachuelo, Imogen dijo:

—Mira. Una cabra montesa.

A unos treinta metros a un lado y un poco por debajo de ellos, una cabra y su cría avanzaban mordisqueando hierba por un pequeño sendero.

—¿Comerían cerca de un nido de leopardos? —preguntó Gideon.

—Cacémosla. Será una tapadera perfecta.

A Gideon le impacientaba el retraso que supondría, pero reconocía el acierto de la propuesta de Imogen.

—Está bien. Me servirá para familiarizarme con la ballesta. Tú quédate aquí por si las espanto en esta dirección. Y ten cuidado, no vaya a haber leopardos o víboras. Yo estaré al acecho arriba.

Gideon trabó la ballesta, colocó una flecha y trepó al saliente de encima vigilando que no hubiera depredadores procurando que las cabras no lo viesen. Los animales iban contra el viento y se movían con cuidado de no

hacer el más mínimo ruido. Con una ballesta tendría que acercarse mucho más que con una pistola. Rodeó la ondulación del precipicio sin que lo vieran y trepó a una aleta de roca. Al asomarse por encima de la cumbre, vio a los animales a unos quince metros por debajo. No sabía cuán precisa sería la ballesta, pero estaba lo bastante cerca para alcanzar el objetivo. Apuntó al cabrito con infinito cuidado a través de la tosca mira y, sintiendo un ligero remordimiento, apretó despacio la palanca.

La ballesta disparó con un brusco sonido vibrante. La flecha, corta y pesada, alcanzó al cabrito en el costado con una fuerza tremenda y el impulso lo despeñó del saliente. El animal cayó al valle con un agudo grito lastimero. La madre, asustada, se apartó de un brinco y desapareció en el acto.

Gideon miró alrededor rápidamente, pero no había señales de que el ruido hubiese despertado a ningún leopardo devorador de hombres. Regresó lleno de orgullo donde lo esperaba Imogen.

—De lleno en el blanco.

—¿Dónde está?

—En el fondo del precipicio. Teníamos que bajar de todas formas.

Descendieron con mucha dificultad por el mismo sendero apenas visible y bordearon la base de los acantilados. No tardaron en encontrar al cabrito, que yacía muerto encima de unas rocas. La flecha lo había atravesado casi por completo.

—Esa ballesta tiene mucha potencia —observó Imogen.

—Tenemos que destriparlo —dijo Gideon.

—¿No podemos hacerlo cuando volvamos?

—La carne se estropeará y quedaremos como unos idiotas. Además, así pesará mucho menos.

Con la ayuda de Imogen, Gideon utilizó su daga para abrir la barriga del

cabrito, extraerle las tripas y los órganos, y sacar la flecha. Colocó el cuerpo del animal muerto sobre una roca.

—Lo recogeremos cuando volvamos.

—Si una manada de leopardos diabólicos no se lo lleva antes.

Enfilaron el sinuoso y siniestro cañón. El sol descendió en el cielo, las sombras se alargaron y pronto se encontraron en un laberinto de piedra. Gideon siguió por el que esperaba que fuese el arroyo principal, pero era difícil saberlo teniendo en cuenta los riachuelos laterales que aparecían formando extraños ángulos. De vez en cuando se detenían para comprobar el origen de cualquier señal —un gruñido grave, el movimiento de un guijarro— que pudiera ser indicio de la presencia de un depredador. Pero no había nada. Al cabo de un rato, Gideon empezó a desanimarse; ya deberían haber llegado a la confluencia de los tres arroyos.

—Será mejor que demos la vuelta —dijo—. Volveremos mañana temprano. Con Garza.

—Sigamos un poco más —propuso Imogen—. Seguro que está a la vuelta del recodo.

No estaba a la vuelta del recodo, pero Imogen insistió en que continuasen. A Gideon le sorprendió lo rápido que parecía haberle picado el gusanillo; la actitud de desapego científico casi clínico que había exhibido en ocasiones había desaparecido. Pero entonces se acordó del motivo por el que ella había ido al desierto: forjarse una reputación, demostrar su valía como investigadora y como exploradora. Y adondequiera que los llevase el disco de Festo, podría conseguirlo.

Unos treinta minutos después torcieron en una curva cerrada y de repente el cañón se ensanchó en una fortaleza natural formada por el cruce de otros tres cañones: escarpados precipicios de basalto interrumpidos solo por un

estrecho pasillo abierto hacia el oeste. No se veía ningún ser vivo. La luz vespertina empezaba a invadirlo todo.

Y allí, en el precipicio de enfrente, había un rectángulo. Mientras los últimos rayos del sol poniente teñían de dorado la pared de piedra, Gideon vio que el rectángulo era en realidad un portal enorme creado claramente por el hombre con lo que parecían sellos de plomo martillados en un lado y jeroglíficos grabados.

Y entonces el sol descendió por debajo del nivel de los precipicios y la luz se desvaneció.

—Madre mía —dijo Imogen con voz entrecortada—. ¡Es una tumba! ¡Con los sellos intactos!

Aunque siempre había creído que encontrarían algo, ahora que había ocurrido, Gideon tenía una sensación de absoluta irrealidad. No podía ser. Era demasiado bonito para ser verdad. Pero allí estaba. Desde luego parecía una tumba y, considerando el tamaño de la entrada, una importante.

Pero la luz se estaba apagando rápido. Se volvió hacia Imogen y reparó en su expresión de asombro.

—¿Qué opinas?

—Yo diría que es la tumba de un faraón —contestó ella—. Sin saquear. Sin tocar. Y más grande que la del rey Tut. Quiero echar un vistazo a esos jeroglíficos.

Gideon vaciló. La luz se estaba yendo rápidamente, y los esperaba el trayecto de vuelta por terreno agreste. Posó la mano en el hombro de ella y notó que temblaba de emoción.

—Recojamos la cabra y volvamos al campamento —dijo—. Podemos regresar más adelante, cuando nos venga bien. Y con Garza.

Por un momento pareció que ella ni lo había oído. Entonces, haciendo un

esfuerzo evidente, se apartó y regresaron con cautela al oscuro laberinto de cañones.

Regresaron a oscuras; Gideon cargaba con el cabrito en una vara improvisada que llevaba al hombro. Cuando entraron en el amplio valle, las hogueras nocturnas estaban encendidas y la fragancia del humo de leña se mezclaba con la de la carne asada. Algunos niños llevaban los rebaños de cabras a los rediles —se oía el tintineo de los cencerros— y lámparas de aceite iluminaban las tiendas en el interior. Los numerosos camellos, acostados en un corral natural formado por una abertura en el muro del valle, no estaban atados ni encerrados; sin duda no se producían robos entre los miembros de la tribu y todo el mundo sabía de quién era cada camello.

—Parece casi idílico —dijo Imogen, que se había detenido para contemplar la escena.

—A pesar de todos los problemas y malentendidos por los que hemos pasado, son buena gente. Solo intentan proteger su estilo de vida.

—Qué rápido olvidas que estuvieron a punto de matarnos... dos veces.

—No lo he olvidado. —Gideon se pasó el peso al otro hombro—. ¿Te apetece cabrito al horno para cenar?

—¿Con picante? Estoy muerta de hambre.

Atravesaron el poblado hacia su nueva tienda, que se hallaba en una pequeña cuesta con otras tiendas más grandes y más separadas. Su caza despertó interés, recibieron sonrisas y gestos de felicitación. El cabrito era considerado una exquisitez.

Cuando llegaron a su tienda, Gideon lo colgó en un trípode fabricado con ramas, lo despellejó con su daga de piedra y le cortó la cabeza y las pezuñas. Mientras él trabajaba, Imogen encendió la lumbre con la leña apilada junto a la tienda. Su nueva vivienda contaba con todo lo necesario: además de leña para el fuego, había varios instrumentos y utensilios rudimentarios, un tonel con agua, especias para cocinar, un asador de madera verde con soportes ahorquillados, pieles que hacían las veces de mantas y sillas para los camellos.

Una vez que la carne estuvo condimentada, Gideon la puso en el asador y encima del lecho de brasas. De vez en cuando le daba la vuelta y la carne chisporroteaba y desprendía un aroma celestial.

—Estoy deseando entrar en la tumba —dijo Imogen con los ojos brillantes.

—Eso mismo estaba pensando yo. Y también en la advertencia de la vieja.

—¿Te refieres a lo del camino prohibido y los leopardos diabólicos?

—Sí. ¿Crees que solo es un cuento para que la gente de la tribu no se acerque?

—Es posible. De hecho, es probable. Seguro que alguien lo sabe. Puede que sea un secreto que solo conocen los sacerdotes y el jefe. O tal vez solo Lillaya. Piensa en el papel tan importante que desempeña en la tribu, está por encima incluso de los sacerdotes. Podría ser la depositaria viva de su legado cultural y sus conocimientos sagrados.

Gideon dio otra vuelta al cabrito.

—Parece una novela de Henry Rider Haggard. Ya sabes, una anciana que descende de un largo linaje de sacerdotisas encargadas de velar y proteger la tumba sagrada.

—No sería tan extraño. —Imogen miraba el fuego—. ¿Cómo si no explicas que la tumba siga intacta? ¿Sabías que solo se ha encontrado una tumba de un faraón que no ha sido saqueada? La de Tutankamón, por cierto, que no era más

que un rey adolescente de segunda fila. —Suspiró—. Imagina lo que podría haber en esta.

Gideon roció el cabrito con su grasa.

—¿Tienes idea de a qué faraón podría pertenecer?

—Es raro que una tumba importante esté tan apartada del Valle de los Reyes o de los demás campos de tumbas. Si tuviera que aventurar algo, diría que podría estar relacionada con el faraón Akenatón.

—¿El Herético?

—Sí. —Imogen se agachó a su lado—. Como ya te expliqué, Akenatón intentó imponer el monoteísmo en Egipto. Pero después de su muerte la gente se rebeló y restableció los múltiples dioses antiguos. Destrozaron sus monumentos y estatuas y borraron su nombre de las inscripciones. Pasaron a referirse a él como «ese criminal». Los estudiosos nunca han llegado a identificar su tumba con seguridad.

—Así que es posible que los seguidores de Akenatón la escondiesen aquí para protegerla.

—Es una posibilidad, desde luego. Akenatón fue poderosísimo en vida. Su reina era Nefertiti, y probablemente fue padre del rey Tut. Si esa es su tumba y está sin tocar, sería el mayor descubrimiento del antiguo Egipto desde la piedra de Rosetta.

—Entonces, ¿por qué grabaron su ubicación en el disco de Festo y lo mandaron a Creta?

Ella sacudió la cabeza.

—Es difícil saberlo. Quizá sus seguidores crearon un montón de discos como ese y los distribuyeron en secreto entre afines del mundo antiguo con el fin de que su ubicación nunca se perdiese.

Gideon dio otra vuelta al cabrito y utilizó la daga para hacerle un corte. Un chorrito de jugo transparente cayó chisporroteando al fuego.

—Parece que ya está hecha.

—¡Justo a tiempo! —La voz de Garza brotó de la oscuridad al mismo tiempo que salía a la luz de la lumbre. Se frotó las manos—. Caray, qué hambre tengo.

—¿Seguro que le quedan energías para comer? —preguntó Gideon.

—¿Dónde está Jelena? —quiso saber Imogen.

Garza se puso colorado. Acto seguido sonrió.

—Durmiendo. —Miró el fuego deseando cambiar de tema—. Bueno, ¿de dónde ha salido este cabrito?

—Yo le he disparado —dijo Gideon, no sin orgullo—. El jefe nos ha regalado una ballesta a cada uno. Copias del..., ejem, regalo que usted le hizo.

—He visto una fuera de mi tienda. Está bien hecha.

Imogen repartió platos de cerámica mientras Gideon cortaba tajadas de carne y las servía. Captó la significativa mirada de Imogen. «Hay que decírselo», comprendió; «no tiene sentido marear la perdiz».

—Manuel...

—¿Mmm? —Garza mordió una pata.

—Hemos ido a la ubicación del disco de Festo.

Garza hizo una pausa y dejó la carne; miró a Gideon, luego a Imogen y de nuevo a Gideon.

—¿Se lo ha... contado?

—Sí. Pensé que ya era hora.

Garza volvió a ruborizarse, en esta ocasión más de ira que de vergüenza.

—¡Usted y yo teníamos un trato! —gritó, y a continuación echó un vistazo al campamento y bajó la voz—. Con todo lo que hemos pasado, ¿y ni siquiera tiene la consideración de preguntarme antes?

—Ha sido usted el que se ha negado a salir de la tienda esta mañana, ¿recuerda?

—¡Eso no tiene nada que ver! Haya lo que haya en ese lugar, es nuestro. Hemos arriesgado la vida varias veces, ¿recuerda usted eso?

—Por supuesto. ¿Y quién nos salvó la mayoría de esas veces?

De pronto Imogen intervino.

—No te enfades —le dijo a Garza—. No me interesa lo que haya dentro de la tumba. No me interesa ningún tesoro que tú puedas entender, al menos. —Hizo una pausa—. Creía que a estas alturas confiabas en mí.

Hubo un largo silencio. Acto seguido, para sorpresa de Gideon, la expresión de Garza se suavizó.

—Está bien —accedió—. Pero espero que no me taches de desconfiado. —Le tendió la mano—. ¿Amigos?

—Amigos —dijo ella estrechándola.

Se hizo un silencio breve y un tanto tenso mientras los tres empezaban a cenar.

Garza se inclinó hacia ellos mirando furtivamente por encima del hombro.

—Por el amor de Dios —murmuró—, ¿qué habéis encontrado?

—Con la excusa de la caza, hemos ido hacia el oeste y hemos llegado a un valle rodeado de precipicios en el que confluyen tres cañones, como esperábamos. En el acantilado opuesto había una gran puerta de piedra. Estaba cerrada con sellos de plomo... intactos. Y había jeroglíficos grabados.

La cara de Garza se iluminó de emoción incluso a la luz de la lumbre.

—¿Y...?

—Solo la hemos visto de lejos. Estaba oscureciendo.

—Pero ¿es una tumba?

—Creemos que sí —contestó Imogen—. Una tumba importante.

—¿De un faraón?

—Probablemente.

—Santo Dios. ¿Cuándo volvemos?

Gideon también se inclinó.

—Se halla solo a unos ocho kilómetros, pero debemos tener mucho cuidado: el camino a la tumba es difícil y, por si fuera poco, está prohibido. Dicen que allí viven demonios, pero yo creo que no quieren que la gente se acerque. Suponemos que algún miembro de la tribu debe de saber de la existencia de la tumba. Es probable que lleven siglos vigilándola.

—Yo diría que unos treinta y cinco siglos, aproximadamente —apuntó Imogen.

—Eso es mucho tiempo —dijo Gideon—. Con razón pusieron tantos reparos, por así decirlo, a nuestra entrada.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó Garza.

—Las partidas de caza salen las noches de luna llena —señaló Gideon—. Es una tradición. Y eso es pasado mañana. Nosotros formaremos un grupo independiente, como hoy, e iremos en esa dirección. La luz de la luna nos ayudará a llegar sin ser vistos.

Garza asintió.

—De acuerdo.

—Tengo una pregunta —dijo Imogen—. Cuando estemos dentro de la tumba, ¿cuál es el objetivo? O sea, ¿pensáis documentar lo que encontréis?

Se hizo el silencio. Entonces Gideon negó con la cabeza.

—No, no. Vamos a robar.

Imogen lo miró fijamente.

—¿Vais a saquearla?

—Claro —respondió Garza—. ¿Gideon no te ha contado esa parte? Hemos venido a hacernos ricos. ¿De veras eres tan ingenua? Lo tenemos todo pensado: cómo lo sacaremos de Egipto, cómo lo llevaremos a Estados Unidos, todo.

—Qué horror. O sea que sois unos vulgares ladrones.

—Exacto. Ladrones, criminales... y estamos orgullosos. Mira, la empresa para la que trabajábamos era especial. Derrocamos dictadores y robamos reactores nucleares para que no se utilizasen como arma. Nos hemos pasado la vida trabajando para otros. Salvamos el mundo. Pero esto es para nosotros. Además, ¿a ti qué más te da? Acabas de decir que pasas de los tesoros.

—Y así es, por lo menos del oro y las joyas. Pero soy geoarqueóloga. Saquear y profanar una tumba va en contra de todo en lo que creo.

Garza miró a Gideon con una expresión que decía: «Tú nos has metido en esto. Ahora sácanos».

—Si no te interesa el tesoro —dijo Gideon enseguida—, ¿qué te interesa exactamente?

—La historia. El conocimiento.

—¿Por ejemplo...?

—Tal vez haya documentos, seguro que los hay. Papiros, tablillas de piedra, pergaminos. Ese es el auténtico tesoro. Quién sabe la luz que podrían arrojar sobre la historia del antiguo Egipto...

—Los papelotes viejos me importan un carajo —dijo Garza—. Yo quiero algo que pueda convertir en dinero contante y sonante, y rápido. Mientras tú lo documentas, nosotros lo robaremos. Y luego nos largaremos a todo meter a través del oasis de niebla.

—Suponiendo que lo consigáis, ¿cómo pensáis sacar clandestinamente de Egipto el botín de una tumba? No solo es inmoral; es una locura. No pienso colaborar.

—Ya te he dicho que lo tenemos todo pensado —insistió Garza—. ¿Qué vas a hacer? ¿Dar la alarma? ¿Hacer que nos maten a todos?

—Un momento —terció Gideon, interrumpiendo la cada vez más acalorada discusión—. Imogen tiene razón: no nos conviene hacer nada que perjudique el archivo histórico. Pero Manuel también tiene razón: nosotros somos quienes

hemos hecho el descubrimiento, merecemos sacar algo. —Miró a Imogen—. Además, si no nos quedamos con unas cuantas piezas, ¿quién va a creernos? No tenemos cámara.

Un breve silencio se apoderó de los tres mientras el fuego parpadeaba y danzaba.

—¿Qué propones? —quiso saber Imogen.

—Contamos con ballestas, odres de agua y comida —respondió Gideon—. Y lo más importante: tenemos libertad de movimientos. Robaremos un par de camellos, los cargaremos con comida y agua, y nos iremos. Entraremos en la tumba, Manuel y yo nos llevaremos lo que decidamos, y tú tendrás tiempo para registrar el hallazgo y documentar todo lo que puedas. Y lo mejor es que no tendremos que volver a través del campamento y el oasis de niebla.

Garza frunció el entrecejo.

—Pero es la única salida.

—Eso nos han dicho. Pero ¿te acuerdas de la abertura que hemos visto en el lado opuesto del cañón diabólico, Imogen? Llevaba hacia el oeste, al otro lado de las montañas y el desierto. Esa es nuestra puerta de atrás, y seguro que la mayoría de la gente de la tribu no sabe que existe. Desde allí hay menos de ciento sesenta kilómetros hasta el río Nilo. Podríamos evitar la carnicería que supondría atravesar el campamento... y hacer el viaje en cuatro o cinco días.

—¿Usted también ha visto esa puerta de atrás? —le preguntó Garza.

—Ya lo creo. Y...

—Un momento, amigos —los interrumpió Imogen—. Con la emoción, ¿no os estáis adelantando a los acontecimientos?

—¿A qué te refieres? —dijo Garza.

—¿Pensáis entrar en la tumba como si nada, robar el tesoro y marcharos en camello tan campantes?

Garza asintió con la cabeza.

—Esa es la idea general, sí.

—Entonces permitidme un par de observaciones. Primero, esa puerta no se abrirá sola. Recordad que se hizo para impedir la entrada. No sabéis cuánto tardaréis en entrar; sobre todo considerando las herramientas que tenéis a mano.

Gideon y Garza cruzaron una mirada.

—Segundo, no tenemos ni idea de lo que hay dentro. Vosotros esperáis encontrar una tumba llena de tesoros. Yo espero encontrar una tumba llena de historia desconocida. Todos podríamos tener razón... o equivocarnos. A lo mejor no hay nada dentro. A lo mejor está llena de estatuas tan pesadas que no se pueden levantar. Hasta que lo veáis, no podréis saber cuál es el mejor método para transportarlo todo.

Se hizo el silencio.

—Maldita sea —murmuró Garza por fin.

—Haremos lo siguiente —dijo de pronto Gideon—. Saldremos el día de luna llena, según lo planeado. Pero solo será una expedición de reconocimiento. Entraremos, o al menos lo intentaremos, y comprobaremos qué hay dentro. Así sabremos qué necesitamos.

—Puede que haga falta más de una noche para entrar —apuntó Imogen.

—Vale —dijo Garza—. Entonces saldremos «de caza» dos noches seguidas. Y prepararemos el saqueo y la fuga real para la siguiente luna llena.

—¿La siguiente luna llena? —repitió Gideon—. Para eso falta un mes.

—Como ha dicho Imogen, hay variables desconocidas que debemos considerar. Tenemos que planearlo detenidamente. Si topamos con algo inesperado, podría llevarnos más semanas de preparación y...

Mientras hablaba, Garza se fijó en la expresión de Gideon y en ese momento se acordó de que su amigo tenía el tiempo contado.

—Por otra parte —se apresuró a añadir—, aplazarlo demasiado tiene sus

propias variables imprevistas. Así que intentaremos marcharnos una semana después del reconocimiento inicial. Eso nos deja siete días para entrar, hacer inventario y calcular la mejor forma de escapar.

Imogen lo consideró un momento.

—Bueno, sigo pensando que sois despreciables por saquear la tumba.

—Pero podrás vivir con ello —dijo Garza.

—¿Qué remedio me queda? Pero suponiendo que encontremos algo, solo os llevaréis objetos pequeños: oro, joyas y cosas por el estilo. Ninguna obra de arte excepcional. Y sobre todo ningún documento escrito ni ningún objeto de importancia histórica. ¿Vale?

Gideon asintió con la cabeza. Y, tras un momento de vacilación, Garza hizo lo mismo.

Gideon nunca había visto una luna llena tan brillante como la que dos noches después se elevó por encima de la cima de Gebel Umm, la Madre de las Montañas, proyectando una luz radiante en el valle. Las partidas de caza se reunían en pequeños grupos y se preparaban para aventurarse en el paisaje agreste. Esa noche los cazadores acecharían al curioso jabalí nocturno del sur de Egipto, un animal solitario que salía en pequeños grupos a buscar gusanos e insectos.

Gideon tenía en mente una caza totalmente distinta.

Aunque se acercaba la medianoche, las fogatas seguían encendidas y los cazadores se congregaban en torno lanza en mano; sus largas sombras parpadeaban en el suelo. Se oía el murmullo de las conversaciones y el chirrido suave y metálico de las armas al ser afiladas y montadas.

Garza, que llegó de su tienda armado con ballesta y flechas, se situó a su lado y contemplaron en silencio la imponente escena. Ya habían ideado el plan; solo quedaba ponerlo en práctica. Imogen no tardó en reunirse con ellos. Cada uno llevaba un odre de agua al hombro para la caza nocturna.

Pronto las partidas salieron en pequeños grupos y se internaron en los escarpados desfiladeros y cordilleras que rodeaban la gran cuenca herbosa de su campamento.

—Vamos —dijo Garza.

Gideon se puso al frente. Habían decidido que, para no levantar sospechas,

partirían en una dirección distinta a la de la tumba y luego darían la vuelta hacia lo que habían empezado a llamar el Valle Demoníaco. El plan resultó más difícil de lo previsto porque la mayoría de los caminos acababan en paredes de roca imposibles de escalar o en precipicios abruptos y vertiginosos. Pero encontraron un sendero apenas delimitado que serpenteaba por una pendiente rocosa hasta una cresta y luego descendía a un arroyo seco. El arroyo llevaba hacia el norte, en un ligero ángulo respecto al sendero que habían tomado el día anterior pero paralelo a él. Después de varios kilómetros llegaron a un promontorio, bajaron a un cañón contiguo, lo recorrieron en un ángulo distinto a lo largo del siguiente kilómetro y medio y luego pararon a descansar.

—Tanto dar vueltas me ha trastocado el sentido de la orientación —dijo Gideon—. Pero estoy seguro de que el sendero que buscamos está en el próximo cañón.

Tras un rápido descanso, escalaron la siguiente cresta, que culminaba en una roca afilada que se clavaba en el aire como una cuchilla rota. Avanzaron con cuidado a través de las capas verticales de piedra y por fin llegaron a un mirador que daba al siguiente cañón. Gideon oteó el paisaje y buscó otras partidas de caza, pero parecía que estaban solos. De nuevo, no había rastro de leopardos.

—¿Ese es el cañón? —preguntó Garza.

—Difícil saberlo. Espero que sí.

Otro descenso abrupto los llevó hasta el suave lecho de grava del fondo del cañón, de un pálido tono plateado a la brillante luz de la luna llena. Apretaron el paso y continuaron por el cañón, que serpenteaba entre oscuros muros de basalto.

—Todos estos puñeteros cañones parecen iguales —murmuró Garza.

Justo cuando Gideon estaba pensando que se habían equivocado de camino,

el desfiladero se ensanchó y llegaron a la peculiar confluencia de tres cañones, y allí, al otro lado de un ancho arroyo arenoso, vio el contorno de la puerta de la tumba iluminada por la luz de la luna.

Garza se detuvo a observar. Acto seguido tragó saliva con cierta dificultad.

—Dios.

—No tenemos tiempo que perder —dijo Gideon—. Vamos.

Cruzaron el cañón a toda prisa y a los pocos minutos estaban delante de la puerta. Medía unos dos metros y medio de alto por un metro y veinte de ancho; era del mismo basalto oscuro y estaba empotrada en la pared del precipicio, tallada con forma rectangular. Jeroglíficos egipcios decoraban el dintel, y los sellos de plomo estaban fijados a la puerta, a la altura de la cabeza, con jeroglíficos estampados.

Gideon alargó la mano y tocó uno, picado y blanqueado por el óxido.

—Tienes razón —le dijo a Imogen—. Está intacto.

Imogen escudriñó los sellos.

—Sí. Y maldito.

—Naturalmente —afirmó Garza—. ¿Qué sería una tumba sin maldición?

Ella deslizó los dedos por los jeroglíficos grabados.

—Lo que pone es: «Tú que entras aquí...». —Hizo una pausa—. Hummm. Es un poco críptico. «Tú que entras aquí, que Atón el Dios Único... prenda fuego a tus entrañas.»

—Ay —exclamó Garza.

—La comida de Lillaya ya ha conseguido eso —terció Gideon.

—Está escrito en jeroglíficos de la decimoctava dinastía del Imperio Nuevo. Y esto, «Atón el Dios Único», significa que viene del reino de Akenatón. —Dio un paso atrás—. Una prueba más de que es la tumba de Akenatón, y está intacta... Madre mía. —Luego respiró hondo, como si

estuviera pensando en algo—. Un momento. Es posible que su esposa también esté enterrada aquí.

—¿Nefertiti? —preguntó Gideon.

Imogen asintió con la cabeza.

—La tumba de Akenatón y Nefertiti —declaró Gideon casi con reverencia.

—Si no conseguimos abrir esta puerta —dijo Garza—, nunca sabremos quién está dentro. —Se volvió hacia Imogen—. ¿Tienes algún as en la manga?
Silencio.

—No hay ases que valgan —contestó ella—. Ni botones secretos, si es a lo que te refieres. Ya os avisé: las puertas de las tumbas se hacían expresamente con losas enormes que solo podían mover muchos hombres juntos.

Gideon observaba la piedra.

—Debe de pesar toneladas. ¿Cómo vamos a moverla?

Siguió un largo silencio mientras miraban la pesada losa que tenían delante.

Imogen habló por fin.

—Detesto decir que ya os lo avisé, pero me parece que habéis recorrido miles de kilómetros para toparos con una puerta imposible de abrir.

Garza dio un paso adelante, se agachó y pasó los dedos por el borde inferior y por los lados.

—Podemos hacer palanca. —Señaló una fisura estrecha—. Metemos una palanca en esta grieta y, si es lo bastante larga, dejará la puerta entreabierta.

—¿Y dónde está la palanca? —quiso saber Gideon.

Silencio.

—Aunque encontrásemos una palanca —continuó Gideon—, no sería lo bastante resistente. Se partiría. Hasta nuestras lanzas de bronce se doblarían como plastilina si las utilizásemos para intentar abrir esa cosa.

Garza examinó más detenidamente la puerta, la inspeccionaba centímetro a centímetro. Pasaron minutos. Gideon miró la luna con inquietud. Estaban

perdiendo el tiempo. Se estrujó el cerebro, pero la respuesta parecía evidente: no conseguirían mover la losa de piedra sin maquinaria pesada ni explosivos... y, como Imogen había señalado varias noches antes, no contaban con ninguna de las dos cosas.

—¿Qué son estos agujeros paralelos? —Garza señalaba una línea de pequeños orificios que iban de un lado al otro de la losa en diagonal.

—Los hay en casi todos los grandes bloques que movían los antiguos egipcios —le explicó Imogen—. Introducían cuñas de bronce, ataban cuerdas, y cientos de esclavos tiraban de ellas.

Garza gruñó mientras seguía examinando la puerta. Cogió una ramita y sondeó uno de los agujeros para comprobar su profundidad.

—Admítelo —dijo Imogen—. No vamos a mover esa puerta.

Gideon estaba cada vez más desencantado. Allí estaban, a escasos metros de lo que habían buscado a un precio tan alto... y una losa les impedía alcanzarlo.

—A ti te parece gracioso —le dijo a Imogen.

—¡Es tronchante! Mira, tengo tanta curiosidad como tú por ver qué hay dentro; seguramente más. Pero no puedo decir que lamento que no vayas a ponerle tus sucias manos encima.

—Vete al cuerno.

—Que te den.

—Eh —exclamó Garza—. Callaos.

Se apartó de la puerta y empezó a deambular examinando los espinos marchitos. Sacó su daga y cortó una rama fina. Le quitó la corteza seca y empezó a tallarla.

—¿Qué narices está haciendo? —preguntó Imogen.

Gideon, que hacía esfuerzos por superar la creciente sensación de derrota, sacudió la cabeza.

—Ni idea.

Garza cortó entonces la rama en varios pedazos, que talló con cuidado en forma de varillas puntiagudas. Hizo lo mismo con otro espino marchito y luego con otro, hasta que tuvo una docena de varillas de unos veinte centímetros. Las llevó a la puerta y, después de buscar una piedra, colocó una varilla dentro de uno de los agujeros y utilizó la piedra para clavarla. Quince centímetros de varilla desaparecieron y un par de centímetros quedaron a la vista. Repitió el proceso hasta que en toda la línea de agujeros había puntas de varilla descubiertas.

Gideon, que había estado observando, desplazó el peso de un pie al otro.

—Manuel, detesto decirle esto, pero esas varillas no aguantarán. Ni aunqueuviésemos cuerdas con las que atarlas y cien esclavos para tirar.

Garza lo miró y, para gran sorpresa de Gideon, esbozó una sonrisa.

—Observe.

Se quitó el pañuelo de la cabeza, lo desenrolló y lo rompió en tiras. A continuación mojó cada tira de tela con el agua del odre. Acto seguido, enrolló cada tira alrededor de los extremos de las varillas. Cuando terminó, echó con cuidado un poco de agua en cada varilla envuelta con la tela, para empaparlas más.

—¿Qué es esto? —quiso saber Gideon—. ¿Magia?

—En cierto sentido. La magia de la capilaridad. La madera seca absorbe el agua a través de los capilares, las varillas se hinchan y, abracadabra, la roca se parte.

—Estás chiflado —dijo Imogen.

—¿Tú crees? Durante cientos de años se utilizó este método para partir roca en Nueva Inglaterra y otros lugares. Se llama cuñas de agua. Calculo que tardará dos horas, puede que más.

—¿Dos horas? —preguntó Gideon, mirando otra vez la luna—. ¡No nos

quedará tiempo para explorar!

—Hombre de poca fe.

—Aunque funcione y la puerta se abra —dijo Imogen—, ¿eres consciente de que los guardias o quien vigile en el valle verá que alguien ha entrado?

—Eso suponiendo que la vigilen —contestó Garza—. Tú das por hecho que llevan treinta y cinco siglos protegiendo la tumba, que su ubicación es sagrada y secreta, y que solo unos pocos la conocen. Seguro que solo vienen a verla un par de veces al año. ¿Por qué si no mantendrían el mito del Valle Demoníaco? Y fíjate en el suelo de arena: si vigilasen continuamente, habría un rastro, o como mínimo otras huellas aparte de las nuestras. Seguro que como mucho solo unos pocos ancianos saben de su existencia; puede que solo Lillaya y el jefe. Si no, la gente descubriría que hay una segunda forma de salir del valle.

Era un argumento razonable, pensó Gideon.

—Pero la puerta es de basalto. Una de las rocas más duras que existen.

—Dura, sí. Pero quebradiza.

Se sentaron en la arena, callados. Empezó a sonar un aullido lejano: un sonido grave y lastimero que parecía moverse de un lado a otro por el laberinto de cañones. Cada veinte minutos, más o menos, Garza se levantaba y echaba un poco más de agua en los trapos. Pasó una hora y luego otra.

Gideon miraba el cielo a medida que transcurrían los minutos. La luna llena había cruzado el cielo poco a poco, y las sombras se movían con ella. Habían salido del campamento en torno a medianoche y, tras la caminata, habían llegado allí a eso de las dos y media de la madrugada. Ahora debían de ser como mínimo las cuatro y media. El sol saldría a las seis.

Se levantó.

—Olvidad la posibilidad de cazar alguna presa. Si no nos marchamos ya, no llegaremos al campamento antes de que amanezca. Y la gente se preguntará dónde estamos.

Justo en ese momento se oyó un repentino ¡crac! No fue demasiado fuerte, pero hendió la quietud del aire nocturno como el restallido de un látigo. En la puerta se había formado una grieta que atravesaba la línea de varillas en diagonal. Al poco, siguió otro brusco sonido de resquebrajamiento, esta vez hueco y misterioso. La losa empezó a moverse, sus dos mitades rechinaron bajo la presión de su tremendo peso y se desplomaron una encima de la otra como en cámara lenta. Cayeron al suelo con un retumbo estremecedor y levantaron una enorme nube de polvo.

Gideon esperó a que el polvo se asentase y el estruendo dejase de resonar en los cañones. Miró alrededor para asegurarse de que nadie había oído el ruido y acto seguido se volvió hacia la boca oscura de la tumba. Garza ya estaba sacando tres pequeñas antorchas de brea que había llevado. Extrajo un pequeño arco de fuego que había fabricado, encendió una llamita, prendió fuego a las antorchas y las repartió.

—Vamos —dijo.

Se acercaron a la puerta y las luces amarillas iluminaron tenuemente un largo pasillo de piedra.

—¿Podría haber trampas? —preguntó Gideon a Imogen.

—Eso solo pasa en las películas —respondió ella—. Si hubiera una trampa, sería un pozo: un foso profundo justo al otro lado de la puerta. Pero... —Avanzó con la antorcha por delante—. No parece que haya ningún pozo. Qué raro.

El pasillo, perforado en la roca viva, bajaba al interior de la montaña en una pendiente suave. Caminaban con cuidado. Las paredes estaban decoradas con pinturas de vivos colores, una gran procesión de gente al estilo egipcio rodeada de paneles de jeroglíficos.

Un poco más adelante, Gideon vio que el pasillo terminaba en otra puerta, pero esa era de madera, no de piedra, y tenía una puertecilla incrustada.

Antaño la madera había estado bañada en oro, y pedacitos de pan de oro brillaban a la luz de las antorchas. En el suelo había grabada la imagen de un faraón en un carro sujetando las riendas de cuatro caballos, rodeada de más jeroglíficos.

—¿Qué dice ahí? —quiso saber Gideon.

—Estoy deseando descifrarlo —dijo Imogen con voz entrecortada; no podía evitarlo, estaba emocionadísima—. Pero primero veamos qué hay dentro.

Garza se arrodilló y examinó lo que parecía ser un mecanismo de cierre de bronce en la puertecilla de madera. Tan pronto como lo toqueteó, la cerradura se desarmó en su mano y la madera se deshizo en polvo. La puerta se entreabrió despacio con un tenue crujido.

Los tres se miraron.

—¿Quién primero? —preguntó Imogen.

—Garza —dijo Gideon—. Él nos ha metido aquí.

—No —protestó Garza—. Imogen es la egiptóloga. Ella debería ser la primera.

No hubo más discusión. Con los ojos brillantes, Imogen se puso a gatas y, con la antorcha por delante, se internó en la abertura. La luz temblaba de un lado a otro.

—¿Qué ves? —quiso saber Gideon.

Hubo un largo silencio, y luego:

—Dios mío. Cosas. Cosas increíbles.

Gideon no pudo aguantar más. Se puso de rodillas.

—Voy a entrar.

Se metió a gatas, y Garza lo siguió. Se levantaron y, a la luz parpadeante de las antorchas, descubrieron que estaban en una cámara sorprendentemente pequeña, como de cuatro metros cuadrados. Pinturas y jeroglíficos cubrían las paredes, y el techo abovedado estaba pintado de un intenso azul celeste,

decorado con estrellas doradas y una luna plateada. En el centro de la cámara, un gran pedestal de granito sostenía un armario recto hecho de oro batido y grabado. Las puertas del armario estaban cerradas y selladas con cintas de plomo.

Gideon se volvió despacio, enmudecido, moviendo la antorcha de un lado a otro para ver mejor. En el suelo de piedra que rodeaba el armario había muchos objetos, y tardó unos instantes en captarlos todos: un cuenco de alabastro repleto de gruesas pepitas de oro; una bandeja de pizarra llena de trozos pulidos de lapislázuli y turquesa, y otra bandeja de amuletos de oro con incrustaciones de piedras preciosas. Había espléndidos cuencos grabados a mano e intrincados jarrones de alabastro blanco y negro; zapatillas de oro macizo; dagas de excelente factura con mangos de marfil y vainas de oro; cetros y báculos de oro, plata y lapislázuli; un cuenco lleno de anillos y collares de oro... y otro lleno de gemas talladas: diamantes del color del sol dorado como Gideon no había visto ni oído hablar en su vida. Cerca se hallaba la cabeza de un leopardo de plata batida, un chacal de ébano... La colección de tesoros seguía y seguía.

Y las paredes. En una de ellas había una magnífica pintura de un faraón a tamaño natural en un carro dorado; con un látigo en una mano y las riendas en la otra, conducía a un tiro de corceles espléndidamente enjaezados por un paisaje. La otra pared representaba una inmensa escena de batalla.

Por último Gideon apartó la vista. Imogen estaba pálida, con la cara cubierta de sudor. Nadie pronunció palabra durante lo que pareció una eternidad.

Y entonces Imogen dijo:

—Es sensacional. Casi increíble. Pero no es una tumba.

Gideon la miró fijamente.

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde está el sarcófago? ¿Dónde están los vasos canopos y los shabtis? Y es muy pequeña. Hasta en la tumba del rey Tut había media docena de salas.

Gideon miró alrededor. No había más puertas que dieran al exterior. Esa era la única cámara.

—Si no es una tumba, ¿qué es? —preguntó Garza.

—No lo sé. Esas cosas del suelo, esos tesoros, parecen..., en fin, ofrendas.

—Pero ¿a qué?

—Supongo que a lo que haya en ese armario dorado.

Se hizo otro silencio. Entonces Imogen sacó su daga y tocó uno de los sellos de plomo del armario.

—¿Lo abro?

—Por supuesto —contestó Gideon.

Suavemente, con cuidado, Imogen cortó las cintas de plomo que mantenían cerradas las puertas de oro: primero una y luego la otra. Retiró el cierre y abrió poco a poco las puertas.

Gideon se quedó mirando lo que había dentro. No era en absoluto lo que esperaban. El armario contenía una losa negra de piedra de bordes irregulares en cuya cara pulida había líneas de jeroglíficos.

—Una piedra —dijo Garza—. En medio de todas estas riquezas, un trozo de piedra.

Imogen acercó la antorcha y entornó los ojos.

—¿Qué es? —quiso saber Gideon—. ¿La lista de la ropa sucia del faraón?

—Es para lo que se construyó esta tumba, este santuario: para contenerla.

—Siguió examinándola—. Está claro que debe de ser importantísima.

—¿Los ritos secretos de los miembros del santuario? —preguntó Gideon.

—¿Qué pone? —insistió Garza.

—Un momento. Dice: «Puesto que estoy en todas partes y siempre..., soy tu único dios. Rechaza a los otros y acéptame como tu único dios».

Hizo una pausa y frunció el entrecejo.

—La segunda línea dice: «Aunque carezco de forma a tus ojos, no hagas... un grabado». No, la última parte no es correcta. «No grabes ninguna imagen mía a la que adorar.»

—Parecen los Diez Mandamientos —dijo Gideon.

—Sí..., sí. O tal vez... un borrador.

Concentrada, con el ceño fruncido, estudiaba los símbolos. Acto seguido se enderezó y los miró a los dos en silencio con una sorpresa indescriptible en los ojos.

Lograron llegar al campamento justo antes de que amaneciese, polvorientos y agotados. Cuando lo atravesaron —sin ninguna presa que mostrar de su expedición nocturna— tuvieron que soportar cierto grado de provocación de los demás cazadores. Parecía que las otras partidas habían tenido más éxito: había muchos jabalíes pequeños, destripados y colgados de palos, repartidos por el campamento; algunos estaban siendo despellejados y desmembrados, las patas se hallaban en salazón y las costillas y las chuletas humeaban en las lumbres.

Garza regresó apresurado a la tienda que compartía con su esposa mientras el cielo se teñía de rojo hacia el este. Jelena ya se había levantado y estaba vistiéndose de gala; su larga melena morena se mecía con sus movimientos. En lugar de regañarlo por el fracaso de la caza, le indicó —con los gestos y el idioma simplificado que utilizaban para comunicarse— que se diese prisa, se quitase la ropa sucia y se vistiese para un acto cuyo carácter él no acabó de entender pero en el que participaría su padre, el jefe. Para gran azoramiento suyo, parecía que él también debía participar y, si no la había entendido mal, tendría lugar otro anuncio importante.

Mientras se ponía ropa limpia —prendas ya familiares que en otro tiempo le habían resultado tan extrañas—, las imágenes de lo que había visto en la cámara del tesoro seguían agolpándose en su mente. No tenía ni idea del significado y la importancia de lo que Imogen había encontrado dentro del

armario dorado; habían vuelto al campamento con tanta prisa que ni siquiera habían podido hablar.

Garza siguió a su esposa por el sendero hacia la tienda del jefe con la luz del amanecer. La gente salía en tropel vestida con sus mejores ropas. Estaba claro que se estaba cociendo algo gordo pero, por mucho que lo intentaba, Garza apenas entendía nada de lo que Jelena decía.

Cuando se acercaron, dos hombres armados con lanzas los escoltaron entre la muchedumbre hasta una pequeña zona delante de la tienda del jefe y al lado del promontorio en el que el anciano hacía sus proclamas. Ocuparon su sitio junto a Lillaya, quien le dio una bienvenida cordial en su inglés chapurreado, asintiendo con la cabeza y sonriendo. Al mirar alrededor, Garza vio a Imogen y Gideon entre la multitud.

Un momento más tarde se hizo el silencio. La puerta de la tienda del jefe se abrió, y este salió despacio —cayado en mano y la cara arrugada de preocupación—, apoyado en un soldado. Avanzó hasta el promontorio y extendió las manos con las palmas hacia arriba. El sonido de un gong señaló la salida del sol, y mientras los primeros rayos de luz dorada iluminaban el valle, empezó a hablar.

Tenía una voz grave, y como hablaba de forma más lenta y entrecortada de lo habitual, Garza pudo captar la esencia de sus palabras. Comenzó con un gesto florido en dirección a Garza. Contó cómo el forastero había salvado la vida a su hija. Garza empezó a sentirse incómodo y no poco culpable —pensaba en de dónde acababan de volver— y se preguntó adónde quería ir a parar su nuevo suegro. El jefe pasó a elogiar lo mucho que Garza había acelerado las obras de su tumba, de manera que, cuando le llegase el momento, no tendría que esperar para pasar a la otra vida.

Hacía frecuentes pausas para recobrar el aliento, jadeaba un poco entre frases y parecía más débil que durante la ceremonia de matrimonio. Pero aun

así continuó colmando a Garza de alabanzas y dijo que había demostrado ser un guerrero valiente además de un inventor de nuevas armas para ayudar a mantener al pueblo a salvo. Al oír eso, Garza buscó a Mugdol con nerviosismo, pero por fortuna no lo vio ni a él ni a sus más leales compinches por ninguna parte. Tal vez había llegado a la conclusión de que el exilio autoimpuesto era preferible a la humillación.

El jefe continuó y pasó a hablar de su hija. A juzgar por el rubor de Jelena, había comenzado a ensalzar sus virtudes. Garza estaba cada vez más inquieto, no solo por el objeto de aquel discurso, sino además por la creciente dificultad del jefe para hablar. Por lo visto el público también se había dado cuenta, pues se oían tenues murmullos de preocupación.

El jefe hizo otra pausa, pero esta vez el silencio se alargó... y se alargó. El murmullo del gentío aumentó.

Y entonces, de repente, el jefe se desplomó. Mientras los guardias corrían hacia él, el anciano cayó al suelo pedregoso, rodó una vez y se quedó inmóvil.

Se oyó un enorme clamor, y Jelena corrió junto a su padre chillando, seguida de Garza. El alboroto continuó, la multitud avanzaba en tropel. Los guardias trataban de levantar al jefe, pero Garza les indicó con brusquedad que se apartasen. Se arrodilló y lo alzó él solo en brazos con cuidado; el jefe lo miraba y movía los labios en silencio.

—Agua —dijo Garza—. Necesita agua. —Se estrujó el cerebro buscando la palabra—. *Soah! Soah!*

Le llevaron agua rápidamente, y Garza acercó la taza a los labios del anciano. El hombre bebió un sorbo y acto seguido hizo una mueca, soltó la taza y se llevó las manos al pecho con expresión de dolor.

—*Samu* —susurró, levantó la mano del pecho y la posó sobre la de Garza—. *Samu.*

Al oír esa palabra, la multitud se quedó en silencio. *Samu*, como bien sabía

Garza, quería decir «hijo».

—*Epourou!* —gritó el jefe, y con las fuerzas que le quedaban golpeó enérgicamente a Garza en el pecho.

Y entonces, con un espasmo convulsivo, su cuerpo se debilitó, su brazo cayó, y murió.

La muchedumbre, que se había quedado de repente en silencio, empezó a hablar también de repente. *Epourou*, decían. *Epourou*. *Epourou*. Garza, que seguía sosteniendo la mano del jefe muerto, miró alrededor sorprendido por aquel súbito desenlace. Todo el mundo lo miraba repitiendo la misma palabra una y otra vez: *epourou*. Incluso Jelena, visiblemente desconsolada, lo miraba a él en lugar de a su padre.

Y entonces apareció la vieja encaminándose hacia él apoyada en sus dos bastones; una extraña sonrisa de aprobación arrugaba su vetusta cara. Extendió una mano como una garra y sujetó la de Garza.

—¿Qué... qué significa *epourou*? —preguntó él.

—*Epourou* significa... «jefe» —respondió ella—. Significa tú.

Garza, en la penumbra de la tienda nupcial, miraba en silencio a la joven situada de espaldas. Por el temblor de sus hombros, sabía que lloraba en silencio. Avanzó hacia la chica a través de las franjas de sombra, pero se detuvo. Solía actuar con rapidez, sin excesiva deliberación ni inseguridad. Pero ahora se sentía confundido. Era consciente de que no se debía a la barrera idiomática que se interponía entre ellos, aunque por supuesto era parte del problema. Se trataba más bien de la velocidad a la que había cambiado su vida. Habían pasado demasiadas cosas seguidas y en absoluto se sentía preparado para el papel que le había sido confiado: jefe en esa tierra extraña y lejana, consolando a la que era su esposa desde hacía solo unos pocos días, cuyo idioma él apenas hablaba y cuya cultura apenas comprendía. El ingeniero que llevaba dentro habría estudiado el problema, calculado las probabilidades de hallar una solución y lo habría evitado.

Pero mirando a aquella mujer llorosa —que a su manera le había enseñado en pocos días tanto o más de lo que él había enseñado a toda la tribu desde que había llegado—, Garza no se sentía como un ingeniero.

No sabía qué sentía exactamente, salvo compasión. Compasión y la certeza de que no podía permitir que esa mujer dependiera de él; después de todo, tenía intención de marcharse en una semana. Le parecía horrible hacerle algo así, pero no veía otra solución.

Los hombros de ella empezaron a temblar de forma más violenta, y Garza,

instintivamente, dio un paso adelante y posó las manos en ellos con cuidado, para aplacarlos. Jelena se volvió hacia él de inmediato —lágrimas del color del kohl corrían por sus mejillas— y sepultó su cara en el pecho de Garza.

—*Malagdaya* —dijo él, despacio y con torpeza—. *Malagdaya, samu Jelena pinishti, rak... rak'shona.*

Se abrazaron un rato, y luego Jelena se separó despacio, recobró la calma y se secó las lágrimas. Puso la mano en el pecho de Garza.

—*Epourou* —dijo en voz queda y con imperiosa dignidad. Y acto seguido puso la misma mano en su propio pecho y repitió—: *Epourou.*

Estaba claro lo que quería decir.

Gideon se apretó el cinturón de cuero que sujetaba la daga a su pecho mientras salía a toda prisa de su tienda con Imogen al lado. Llegaban tarde a la ceremonia funeraria; al menos, eso creía él que era. El campamento entero se había engalanado: túnicas color azafrán ribeteadas de azul intenso, collares hechos con monedas de bronce, dagas y lanzas decoradas, el cabello embadurnado con grasa de cabra. A medio kilómetro, en el principio del sendero que llevaba al Hogar de los Muertos, un grupo de porteadores sostenían una camilla con el cadáver del jefe, cubierto con un sudario y rodeado de ramitas de hierbas aromáticas. Era media tarde, la luz del sol llenaba el valle y destellaba en las armas recién pulidas y las joyas de la muchedumbre allí reunida.

—Un cortejo fúnebre —dijo Imogen.

—Lo que imaginaba —convino Gideon—. Hay que enterrarlos rápido con este calor.

Mientras corrían por el sendero, Gideon divisó a Garza en primera fila, junto a la camilla y rodeado de varios miembros de la tribu. Parecía

preocupado. Imogen y Gideon se abrieron paso hasta él educadamente pero con firmeza.

Gideon le tocó el brazo.

—Manuel —dijo en voz baja—. Lo que ha pasado es terrible, pero se da cuenta de lo que significa, ¿verdad? He aprovechado la distracción para conseguir las últimas alforjas. Solo tenemos que ultimar un plan... y refuerzos.

Garza sacudió la cabeza.

—¿Podemos hablar más tarde, por favor?

—¿Cuándo? No podemos arriesgarnos a...

—Esto es un funeral —lo interrumpió Garza—. ¿Comprende? —Un hombre le tiró de la manga, y Garza se volvió hacia él y se fue. Los miembros de la tribu empezaban a tratarlo con la deferencia debida a un jefe.

—¿No ves que está de luto? —le dijo Imogen a Gideon—. Si no es por él, hazlo por su mujer. Dale un respiro.

Su susurro se vio interrumpido por el cántico agudo de la vieja, que alzaba sus arrugados brazos al sol. Los cuatro sacerdotes con túnica alba y larga barba blanca y partida la flanqueaban. Todos llevaban una curiosa prenda que parecía un delantal. Tenían la cabeza gacha.

Lillaya gritó algo —instrucciones dirigidas a la multitud, dedujo Gideon—, y la gente formó una fila para dirigirse en procesión a la tumba. Garza regresó con Jelena y se unió a la cabecera. Otro grito cantarín de la vieja hizo que la muchedumbre empezara a avanzar. Varios guerreros ayudaron entonces a Lillaya a sentarse en la silla de manos, y se unió a la procesión, inmediatamente detrás de los cuatro sacerdotes barbados.

Pronto brotó una música misteriosa. Gideon oyó algo que sonaba como laúdes, flautas de madera, carracas y voces que cantaban una lúgubre canción al ritmo de la triste cadencia de un tambor.

—Esos laúdes... —susurró Imogen entusiasmada, mirando atrás a un grupo

de músicos— son idénticos a los que se encontraron en la tumba del rey Tut. Y ese sistro también es igual que el de la tumba de Tut. ¡Increíble! La escena parece congelada en el tiempo desde la época de los faraones.

La procesión avanzó a un ritmo desesperante hasta la oscura quebrada que llevaba al Hogar de los Muertos. El desfile se prolongó por el estrecho camino y tardó casi una hora en llegar al valle que albergaba la tumba que habían ayudado a construir para el difunto jefe. La camilla que transportaba el cadáver, seguida por Garza, Jelena, Lillaya y los sacerdotes, se detuvo ante la peculiar mesa elevada de piedra en la que Gideon había reparado la primera vez que había visitado el valle. Tenía unas muescas largas y estrechas grabadas en los bordes. Al parecer iba a servir de escenario del inminente ritual.

La multitud cercó la mesa a cierta distancia. Mientras dos trabajadores colocaban al jefe muerto en la mesa, los sacerdotes rodearon el cadáver y empezaron a disponer una serie de herramientas de bronce al lado, muchas de las cuales parecían rudimentarios instrumentos quirúrgicos. Entretanto, los músicos seguían tocando; el sonido de su música antigua llenaba el cañón y reverberaba en los precipicios.

Un sacerdote cogió una de las herramientas, la levantó hacia el sol y recitó una suerte de oración al ritmo de la melodía fúnebre; su barba bifurcada se agitaba. La herramienta era un gancho largo que tenía una cuchilla fina y afilada en el extremo. Gideon oyó que Imogen respiraba profundamente.

El sacerdote apoyó con cuidado la cabeza del jefe en un soporte de madera. Otro sacerdote ataviado con un delantal se acercó con un frasco de alabastro y se arrodilló. Haciendo un movimiento ceremonial, el primero metió el gancho por la nariz del cadáver, lo deslizó hasta que encontró resistencia y, con un golpe brusco, lo introdujo a través de la lámina cribosa hasta el fondo del cerebro y lo giró con destreza varias veces. El sacerdote arrodillado sostenía

el frasco debajo de la nariz del cadáver; el otro, tras efectuar más movimientos de giro, extrajo el gancho y... parte del cerebro del cadáver se derramó en forma de sustancia semilíquida que fue recogida con cuidado en el frasco por el segundo sacerdote.

—Qué bonito —murmuró Gideon.

—Chis —dijo Imogen, que observaba atentamente.

El sacerdote rebañó el resto del cerebro mediante varias inserciones adicionales del gancho y el otro cerró el frasco con una tapa protectora.

Entonces el sacerdote tomó un cuchillo de bronce curvo y practicó un corte profundo a lo largo del lado izquierdo del abdomen del jefe. Un líquido oscuro empezó a fluir de inmediato y corrió por los surcos de la mesa hasta un recipiente situado debajo. El sacerdote introdujo la mano en la cavidad del cuerpo cuchillo en ristre y, para repugnancia de Gideon, hurgó en el interior haciendo una serie de cortes. Por fin, sacó los brazos ensangrentados, con el corazón del jefe en las manos, y lo dejó con cuidado en la mesa de piedra. Acto seguido extrajo los otros órganos internos —el estómago, los intestinos, el hígado, los riñones y el bazo— y los dispuso meticulosamente alrededor del cuerpo.

La evocadora música y el incesante retumbar del tambor siguieron sonando.

Cuando la cavidad corporal estuvo vacía, se acercaron a la mesa dos mujeres vestidas con largas túnicas y portando dos ánforas de barro. Una de ellas vertió un líquido oscuro de su ánfora dentro de la cavidad —Gideon percibió un aroma a vino—, y los sacerdotes limpiaron el interior del cadáver con paños de lino empapados en el mismo líquido aromático. Secaron con cuidado la cavidad corporal con más rollos de lino blanco y acto seguido procedieron a enjuagar y lavar al jefe con agua perfumada de la segunda ánfora. Las dos mujeres se las llevaron y volvieron con varios cuencos llenos

de especias molidas de colores intensos que los sacerdotes aplicaron en el interior del cuerpo.

A continuación realizaron el mismo proceso con el corazón: lo lavaron con vino y lo cubrieron con especias.

Un sacerdote alzó entonces el corazón al cielo. La música se interrumpió y, en el silencio resultante, recitó una oración. Envolvió el corazón en lino y lo colocó otra vez dentro del cuerpo, en el pecho. Se acercaron dos hombres cargados con largas cajas parecidas a ataúdes y las dejaron a cada lado del cadáver.

Mientras la música volvía, los cuatro sacerdotes levantaron la tapa de las cajas y dejaron a la vista una sustancia cristalizada de color blanco. Con palas de latón, echaron aquella sustancia dentro del cadáver, la comprimieron bien y lo taparon con ella, por encima y alrededor, apilándolo y presionando con firmeza hasta que el jefe estuvo totalmente cubierto de cristales blancos.

Por último, con gran parsimonia, los cuatro sacerdotes rodearon la mesa, lavaron los órganos internos con vino y los cubrieron con más cristales blancos. La música se fue apagando, el sumo sacerdote pronunció otra oración, y la ceremonia concluyó mientras el sol se ocultaba bajo los precipicios de alrededor.

Imogen se inclinó hacia Gideon.

—Acabas de ver el antiguo ritual egipcio de la momificación —dijo con voz emocionada y temblorosa—. Esa sustancia blanca es natrón. Es increíble presenciar algo así en el siglo XXI.

En ese momento una voz áspera procedente de las alturas hendió el aire. Todos miraron en esa dirección. Gideon frunció el ceño; era evidente que esa interrupción no formaba parte de la ceremonia. En lo alto de la cresta al final del valle, flanqueado por un grupo de guerreros armados hasta los dientes, se hallaba Mugdol a lomos de un camello. Descendió despacio seguido de sus

guerreros y se detuvo en una pequeña elevación a unos seis metros de la concurrencia. Lillaya le habló con severidad, y él la ignoró con un gesto y una mueca de desprecio. La multitud profirió un murmullo de disgusto, pero las fuerzas de Barbanegra avanzaron con sus lanzas y dagas en actitud amenazante y las voces se fueron apagando.

Mugdol abrió mucho sus fuertes brazos, como si quisiese abrazar a la tribu, y se hizo el silencio. Empezó a hablar despacio, vocalizando, su potente voz resonaba en todo el valle y sus armas vibraban.

—¿Qué dice? —preguntó Gideon a Imogen.

—Creo que les está diciendo que él es el jefe legítimo; que Garza es un usurpador, un forastero.

—Oh, oh.

Mugdol seguía hablando y gesticulando, y al final señaló a Garza con su fuerte brazo y un dedo acusador temblando de ira. La vieja volvió a gritar, y la inquietud se apoderó de la muchedumbre. De pronto Jelena chilló a Garza, y el grito fue repetido por muchos de los allí presentes, aunque no todos.

—Jelena insta a Garza a que se enfrente a Mugdol en nombre de su padre —informó Imogen—. La mayoría de los habitantes del pueblo también quieren que lo haga. Pero parece que unos pocos... están de acuerdo con Mugdol.

Gideon miró a Garza. Seguía al frente de la procesión, con Jelena al lado y una expresión de confusión y rabia.

Hubo más gritos, las personas situadas cerca de Garza lo rodeaban en actitud protectora. Barbanegra desmontó del camello, desenvainó su daga y avanzó con actitud amenazadora.

—Está anunciando que ahora él es el jefe —explicó Imogen a Gideon.

El alboroto aumentó. Los hubo que sacaron sus dagas, como si pretendieran cerrar el paso a Barbanegra. Garza parecía paralizado, no sabía cómo

reaccionar. Algunas personas, dirigidas por Lillaya y Jelena, le gritaban apremiándolo claramente a que aceptase el reto.

Pero Gideon sabía que Mugdol y sus hombres iban demasiado armados. Sería un suicidio. Llamó la atención de Garza y negó con la cabeza. «No, no, no.»

Esa fue la gota que colmó el vaso. Garza se apartó bruscamente e hizo un gesto despectivo a todo el mundo, tanto a Barbanegra como a los aldeanos. Se alejó con grandes zancadas, la multitud se apartaba a su paso, y salió del valle subiendo por el sendero.

Con una carcajada de desdén, Mugdol señaló la figura en retirada de Garza agitando la daga y gritando insultos. Sus guerreros sacudieron sus lanzas y lo abuchearon. Garza hizo caso omiso y pasó al otro lado de la cresta. Su repentina desaparición desmoralizó a la muchedumbre. Se alzaron voces de sorpresa y desconcierto. Jelena parecía angustiada.

Mugdol levantó otra vez las manos.

—*Ti saji pinishti en ouroh! Empear moshi alla heamsi!*

—«Ahora yo soy el Padre» —tradujo Imogen—. «Muerte al usurpador cobarde.»

Mientras Mugdol seguía con su arenga, sus guerreros se desplegaron para reprimir a la multitud inquieta. La cosa pintaba mal, muy mal.

—Ya he visto bastante —dijo Gideon, que agarró a Imogen del brazo y la apremió para que se abriese paso entre la gente—. Tenemos que encontrar a Garza y largarnos de aquí antes de que nuestras cabezas también acaben empaladas.

Pasada la multitud echaron a correr con intención de alcanzar a Garza en el sendero, pero o los había dejado atrás o había seguido otra ruta, y cuando el crepúsculo se cernió sobre el valle llegaron al campamento vacío.

Fueron directamente a la tienda que compartían, y allí Gideon se detuvo.

—¿Están listas las provisiones? —preguntó Imogen.

—Las sillas de montar están fuera de la tienda, y he recogido las últimas alforjas justo antes de la ceremonia.

—Bien. Tú réunelo todo y yo voy a por los camellos.

—¿Y Garza?

—Sabe lo que esto significa. Aparecerá.

Se marchó y Gideon fue al fondo de la tienda, al rincón donde había reunido furtivamente provisiones para la huida. Retiró una colcha y dejó al descubierto unos odres que había llenado de agua el día anterior, junto con unos sacos de cuero con cecina y dátiles. Sacó los odres y la comida a una zona resguardada fuera de la tienda y fue a por las tres ballestas y las flechas que habían fabricado. Imogen tenía razón: fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo en el Hogar de los Muertos, no duraría mucho. Se avecinaba algo violento. Tenían que irse antes de que la gente regresase.

De repente Garza entró en la tienda, agotado y cubierto de polvo.

—¿Dónde se había metido?

—Tenía... tenía que pensar. Todo esto es muy repentino. Pensábamos

esperar una semana...

—La espera ha terminado. Imogen ha ido a buscar los camellos. Ayúdeme con las últimas provisiones.

La cara de Garza adoptó una expresión extraña.

—Gideon, ya ha visto a esa gente. No quieren tener a Barbanegra de jefe. ¡Es un tirano!

—No es asunto nuestro.

—Ya, pero... —Garza parecía resistirse a decir más—. ¿Y si Jelena y ese cabronazo descomunal...? —Su voz se fue apagando.

Gideon no daba crédito. «Menudo momento para que Garza abra los ojos», pensó.

—Ahora está casada, Barbanegra no la molestará. Además, es la hija del jefe muerto. Sigue siendo una princesa.

—Ella ha dado la cara por mí. Ya la ha oído. Nunca he huido de nada. Quedaré como un cobarde...

—Tuvo que casarse con ella, ¿recuerda? Si la memoria no me falla, la idea no lo entusiasmaba.

Garza no contestó. Se limitó a menear la cabeza.

—Mire —dijo Gideon en tono más suave—. Lo comprendo. Puedo entender por qué se siente culpable. A lo mejor hasta le tiene un poco de cariño. Pero lo único que vamos a hacer es adelantar algo los planes; unos planes sobre los que ya nos habíamos puesto de acuerdo. Usted no quiere quedarse aquí; pero no quiere que lo recuerden como un cobarde. Y admítalo: no tiene la menor idea de cómo mandar a esta tribu. Esta gente cuenta con siglos de experiencia en este entorno tan duro. Para bien o para mal, Barbanegra comparte esa experiencia: las creencias, los ritos, la memoria colectiva. La cruda realidad es que estarán mejor sin nosotros. Y usted lo sabe. Nuestro lugar no es este. Si nos quedamos, solo conseguiremos provocar una guerra civil. Su esposa

morirá... así como mucha gente inocente. Si se va, resolverán sus diferencias y todo irá bien.

—Hasta que descubran que la tumba ha sido saqueada...

—¡Por el amor de Dios, Manuel! ¿Quiere hacer el favor de dejar el orgullo a un lado y escucharme? Nos culparán de eso, pero para entonces estaremos muy lejos. Todo está yendo muy rápido y no piensa con claridad. Recuerde que fue idea suya. «Si tiene valor, lo robaremos.» Eso fue lo que me dijo en el bar de la calle Trece. Hemos venido a la otra punta del mundo para hacer realidad su ambición. Podrá resucitar la fábrica Duesenberg y vivir su sueño. Usted tiene años por delante; yo, semanas. De haber sabido que se rajaría en el último momento, ¿cree que habría pasado mis últimos meses en la Tierra cavando zanjas y muriéndome de sed?

Se interrumpió, jadeaba. Garza estaba tenso, agobiado por la indecisión. Los dos habían levantado la voz y ahora se quedaron en silencio. Gideon hizo un esfuerzo por tranquilizarse y ordenar sus pensamientos. Entonces dijo en voz baja:

—Manuel, la lealtad es su mayor virtud pero también su mayor debilidad. Fue leal a Eli, y él le engañó. Ahora siente lealtad por una mujer que es su esposa desde hace cuatro días. Por un jefe muerto cuyo idioma apenas entiende. ¿Y si, para variar, fuera leal a sí mismo? Su futuro está ahí fuera, a solo unos cañones de distancia. —Le puso la mano en el hombro—. Hemos pasado por mucho. No lo tire todo por la borda ahora, socio..., por favor.

En el silencio que siguió, Gideon vio que la cara de Garza perdía su expresión de indecisión y se convertía en una máscara inexpresiva. Respiró temblorosamente. Y acto seguido sacudió la cabeza.

—Tiene razón —dijo—. Yo y mi malentendido sentido de la moral. Este no es mi sitio, ni siquiera cuando estoy con Jelena... menos aún cuando estoy con Jelena. Eso lo entiendo. Eli tiene una deuda conmigo, y pienso cobrármela... o

morir en el intento. —Agarró la mano que Gideon había posado en su hombro y la estrechó con decisión justo cuando Imogen salía de la oscuridad con los camellos.

—¿Estrechando lazos, chicos? —preguntó mientras hacía arrodillarse diestramente a los cuatro animales delante de la tienda.

—Estábamos comentando lo mucho que echaremos de menos este paraíso. —Gideon levantó una silla de montar y la lanzó al lomo de uno de los camellos—. Carguemos y larguémonos de aquí.

Salieron del campamento siguiendo una ruta con la que esperaban hacerles creer que habían escapado por el oasis de niebla. Una vez en el extremo oriental del valle, giraron y ascendieron por una cresta hasta que quedaron ocultos, se dirigieron hacia los caminos que llevaban al Valle Demoníaco y, por último, a la cámara del tesoro. Hacían trotar a los camellos lo más rápido que podían por aquel terreno accidentado; las largas zancadas de los animales devoraban la distancia. Las estrellas brillaban intensamente, pero la luna todavía no había salido. Imogen iba la primera, seguida del camello con las alforjas vacías, listas para que la llenaran de tesoros. Gideon iba el último. No había partidas de caza. Los desfiladeros y las crestas estaban sumidos en la oscuridad, la única luz que se veía era el tenue fulgor de Júpiter flotando hacia el oeste. Pero Gideon sabía que la luna, llena hacía muy poco, se elevaría por encima de las montañas en unas horas. De momento era noche cerrada, circunstancia que les ofrecía buena protección; los tres conocían el camino, mientras que los camellos, con su excelente visión nocturna, sabían dónde poner las patas.

Continuaron con cuidado y al cabo de dos horas llegaron a su destino. No habían hablado una palabra, y en el valle hundido reinaba un silencio sepulcral. Cuando se acercaron a la puerta de la cámara, Gideon la vio partida en el suelo, como la habían dejado: dos grandes losas de piedra. No había

rastros de la presencia de otras personas. Las antorchas que habían utilizado seguían apoyadas allí.

Desmontaron y ataron a los animales a unas estacas clavadas en la arena. Gideon llevó al camello de carga a la entrada de la cámara y lo hizo arrodillarse. Cogió los sacos de arpillera que colgaban a cada lado de la albarda, así como las alforjas, y los dejó abiertos, preparados para acoger el tesoro.

Garza encendió tres antorchas y colocó una fuera. Avanzaron por el largo pasadizo hasta la cámara del tesoro, donde colocó una segunda antorcha para iluminar el pasillo y dejó la tercera dentro de la propia cámara. La tenue luz del fuego hacía destellar el oro y las joyas expuestas en todo su esplendor alrededor del armario dorado sobre el pedestal de piedra.

—Usted vaya por el lado izquierdo —dijo Gideon a Garza—. Yo iré por el otro. Imogen...

—No pienso ayudaros a saquear —lo interrumpió ella—. Voy a transcribir el texto que encontré en la tablilla.

—De acuerdo.

—No rompáis nada —advirtió Imogen—. Sed respetuosos, por favor. Quedaos solo el oro y las piedras preciosas, no los objetos frágiles. Y recordad: nada escrito.

Muchas de las ofrendas se hallaban amontonadas en cuencos de alabastro o en sacos de cuero y cestas arrugadas. Gideon cogió el cuenco más próximo, salió con él al exterior y lo vació en una de las alforjas. Garza hizo lo mismo. En la cámara comprendió que solo podrían llevarse una pequeña parte de lo que había allí y que les convenía ser selectivos. Agarró un saco de cuero, desató las quebradizas cuerdas, que se deshicieron en sus manos, y miró dentro. A la tenue luz vio que estaba repleto de joyas. Cuando estaba sacándolo, el saco reventó y las piedras saltaron y rebotaron por el suelo de

piedra: preciosos diamantes dorados de aquel color extraordinario con motas de fuego en el interior. Gideon se arrodilló y empezó a recogerlos y a metérselos en el bolsillo.

—Olvídese de esa mierda —dijo Garza.

—Pero estos diamantes son...

—¡Una pérdida de tiempo! Ahí al fondo los hay a montones.

Gideon cedió a regañadientes. Volvió a la cámara y agarró otro saco lleno de piedras preciosas, pero esta vez lo sostuvo contra el pecho antes de meterlo en una de las alforjas.

Mientras iban de un lado a otro sacando el botín, a Gideon lo tranquilizó ver que Garza trabajaba rápido, incluso con entusiasmo. La simple visión de las formidables riquezas de la cámara había despejado sus dudas. Los gruesos objetos de oro, las piedras preciosas y semipreciosas, las joyas, los collares y los objetos con delicadas incrustaciones habían bastado para despertar en los dos una suerte de delirio.

—¡No te lleves eso! —gritó Imogen con rudeza cuando Garza se disponía a coger un par de chacales de oro con incrustaciones de lapislázuli—. ¡Ni tú eso!

Gideon dejó tímidamente el escarabajo dorado que había estado a punto de meter en un saco.

Arrodillada ante el armario abierto, Imogen miraba la piedra grabada del interior y tomaba notas en un cuaderno de tela vieja, y de vez en cuando gritaba a uno o a otro que no tocasen algo que consideraba especialmente valioso o raro. Pero a Gideon no le importaba: había tantas cosas, tal sobreabundancia de oro, plata, piedras preciosas talladas y sin tallar, que una pieza más o menos no se notaba. Después de llenar las alforjas con un botín valorado en millones de dólares, apenas habían rascado la superficie del inmenso tesoro de la cámara. Se acordó de la cara de incredulidad de Imogen

cuando leyó por primera vez lo que ponía en la tablilla, y de la referencia que había hecho a los mandamientos bíblicos. Pero ahora estaba demasiado ocupado para hacer preguntas; ya tendría tiempo de sobra más tarde.

Mientras continuaban con la operación, el cielo empezó a aclararse hacia el este; la luna asomaba por detrás del pico recortado de Gebel Umm. En cuanto sobrepasara la cima, Gideon sabía que, con el aire puro del desierto, habría casi tanta luz como de día. Una luz que les sería de gran ayuda para seguir la ruta desconocida hacia el oeste, a través de montañas y estribaciones, hasta el otro lado de la cordillera. Calculaba que, si esa noche lo daban todo, para cuando amaneciese estarían lejos del territorio de la tribu y, por lo tanto, a salvo de sus perseguidores. Una vez que llegasen al Nilo, tendrían que hacer frente al desafío añadido de sacar el botín de Egipto clandestinamente, pero en las horas de quietud él y Garza habían tramado un plan que parecía casi infalible.

Pasados treinta minutos, las dos alforjas y el saco superior de arpillera estaban llenos a reventar. Al ladrón que Gideon llevaba dentro lo entristeció que hubiesen tardado tan poco, y sin embargo su conciencia se alegró de que la mayor parte del tesoro se quedase allí.

El cielo se iluminó hacia el este conforme la luna se elevaba por detrás del gran contorno de Gebel Umm.

—Carguémoslo en el camello y larguémonos —dijo Gideon.

—Un saco más —rogó Garza con voz entrecortada; llevaba un pesado cuenco de alabastro lleno de collares, pendientes y gruesas pulseras de oro, y avanzaba a trompicones por el pasillo.

—Ya llevamos demasiado peso —dijo Gideon.

—Solo este —pidió Garza con la cara reluciente de sudor.

Gideon negó con la cabeza.

—Déjelo. No podemos arriesgarnos a que el camello se lesione. En ese

caso lo perderíamos todo.

Garza dejó el cuenco junto a la entrada murmurando un juramento. Los dos hombres levantaron las pesadas alforjas llenas con el botín y las engancharon, primero una y luego la otra, en los aros metálicos de la albarda. Colocaron las talegas encima y las ataron bien con una tela de lino. El camello gimió por el peso, replegó los labios de disgusto y enseñó sus amarillos dientes.

Cuando estaban a punto de montarse en los camellos, Garza agarró la mano de Gideon.

—Solo una cosa.

Gideon se volvió.

—¿Sí?

—¿Se acuerda de lo que hablamos? En su tienda.

—¿Qué pasa?

—No hable nunca más de lo que sucedió en el campamento: mi matrimonio y todo lo demás. Lo que dejamos atrás se queda atrás. Es agua pasada. Como usted dijo, mi nueva vida empieza ahora mismo, con este tesoro. Así que no vuelva a mencionarlo, a nadie. Jamás.

—Le doy mi palabra.

Garza le soltó la mano.

—¿Dónde está Imogen? —preguntó Gideon.

—La muy puñetera ha dicho que ya salía.

Volvieron corriendo a la cámara. Imogen seguía acuclillada y con el cuaderno abierto; garabateaba como una loca con su lápiz improvisado, mechones de pelo asomaban sueltos por debajo del pañuelo de la cabeza.

—¡Vámonos!

—¡Un momento, maldita sea!

Aguardaron; Gideon estaba cada vez más impaciente.

—Vamos.

—Sabía que esto era increíble, pero... Madre mía, no me lo puedo creer...
—masculló para sí mientras movía ágilmente los dedos sobre las páginas copiando los jeroglíficos.

—Ya basta. —Garza le tocó el brazo—. Levanta, levanta.

Ella trató de apartarlo, pero él la hizo levantarse con delicadeza.

—Déjame copiar una línea más.

Esperaron a que terminara de dibujar los últimos jeroglíficos.

—¡Mueve el culo! —dijo Garza, esta vez en tono firme

Casi tuvieron que sacarla de la cámara a rastras. En el exterior, la silueta de la luna asomaba tras la cumbre irregular de Gebel Umm. Subieron a sus camellos, y los animales se levantaron tambaleándose con bufidos y bramidos de protesta. La luz de la luna se derramaba en el valle y lo bañaba de un cristalino fulgor plateado cuando giraron hacia la abertura en la pared de roca que habían visto en el oeste y espolearon a los camellos.

De repente Garza se detuvo con brusquedad.

—Mierda.

Gideon siguió su mirada y vio una hilera de guerreros montados a camello, distribuidos a lo largo del borde de la peña y bañados de luz de luna. La enorme silueta de Mugdol se hallaba al frente, con una espada a un lado y una lanza en alto.

—*Rash a'urbouji!* —gritó, al tiempo que clavaba la lanza en el aire mientras hacía galopar a su camello por la cresta, en dirección al sendero que bajaba al valle, seguido de su estruendosa banda de guerreros.

—¡Vamos! —gritó Gideon, dándole a su camello con la fusta.

Los animales apenas necesitaron que los persuadieran, bastaron los tremendos gritos de la horda que llenaron el valle de aullidos sanguinarios. Gideon dirigió su camello a la abertura en la pared opuesta, y galoparon por el linde del valle hacia ella. Al mirar por encima del hombro, vio que Imogen iba tras él seguía a escasa distancia y que Garza iba el último, seguido del camello de carga.

Un camello al galope se parece más a un potro salvaje corcoveando que a otra cosa, y Gideon se aferraba desesperadamente a los aros de su silla mientras avanzaban en la arena dando brincos y sacudidas. El golpeteo de las patas de los camellos en el suelo era como un ritmo de tambor que acompañaba los chillidos y los gritos de Barbanegra y sus guerreros.

Entraron en el angosto cañón y las paredes se estrecharon rápidamente. Tenía el suelo de arena y grava, casi llano, y empinadas paredes de arenisca erosionada a cada lado. Gideon volvió a fustigar a su camello; compadecía al animal, pero temía lo que pasaría si los atrapaban. Imogen permanecía cerca, pero Garza, que tiraba del camello de carga, tenía problemas para seguirles el ritmo porque el animal sin jinete se mostraba reacio a correr tanto como los demás. Gideon se alegró de que hubieran tenido la precaución de atar bien los fardos del tesoro; los movimientos del camello eran tan violentos que parecía que las alforjas fueran a salir volando en cualquier momento.

De los gruesos labios del camello escapaban babas que salpicaban a Gideon en la cara y las extremidades. Sus perseguidores se encontraban ahora cerca del pie del sendero, no tardarían en llegar al llano; por desgracia, las leyendas celosamente conservadas sobre el Valle de los Demonios no habían disuadido a Mugdol de vengarse.

El estrecho cañón formaba una curva gradual a la derecha y luego giraba trazando un arco a la izquierda. Gracias a Dios, pensó Gideon, contaban con la luz de la luna. Aunque cada ventaja que los beneficiaba a ellos beneficiaba también a sus perseguidores. Si aquello se convertía en una carrera al galope, perderían. Imogen había elegido buenos camellos, pero Barbanegra y su grupo eran unos jinetes muy superiores. Los alcanzarían inevitablemente, y en breve, y entonces empezaría la matanza.

Mientras corrían por el cañón, la mente de Gideon sopesaba las distintas posibilidades. Contaban con una ventaja: las ballestas. Barbanegra y su banda ni siquiera tenían arcos; solo lanzas y dagas. Eso los situaba en una posición ventajosa, siempre y cuando no se viesan obligados a luchar cuerpo a cuerpo. Más les valía evitar cualquier tipo de pelea.

—¡No podemos dejarlos atrás! —gritó Imogen.

—¡Ya lo sé! ¡Estoy pensando!

—¡Pues piensa más! ¡Se están acercando!

Pero a Gideon, invadido por el pánico y zarandeado como un muñeco de trapo, le costaba pensar. El cañón giró otra vez, y el uadi descendió ligerísimamente. Un cañón lateral por la derecha y otro por la izquierda, y luego más y más, por los dos lados desembocaban arroyos secos en el uadi principal. ¿Podrían huir por uno de ellos? Sus huellas los delatarían, y además ninguno prometía gran cosa; todos parecían cerrarse, y eso los dejaría atrapados.

«Las ballestas.» Si se adentrasen en uno de los cañones laterales, contasen

con la ventaja táctica de la altura y afianzaran una posición desde la que disparar a sus perseguidores cuando pasasen por debajo, podría dar resultado. Pero tenían que hacerlo enseguida, mientras los guerreros estuvieran todavía lo bastante atrás.

—¡Correr sin más es una estrategia inútil! —gritó Garza.

El cañón principal volvía a estrecharse más adelante, pero a la derecha un sinuoso uadi parecía formar un camino que subía hasta una hondonada baja situada por encima del cañón principal. Era el escenario exacto que Gideon estaba buscando. Si conseguían subir allí a tiempo, dispararían con las ballestas a Mugdol y sus jinetes cuando pasasen..., y con total impunidad, ya que había demasiada altura para que les arrojasen lanzas.

—¡A la derecha! —gritó por encima del hombro—. ¡Vamos a subir!

Ninguno se opuso. Cuando entraron al galope en el uadi lateral, con el lecho cubierto de piedras, Gideon se vio obligado a reducir la velocidad. Soltó las riendas y el camello avanzó con cuidado sobre los cantos rodados. Cuando el arroyo seco siguió hacia un estrecho desfiladero, los animales ascendieron a trompicones, jadeando de agotamiento, entre paredes de piedra. Pronto llegaron a un montón de rocas caídas que dejaban muy poco espacio para pasar.

—Esto es demasiado difícil para los camellos —dijo Imogen—. Tenemos que bajar y seguir andando.

Se apearon, agarraron a los animales por los cabestros y los guiaron por aquel difícil terreno. Subieron y subieron hasta que el uadi se perdió en la depresión que Gideon había visto desde abajo. Giró a la derecha y salieron a la cumbre que dominaba el cañón. Era un escenario perfecto para una emboscada. Oía cada vez más fuertes los gritos de los guerreros, que galopaban por el cañón.

—Atad los camellos —ordenó al tiempo que agarraba su ballesta—.

Dispararemos cuando dé la señal.

Ataron los cabestros en las rocas y subieron a gatas por el borde del precipicio hasta un saliente sobre el cañón. El tremendo estrépito de los guerreros se volvió aún más fuerte.

—Cuando aparezcan, no apuntéis a los hombres —dijo Gideon—. Disparad a los camellos. Son un blanco más grande.

—Y una mierda —repuso Garza—. Pienso matar a Barbanegra a la primera de cambio.

Una ola de ruido procedente de abajo interrumpió la respuesta de Gideon. Miró el cañón bañado de luz de luna y vio al primer jinete que giraba en el recodo —Barbanegra— seguido de los demás, con las túnicas ondeando.

Gideon preparó una flecha y trabó la ballesta. Los otros hicieron lo mismo. Tenían los carcajes al lado, con una docena de flechas listas para disparar por cabeza.

El grupo avanzaba con gran estruendo por el cañón. Gideon apuntó al camello situado inmediatamente detrás de Barbanegra, lo siguió y esperó a tenerlo a tiro.

—¡Fuego! —Las tres ballestas chasquearon, y los dardos con punta de bronce salieron disparados hacia abajo.

Dos camellos cayeron con un bramido y sus jinetes salieron despedidos con las túnicas dando vueltas. Tras un momento de confusión, los demás tiraron de las riendas de sus camellos, desenvainaron las lanzas y los buscaron con la mirada. Mugdol, ileso, dio media vuelta y gritó una orden señalando su posición elevada. Mientras tanto los tres habían cargado sus ballestas con nuevos dardos. Gideon apuntó al camello de Mugdol y disparó, y los otros dos siguieron rápidamente su ejemplo.

—¡Seguid disparando! —gritó.

Barbanegra bramó otra orden e hizo señas a sus guerreros para que no se

detuviesen y escapasen de la línea de fuego. Los jinetes fustigaron a sus camellos para que siguiesen arroyo abajo, en dirección al uadi que subía hasta la emboscadura del trío, y abandonaron a los jinetes cuyos animales habían resultado heridos.

—Vienen a por nosotros —anunció Imogen.

—¡Volved a disparar!

Consiguieron abatir a otro camello disparando por tercera vez a la retaguardia de los guerreros, pero la horda pasó y no tuvieron ocasión de disparar por cuarta vez.

—Hora de volver a escapar —murmuró Garza.

Se echaron las ballestas y los carcajes al hombro, subieron de un salto a sus camellos y los pusieron en marcha de un fustazo. Los animales se levantaron con nuevos bufidos y bramidos.

—¿En qué dirección? —gritó Imogen.

—Al oeste. Seguiremos la cumbre de la cresta.

A medida que aceleraban hasta poner los camellos al galope, Gideon empezó a oír el ruido y los chillidos de sus perseguidores subiendo a toda velocidad por el empinado uadi. Pronto sus figuras cubiertas con túnicas aparecieron en la cima, y los gritos se redoblaron. Con Barbanegra todavía en cabeza, enfilaron la cresta y los persiguieron a una velocidad vertiginosa.

—¿Adónde vamos? —chilló Imogen huyendo a la carrera.

—¿Quién sabe? —contestó Gideon.

Sus camellos galopaban a una velocidad bárbara, sus pezuñas disparaban grava en todas direcciones. Al mirar al frente, Gideon vio que la cresta avanzaba cuesta abajo en línea recta. Había profundos cañones a cada lado, crestas paralelas y aún más cañones, todos en un ángulo descendente. Más adelante, a muchos kilómetros de distancia, las estribaciones terminaban en una llanura iluminada por la luna que parecía no tener fin.

Miró atrás y vio que Mugdol se acercaba —la lanza en una mano, las riendas en la otra— seguido del resto de los guerreros. Se encontraban a solo cuatrocientos metros más o menos. Gideon redobló sus esfuerzos apremiando a su camello.

—¡Más rápido! —gritó Imogen—. ¡Tenemos que ir más rápido!

Pero Garza se había quedado atrás y se afanaba por arrastrar al camello de carga.

Gideon frenó un poco.

—Manuel, adelánteme. Yo azotaré el trasero de ese vago.

—Mucho promete.

Imogen y Garza pasaron delante y, cuando lo hicieron, Gideon miró atrás para ver lo rápido que Barbanegra se estaba acercando. Le sorprendió descubrir que sus perseguidores parecían haberse esfumado.

—¿Adónde han ido? —preguntó Imogen.

Gideon levantó la mano e indicó silencio.

Se detuvieron. Y entonces, en la quietud, distinguieron un tenue pero poderoso galope en los cañones de abajo, y parecía proceder de los dos lados.

—Se han dividido —dijo Imogen aguzando el oído—. Nos están rodeando por cada lado para cortarnos el paso en un movimiento de pinza.

—Entonces tenemos que hacer algo que no esperen —propuso Garza—. Como dar la vuelta.

—No vamos a volver —declaró Gideon.

—No, no. Damos la vuelta, seguimos la cresta un trecho, nos metemos en un cañón lateral y luego subimos a una de esas crestas colindantes y nos dirigimos otra vez al oeste.

—Es un plan ingenioso —opinó Imogen.

—Mierda —dijo Gideon—. De acuerdo.

Hicieron girar a sus camellos y volvieron a subir con Imogen a la cabeza. Esta vez avanzaron más despacio, procurando hacer el menor ruido posible. Al cabo de unos cuatrocientos metros más o menos, llegaron a una pendiente que llevaba al cañón de la derecha, pero el terreno era demasiado empinado para bajar a lomos de los camellos. Los animales estaban agotados, les palpitaban los costados, pero franquearon la pendiente rocosa sin protestar. Pronto llegaron al fondo arenoso del uadi, volvieron a montar y avanzaron al trote. Después de seguir el cañón otros cuatrocientos metros, apareció una pendiente a la derecha que ofrecía una vía para subir a la cresta colindante. Salieron del arroyo y ascendieron una vez más; los camellos se esforzaban por no perder pie. A media cuesta, con las monturas bufando y quejándose, Gideon distinguió abajo el delator ruido sordo de unas pezuñas de camello; resonaba en los cañones.

Levantó la mano.

—¡Escuchad!

Para su sorpresa, el sonido provenía de delante de ellos. De algún modo,

Mugdol había logrado cerrarles la vía de escape y ahora regresaba. Una nube de polvo plateada, iluminada por la brillante luz de la luna, se levantó en una cresta cercana empujada por la brisa. Estaban a punto de cortarles el paso.

—¡Atrás! —gritó Gideon—. ¡Volvamos al cañón!

Una vez más, hicieron dar la vuelta a los camellos y los lanzaron cuesta abajo por la pendiente que acababan de subir. Los animales protestaron corcoveando y Gideon se agarró con las dos manos a la lazada delantera de la silla en un intento de no caerse. En la parte más empinada, Gideon oyó un grito: el camello de Imogen había perdido pie y resbalaba hacia abajo sobre las piedras sueltas. El animal giró hacia un lado y cayó sobre un costado. Imogen saltó en el último momento y evitó por los pelos que el animal le cayese encima. El camello dio una voltereta lateral gritando de miedo y agitando sus larguiruchas patas en el aire.

Gideon refrenó a su camello y, sujetando el cabestro, saltó por el lado ascendente de la pendiente y corrió hacia Imogen tirando del camello. Estaba tumbada en la pendiente arenosa, aturdida y sucia. Arriba, Barbanegra había aparecido en la cima, a menos de trescientos metros. Soltando un grito triunfal, lanzó a su camello cuesta abajo a toda velocidad, seguido por una docena de guerreros montados.

Garza, que había frenado a su camello justo detrás del de Gideon, se descolgó la ballesta del hombro, colocó una flecha en la ranura y apuntó hacia arriba. Disparó. Se oyó un grito, y un camello se despeñó.

—¿Estás bien? —preguntó Gideon arrodillándose junto a Imogen.

—Conmocionada. —Trató de ponerse en pie e hizo una mueca—. Ayúdame.

Él la agarró por los hombros y la ayudó a levantarse. Tenía un corte en la frente, y un reguero de sangre manaba hacia la sien. Él se lo limpió con su túnica.

Ella le apartó la mano.

—Súbeme al camello —dijo tambaleándose un poco.

Tirando de su montura y procurando no escuchar los gritos de la horda, Gideon la ayudó a llegar hasta su camello, que hacía esfuerzos por levantarse. Milagrosamente, el animal se había raspado un poco pero seguía sano y salvo. Garza disparó otra vez, y luego otra, y frenó la carga que bajaba hacia ellos.

—Agarra la cuerda del camello —dijo Imogen con voz entrecortada—. Tira hacia arriba.

Gideon lo hizo, y el camello recobró el equilibrio lanzando un rugido de furia. Gideon la subió a la silla.

—¡Vámonos! —gritó ella.

Gideon se volvió a tiempo para ver cómo la última flecha de Garza destellaba en el aire y se clavaba en el pescuezo del camello de Mugdol. El animal se encabritó con un chillido furioso, cayó de lado y lanzó a su jinete dando volteretas por los aires. Gideon no esperó a ver más. Se agarró a la silla de montar, subió, se bamboleó adelante y atrás y su camello salió desbocado detrás de los otros. Llegaron al fondo del cañón y se dirigieron al oeste. Pero sus perseguidores solo se habían detenido por un corto espacio de tiempo, y Mugdol, aparentemente ileso, les pisaba los talones montado en otro camello. Se encontraba a menos de cien metros y se acercaba rápido. Gideon no veía ninguna escapatoria; solo un largo cañón de lados escarpados que se iba estrechando. Los chillidos alcanzaron un crescendo triunfal cuando la banda comprendió que estaba a punto de atrapar a sus presas.

Conforme corrían por el riachuelo arenoso, el desfiladero se volvía cada vez más angosto, precipicios de piedra negra cortados a pico. No había forma de subir ni de salir de allí; solo podían seguir adelante. Era una carrera que no tardarían en perder. Los gritos de guerra de sus perseguidores resonaban de forma espeluznante en las paredes del cañón. Casi tenían a Barbanegra y sus hombres encima.

Gideon oyó gritar a un camello, se volvió y vio que la montura de Garza se caía; una lanza le asomaba del costado. Frenó a su camello, le hizo dar la vuelta y se descolgó la ballesta. Imogen hizo lo mismo.

Garza se levantó con dificultad, agarró la cuerda del camello de carga, se montó en él de un salto y dio la vuelta al tambaleante animal para situarse de cara a sus atacantes.

—¡No se detengan! —gritó a Gideon mientras echaba mano a su ballesta, la trababa y lanzaba una flecha a la horda que se acercaba. Casi no le quedaba munición.

—¿Qué hace?

—¡Les estoy salvando el pellejo! —Garza disparó otra flecha a la barrera de jinetes que se abalanzaban sobre él, empujándose unos a otros a medida que las paredes del precipicio se estrechaban y los obligaban a juntarse.

—¡No puede luchar contra todos! —protestó Gideon con incredulidad.

—¡Y un cuerno! ¡Lárguense!

Garza consiguió lanzar su última flecha y se encontró súbitamente dentro del fragor de la batalla: los primeros guerreros lo alcanzaron, algunos incluso chocaron con su montura en medio del ruido de las lanzas, los chillidos salvajes de los camellos y los estridentes aullidos de los hombres. Gideon, horrorizado, vio a su amigo rodeado de una extraña luz que destellaba y parpadeaba en brillantes tonos de amarillo, rojo, azul y verde: el oro y las piedras preciosas, con los que tanto habían soñado y que tanto esfuerzo les había costado sacar de la cámara del tesoro, saltaron por los aires de las alforjas reventadas y ocultaron a Garza tras una cortina de incalculable valor. El camello se revolvía y corcoveaba, y de las talegas rotas manaban arcos de piedras relucientes.

—¡Garza!

El hombre y su aureola brillante quedaron ocultos cuando una enorme nube

de polvo descendió y cubrió la escena de la batalla. Lo último que Gideon vio fue a Garza siendo derribado de su camello. Ballesta en mano, en medio de un furioso tumulto de guerreros, bloqueaba el angosto paso como el rey Leónidas en la batalla de las Termópilas.

—¡Garzaaa! —gritó Gideon.

—¡Gideon! —chilló Imogen—. Si no nos vamos ya, estamos acabados. ¿No ves que lo hace para salvarnos?

Gideon hizo dar la vuelta a su camello y siguió a Imogen, que fustigó a su montura y la forzó a correr a un ritmo frenético mientras notaba el escozor de las lágrimas en sus mejillas. Habían perdido a Garza, habían perdido el tesoro, lo habían perdido todo menos la vida. A medida que recorrían el estrecho cañón, el estrépito de la batalla disminuyó. Poco a poco el desfiladero empezó a abrirse. Siguieron trotando, los camellos adquirieron un ritmo de agotamiento mecánico. Parecía que llevaban horas cabalgando a ese paso, y entonces, de repente, fue como si cruzasen un portal mágico a un vasto desierto que se extendía hasta el horizonte infinito, con las estrellas y la luna en lo alto y el soplo de una brisa fresca. Sin que nadie se lo indicase, los camellos redujeron el paso y siguieron andando pesadamente.

Habían dejado atrás el territorio tribal. Cuando Gideon se obligó por fin a mirar atrás, lo único que vio fue un caos aparentemente impenetrable de desfiladeros, picos, precipicios y macizos que se amontonaban, capa tras capa, hasta la cima lejana de Gebel Umm, plateada a la luz de la luna. Continuaron en silencio hacia el este a través del inmenso desierto en dirección al río Nilo.

El sol carmesí descendía tras una hilera de palmeras mustias que bordeaban la orilla occidental del Nilo mientras el viejo barco traqueteaba en su avance hacia el norte escupiendo un chorro de humo de gasóleo. Apoyados en la barandilla, Imogen y Gideon contemplaban en silencio cómo desfilaba el paisaje a la luz de la tarde. Después de escapar de la montaña y de sus perseguidores, el viaje se convirtió en una travesía infernal de cuatro días por el desierto abrasador. Los espejismos de agua a lo lejos los asediaron tanto que cuando por fin llegaron a orillas del lago Nasser, Gideon no podía creer que fuera real. Un camino de tierra los había llevado hasta un pueblo polvoriento en la orilla opuesta de la famosa atracción turística de Abu Simbel. Tenían las túnicas tan sucias y las caras tan quemadas por el sol que más de una persona los había confundido con mendigos locales y había intentado ahuyentarlos. En Abu Simbel, un hombre perpetuamente risueño y con un único diente de oro les había pagado una ridiculez por los camellos y las sillas de montar. Estaban demasiado cansados para discutir. Luego había tenido la amabilidad de ayudarlos a comprar los billetes para la travesía en barco a El Cairo y había discutido acaloradamente con el vendedor para que les redujese el precio a una cantidad que pudieran permitirse, teniendo en cuenta lo poco que él les había pagado por los camellos. El *Queen Nefertiti*, a pesar de tan grandilocuente e irónico nombre, era un desvencijado barco turístico que había conocido tiempos mejores. Les reservaron plaza para la

travesía de tres días en dos camarotes sin ventanas en la barriga del barco, cerca de los vibrantes motores.

No tenían nada: ni pasaportes, ni dinero, ni ropa occidental. Gideon confiaba en conseguir un pasaporte nuevo en la embajada de Estados Unidos de El Cairo. Imogen había prometido pedir dinero y prestarle el precio del billete de avión para volver a Nuevo México.

Inclinado sobre la barandilla y mirando pasar las aguas revueltas y embarradas del Nilo, se sentía casi paralizado de pena por la pérdida de su socio. Pensó una vez más que nunca había conocido a un hombre con un valor tan extraordinario. Y no solo por frenar a sus atacantes al final, sino por su actitud durante todo el viaje: salvando niños en el transbordador que se hundía pese a no saber nadar o rescatando a la hija del jefe de las garras del leopardo. Había muerto de una forma horrible, hecho pedazos por Barbanegra y sus hombres. Esperaba que Dios hubiese sido rápido: la idea de que Mugdol hubiese atrapado a Garza con vida lo ponía enfermo.

Imogen había permanecido callada durante casi todo el viaje. Observaron pensativos cómo el sol desaparecía por debajo del horizonte y la luz pasaba del amarillo al verde y a un extraño color malva propio del desierto. Se fijó en que Imogen había apoyado su cuaderno sucio sobre la barandilla y había empezado a pasar reflexivamente sus toscas páginas.

—Si no hubiésemos parado a robar la cámara del tesoro —dijo Gideon pensando en voz alta—, si hubiésemos seguido adelante, Manuel continuaría vivo. No puedo dejar de pensar que yo tengo la culpa de que haya muerto.

—No digas eso. Lo único que consigues así es quitar valor a su sacrificio. Además, decidisteis juntos robar el tesoro. —Vaciló un instante y acto seguido se volvió hacia él—. Escúchame, Gideon. —Habló rápido; las palabras salían de su boca como si llevase días conteniéndolas—. Tenemos que decidir qué vamos a decir de todo esto. Me refiero a cuál será nuestra versión.

—¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Creo... creo que no deberíamos decir nada.

—¿Sobre el tesoro?

—En general.

—¿Por qué?

Imogen se quedó callada largo rato.

—¿Te acuerdas de lo que pensé que había descubierto en aquella cámara?

Una formulación temprana, un primer borrador, por así decirlo, de los Diez Mandamientos. Grabados por el faraón Akenatón.

—Me acuerdo.

—En mi opinión, es una prueba más de que Akenatón fue el padre del monoteísmo... y con ello cambió el mundo.

—Pero yo creía que Moisés recibió los Diez Mandamientos directamente de Dios en la cima del monte Sinaí.

—Una historia genial, ¿verdad? Y una forma magnífica de legitimar una nueva religión. Pero lo que encontré en el armario dorado parece demostrar que Akenatón formuló los Diez Mandamientos antes, en Egipto. Cuando los egipcios rechazaron el monoteísmo después de su muerte, un seguidor (probablemente llamado Moisés) se fue de Egipto con otros seguidores de la nueva religión.

—En busca de Israel.

—Sí.

—Es de locos.

—No, no lo es. La idea ni siquiera es nueva. Sigmund Freud, nada menos, afirma en su libro *Moisés y la religión monoteísta* que Moisés era egipcio. Algunos investigadores bíblicos han llegado a decir que Akenatón era Moisés, expulsado de Egipto con sus seguidores.

—¿Y qué tiene que ver eso con que no hagamos público el descubrimiento?

—Ya voy. Las inscripciones que descifré indican que hubo una escisión entre los monoteístas. Después, Moisés guio a un grupo, el principal, a Israel. Pero otro grupo mucho más pequeño se separó de ellos y se dirigió hacia el sur, a Gebel Umm. Ellos fueron sin duda los antepasados de nuestra pequeña tribu. Grabaron los mandamientos en la tablilla y la guardaron en el armario dorado, su propia Arca..., cuya ubicación se registró en el disco de Festo. No han crecido con los siglos, como bien sabes, pero es probable que empezaran siendo un grupo mucho más numeroso. Y, como hemos especulado, también es posible que otros seguidores llevaran varios de esos discos a otros rincones del mundo para hacer proselitismo.

—¿Por qué se separaron los dos grupos?

—Bueno... —Su voz, que antes tenía un tono urgente, se fue apagando—.

Diferencias doctrinales.

—¿A qué te refieres?

—El grupo que huyó hacia el sur tenía un Undécimo Mandamiento.

—¿Once mandamientos?

Sonaba a chiste.

—El once es el número más sagrado de la numerología egipcia. Un antiguo egipcio no quedaría satisfecho teniendo tan solo diez.

—¿Qué decía ese Undécimo Mandamiento?

Imogen sacudió la cabeza.

—¿Tan grave es?

—No era un mandamiento como lo entendemos en la actualidad —dijo ella—. Era... era más bien una profecía inquietante. «Declaración» sería una palabra más acertada. Una declaración sobre el carácter del dios único.

—¿Y bien? Suéltalo. Deja de andarte con rodeos.

—Es tan raro que no estoy segura de que mi traducción sea exacta. Además... no me gustaría cargarte con eso.

—Me tomas el pelo, ¿no? ¿Cargarme con qué?

Ella sacudió la cabeza.

—Confía en mí, es mejor que no lo sepas. Ni tú ni nadie.

—¿Para ti es una carga?

—Te lo diré de otra forma: daría casi cualquier cosa por no haberlo leído.

A él se le escapó la risa.

—No me digas que te lo has creído... Acabas de decir que no estás segura de la traducción. Y no estamos hablando de la palabra literal de Dios; no eran más que un grupo de marginados y herejes del Antiguo Egipto o algo parecido. Los falsos profetas no escaseaban en esa época.

Ella no dijo nada, siguió dando vueltas a su cuaderno entre las manos como si fuese una especie de piedra antiestrés.

—Lo importante es que no podemos contarle a nadie lo que hemos encontrado. Invadirían a la tribu y la destruirían. Todos los secretos que han guardado celosamente durante tantos siglos terminarían en museos. La tribu sería realojada en viviendas de acogida y con el tiempo dejaría de existir. Y el mundo se convertiría en un lugar más pobre.

—¿Y la muerte de Manuel? ¿Qué les decimos a sus hermanos?

—Que fue muy valiente, que nos salvó la vida y murió en una expedición en el desierto. —Imogen lo miró—. Supongo que no le contasteis a nadie vuestro descubrimiento, ¿verdad? Me refiero al secreto del disco de Festo.

Gideon negó con la cabeza.

—No. Tampoco nos habrían creído. La única prueba que tenemos son esas notas que tú tomaste.

—Oh, sí, alguien nos creería —dijo Imogen.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque... —titubeó, se percibió un ligero temblor en su voz—. Sé que Eli Glimm nos creería.

Gideon la miró fijamente, estupefacto.

—¿Conoces a Glinn?

—Soy su sobrina.

Gideon se quedó mudo, intentaba procesar la información.

—Eli me ayudó cuando me quedé huérfana en un accidente de avión. Me mandó a la Westminster School y al Balliol College. Estudié un posgrado en Oxford. He trabajado por mi cuenta como arqueóloga y egiptóloga en El Cairo. Un buen día me llamó para pedirme un favor inesperado: un encargo. Me explicó que había descubierto que tú y Manuel habíais robado la traducción del disco de Festo y que por lo visto os dirigíais a la ubicación que revelaba. Había conseguido seguiros la pista hasta Safaga. Me pidió que os convenciera de que me dejaseis participar en vuestra expedición y le informara de lo que encontraseis.

—¿Y aceptaste? ¿Así, sin más?

—No podía decirle que no. Además... —Hizo una pausa—. El Imperio Medio de Egipto es mi especialidad. Y no era la primera vez que trabajaba para la EES.

Gideon se sintió traicionado. La miró fijamente.

—¡Serás mentirosa...!

Ella se encogió de hombros.

—Nos mentimos mutuamente desde el principio.

—Puede, pero al final yo te conté la verdad.

—Y yo también.

Gideon se disponía a replicar, pero no se le ocurrió nada. Ella tenía razón.

—Entonces, ¿vas a informar a Eli?

—Por supuesto.

—¿Qué vas a decirle?

—Que no hemos encontrado nada.

—¿De verdad? ¿Por qué? ¿Por qué aceptaste la misión y arriesgaste la vida si no ibas a cumplirla hasta el final?

—Tenía intención de cumplirla hasta el final. Pero después de todo lo que ha pasado..., en fin, no puedo delatarte. —Miró hacia la otra orilla—. No creas que es fácil para mí. Conozco a Eli y su comportamiento mejor que tú, pero fue como un padre para mí. O al menos lo intentó.

—Ya.

Ella estalló.

—Se portó muy bien conmigo, y lo hizo lo mejor que pudo.

—¿Y qué le dirás de Manuel? ¿Y de la cámara del tesoro... y la tablilla?

—Me aseguraré de que quede satisfecho. Le informaré a través de nuestro canal extraoficial de que Manuel murió y fue enterrado en el desierto, de que la expedición ha sido un fracaso absoluto, y de que tú te has ido, decepcionado, a tu cabaña a... —Su voz se fue apagando.

—¿A qué?

Ella tardó en contestar.

—Eli también me habló de tu enfermedad terminal.

—Cómo no. —Gideon vio que a ella se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Mira, cuanto más os conocía a los dos, sobre todo después de que llegásemos al pueblo, más me daba cuenta de que quería estar en vuestro bando, no en el de Eli. Sobre todo quería estar de tu parte, Gideon, porque... —Se detuvo como si deseara elegir bien las palabras—. En fin, no sé cuántas veces he querido contarte todo esto, pero nunca me parecía el momento adecuado. Lo siento.

Gideon sacudió la cabeza. Todo aquello era demasiado. Perder el tesoro, perder a Manuel y ahora esa confesión. Eli Glinn. Una secta que creía en un misterioso y al parecer terrible Undécimo Mandamiento. «Queda muy poco

tiempo.» Obviamente, ella no quería enamorarse de un hombre moribundo. Nada de aquello parecía real.

—Deberíamos aclarar nuestras versiones —dijo Imogen con voz más firme — y asegurarnos de que nadie descubre nunca lo de la cámara. ¿Lo entiendes? Nadie debe saberlo.

—Tú lo has dicho: me vuelvo a mi cabaña. A morir.

Ella se estremeció, como si sufriese. Titubeó un instante. Y acto seguido — él no supo si impulsiva o premeditadamente— lanzó el cuaderno al Nilo, donde cabeceó un momento y luego se hundió en el agua turbia.

—Cuando el mundo esté preparado, se abrirá la cámara —dijo—. Y la verdad se sabrá si decidimos creerla.

Epílogo

El sol estaba bajo cuando Gideon acabó de recorrer la carretera llena de baches que llevaba a su cabaña, aparcó junto al desvencijado cobertizo repleto de leña y apagó el motor. Echó un vistazo alrededor y evaluó el paisaje con la mirada: ese año el verano llegaría pronto. Se apeó silbando entre dientes una melodía desafinada y sacó un fajo de cartas y una pequeña bolsa de la compra del asiento del pasajero. Un largo y estrecho *pain d'épi* sobresalía de la bolsa como el asta de una bandera; aunque se consideraba un chef de primera, el arte de hacer pan siempre se le había resistido. Además, en Santa Fe había una panadería donde hacían el mejor pan francés que había probado a ese lado de la Rive Gauche.

Subió al porche, abrió la puerta mosquitera con el pie —a tanta altura y tan lejos de la civilización nunca se molestaba en cerrar nada con llave— y atravesó el salón con vigas de madera hasta la cocina, sobre cuya encimera lo dejó todo. Sin parar de silbar —la cancioncilla desafinada se había transformado en «Confirmation», de Charlie Parker—, apartó la correspondencia y sacó la comida de la bolsa: pan, queso, rúcula, un cuarto de kilo de culatello de Zibello y otras exquisiteces, que guardó en los sitios correspondientes. Se enjuagó las manos en el fregadero, se las secó con un paño de cocina y miró alrededor. ¿Se había olvidado de algo?

No. No se había olvidado de nada.

La cabaña estaba muy silenciosa, solo se oía el susurro de la brisa entre los grandes pinos amarillos. Mientras escuchaba el murmullo de los pinos, reparó

en la extraña sensación de haber hecho todo lo necesario. No solo haber pagado los impuestos que le correspondían o haber terminado la novela de E. M. Forster de la mesilla de noche o haber reparado la gotera rebelde del tejado, sino todo. Echó un vistazo a la cabaña posando la mirada en una posesión preciada tras otra. Le había llevado años encontrarlas, coleccionarlas, incluso robarlas, pero había sido cuestión de días decidir su destino definitivo. Todos sus cuadros irían al Museo de Arte de Nuevo México. Sus queridos utensilios de cocina —las sartenes de cobre, los rodillos franceses y la sartén de hierro restaurada con tanto mimo que había heredado de su abuela— serían para un amigo chef de Los Álamos. Y su orgullo —una antigua manta navaja de Red Mesa que cubría su cama— sería para Alida Blaine... si la aceptaba. En cuanto al resto, cabaña incluida, seguiría abierto y a disposición de quien quisiera utilizarlo... hasta que el tiempo y el deterioro, que acababan llevándose todo, los reclamasen.

Gideon era consciente de que en las dos semanas que habían transcurrido desde que había vuelto de Egipto esos períodos de reflexión eran más frecuentes. Durante la expedición, y sobre todo durante su estancia con la tribu y su huida, había estado demasiado ocupado para pensar en su estado terminal. Sin embargo, ahora que estaba en casa y, por suerte, no había tenido noticias de Eli Glimm, el silencio y la soledad le habían permitido detenerse a pensar en el poco tiempo que le quedaba.

Lo más extraño era que se sentía estupendamente. Como si gozara de una salud excelente. Había salido sano y salvo de las terribles experiencias vividas en el sur de Egipto. Si acaso, ahora estaba más en forma que nunca. Qué gran ironía que las palabras de Glimm —pronunciadas en su primer encuentro con Gideon— le vinieran ahora a la memoria: «En estos casos el final suele llegar muy rápido y sin previo aviso. Llevará una vida normal

durante aproximadamente un año y luego morirá muy deprisa, de manera fulminante».

«Aproximadamente un año.» Existía una posibilidad, pequeña pero sin duda cuantificable, de que durase más. El futuro era inescrutable por naturaleza, y los milagros ocurrían. ¿Y quién sabía si el extraño «loto» que había ingerido en la isla perdida, y que tanto había mejorado la salud de Glinn, había paliado de alguna manera su enfermedad? Sin embargo, no parecía muy probable considerando lo que el neurocirujano había dicho al examinar la última resonancia magnética de su cráneo: «La malformación ha seguido la evolución típica, por desgracia. De modo que sí, yo diría que unas cuantas semanas es un cálculo de tiempo probable».

Y eso había sido hacía más de dos meses.

Los silbidos de Gideon se fueron apagando. Sacó el móvil del bolsillo, lo conectó a un altavoz portátil Bose, abrió Spotify y seleccionó una de sus *playlists* de jazz: a Charlie Parker le salía mucho mejor «Confirmation» que a él. Los sonidos de un saxofón tenor inundaron la cabaña, y Gideon dejó el teléfono. Le asombraba que la conexión a internet de banda ancha llegara a un sitio tan apartado. Incluso en una vida relativamente breve como la suya, el mundo había cambiado, y muy rápido.

Moviéndose con más determinación, animado por los *riffs* de bebop de Bird, dejó el *pain d'épi* en su tabla de cortar marca Boos. Cortó dos puntas crujientes y, tras partir cada una por la mitad, preparó rápidamente unos bocadillos con el jamón curado, la rúcula y el camembert, añadió alioli de trufa que había elaborado el día anterior y le dio el toque final con un chorrillo de vinagre balsámico. Puso los dos bocadillitos en un plato, se metió la correspondencia debajo del brazo, cogió una botella de Lagavulin y un vaso y —manteniéndolo todo en precario equilibrio— volvió a abrir la puerta

mosquitera con el pie, salió al porche y se sentó en una de las dos sillas de madera Adirondack deterioradas por la intemperie.

Se recostó y examinó el entorno. La sierra de Jémez se alzaba protectora alrededor del valle en forma de cuenca que abrazaba su casa, con sus vertientes salpicadas de majestuosos pinos amarillos. Al fondo, el valle descendía abruptamente hasta unas lejanas estribaciones que terminaban en los agrestes desiertos rojos de Nuevo México. El cielo era de un azul claro, puntuado aquí y allá de cirros que parecían pinceladas japonesas. Gideon se sirvió un generoso chorro de whisky escocés, cerró los ojos y bebió un trago largo y reverente. Retuvo el fuerte whisky puro de malta en la boca un momento y se lo tragó, abrió los ojos y centró la atención en las cartas.

No había muchas; siempre había conseguido que no lo incluyesen en las listas de direcciones de las empresas. El día antes de partir con Garza a Egipto había pagado las facturas con tres meses de adelanto. Había una carta del departamento de recursos humanos del Laboratorio Nacional de Los Álamos; la tiró como si fuese un disco volador. Había una invitación para dos personas al preestreno especial de una exposición de la obra primeriza de estilo precisionista de Georgia O'Keefe en la Galería Yazzie de Albuquerque. Diez años antes una invitación como esa le habría interesado mucho, aunque movido por un ánimo rapaz y no del todo lícito. Pero había dejado ese tipo de cosas. Además, faltaba más de un mes para el preestreno.

La apartó a un lado y llegó a la última misiva: una maltrecha postal de la Gran Esfinge de Guiza. La cogió con curiosidad. Parecía que hubiera dado la vuelta al mundo una docena de veces. No solo estaba arrugada y manchada, sino que además su dirección se hallaba escrita en una letra casi indescifrable y desgastada por el viaje. El matasello era de El Cairo y tenía fecha de una semana antes. Curiosamente, no había ningún mensaje ni ninguna nota en la tarjeta. Solo un símbolo, garabateado sin asomo de duda con prisa:



Gideon se lo quedó mirando. No podía ser. Pero, por otra parte, tenía que serlo. La postal solo podía ser de una persona: Garza. Y eso solo podía significar una cosa: había sobrevivido.

Sintió una oleada de emoción indescriptible. Garza le había prometido que si se separaban durante la expedición y conseguía sobrevivir se lo haría saber... y había cumplido su promesa. Era increíble. Los había salvado a él y a Imogen, los había ayudado a escapar y encima había logrado sobrevivir a Barbanegra y su horda vengativa. ¿Cómo era posible?

Gideon bebió otro sorbo de whisky y miró la polvorienta postal sacudiendo la cabeza. Sus emociones por fin se desbordaron y empezó a reír a carcajadas. Dio la vuelta a la tarjeta entre las manos. Aquel hombre era la personificación del ingenio, la quintaesencia del superviviente. Como cuando el transbordador se hundió, y él apareció de la nada, contra viento y marea. No le extrañaba que Eli Glinn lo hubiese elegido como teniente. Garza era realmente un gato con siete vidas.

¿Habría recuperado el tesoro? No, eso era mucho pedir. El simple hecho de que hubiese sobrevivido era más que suficiente. Además, Garza habría aprovechado la postal para decírselo.

Gideon se revolvió en el asiento al pensar en aquel enorme tesoro. Metió la mano en el bolsillo de sus gastados vaqueros y sacó una piedra preciosa: un diamante perfecto de intenso color azafrán de unos cinco quilates. Lo levantó al sol, que se estaba ocultando tras el linde de los pinos, y lo maravilló cómo la luz convertía la joya en fuego líquido. Había llegado a casa —solo esta, la única— en el bolsillo interior de su mugrienta túnica y sin que él lo supiera.

De hecho, estaba desempaquetando sus cosas y preparándose para tirar la prenda raída cuando la piedra se cayó.

Colocó con cuidado el diamante en el ancho brazo de cedro rojo de la silla, levantó el bocadillo y le dio un mordisco. Mientras masticaba con satisfacción, pensó en lo que haría al día siguiente. Había una poza a un kilómetro y medio siguiendo Chihuahueros Creek, en la que un tronco caído había topado con una roca grande, y hacía mucho que le tenía ganas. En la honda cuenca de agua situada detrás de esa depresión, intuía que acechaba una vieja y astuta trucha degollada. Había dejado a la trucha tranquila esperando a que ocurriese algo especial. Y ese algo acababa de llegar en forma de postal. Al día siguiente, una *truite amandine* acompañada de un vino de Graves con un toque mineral serían un menú estupendo.

Se terminó el bocadillo y volvió a mirar el pequeño pero exquisito diamante. Solo uno, pero era suficiente.

«Usted sabe el tiempo que se le ha concedido», le había dicho el neurólogo. «Haga algo interesante y que valga la pena con el tiempo que le queda.» Y mientras reflexionaba sobre los hechos de los dos últimos meses —los triunfos, las decepciones, las sorpresas, los momentos de belleza y miedo y avaricia y compasión que habían jalonado la resolución del misterio del disco de Festo—, se dio cuenta de que, en cierto modo, constituían un microcosmos de cómo había vivido su vida de adulto. De que había sido una aventura que sin duda había valido la pena vivir.

Y luego estaba la sorpresa de su conclusión y lo que habían hallado en la cámara del tesoro. Imogen se había negado a contarle lo que significaba; lo que aquel último mandamiento, si es que era un mandamiento, representaba. «Cuando el mundo esté preparado, se abrirá la cámara. Y la verdad se sabrá si decidimos creerla», había dicho.

Gideon bebió otro sorbo de whisky. Se estiró y se puso más cómodo en la

silla. Ese día y esa verdad, meditó, podrían esperar hasta después de que él se hubiera ido. Y a continuación sus pensamientos dieron paso a los recuerdos: cómo había vengado la muerte y la deshonra de su padre; cómo había luchado contra un asesino adiestrado encima de una chimenea que se venía abajo; cómo había robado una página del que tal vez fuese el manuscrito más valioso del mundo y cómo se había salido con la suya; cómo había descubierto una criatura viva que el mundo siempre había relegado al mito y la fábula. Se sacudió esos y otros recuerdos con una sonrisa. Había sobrevivido a suficientes aventuras para llenar varias vidas mediante engaños, labia y peleas. Ahora se avecinaba la aventura definitiva. Cuando llegase ese instante —al día siguiente, a la semana siguiente, al mes siguiente—, estaría preparado para ese misterio.

Pero en ese momento tenía una preocupación más inmediata: una gruesa trucha que dormía en el riachuelo de curso centelleante, oculta tras la elevación del terreno.

Volvió a estirarse y miró el sol poniente guiñando los ojos. Y no le sorprendió ver que le devolvía el guiño.

Nueva York

A unos tres mil doscientos kilómetros al nordeste, el sol se había puesto. En el Bajo Manhattan la noche ya estaba en su apogeo. Eli Glinn, con un trozo de papel en una mano, contemplaba desde las ventanas de su ático en el edificio de Little West con la calle Doce a los *millennials*, los jóvenes de la generación Z y los turistas boquiabiertos que pasaban por delante de los restaurantes y los bares de abajo. Aunque Meatpacking ya no era la zona más de moda de Manhattan —ese honor pasajero correspondía actualmente al

Lower East Side—, los fines de semana seguía llenándose de gente que acudía de otros barrios.

Después de varios minutos sin mover más que los ojos, Glinn se apartó de la ventana y se volvió hacia el interior de su casa. Pese a haber retirado todo el material y los aparatos mecánicos antes necesarios para suplir sus limitaciones físicas, había incorporado muy pocos muebles, y reinaba un sobrio ascetismo zen. Los diversos ordenadores, dispositivos de interceptación de tráfico web y otros aparatos de vigilancia y recopilación de datos que había conservado después de la disolución de Effective Engineering Solutions habían sido relegados al piso de abajo. El resto del edificio había sido alquilado a una productora cinematográfica independiente, cuyos responsables se habían alegrado mucho de encontrar un enorme estudio de sonido —el antiguo laboratorio central de la EES— cerca del extremo meridional de Manhattan.

Glinn avanzó lenta y pensativamente, se sentó en un sillón Egg de Arne Jacobsen de 1958 y volvió a centrar la atención en el trozo de papel. Era una carta escrita con pluma estilográfica y mano segura. Leyó otra vez los últimos párrafos.

No hay nada más que contar. El doctor Crew no sospechó en ningún momento que hacía de espía para ti; como tú habías previsto en la reunión inicial, se interesó más por las posibilidades románticas que por cuestionar mi trayectoria. Y aunque Manuel Garza parecía sospechar por naturaleza de todo el mundo, nunca me relacionó contigo. El doctor Crew y yo nos separamos en El Cairo. Como era de esperar, él volvió a su cabaña en Nuevo México.

Evitamos hablar de la muerte del señor Garza en el desierto arábigo. No quiero parecer sentimental, pero creo que ese hombre murió de desconsuelo. Parecía abrumado por los rigores del viaje y, en especial, por la decepción de no encontrar más que sueños rotos al final del camino.

Para ser sincera, tengo que reconocer que mi papel en esta expedición fallida me ha dejado emocional y espiritualmente agotada. Me marché por un tiempo, tal vez un tiempo

largo, y no estaré disponible ni siquiera para ti. Espero que entiendas que, aunque siempre te estaré agradecida por tus consejos y tu ayuda a lo largo de los años, no creo que en el futuro pueda aceptar más encargos, tío. Pero ten siempre presente que pensaré en ti con cariño dondequiera que esté.

La carta no tenía rúbrica, pero Glinn conocía la letra y podía añadir mentalmente la firma que faltaba: Imogen Blackburn.

Dejó la carta todavía más despacio encima de la mesa Noguchi de cerezo y cristal que tenía delante. Además de darle una educación de primera, Glinn le había enseñado numerosas cosas que no figuraban en el plan de estudios de la Universidad de Oxford: cómo obtener una identidad falsa; cómo blanquear dinero; cómo mentir con éxito en un interrogatorio. Imogen mentía de maravilla cuando quería. Por eso a Glinn le sorprendió que las mentiras de la carta fueran de una falsedad tan evidente.

¿Cuál era el motivo? ¿Se había enamorado del cautivador Gideon Crew? No, Gideon había vuelto a Albuquerque solo; Glinn había comprobado las listas de embarque. ¿Lo había traicionado? Sin embargo, los datos concretos de su carta parecían verdad. Gideon había vuelto a casa sin equipaje. Garza había desaparecido del radar; si no estaba muerto, era como si lo estuviera. Sí, los hechos parecían ciertos, pero Glinn estaba convencido de que la carta, en conjunto, no lo era.

Algo había ocurrido en el desierto del sur de Egipto. Si habían llegado a la ubicación del disco de Festo, cosa que no estaba clara, no se habían llevado nada. Pero ¿habían encontrado algo? ¿Lo habían engañado? Pese a estar seguro de que la carta era una sarta de mentiras, no tenía ni idea de qué parte de verdad podía contener.

Glinn respiró hondo y espiró lento. Al hacerlo, se acordó de la facilidad con que se había acostumbrado a tener otra vez un cuerpo operativo. Un

cuerpo que hacía lo que le mandaban. Resultaba extraño que, después de todos aquellos años de discapacidad, lo hubiera olvidado tan rápido.

Había otra cosa en la que había reparado a fuerza de cavilar —no, esa no era la palabra correcta—, de evaluar su vida en las últimas semanas. Había reparado en que el recuerdo que tenía de Sally Britton —el único amor de su vida, la mujer a la que había perdido por su detestable egocentrismo— había empezado tristemente a desvanecerse. La capitana Britton se merecía algo mucho mejor que caer en el olvido, aunque fuese por un tiempo, por la alegría de haber recobrado el uso de sus extremidades.

Se trataba de un irónico giro del destino que Glinn —maestro de la ironía— advirtió de inmediato. Sin proponérselo, con su exitoso plan para distraerlo y lograr que bajase la guardia, Gideon Crew y Manuel Garza habían vuelto a despertar ese recuerdo. Lo que en un principio Glinn había considerado ira contra ellos dos por haberlo humillado se trataba, en realidad, de ira contra su propio olvido. Verla en aquel vídeo borroso, oír su voz otra vez, lo había obligado a entenderlo. La providencia le había brindado una nueva oportunidad en la vida, y no había mejor forma de vivirla que honrando el recuerdo de Sally Britton y no volver a olvidarla.

¿Qué diría ella si estuviera allí? «Déjalo, Eli.»

«Déjalo.» Gideon Crew: nada que Glinn pudiera hacer cambiaría la situación de Gideon; más valía dejarlo en paz. Manuel Garza: su leal mano derecha en el ejército y durante muchos años en la vida privada; vivo o muerto, su insurrección se había hecho esperar y era disculpable. E Imogen... Imogen debía vivir su vida, y Glinn ya no tenía derecho a entrometerse en ella.

«De poesía no sé mucho, pero lo poco que sé podría compartirlo contigo. Y podría enamorarme de ti, Eli...»

Con la carta en la mano, Glinn se inclinó hacia el único artículo mecánico que tenía en la sala —una destructora de papel con microcorte, con un nivel de

seguridad P-6 según el Deutsches Institut für Normung— e introdujo el papel en él. La hoja se deshizo en confeti con un susurro.

Volvió a sentarse. Su libro de poemas de W. H. Auden estaba en la habitación de al lado, pero no lo necesitó para recordar el episodio que había traído a la memoria. Se trataba de la primera vez que había visto a Sally Britton: en un barrio residencial de New Jersey, enfrente de una pulcra casa de estilo georgiano. Él estaba esperando en la acera, y ella se le había acercado con la autoridad, la disciplina y la seguridad de la capitana de barco que era. Y además era preciosa. Glimm le ofreció un trabajo en el acto. Y, en agradecimiento, ella sonrió y citó a Auden. Cerrando los ojos y recostándose muy ligeramente, en los labios de Glimm se dibujó una levísima sonrisa al recordar sus palabras como si las hubiera pronunciado esa misma tarde:

*Los diossecitos domésticos
han roto todos a llorar,
pero despídete ya, y hazte a la mar.*

Dos meses más tarde

Una extraña bruma flotaba sobre la cuenca del Alto Nilo; el sol, que asomaba lentamente hacia el este, tardó en disiparla y descubrir la inhóspita región conocida como el Triángulo de Hala'ib. Lo primero en iluminarse fueron los kilómetros de arena del desierto sin huellas que se extendían hacia el oeste. A continuación, la luz alcanzó el lento afloramiento de unas estribaciones salpicadas de arroyos secos, anuncio de las montañas más allá. Luego fue el mismísimo Gebel Umm, con su austero pico convertido en llamas por el sol ascendente cuyo fuego descendió por las escarpadas laderas.

Finalmente, elevándose aún más, el sol penetró en el verde intenso del valle que se ocultaba más allá del oasis de niebla. Como un telón al alzarse, dejó a la vista grupos de tiendas, rebaños de cabras, manadas de camellos somnolientos que descansaban bajo las arboledas y —cerca del otro extremo del valle— hileras de campos irrigados: tierra recién preparada y sembrada de trigo o cebada, a juzgar por los retoños verdes que empezaban a brotar del suelo abonado con estiércol. Más adelante, la cortina de luz iluminó una escarpadura en el centro del valle y se posó en la tienda de gran tamaño que había encima, teñida de vivo amarillo y ribeteada con un dibujo geométrico negro; la tienda del jefe de la tribu.

En ese preciso momento la puerta de la tienda se abrió. Fue como una señal, porque inmediatamente después las puertas de todas las tiendas del pueblo se abrieron y sus ocupantes salieron: algunos solos, otros de la mano de sus hijos, esposas o padres ancianos. Avanzaron en silencio hasta reunirse debajo del estrecho promontorio que sobresalía de la escarpadura como la proa de un barco.

Una vez reunidos, una joven salió de la tienda. Era alta y esbelta, tenía los ojos maquillados con kohl e iba vestida con una túnica sencilla pero bonita de una tela de lino que brillaba a la luz. La muchedumbre, que había empezado a murmurar, se quedó en silencio. Todas las miradas se volvieron hacia la oscura entrada de la tienda.

Pasó un minuto y luego dos. Y entonces salió un guerrero: musculoso, bronceado, con barba frondosa y cabello ensortijado hasta los hombros. Llevaba una túnica de color azafrán hasta los tobillos y un cayado alto: símbolo de liderazgo que solo empuñaba el Padre de la tribu. En su cinturón de cuero no llevaba una daga, sino una reluciente espada de acero que era el orgullo del poblado. Lucía una pulsera de molares humanos en una muñeca; en la otra, un reloj de oro de dieciocho quilates.

El jefe se acercó a la joven, y los dos avanzaron hasta el borde del estrecho promontorio —el lugar que los jefes habían empleado durante siglos para dirigirse al pueblo— y allí permanecieron hombro con hombro. El hombre miró a la multitud congregada y acto seguido —con un movimiento repentino— cerró los puños y los levantó a la altura de los hombros alzando el cayado.

—*Ti saji manyechem!* —gritó, y su potente voz resonó a través del valle como una campana—. *Yor hagashna gron'alla samu heamsi epouroun!*

Al oír eso, la multitud prorrumpió en ovaciones.

—*Epouroun!* —gritaron—. *Epouroun!*

Entonces, de una de las tiendas agrupadas detrás de la residencia del jefe salió una anciana con aspecto de bruja, encorvada por la edad, vestida con pieles de cabra y cubierta con un velo. Lentamente, con mucho dolor, se acercó al jefe apoyándose en unos bastones hechos con huesos humanos. Cuando la anciana se puso a su lado, el guerrero se vio flanqueado al mismo tiempo por la extrema vejez y la extrema belleza.

Poco a poco, el jefe bajó los brazos y apoyó la punta del cayado en el suelo rocoso. Con el pecho palpitante, empezó otra vez.

—*Ti saji walikana korog wan... wan...*

Y sin girar la cabeza, murmuró a la vieja por encima del hombro:

—¿Cómo se decía «cosechas»?

—*Susuman* —susurró ella.

—Eso, eso. ¿Y «buena salud»?

Esta vez fue la joven quien contestó.

—*Kango douru.*

El hombre volvió a levantar el cayado y lo sacudió para subrayar lo que quería decir.

—*Ti saji walikana korog wan susuman!* —declaró—. *Wig walikana ne kango douru, epouroun!*

Epouroun era el plural de la palabra que significaba «jefe».

La muchedumbre prorrumpió en otra estruendosa ovación al oír su promesa de poner fin al hambre estacional y la malnutrición gracias a los campos recién plantados, que, regados mediante un ingenioso sistema ideado por el nuevo jefe, garantizarían una reserva abundante de grano durante todo el año.

Garza hizo una pausa para contemplar a la gente, su gente, que gritaba abajo. No le gustaba reconocerlo —después de todo, siempre había trabajado en segundo plano, evitando ser el foco de atención—, pero su alocución diaria se había convertido en uno de sus mejores momentos del día. Mientras que el anterior jefe, su suegro, había empleado su tribuna para esporádicas proclamaciones o avisos, Garza y su esposa Jelena, que gobernaban juntos, hacían uso de ella cada mañana. Los discursos diarios lo obligaban a aprender el idioma, pero además había descubierto que la gente estaba más contenta si la mantenían al corriente de lo que pasaba. Y cada mañana Jelena o Lillaya narraban un relato de la historia y la mitología de la tribu que a Garza siempre le resultaba interesante. Tenían muchos proyectos en marcha; la polea que había fabricado cuando era prisionero y esclavo solo había sido la punta del iceberg. Además de idear un nuevo sistema de riego, había pasado a diseñar y construir fortificaciones más resistentes y a fabricar mejores armas. Había tomado medidas para bloquear y camuflar mejor los accesos. Presentía que algún día, de algún modo, el mundo exterior conseguiría entrometerse hasta allí, pero haría lo que pudiera para que ese momento tardase mucho en llegar. No más aventureros con la desdicha de tropezar con aquel pequeño paraíso; ni más cabezas clavadas en estacas alrededor del foso de decapitación.

Después de volver a respirar hondo, emprendió la siguiente parte de su discurso, memorizada la noche anterior con la ayuda de Lillaya. Comunicó a la concurrencia que a partir de ese día quedaba abolido el trabajo de construcción de tumbas. No perderían más horas levantando un gran

monumento en el que albergar los restos del jefe, proyecto del que hasta hacía poco no había estado al tanto. El Hogar de los Muertos se convertiría en un cementerio público para toda la tribu: un hogar de reposo eterno no solo para los jefes sino para todo el mundo. Compartía con Jelena el objetivo de conservar lo máximo posible el estilo de vida antiguo y el legado de la tribu frente a las invasiones del mundo moderno. Había conseguido introducir algunos cambios bien acogidos aplicando sus conocimientos de ingeniería y medicina, pero lo último que quería era «salvarlos» en ningún sentido. El estilo de vida antiguo y disciplinado de ese pueblo supuestamente primitivo era tan satisfactorio y enriquecedor como cualquier aportación del mundo moderno. Por primera vez en su vida llena de ambición y competitividad, Garza sentía que había encontrado su sitio.

Cuando terminó su nueva proclama sobre el valle de las tumbas, la muchedumbre volvió a vitorear, y Garza se fijó en que nadie gritaba más fuerte que los que habían sido sus compañeros de fatigas en el campo de tumbas.

Después de un viaje apresurado a El Cairo para cumplir cierta promesa que le había hecho a su socio, Garza se había asegurado de que hasta la última piedra hubiera vuelto a la cámara. Cuando asumió el cargo de jefe, Lillaya, la sacerdotisa jefa, y los cuatro sacerdotes secundarios le revelaron sus conocimientos sobre la cámara sellada y cómo habían protegido sus maravillas a lo largo de los siglos. Pero preguntando con cautela descubrió con gran sorpresa que habían perdido todo conocimiento específico sobre su importancia en la antigüedad. Aparte del oro y las piedras preciosas que él había devuelto, ni sabían lo que había en la cámara ni tenían idea de cómo leer la escritura jeroglífica. Lo único que había sobrevivido era el culto al sol y el profundo compromiso entre los sacerdotes de proteger el contenido de la cámara sellada... para siempre.

Mientras los gritos seguían resonando a través del valle, Garza volvió a

plantar con firmeza el cayado en el suelo polvoriento y miró alrededor. Qué extraña era la vida, pensó. Durante años se había sentido descontento, desairado e insatisfecho. Había creído que saquear la cámara del tesoro y hacerse rico sería la solución... Qué tonto había sido. Esa gente, esa vida y, por encima de todo, esa mujer que tenía al lado eran la solución que había estado buscando.

En cierto sentido era un milagro. Su mente volvió al momento de inflexión en que se dio la vuelta para enfrentarse a Barbanegra y a su horda de asesinos al galope. Había hecho girar a su camello, cargado con el tesoro, y había embestido de frente contra los atacantes, encabezados por Barbanegra. Estaba seguro de que moriría, solo esperaba salvar a sus amigos. Cuando disparó su última flecha, el polvo descendió como una cortina, los sacos se rompieron por el choque de los camellos y los tajos de las dagas y derramaron oro y piedras preciosas por todas partes al mismo tiempo que él salía despedido de la silla de montar. Y el mundo se tiñó de negro.

Cuando se despertó, solo minutos más tarde, todo había cambiado. Estaba tumbado en el suelo en medio de un montón de piedras preciosas y oro, cubierto de riquezas. A su alrededor, los guerreros habían desmontado de sus camellos y formaban un círculo; lo miraban con miedo y asombro. Mientras él se esforzaba por recobrar la consciencia, ellos empezaron a postrarse de uno en uno. Barbanegra yacía al lado, muerto; la última flecha se había clavado en su corazón. La muerte súbita de Mugdol, combinada con el inesperado bautismo de Garza en un tesoro que ignoraban que llevaba, había hecho creer a los guerreros —como más tarde descubriría— que estaba dotado de un poder sobrenatural. Eso, a su vez, le había permitido explicarles mediante una combinación de gestos y frases chapurreadas que el tesoro pertenecía a la tribu, que iba a devolverlo a su legítimo lugar, y que en adelante sería su protector. Ellos lo habían subido a un camello, habían recogido el tesoro y lo

habían llevado de vuelta al pueblo, donde lo habían proclamado jefe obedeciendo los deseos de su suegro.

Su mente regresó al presente. Mientras seguían sonando los ecos de los vítores, Jelena se acercó más y le tomó la mano. Él le sonrió. En aquella mujer hábil y competente había encontrado por fin una compañera no solo muy madura para su edad sino también leal. Qué extraña era la vida, verdaderamente. Gideon le había pedido que, para variar, fuese leal a sí mismo, y cuánta razón tenía. Estar en aquel promontorio de roca, al frente de aquel pueblo antiguo y valioso, era sin duda lo último que habría imaginado. Y sin embargo ahora le parecía el desafío para el que había estado preparándose toda su vida.

—¿Te parece esto lealtad, socio? —dijo entre dientes.

Notó que Jelena movía despacio la mano hasta posarla en el centro de su barriga. Volvió a mirarla y vio en sus ojos la respuesta a la pregunta que él no había llegado a formular. Al reparar en el gesto y en su significado, la tribu redobló sus vítores. Él pasó el cayado a su esposa. Ella respiró hondo y empezó a contar una historia con voz sonora y segura. Garza logró captar lo esencial, una leyenda fascinante que se remontaba a la fundación mítica de la tribu y que explicaba que todo lo que iba a pasar había empezado de esa forma: una mujer con un niño.

Cuando terminó, Jelena devolvió el cayado a Garza, y él lo levantó para indicar que el discurso matutino había terminado. Y entonces, mientras sonaba un gong y todo el grupo se volvía para saludar la salida del sol vivificante, los ecos de una sola palabra reverberaron en el valle, repetida una y otra vez:

—*Epouroun! Epouroun! Epouroun!*

«Voy a ser muy claro: si tiene algún valor, vamos a robarlo. ¿Os apuntáis?»



Gideon Crew, científico brillante y ladrón de enorme talento, se ha quedado sin trabajo: su antiguo jefe, Eli Glinn, ha desaparecido sin dejar rastro y ha cerrado la empresa de la noche a la mañana. No obstante, este es el menor de sus males, pues le quedan meses de vida. Mientras recogen sus pertenencias, Gideon y su colega Manuel Garza descubren que un programa informático ha logrado descifrar la tan esperada traducción del disco de piedra de una civilización perdida bajo el desierto egipcio: el disco de Festo (o disco de Phaistos).

Crew, condenado por su enfermedad, no necesita que lo persuadan para embarcarse en la aventura final con Garza. Al fin y al cabo, ¿qué riesgo corres cuando tienes los días contados?

Douglas Preston y **Lincoln Child** son coautores de más de veinte novelas, aunque también escriben por separado.

Lincoln Child es un apasionado de las motos, los loros exóticos y la literatura inglesa decimonónica.

Douglas Preston, en cambio, prefiere los caballos, el buceo, el esquí y la exploración de la costa de Maine en un barco de pesca.

Ambos autores invitan a sus lectores a visitar su página web:
www.prestonchild.com

Título original: *The Pharaoh Key*

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2018, Splendide Mendax, Inc. y Lincoln Child

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Ignacio Gómez Clavo, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Gemma Martínez

Imagen de portada: © Phaistos Disk Getty Images / Leemage / Contributor; Compass Getty Images / Comstock Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02188-6

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

me**gustaleer**

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La llave del faraón

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Douglas Preston y Lincoln Child

Créditos